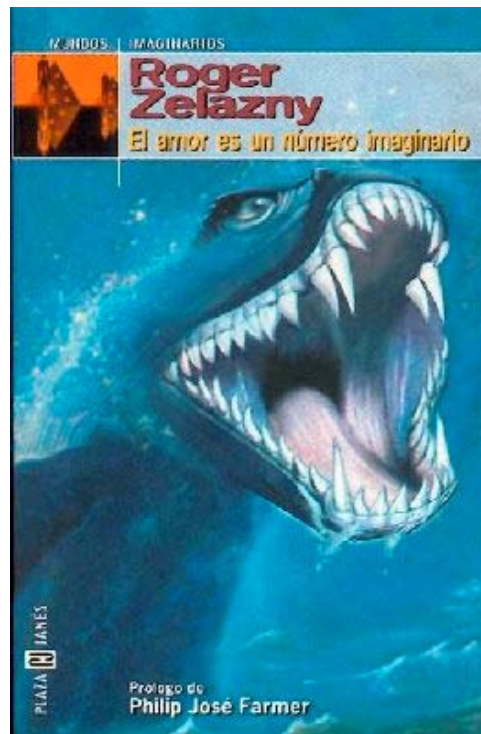


EL AMOR ES UN NÚMERO IMAGINARIO



Roger Zelazny



Roger Zelazny

Título original: The doors of his face, the lamps of his mouth

Traducción: Pedro Ramos

© 1971 by Roger Zelazny

© 2000 Plaza & Janés Editores S. A.

Travessera de Gracia 47 - Barcelona

ISBN: 84-01-01372-0

Revisión: Jota

R6 10/02

ÍNDICE

Prólogo, Philip José Farmer
Las puertas de su cara, las lámparas de su boca
Las llaves de diciembre
Coche diabólico
Una rosa para el eclesiastés
El monstruo y la doncella
Fiebre de coleccionista
Esta montaña mortal
Este momento de la tormenta
Los grandes reyes lentos
Pieza de museo
Divina locura
Corrida
El amor es un número imaginario
El hombre que amó a la faioli
Lucifer

PRÓLOGO

Roger Zelazny es uno de los grandes escritores de ciencia ficción. Pero hace mucho tiempo que pienso —no soy el único— que si los lectores que no leen ciencia ficción echaran un vistazo a sus relatos, se zambullirían en ellos con la misma avidez que reservan para la obra de un Saul Bellow o un Camus.

La intensidad demoníaca de Zelazny, la mezcla de poesía auténtica y prosa vertiginosa, las tramas ágiles y lógicas, el conocimiento de las obsesiones y tragedias del corazón humano, deberían atraer a quienes desdeñan la ciencia ficción.

Ahora permítaseme decir algo acerca de mí mismo. No es una digresión. No se aparta del tema que estamos tratando. Desde los diez años quise ser escritor, pero por algún motivo no pensaba hacer carrera escribiendo ciencia ficción o fantasía. Durante muchos años quise ser un escritor que no estuviera encasillado en ningún género. Pero de algún modo cambié de rumbo. Me convertí en un escritor de ciencia ficción.

Años antes de que eso ocurriera, había escrito algunos cuentos con la esperanza de venderlos a revistas prestigiosas como *Story*, que publicaban literatura experimental, literatura a secas, a menudo sombría y deprimente, junto con algunos relatos fantásticos. También enviaba cuentos apenas comerciales a publicaciones como *Saturday Evening Post* y *Liberty*. Todo en vano. Pero recibí suficientes comentarios alentadores como para seguir escribiendo.

Entonces, en 1952, tuve una idea para una novela de ciencia ficción, *Los amantes*, que vendí y me permitió iniciar una carrera dentro del campo de la ciencia ficción. A pesar de haber alcanzado un cierto éxito, siempre me he preguntado qué cosas podría haber hecho si hubiera desechado mis electrizantes ideas sobre Marte, los universos paralelos y la sexobiología de los alienígenas y me hubiera centrado en la psiquis humana de la cenagosa Tierra de nuestros días.

Esa idea me hizo hablar con Ted Sturgeon, un gran escritor de ciencia ficción y fantasía en las décadas de 1940 a 1960, sobre su potencial como escritor a secas. Su brillante imaginación y su preocupación y compasión por los seres humanos y el estilo de su prosa podían funcionar tan bien en cualquier campo de la literatura como en la ciencia ficción y la fantasía.

Su respuesta fue sencilla. Amaba demasiado este género para irse a otro campo. Además, ya había intentado escribir otro tipo de literatura y no había tenido éxito.

Unos años más tarde, en la década de 1960, surgió de la ciencia ficción, como un cohete brillante rumbo a la luna, un nuevo y joven escritor, Roger Zelazny. Sus primeras obras, *This Immortal*, *The Dream Master*, «Las puertas de su cara, las lámparas de su boca», ganaron el Hugo y el Nebula, los dos premios más codiciados y prestigiosos del género. Después escribió otro buen número de relatos inolvidables.

Como muchos lectores de ciencia ficción, me sentí más que impresionado. No, no sólo impresionado. Conmocionado, vibrando como un diapasón. Tanto que le pregunté a Zelazny si había pensado en dirigir su enorme talento hacia la corriente principal de la literatura. Para entonces, la ciencia ficción, que había sido un campo literario relativamente pequeño y despreciado por los académicos y por gran parte del público lector, estaba creciendo y valorizándose. También estaba mejor remunerada.

Sin embargo, si quería conseguir más lectores y la atención de los críticos literarios y de los profesores universitarios, podía intentar escribir obras fuera del género. Su talento era demasiado luminoso para andar poniéndole límites. Tenía que darle libertad y observar los resultados.

Contestó que había pensado algunas veces en hacer eso. Pero ¿de qué le servía a un hombre ganar el mundo si perdía el alma?

No volvió a tocar el tema. Me dejó intrigado, pensando qué había querido decir exactamente. Lo que había querido decir era que con el mundo de la ciencia ficción le bastaba, que en él tenía todo el espacio necesario para hacer lo que quería.

Eso me agradó. Pero sigo creyendo que si él no quiso ir hacia el lector general, ese lector debería ir hacia él. Lee estos cuentos y verás por qué.

PHILIP JOSÉ FARMER
Peoria, Illinois, febrero de 2000

LAS PUERTAS DE SU CARA, LAS LÁMPARAS DE SU BOCA

Soy un cebador. Nadie nace con la condición de cebador, excepto en una novela francesa, donde les ocurre a todos. (De hecho, creo que ése es el título: Todos somos cebo. ¡Uf!) Cómo llegué a esa situación tiene escaso interés narrativo y nada que ver con los neo-ejecs, pero los días de la bestia merecen algunas palabras, y aquí están.

Las Tierras Bajas de Venus se extienden entre el pulgar y el índice del continente llamado Mano. Cuando entras en el Callejón de las Nubes, éste, sin previo aviso, te arroja su pelota negro-plateada. Entonces tú saltas dentro de ese bolo con fuego en la cola donde te han metido, pero las correas impiden que hagas el ridículo. Después por lo general te ríes, pero primero siempre saltas.

A continuación estudias la Mano para conjurar su ilusión, y los dos dedos medios se convierten en archipiélagos con docenas de anillos mientras los dedos exteriores se definen como penínsulas verdigrises; el pulgar es demasiado corto y se enrosca como la cola embrionaria del Cabo de Hornos.

Aspiras oxígeno puro, quizá sueltas un suspiro e inicias el largo descenso hacia las Tierras Bajas.

Allí la zona de aterrizaje de Línea de la Vida —así llamada por su cercanía al gran delta de la Bahía Oriental—, situada entre la primera península y el «pulgar», te atrapa como si fueras una pelota de béisbol. Durante un minuto parece que te vas a desviar y no acertar a Línea de la Vida y terminar como marisco enlatado, pero después —prescindiendo de las metáforas— descienes sobre el cemento chamuscado y presentas tu guía telefónica de autorizaciones al hombre pequeño y gordo de gorra gris. Los papeles demuestran que no estás sujeto a misteriosas podredumbres internas, etcétera. Después el hombre te sonríe con aquella sonrisa pequeña, gorda y gris y te señala con la mano el autobús que te lleva a la Zona de Recepción. En la ZR pasas tres días demostrando que ciertamente no estás sujeto a misteriosas podredumbres interiores, etcétera.

Pero el aburrimiento es otra podredumbre. Cuando terminan esos tres días, generalmente arremetes con fuerza contra Línea de la Vida, que devuelve el cumplido por puro reflejo. Los efectos del alcohol en otras atmósferas es un tema sobre el cual los expertos han escrito numerosos volúmenes, así que limitaré mis comentarios a señalar que una buena juerga merece por lo menos una semana, y a menudo su estudio justifica toda una vida.

Yo había sido un estudiante excepcionalmente prometedor (en realidad no había pasado de eso) que llevaba dos años de carrera cuando el Agua Brillante cayó a través de nuestro techo de mármol y vertió a su gente como dianas en la ciudad.

Pausa. Del Almanaque Universal, sobre Línea de la Vida: «... Ciudad portuaria en la costa oriental de Mano. Los empleados de la Agencia para la Investigación No Terrestre comprenden aproximadamente el 85% de sus 100.000 habitantes (censo de 2010). Los demás residentes son sobre todo empleados mantenidos por varias compañías

industriales dedicadas a la investigación básica. El resto de los habitantes está formado por biólogos marinos independientes, adinerados entusiastas de la pesca y buscavidas diversos.»

Recurrí a Mike Dabis, un aventurero como yo, y le hablé del pésimo estado de la investigación básica.

—No es eso lo que se murmura.

Hizo una pausa escudado detrás de su vaso antes de continuar el lento proceso de tragar el líquido, calculado para asegurarse mi interés y mi lealtad antes de continuar.

—Carl —comentó finalmente, jugando al póquer—, están poniendo en forma Diezcuadrados. Podría haberlo golpeado. Podría haberle llenado el vaso de ácido sulfúrico y quedarme mirando con regocijo cómo se le ennegrecían y agrietaban los labios. Pero gruñí una evasiva.

—¿Quién es el tonto dispuesto a gastar cincuenta mil por día? ¿ANR?

Movió la cabeza.

—Jean Luharich —dijo—, la chica de las lentillas violeta y cincuenta o sesenta dientes perfectos. Tengo entendido que sus ojos son en realidad marrones.

—¿Ahora no le basta con vender crema facial?

Mike se encogió de hombros.

—La publicidad hace andar la maquinaria. Las Empresas Luharich saltaron dieciséis puntos cuando ella recogió el Trofeo del Sol. ¿Alguna vez jugaste al golf en Mercurio?

Había jugado, pero pasé eso por alto y seguí insistiendo.

—¿Así que viene aquí con un cheque en blanco y un anzuelo?

—Agua Brillante, hoy —dijo con un movimiento afirmativo de cabeza—. Tendría que haber llegado ya. Muchas cámaras. Está desesperada por un Ikky.

—Ajá —dije—. ¿Cuán desesperada?

—Contrato de sesenta días en Diezcuadrados. Cláusula de prórroga indefinida. Depósito de millón y medio —recitó.

—Pareces estar muy enterado.

—Estoy en Reclutamiento de Personal. Las Empresas Luharich me contrataron el mes pasado. Conviene beber en los sitios adecuados.

—O ser dueño de ellos. Mike sonrió burlonamente.

Aparté la mirada y tomé un sorbo de aquel brebaje amargo. Después de un rato tragué algunas cosas y le pregunté a Mike qué esperaba que le preguntara, abriendo así las puertas a su discurso mensual de templanza.

—Me pidieron que tratara de conseguirte —dijo—. ¿Cuándo navegaste por última vez?

—Hace mes y medio. En el Corning.

—Poca cosa —resopló—. ¿Cuándo estuviste abajo, en persona?

—Hace ya tiempo.

—Más, de un año, ¿verdad? ¿Fue cuando te cortó la hélice, debajo del Delfín?

Me volví hacia él.

—Estuve en el río la semana pasada, en Angleford, donde las corrientes son fuertes. Todavía puedo desenvolverme bien.

—Sobrio —agregó.

—Me mantendría en ese estado —dije— para un trabajo como éste.

Una dubitativa inclinación de cabeza.

—Tarifa sindical. Pago triple en circunstancias extraordinarias —recitó—. Preséntate en el Hangar Dieciséis con tu equipo el viernes por la mañana, a las cinco. Nos largamos el sábado al amanecer.

—¿Tú formarás parte de la partida?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por el dinero.

—Guano de Ikky.

—El bar no anda muy bien, y mi chica necesita visones nuevos.

—Repito...

—...Y quiero alejarme de ella, renovar mi contacto con las cosas esenciales: el aire fresco, el ejercicio, el dinero...

—Está bien, perdón por la pregunta.

Le serví un trago, concentrándome en H₂SO₄, pero no se transmutó. Finalmente conseguí emborracharlo y salí a la noche a caminar y a pensar un poco.

En los últimos cinco años se habían hecho alrededor de una docena de intentos serios de sacar del agua al Ichthyform Leviosaurus Levianthus, generalmente conocido como «Ikky». Cuando fue avistado por primera vez se usaron técnicas de pesca de ballenas. Esas técnicas resultaron infructuosas o desastrosas, y se inauguró un nuevo procedimiento. Un deportista rico llamado Michael Jandt, que metió toda su fortuna en el proyecto, construyó Diezcuadrados.

Después de un año en el océano Oriental, regresó para presentar una declaración de quiebra. Carlton Davits, un playboy aficionado a la pesca, compró entonces la enorme plataforma y se puso a buscar el lugar de desove de Ikky. El decimonoveno día sufrió un ataque y perdió equipo por valor de ciento cincuenta billetes, junto con un Ichthyform Levianthus. Doce días más tarde, usando sedal triple, enganchó, narcotizó y empezó a alzar la enorme bestia, que entonces despertó, destruyó una torre de control, mató a seis hombres e hizo grandes destrozos en cinco de los bloques de Diezcuadrados. Carlton quedó parcialmente hemipléjico y con una demanda por quiebra. Se desvaneció en la atmósfera portuaria y Diezcuadrados cambió de dueño cuatro veces más, con resultados menos espectaculares pero igual de caros.

Finalmente, la enorme plataforma, construida para un solo propósito, fue comprada en una subasta por ANR para «investigación marina». Pero la Lloyd's sigue sin querer asegurarla, y la única investigación marina que ha conocido es el alquiler esporádico, a cincuenta billetes por día, a personas ansiosas por contar historias sobre el Pez Leviatán. He sido cebador en tres de esos viajes, y en dos ocasiones he estado lo suficientemente cerca como para contar los colmillos de Ikky. Por razones personales, quiero, uno para mostrarlo a mis nietos.

Miré hacia la zona de aterrizaje y tomé una decisión.

—Chica, tú me quieres por el color local. Quedaré bien en el artículo y todo eso. Pero no te olvides: si alguien te va a pescar un Ikky, seré yo. Lo prometo.

Estaba en la plaza vacía. Las nebulosas torres de Línea de la Vida compartían sus nieblas.

Costa hace un par de eras, la ladera occidental por encima de Línea de la Vida se extiende hasta sesenta kilómetros tierra adentro en algunos lugares. Su ángulo de elevación no es muy pronunciado, pero alcanza una altura de varios centenares de metros antes de encontrar la cadena de montañas que nos separa de las Tierras Altas. Unos seis kilómetros tierra adentro y doscientos metros más arriba de Línea de la Vida se encuentran la mayoría de las pistas de aterrizaje y los hangares privados. El Hangar Dieciséis alberga los Taxis de Alquiler de Cal, servicio de saltadores, de la costa al barco. No me gusta Cal, pero no estaba por allí cuando bajé del autobús y saludé con la mano a un mecánico.

Dos de los saltadores tironeaban del cemento, impacientes debajo de los halos del ala voladora. Aquel en la que estaba trabajando Steve eructaba por el carburador y se estremecía de manera espasmódica.

—¿Dolor de barriga? —pregunté.

—Sí, gases y acidez gástrica.

Hizo girar tornillos hasta lograr un sonido uniforme y se volvió hacia mí.

—¿Vas a salir?

Asentí.

—Diezcuadrados. Cosméticos. Monstruos. Cosas por el estilo.

Steve parpadeó a la luz de los focos y se secó las pecas. La temperatura era de unos seis bajo cero, pero los grandes reflectores que había encima tenían un doble propósito.

—Luharich —masculló—: Entonces eres tú. Hay unas personas que quieren verte.

—¿Para qué?

—Cámaras. Micrófonos. Cosas por el estilo. —Mejor que meta mi equipo. ¿Cuál voy a usar?

Steve apuntó con el destornillador hacia el otro saltador.

—Aquél. A propósito, en este momento estás en cinta de vídeo. Querían filmar tu llegada.

Miró hacia el hangar y después me miró a mí.

—Sonríe. Los primeros planos los filmarán más tarde.

No sonreí exactamente. Debían de estar usando teleobjetivos y podían leer mis labios, porque esa parte de la cinta no se mostró nunca.

Tiré los trastos en la parte trasera, me metí en un asiento de pasajero y encendí un cigarrillo. Cinco minutos más tarde el propio Cal salió del cobertizo de la oficina con cara de frío. Se acercó y dio un golpe en el costado del saltador. Apuntó con un dedo hacia el hangar.

—¡Te quieren allí dentro! —gritó haciendo bocina con las manos—. ¡Entrevista!

—¡El espectáculo ha terminado! —contesté con otro grito—. ¡Eso, o que se busquen a otro cebador!

Los ojos marrón óxido de Cal se convirtieron en cabezas de clavos debajo de las cejas rubias, y su mirada en una púa mientras daba media vuelta y se alejaba. Me pregunté cuánto le habrían pagado por sentarse en el hangar y consumir energía del generador.

Conociendo a Cal, supongo que bastante. De todos modos, nunca me gustó.

Venus de noche es un campo de aguas azabache. En las costas nunca sabes dónde termina el mar y comienza el cielo. El amanecer es como echar leche en un tintero. Primero hay unos irregulares coágulos blancos y después franjas. Mantén en la sombra la botella para obtener un coloide gris y después mira cómo blanquea un poco más. De repente ha llegado el día. Entonces empieza a calentar la mezcla.

Tuve que despojarme de la chaqueta mientras volábamos sobre la bahía. Detrás de nosotros, la línea del horizonte podría haber estado sumergida por la forma en que flameaba y ondeaba. Un saltador puede llevar a cuatro personas (cinco, si quieres violar las normas de seguridad y subestimar el peso), o a tres pasajeros con el tipo de equipo que usa un cebador. Pero yo era el único pasajero, y el piloto era como su máquina. Canturreaba y no hacía ningún ruido innecesario. Línea de la Vida dio un salto mortal y se evaporó en el espejo retrovisor más o menos en el mismo momento en que Diezcuadrados aparecía en el horizonte delantero. El piloto dejó de canturrear y sacudió la cabeza.

Me incliné hacia adelante.. Las sensaciones me revolvían las tripas. Conocía cada centímetro de aquella enorme plataforma, pero las sensaciones que alguna vez diste por sentadas cambian cuando no tienes la fuente a tu alcance. La verdad era que yo había dudado de que volviera a abordar aquella vieja mole. Pero ahora podía creer en la predestinación. ¡Allí estaba!

Una embarcación del tamaño de un campo de fútbol y cuadrículada como un tablero de juego. Movida por energía atómica. Chata como una tabla, salvo por la burbuja de plástico en el centro y las «torres de ajedrez» en proa y popa, a babor y estribor.

Las torres de ajedrez recibían ese nombre porque estaban colocadas en las esquinas y podían trabajar en parejas para levantar cosas usando los arpogarfios. Los arpogarfios — mitad arpón, mitad garfio— pueden subir pesos enormes hasta cerca del nivel del agua; pero su diseñador sólo había pensado en una cosa, lo que explica la parte arpón. Al nivel

del agua, el Deslizador tiene que ejecutar un ascenso de dos a tres metros antes de que los arpegios estén en posición de empujar hacia arriba más que de tirar.

El Deslizador es esencialmente un compartimiento móvil, una caja grande capaz de moverse por cualquiera de las acanaladuras que entrecruzan Diezcuadrados y forman su simetría y «anclarse» por medio de una poderosa sujeción electromagnética. Sus cabrestantes podían alzar un barco de guerra toda la distancia necesaria, y antes de que se soltara el Deslizador era más fácil que se inclinara toda la embarcación, lo cual da una idea de la fuerza de esa sujeción.

El Deslizador aloja una sección operada por un indicador de control que es el «carrete» más sofisticado que se haya diseñado nunca. Extrae su energía del generador al lado de la burbuja central, y está conectado por onda corta con la sala de sonar, donde se registran los movimientos de la presa y son repetidos al pescador sentado delante de la sección de control.

El pescador puede jugar con los «sedales» durante horas, incluso días, sin ver nada más que metal y una silueta en la pantalla. Sólo cuando el animal queda enganchado y la plataforma extensible, situada a cuatro metros por debajo de la línea del agua, se desliza hacia fuera como apoyo y empieza a ayudar a los tornos, sólo entonces ve el pescador su presa alzándose delante de él como un serafín caído. Luego, como averiguó Davits, uno mira al abismo y se le requiere que actúe. Él no lo hizo, y un centenar de metros de inimaginable tonelaje, medio narcotizado y dolorido, rompió los cables del cabrestante, hizo restallar un enganche, y se tomó un paseo de medio minuto a través de Diezcuadrados.

Dimos vueltas hasta que el señalizador mecánico se dio cuenta y nos hizo señas de que bajáramos. Nos posamos a un lado de la escotilla del personal y lancé mi equipo y salté a cubierta.

—Suerte —dijo el piloto mientras la puerta se deslizaba y se cerraba. Luego danzó en el aire y la bandera de señales cliqueteó y quedó vacía.

Me eché el equipo al hombro y fui abajo.

Por Malvern, el capitán de facto, me enteré de que la mayoría de los demás no llegarían hasta dentro de unas buenas ocho horas. Me habían querido a solas en el negocio de Cal a fin de poder rodar el metraje necesario según los criterios del cine del siglo XX.

Apertura: pista de aterrizaje, oscuro. Un mecánico hurgando en un saltador., Plano de un autobús llegando a poca velocidad. Un cebador pesadamente vestido desciende, mira a su alrededor, cojea a través del campo. Primer plano: sonrío. Entran unas palabras: «¿Cree que éste es el momento? ¿El momento en que conseguirán atraparlo?» Embarazo, aire taciturno, un encogerse de hombros. Murmura algo. «Entiendo. ¿Y por qué cree que la señorita Luharich tiene más posibilidades de conseguirlo que cualquiera de los demás? ¿Es porque está mejor equipada? [Una sonrisa.] ¿Porque ahora se sabe más sobre los hábitos de la criatura que cuando usted estaba ahí fuera? ¿O es debido a su voluntad de vencer, de ser un campeón? ¿Es alguna de estas cosas, o todas ellas?» Respuesta: «Sí, todas ellas.» «¿Por eso firmó con ella? ¿Porque su instinto le dice: «Esta vez será la vencida?» Respuesta: «Ella paga las tarifas del sindicato. Yo no puedo contratar por mi cuenta esa maldita cosa. Y quiero ir.» Corte. Murmura algo más. Fundido mientras se dirige hacia el saltador, etcétera.

—Mierda —dije, o algo así, y me fui a recorrer por mi cuenta toda Diezcuadrados.

Subí a cada Torre, comprobando los controles y los ojos de vídeo submarinos. Luego alcé el elevador principal.

Malvern no puso objeciones a que lo comprobara todo de aquella manera. De hecho, lo apoyó. Habíamos navegado juntos antes y nuestras posiciones se habían invertido con el tiempo. Así que no me sorprendió cuando salí del elevador al Contenedor Hopkins y lo encontré aguardando fuera. Durante los diez minutos siguientes inspeccionamos el gran

espacio en silencio, recorriendo sus cámaras con sus serpentines de cobre que pronto se volverían árticas.

Finalmente dio una palmada en la pared.

—Bien, ¿lo conseguiremos?

Sacudí la cabeza.

—Me gustaría, pero lo dudo. No me importa un comino quién se lleve el mérito de la captura, mientras yo tome parte en ella. Pero no ocurrirá. Esa chica es una egomaniaca. Querrá manejar el Deslizador, y no puede.

—¿La has llegado a conocer?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Cuatro, cinco años.

—Entonces era una niña. ¿Cómo. sabes lo que puede hacer ahora?

—Lo sé. Lo habrá aprendido todo leyendo en sus ratos libres. Estará al corriente de toda la teoría. ¿Pero recuerdas una vez en la que estábamos juntos al lado de la Torre de estribor, a proa, cuando Ikky partió el agua como un delfín?

—¿Cómo podría olvidarlo? —¿Y bien?

Se frotó la rasposa barbilla.

—Quizá pueda hacerlo, Carl. Ha competido con naves antorcha y se ha sumergido en aguas peligrosas allá en casa. —Miró hacia la invisible Mano—. Y ha cazado en las Tierras Altas. Puede que sea lo bastante salvaje como para tirar de ese horror hasta su regazo sin parpadear. Para que la Johns Hopkins corra con los gastos y pague siete cifras por el cuerpo —añadió—. Eso es dinero, incluso para una Luharich.

Me agaché y crucé una escotilla.

—Quizá tengas razón, pero ya era una bruja rica cuando la conocí. Y no era rubia —añadí mezquinamente.

Malvern bostezó.

—Vayamos a desayunar.

Eso hicimos.

Cuando era joven creía que nacer criatura marina era la mejor elección que podía hacer la Naturaleza para cualquiera. Crecí en la costa del Pacífico y pasaba los veranos en el Golfo o en el Mediterráneo. Pasaba meses de mi vida sorteando coral, fotografiando moradores de las simas marinas y jugando con los delfines. Pescaba en cualquier lugar donde hubiera peces, molesto por el hecho de que ellos pueden ir a sitios para mí inaccesibles. Cuando me hice mayor deseé peces más grandes, y no sabía de nada vivo, aparte de la secoya, que fuera más grande que Ikky. Ésa es una de las razones...

Metí un par de panecillos extra en una bolsa de papel y llené un termo de café. Disculpándome, abandoné la cocina y fui hacia el anclaje del Deslizador. Era exactamente igual a como lo recordaba. Accioné unos cuantos interruptores y las ondas cortas zumbaron.

—¿Eres tú, Carl?

—Correcto, Mike. Dame un poco de energía aquí abajo, rata traidora.

Mike se lo pensó un poco; luego, cuando los generadores se pusieron en marcha, sentí vibrar el casco. Me serví la tercera taza de café y encontré un cigarrillo.

Volví a oír su voz:

—¿Por qué soy una rata traidora?

—¿Sabías lo de los cámaras en el Hangar Dieciséis?

—Sí.

—Entonces eres una rata traidora. Lo último que deseo es publicidad. «El que fracasó tan a menudo está dispuesto a intentarlo de nuevo, noblemente.» Ya puedo leerlo.

—Estás equivocado. Los focos apuntaban a otra persona, y es mucho más hermosa que tú.

Mi siguiente comentario se vio interrumpido cuando accioné el interruptor del elevador y las orejas de elefante se agitaron encima de mí. Subí y me asenté en cubierta. Retraje el rail lateral y avancé por la acanaladura. En medio de la estructura me detuve en una cruceta, dejé caer el lateral y retraje el raíl longitudinal.

Me deslicé hacia estribor, a medio camino entre las Torres, me detuve y lancé hacia adelante el acopiador.

No había derramado ni una gota de café.

—Muéstrame imágenes.

La pantalla se iluminó. La ajusté y llegaron imágenes del fondo.

—Muy bien.

Accioné el interruptor de Estado Azul y él hizo lo mismo. La luz se encendió.

El cabrestante se destrabó. Apunté hacia adelante sobre el agua, extendí el brazo y disparé un anzuelo.

—Muy bien —comentó.

—Estado Rojo.

Accioné un interruptor.

—Estado Rojo.

En ese momento el cebador iría rumbo al anzuelo para hacerlo apetecible.

No es exactamente un anzuelo. Los cables llevan tubos huecos; los tubos contienen suficiente narcótico como para abastecer a todo un ejército de toxicómanos; Ikky muerde el cebo, que se agita ante él movido por control remoto, y el pescador le clava las lengüetas.

Mis manos se movieron sobre la consola, haciendo los ajustes necesarios. Verifiqué la lectura del narcotank. Vacío. Bien, todavía no lo habían llenado. Pulsé el botón de Inyectar.

—En el gaznate —murmuró Mike.

Solté los cables. Imaginé a la bestia en acción. La dejé correr, haciendo girar el cabrestante para simular su tirón.

Tenía el aire acondicionado conectado y me había quitado la camisa y todavía me sentía incómodamente caluroso, y así supe que había pasado la mañana y ya era el mediodía. Tenía una vaga conciencia de las llegadas y partidas de los saltadores. Parte de la tripulación permanecía sentada a la «sombra» de las puertas que yo había dejado abiertas, contemplando la operación. No vi llegar a Jean, o de otro modo hubiera terminado la sesión e ido abajo.

Interrumpió mi concentración cerrando la puerta de golpe, con violencia suficiente como para sacudir el anclaje.

—¿Le importaría decirme quién le autorizó a subir el Deslizador? —preguntó.

—Nadie —respondí—. Lo llevaré de nuevo abajo.

—Apártese.

Lo hice, y ella ocupó mi asiento. Llevaba unos pantalones color pardo y una camisa suelta, y se había recogido el pelo de una manera cómoda y práctica. Tenía las mejillas enrojecidas, pero no necesariamente por el calor. Atacó el panel con una intensidad casi divertida que hallé inquietante.

—Estado Azul —dijo bruscamente, clavando una uña violeta en el conmutador.

Forcé un bostezo y me abroché despacio la camisa. Ella me miró de reojo, comprobó los registros y disparó un anzuelo.

Monitoricé el sedal en la pantalla. La mujer se volvió por un segundo hacia mí.

—Estado Rojo —dijo con voz neutra.

Asentí.

Llevó el cabrestante de lado para demostrar que sabía hacerlo. No dudé que lo sabía y ella no dudó que yo no dudaba, pero...

—En caso de que lo esté pensando —dijo—, no se va a acercar a esta cosa. Está contratado como cebador, ¿recuerda? ¡No para manejar un Deslizador! Sus deberes consisten en nadar y colocar la comida para nuestro amigo el monstruo. Es peligroso, pero por eso se le paga bien. ¿Alguna pregunta?

Aplastó con el dedo el botón de Inyectar y yo me froté la garganta.

—Ninguna —sonreí—, pero la preparación necesaria para llevar este trasto..., y si me necesita estaré disponible, a las tarifas del sindicato.

—Señor Davits —dijo—, no quiero a un perdedor manejando este panel.

—Señorita Luharich, nunca ha habido un ganador en este juego.

Empezó a enrollar el cable y al mismo tiempo soltó el anclaje, de modo que todo el Deslizador se estremeció mientras que el gran yo-yo regresaba. Resbalamos medio metro hacia atrás. Levantó los laterales y retrocedimos a lo largo de la acanaladura. Frenó, cambió de raíles y nos detuvimos con una ruidosa sacudida, luego giramos en ángulo recto. La tripulación se alejó a toda prisa de la escotilla cuando nos metimos en el elevador.

—En el futuro, señor Davits, no entre en el Deslizador sin que se le haya ordenado —me dijo. —No se preocupe —respondí—. No meteré un pie en él ni aunque me lo ordenen. Firmé como cebador, ¿recuerda? Si me quiere aquí dentro, tendrá que pedírmelo.

—Tal vez llegue el día —sonrió.

Asentí con la cabeza, y las puertas se cerraron encima de nosotros. Bajamos, y cuando el Deslizador estuvo fijado en su anclaje nos encaminamos en nuestras respectivas direcciones. Sin embargo me dijo «Adiós», y pensé que eso, en respuesta a mi risita, indicaba no sólo clase sino determinación.

Más tarde, esa misma noche, Mike y yo cargamos las pipas en la cabina de Malvern. Los vientos rizaban las olas y un firme repiqueteo de lluvia y granizo sobre nuestras cabezas convertía la cubierta en un techo de hojalata.

—Malo —sugirió Malvern.

Asentí. Después de dos bourbons la estancia se había convertido en un familiar grabado en madera, con los muebles de caoba (que yo había transportado desde la Tierra hacía mucho tiempo, por un capricho) y las paredes oscuras, el curtido rostro de Malvern y la expresión perpetuamente asombrada de Dabis entre los grandes charcos de sombra que se extendían detrás de las sillas y salpicaban los rincones, todo producido por la pequeña luz sobre la mesa y visto a través del tono dorado de una copa.

—Me alegra estar aquí.

—¿Como es ahí abajo en una noche como ésta?

Exhalé una bocanada de humo, pensando en mi haz de luz atravesando el interior de un diamante negro, ligeramente estremecido. El dardo meteórico de un pez repentinamente iluminado, el ondular de grotescos helechos, todo como nebulosas —sombra, luego verde, luego nada—, cruzaron nadando mi mente en un momento. Supongo que así es como se sentiría una espacionave, si una espacionave pudiera sentir, avanzando entre mundos..., y todo silencioso, extrañamente, preternaturalmente silencioso; y tranquilo como el sueño.

—Oscuro —dije—, y el agua poco picada cuando has bajado unas brazas.

—Dentro de ocho horas nos largaremos —comentó Mike.

—Tendremos que estar aquí diez, doce días —observó Malvern.

—¿Qué creéis que está haciendo Ikky?

—Si tiene algo de sesos, durmiendo en el fondo con la señora Ikky.

—No los tiene. He visto la extrapolación del esqueleto que hizo ANR a partir de los huesos que hemos conseguido...

—¿Acaso no la ha visto todo el mundo?

—Con toda la carne, tendría que medir más de un centenar de metros de largo. ¿No es así, Carl?

Asentí.

—Sin embargo, su caja craneana no deja mucho espacio para el cerebro, en relación a su tamaño. —Pero es lo bastante listo como para permanecer lejos de nuestra jaula.

Risitas, porque en realidad no existe nada más que esta habitación. El mundo fuera es una cubierta vacía donde tamborilea la nevisca. Nos reclinamos y echamos nubecillas de humo.

—Nuestra jefa no aprueba la pesca no autorizada.

—Nuestra jefa puede caminar hacia el norte hasta que su sombrero flote.

—¿Qué es lo que te dijo ahí dentro?

—Me dijo que mi lugar está en el fondo, con la mierda de los peces.

—¿No manejarás el Deslizador?

—Soy un cebador.

—Veremos.

—Eso es todo lo que hago. Si ella quiere un Deslizador va a tener que pedirlo educadamente. —¿Crees, que tendrá que hacerlo?

—Creo que tendrá que hacerlo.

—Y si lo hace, ¿aceptarás?

—Una buena pregunta. —Lancé una bocanada de humo—. Pero no sé la respuesta.

Habría constituido mi alma en sociedad e intercambiado un cuarenta por ciento de las acciones por la respuesta. Habría dado un par de años de mi vida por la respuesta. Pero no parece haber una cola de compradores sobrenaturales, porque nadie la sabe. Supongamos que cuando salgamos de aquí la suerte nos haya acompañado y hayamos conseguido un Ikky. Supongamos que tenemos éxito en atraerlo con el cebo y en echarle los anzuelos. ¿Qué pasaría entonces? Si lo traemos junto a la nave, ¿ella resistirá o se desmoronará? ¿Y si está hecha de un material más firme que Davits, que solía cazar tiburones con pistolas de aire comprimido cargadas con dardos envenenados? Supongamos que consigue atraparlo y Davits tiene que quedarse allí como un extra de un vídeo.

Peor aún, supongamos que ella pregunta por Davits y él sigue todavía allí como un extra de un vídeo o alguna otra cosa... por ejemplo una cobarde encarnación llamada Servilismo.

Fue cuando lo tuve encima del horizonte de tres metros de acero y miré aquel cuerpo, una ladera que caía y caía hasta perderse de vista como una verde cadena montañosa... Y aquella cabeza. Pequeña para el cuerpo, pero todavía inmensa. Gruesa, escarpada, con ojos sin párpados que eran como canicas y que habían brillado negros y rojos desde antes de que mis antepasados decidieran probar el Nuevo Continente. Y balanceándose.

Había nuevos narcotankers conectados. Aquello necesitaba otro jeringazo, aprisa. Pero yo estaba paralizado.

Hizo un ruido como Dios tocando un órgano Hammond...

¡Y me miró!

No sé si ver constituye el mismo proceso en ojos como aquéllos. Lo dudo. Quizá yo no era más que una mancha gris detrás de una roca negra, con el cielo plexirreflejado hiriéndole las pupilas. Pero clavó la mirada en mí. Quizá la serpiente no paralice realmente al conejo, quizá sea tan sólo que los conejos son cobardes por naturaleza. Pero empezó a debatirse, y yo seguía sin poder moverme, fascinado.

Fascinado por todo aquel poder, por aquellos ojos, me encontraron allí quince minutos más tarde, la cabeza y los hombros agarrotados, el botón de Inyectar todavía intacto.

Y sueño con esos ojos. Quiero enfrentarlos una vez más, aunque me lleve toda una eternidad encontrarlos. Tengo que saber si hay algo dentro de mí que me diferencia del

conejo, de los esquemas clásicos de reflejos e instintos que siempre se desmoronan exactamente del mismo modo cuando se presenta la combinación adecuada.

Bajé la vista y descubrí que mi mano temblaba. La levanté, y vi que nadie más se había dado cuenta.

Terminé la copa y vacié la pipa. Era tarde y no cantaba ningún pájaro.

Estaba sentado tallando una madera, las piernas colgando por la popa, las astillas girando y cayendo hacia la espuma de nuestra estela. Tres días ya. Nada de acción.

—¡Usted!

—¿Yo?

—Usted.

El pelo como el final del arco iris, los ojos como ninguna otra cosa en la naturaleza, dientes perfectos.

—Hola.

—Usted sabe que hay una regla de seguridad contra lo que está haciendo.

—Lo sé. Me ha tenido preocupado toda la mañana.

Un delicado rizo de madera subió siguiendo la hoja de mi cuchillo y después flotó hacia atrás. Se posó en la espuma, que lo cubrió enseguida. Contemplé el reflejo de la mujer en la hoja, disfrutando en secreto de aquella distorsión.

—¿Me está tendiendo un cebo? —preguntó finalmente.

Entonces la oí reír, y me volví, sabiendo que había sido intencionado.

—¿Quién, yo?

—Podría empujarlo y tirarlo de aquí muy fácilmente.

—Regresaría.

—¿Entonces usted me empujaría a mí... tal vez una noche oscura?

—Todas las noches son oscuras, señorita Luharich. No, prefiero regalarle mi talla.

Entonces se sentó a mi lado y no pude evitar verle los hoyuelos de las rodillas. Llevaba unos pantalones cortos blancos y un top atado al cuello, y todavía tenía un bronceado de otro mundo que era terriblemente atractivo. Casi sentí una punzada de culpabilidad por haber planeado esa escena, pero mi mano derecha todavía le impedía ver el animal de madera que yo estaba tallando.

—Muy bien, morderé el anzuelo. ¿Qué tiene ahí para mí?

—Sólo un segundo. Ya casi está terminado. Solemnemente, le entregué el asno que había estado tallando. Me sentí un poco avergonzado y ligeramente asno yo mismo, pero tenía que llegar hasta el final. Siempre lo hago. La boca estaba hendida en una rebuznante sonrisa. Las orejas estaban enhiestas.

No sonrió ni frunció el ceño. Se limitó a estudiar la talla.

—Es muy buena —dijo al fin—, como la mayoría de las cosas que hace usted..., y apropiada, quizá.

—Démelo. Extendí la palma.

Me lo devolvió y lo arrojé al agua. No acertó a la franja de espuma blanca, y durante un rato se bamboleó como un caballito de mar pigmeo.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Fue un mal chiste. Lo siento.

—De todos modos, quizá tenga razón. Quizá esta vez he mordido demasiado el anzuelo.

Bufé.

—Entonces, ¿por qué no hace algo más seguro, como otra carrera?

Sacudió el final del arco iris.

—No. Tiene que ser un Ikky.

—¿Por qué?

—¿Por qué quiere usted un Ikky tan desesperadamente que arrojé por la borda una fortuna?

—Razones de hombre —dije—. Un analista sin diploma que celebraba sesiones de terapia ilegales en el sótano me dijo en una ocasión: «Señor Davits, usted necesita reforzar la imagen de su masculinidad atrapando un ejemplar de cada tipo de pez que existe.» Los peces son un símbolo de masculinidad muy antiguo, ¿sabe? Así que me dediqué a eso. Todavía me falta uno... ¿Por qué quiere usted reforzar su masculinidad?

—Yo no quiero reforzar mi masculinidad —dijo—. No deseo reforzar nada excepto las Empresas Luharich. Mi jefe de estadísticas me dijo en una ocasión: «Señorita Luharich, venda toda la crema y los polvos para el cutis que pueda en el Sistema y será una chica feliz. Y también rica.» Tenía razón. Soy la prueba. Puedo tener el aspecto que tengo y hacer cualquier cosa, y vendo la mayor parte de los lápices de labios y polvos para el cutis del Sistema..., pero tengo que poder hacer cualquier cosa.

—Parece usted fría y eficiente —observé.

—No me siento fría —dijo. Se levantó—. Vayamos a nadar un poco.

—¿Puedo señalarle que estamos yendo a buen ritmo?

—Si lo que quiere es señalar lo obvio, puede hacerlo. Dijo usted que podía volver a la nave sin ayuda. ¿Ha cambiado de opinión?

—No.

—Entonces busque un par de equipos de buceo, y le reto a una carrera por debajo de Diezcuadrados. Que ganaré —añadió.

Me levanté y la miré desde arriba, porque normalmente eso me hace sentir superior a las mujeres.

—Hija de Lir, ojos de Picasso —dije—, ha conseguido disputar una carrera. Búsqieme junto a la Torre delantera de estribor dentro de diez minutos.

—Diez minutos —aceptó.

Y diez minutos fueron. Desde la burbuja central hasta la Torre tardé quizá dos, con la carga que llevaba. Las sandalias se me calentaron mucho, y me alegré de cambiarlas por las patas de rana cuando llegué al comparativo frescor de la esquina.

Nos colocamos los arneses y ajustamos el equipo. Ella se había cambiado a un atuendo verde de una pieza que me hizo proteger los ojos y desviar la vista y luego mirar de nuevo.

Sujeté una escalerilla de cuerda y la pateé por encima de la borda. Después golpeé la pared de la Torre.

—¿Sí?

—¿Se comunicó con la Torre de babor, a popa? —pregunté.

—Todos están preparados —fue la respuesta—. Hay escalerillas y cuerdas por todo aquel extremo.

—¿Está segura de que quiere hacer esto? —preguntó el pequeño tipo bronceado que era su publicista, un tal Anderson.

El hombre estaba sentado al lado de la Torre en una hamaca, bebiendo limonada con una pajita.

—Puede ser peligroso —observó, con la boca fruncida. (Tenía los dientes al lado, en otro vaso.) —Exacto. —La mujer sonrió—. Será peligroso. Aunque no demasiado.

—Entonces, ¿por qué no me deja tomar algunas fotos? Las tendremos en Línea de la Vida en una hora. Estarán en Nueva York esta noche. Buen material.

—No —dijo ella, y miró para otro lado. Se llevó las manos a los ojos.

—Tome, guárdeme eso.

Entregó al hombre una caja donde estaba toda su ceguera, y cuando se volvió de nuevo hacia mí sus ojos tenían el mismo color castaño que recordaba.

—¿Listo?

—No —dijo con voz tensa—. Escuche con atención, Jean. Si quiere jugar a esto, hay algunas reglas. Primero —conté—, vamos a ir directamente por debajo del casco, de

modo que tenemos que empezar a cierta profundidad y no dejar de movernos. Si golpeamos el casco, podemos romper alguna botella de oxígeno...

Ella empezó a protestar diciendo que cualquier idiota sabía eso; la corté en seco.

—Segundo —proseguí—, no habrá mucha luz, así que permaneceremos muy juntos, y ambos llevaremos linternas.

De sus ojos húmedos salió un destello.

—Lo saqué de Govino sin...

Entonces se interrumpió y dio media vuelta. Recogió una lámpara.

—De acuerdo. Linternas. Lo siento.

—... Y cuidado con las hélices —concluí—. Habrá fuertes corrientes hasta al menos cincuenta metros detrás de ellas.

Se secó de nuevo los ojos y se ajustó la mascarilla.

—Muy bien, vamos.

Allá fuimos.

Ante mi insistencia ella abrió la marcha. La capa más superficial era placenteramente cálida. A las dos brazas el agua era tibia; a las cinco era agradable y fría. A las ocho soltamos la oscilante escalerilla y nos lanzamos. Diezcuadrados siguió avanzando y nosotros nos movimos en dirección opuesta, tatuando de amarillo el casco a intervalos de diez segundos.

El casco se quedó donde debía, pero nosotros avanzamos como dos satélites por el lado oscuro. Periódicamente le acariciaba con la luz las aletas de los pies y le recorría la antena de burbujas. Cinco metros de ventaja estaban bien; le ganaría en el último tramo, pero todavía no podía dejar que se quedara atrás.

Debajo de nosotros, la oscuridad. Inmensa. Profunda. El Mindanao de Venus, donde la eternidad podía finalmente dejar descansar a los muertos en ciudades de peces sin nombre. Moví la cabeza hacia un lado y toqué el casco con un tentáculo de luz; me dijo que habíamos recorrido más o menos una cuarta parte del camino.

Incrementé el ritmo para igualar la firme brazada de ella, y reduje la distancia que se había agrandado repentinamente un par de metros. Ella aceleró de nuevo y yo hice lo mismo. Le apunté con el haz.

Se volvió y la luz incidió en su mascarilla. Nunca supe si estaba sonriendo. Es probable. Alzó dos dedos en una V de Victoria y luego siguió adelante a toda velocidad.

Tendría que haberlo sabido. Tendría que haberme dado cuenta. Para ella era sólo una carrera, alguien más a quien ganar. ¡Al demonio con los torpedos!

Así que hice un esfuerzo. Yo no flaqueo en el agua. Y si flaqueo, no importa y no me doy cuenta. Empecé a acortar de nuevo la distancia.

Ella miró hacia atrás, aceleró, miró hacia atrás. Cada vez que miraba yo estaba más cerca, hasta que reduje de nuevo la distancia a los cinco metros originales.

Entonces ella accionó los chorros.

Eso era lo que yo temía. Estábamos aproximadamente a medio camino debajo de Diezcuadrados, y ella no debería haberlo hecho. Los poderosos chorros de aire comprimido podían lanzarla fácilmente hacia arriba, contra el casco, o desprender algo si ella torcía el cuerpo. Esos chorros se usan sobre todo para librarse de plantas marinas o para luchar contra corrientes intensas. Yo había querido traerlos como medida de seguridad, debido a los enormes molinos de viento que chupaban y arrastraban allá detrás.

Ella se lanzó hacia adelante como un meteorito, y sentí un repentino hormigueo de transpiración que me brotaba del cuerpo y se mezclaba con las revueltas aguas.

Seguí avanzando sin querer usar mis propios chorros, y ella triplicó, cuadruplicó el margen.

Los chorros cesaron, y ella seguía en marcha. De acuerdo, yo era un viejo quisquilloso. Ella podía haber echado todo a perder y haberse encaminado hacia arriba.

Yo surcaba el mar y empecé a acortar distancia, metro a metro. Ahora ya no sería capaz de alcanzarla y mucho menos de ganarle, pero estaría en las cuerdas antes de que ella pisara la cubierta.

Entonces las girantes hélices empezaron a insistir, y ella vaciló. Era una fuerza de succión muy potente, incluso a aquella distancia. La llamada de la picadora de carne.

Una vez me había rozado una, debajo del Delfín, un bote de pesca de, clase media. Yo había estado bebiendo, pero además era un día turbulento y habían puesto la cosa en marcha prematuramente. Por fortuna, la apagaron también a tiempo, y un remiendo en el tendón reparó todo, menos en el diario de a bordo, donde sólo se mencionó que yo había estado bebiendo. No se dijo nada de que estaba en mi tiempo libre, durante el cual tenía derecho a hacer lo que me diera la gana.

Ella había reducido la velocidad a la mitad, pero seguía avanzando en diagonal, hacia la esquina de babor de popa. Yo también empecé a sentir el tirón y tuve que frenar un poco. Ella había pasado ya la mayor, pero parecía estar demasiado atrás. Resulta difícil calcular las distancias bajo el agua, pero cada rojo latido de tiempo me daba la razón. Estaba a salvo de la mayor, pero la hélice de babor, más pequeña, situada, a unos ochenta metros hacia dentro, ya no era una amenaza sino una certeza.

Ahora ella había girado e intentaba alejarse. Nos separaban veinte metros. Se había quedado quieta. Quince.

Lentamente, el agua empezó a arrastrarla hacia atrás. Accioné los chorros, apuntando a dos metros detrás de ella y a unos veinte de las palas.

¡En línea recta! ¡Gracias a Dios! Un golpe, un tubo de plomo contra el hombro, ¡NADAR COMO UN DEMONIO! Máscara astillada, pero no rota, ¡Y ARRIBA!

Agarramos una cuerda y recuerdo el brandy.

En la cuna que se mece sin cesar escupo, yendo de un lado a otro. Insomnio esta noche y el hombro izquierdo dolorido de nuevo, así que dejemos que llueva sobre mí... el reumatismo tiene cura. Grandísimo estúpido. Eso es lo que dije. Entre mantas y temblando. Ella: «Carl, no sé qué decir.» Yo: «Entonces, señorita Luharich, sea honesta con aquella noche en Govino, ¿de acuerdo?» Ella: nada. Yo: «¿Un poco más de ese brandy?» Ella: «Sírvame otro, sí.» Yo: sonidos líquidos. Sólo había durado tres meses. Nada de pensión alimenticia. Mucho \$ por ambos lados. Ninguna certeza de que fuéramos felices. El Egeo, oscuro como el vino. Buena pesca. Quizá él tendría que haber pasado más tiempo en la orilla. O quizá ella tendría que haber pasado menos. Buena nadadora, sin embargo. Lo arrastró hasta Vido para estrujarle el agua de los pulmones. Jóvenes. Ambos fuertes. Ambos ricos y malcriados como el demonio. Ambos. Corfú tendría que haberlos unido más. No lo hizo. Creo que la crueldad mental era escurridiza. Él deseaba ir a Canadá. Ella: «¡Vete al infierno si quieres!» Él: «¿Vendrás tú también?» Ella: «No.» Pero fue, de todos modos. A muchos infiernos. Caros. Él perdió uno o dos monstruos. Ella heredó un par. Muchos rayos esta noche. Qué estúpido. La cortesía es el ataúd de un alma engañada. ¿Por quién? Suena como un maldito neo-ejec... Pero te odio, Anderson, con tu vaso lleno de dientes y los nuevos ojos de ella... No puedo mantener encendida esta pipa, seguir chupando el tabaco. ¡Escupe de nuevo!

A los siete días apareció lkky en la pantalla.

Se oyeron timbres, pataleos, y algún optimista conectó el termostato en el Hopkins. Malvern quería que me quedara fuera, pero me metí en el arnés y esperé los acontecimientos. El hematoma tenía peor aspecto de lo que era en realidad. Había hecho ejercicio todos los días y el hombro no se me había puesto rígido.

Mil metros más adelante y a treinta brazas de profundidad, nos abría un túnel. En la superficie no aparecía nada.

—¿Lo perseguiremos? —preguntó un excitado tripulante.

—No a menos que ella quiera usar dinero como combustible.

Me encogí de hombros.

La imagen pronto fue nítida, y siguió así. Permanecemos en alerta y mantuvimos el rumbo.

No había intercambiado más de una docena de palabras con mi jefa desde la última vez que bajamos juntos, así que decidí ganar puntos.

—Buenas tardes —la abordé—. ¿Qué novedades hay?

—Está yendo hacia el norte-nordeste. A éste tendremos que dejarlo escapar. Unos cuantos días más y podremos permitirnos alguna persecución. Todavía no.

Cabeza lustrosa...

Asentí.

—No sabemos hacia dónde se encamina éste.

—¿Cómo está, su hombro?

—Muy bien. ¿Y usted?

Hija de Lir...

—Estupenda. Por cierto, está propuesto usted para una interesante bonificación.

¡Ojos de perdición!

—No hay de qué —le respondí.

Horas después, esa tarde, como correspondía, estalló una tormenta. (Prefiero «estalló» a «se desencadenó». Da una idea más exacta del comportamiento de las tormentas tropicales en Venus y ahorra una gran cantidad de palabras.) ¿Recuerdan aquel tintero que mencioné antes? Ahora tómenlo entre el pulgar y el índice y péguenle con un martillo. ¡Cuidado! No se salpiquen ni se corten...

Secos, luego empapados. Al caer el martillo el cielo se fractura en un millón de pedazos. Y un estruendo.

—¿Todo el mundo está abajo? —sugirieron los altavoces a la tripulación que ya se estaba poniendo a resguardo.

¿Dónde estaba yo? ¿Quién creen que estaba hablando por los altavoces?

Todo lo que no estaba atado saltó por encima de la borda cuando el agua se puso a pasear por cubierta, pero por aquel entonces ya no había nadie por allí suelto. El Deslizador fue la primera cosa en ir bajo cubierta. Luego: lo siguieron los grandes elevadores.

Yo había corrido a la Torre más cercana soltando un grito en el momento mismo que reconocí el brillo previo del holocausto. Desde allí conecté los altavoces y pasé medio minuto dirigiendo el equipo de los rieles.

Se habían producido daños menores, me dijo Mike por la radio, pero nada serio. Yo, sin embargo, me había quedado aislado mientras durara la tormenta. Las Torres no conducen a ninguna parte; están demasiado en los ángulos del casco como para proporcionar entrada hacia abajo.

Así que me despojé de las botellas que había llevado durante las últimas horas, crucé las patas de rana sobre la mesa y me recliné para contemplar el huracán. Arriba estaba tan negro como abajo y nosotros en medio, iluminados de alguna forma debido a todo aquel espacio plano y reluciente. Las aguas de arriba no llovían exactamente..., más bien parecían acumularse y caer juntas.

Las Torres eran seguras —habían resistido un gran número de aquellos asaltos—, pero su situación les proporciona un mayor arco de ascenso y descenso cuando Diezcuadrados se mueve como la mecedora de una abuela muy nerviosa. Usé los cinturones de mi equipo para atarme a la silla fijada al suelo, y perdoné varios años de purgatorio al alma de quien fuera que olvidó un paquete de cigarrillos en el cajón de la mesa.

Miré cómo el agua hacía tipis y montañas y manos y árboles hasta que empecé a ver rostros y gente. Entonces llamé a Mike.

—¿Qué haces ahí abajo?

—Me pregunto qué haces tú ahí arriba —respondió—. ¿Cómo están las cosas?

—Tú eres del Medio Oeste, ¿verdad?

—Sí.

—¿Allí hay tormentas fuertes?

—A veces.

—Intenta pensar en la peor que te haya tocado. ¿Tienes una regla de cálculo a mano?

—Aquí mismo.

—Entonces pon un uno debajo, imagínalo seguido por uno o dos ceros y multiplica.

—No puedo imaginar los ceros.

—Entonces conserva el multiplicando... Eso es todo lo que puedes hacer.

—Bueno, ¿qué haces ahí arriba?

—Me he atado a la silla. En estos momentos miro cómo las cosas ruedan por el suelo.

Miré de nuevo hacia arriba y hacia fuera. Vi una sombra más oscura en el bosque.

—¿Estás rezando o blasfemando?

—Maldita sea si lo sé. Pero si esto fuera el Deslizador..., ¡si sólo fuera el Deslizador!

—¿Está ahí fuera?

Asentí, olvidando que él no podía verme.

Tan grande como lo recordaba. Sólo había aflorado a la superficie por unos breves momentos, para mirar a su alrededor. No hay ningún poder en la Tierra comparable con él, que fue hecho para no temer a nadie. Dejé caer el cigarrillo. Era lo mismo que antes. Parálisis y un grito que no nacía.

—¿Estás bien, Carl?

Había vuelto a mirarme. O eso parecía. Quizá aquella bestia bruta había estado esperando medio milenio para, arruinar la vida de un miembro de la más desarrollada especie en actividad...

—¿Estás bien?

O quizá ya la había arruinado, mucho antes de su encuentro, y el suyo era tan sólo un encuentro de bestias, en el que la más fuerte golpeaba y echaba a un lado a la más débil, cuerpo contra psique...

—¡Carl, maldita sea! ¡Di algo!

Volvió a aflorar a la superficie, esta vez más cerca. ¿Han visto alguna vez la manga de un tornado? Parece como algo vivo, moviéndose de un lado para otro en medio de toda esa oscuridad. Nada tiene derecho a ser tan grande, tan fuerte, y moverse. Es una sensación nauseabunda.

—Por favor, respóndeme.

Se había ido, y no volvió aquel día. Finalmente hice un par de comentarios chistosos a Mike, pero tenía otro cigarrillo en la mano derecha.

Las siguientes setenta u ochenta mil olas rompieron con una monótona similitud. Los cinco días en que lo hicieron no tuvieron tampoco nada de particular. La mañana del decimotercer día en el mar, sin embargo, nuestra suerte empezó a mejorar. Los timbres hicieron pedazos nuestro letargo empapado en café, y salimos corriendo de la cocina sin oír lo que hubiera podido ser el comentario más ingenioso de Mike.

—¡Por popa! —gritó alguien—. ¡A quinientos metros!

Me saqué todo hasta quedar en traje de baño y empecé a abrocharme hebillas. Siempre tengo el equipo a mano.

Chapaleé cruzando la cubierta mientras me ataba un serpenteador desinflado.

—¡Quinientos metros, veinte brazas! —retumbaron los altavoces.

Los grandes escotillones se abrieron ruidosamente y el Deslizador creció hasta alcanzar toda su altura, con mi dama en la consola. Traqueteó al pasar por mi lado y siguió adelante. Su brazo se alzó y se estiró.

Enfrenté el Deslizador mientras los altavoces gritaban:

—¡Cuatrocientos ochenta, veinte!

—¡Estado Rojo!

Un eructo como la salida de un tapón de champán y el anzuelo partió describiendo un alto arco por encima de las aguas.

—¡Cuatrocientos ochenta, veinte! —repitieron los altavoces, puro Malvern y estática—. ¡Cebador, atención!

Me ajusté la mascarilla y, despacio, me dejé caer por el costado. Luego calor, luego frío, luego dentro.

Verde, inmenso, hacia abajo. Rápido. Éste es el lugar donde soy igual que un serpenteador. Si algo grande decide que un cebador parece más sabroso que lo que lleva consigo, entonces la ironía colorea su título tanto como el agua a su alrededor.

Vi los cables a la deriva y los seguí hacia abajo. Verde a verde oscuro a negro. Había sido un lanzamiento largo, demasiado largo. Nunca había tenido que seguir uno hasta tan abajo. No quería encender la linterna.

Pero tuve que hacerlo.

¡Malo! Todavía me quedaba un largo camino por recorrer. Apreté los dientes y metí la imaginación en una camisa de fuerza.

Finalmente se acabó el sedal.

Lo rodeé con un brazo y desabroché el serpenteador. Lo até al anzuelo, trabajando tan rápido como pude, y enchufé las pequeñas conexiones bien protegidas con aislantes que son la razón por la cual no se lo puede disparar con el anzuelo. Ikky podía romperlas, pero para entonces ya no importaría.

Una vez sujeta mi anguila mecánica, tiré de los tapones de cada parte y miré cómo crecía. Había sido arrastrada más abajo durante esa operación, que me tomó más o menos minuto y medio. Estaba cerca —demasiado cerca— de donde nunca quería estar.

Pese a lo mucho que me había resistido a encender la luz, de repente tuve miedo de apagarla. El pánico se apoderó de mí, y me sujeté al cable con ambas manos. El serpenteador se puso a emitir un brillo rosado. Empezó a retorcerse. Era dos veces más grande que yo e indudablemente dos veces más atractivo para los devoradores de serpenteadores rosa. Me dije eso hasta que me lo creí, luego apagué la luz y empecé a subir.

Si chocaba contra algo enorme y con piel de acero mi corazón tenía órdenes de dejar de latir inmediatamente y abandonarme, y dedicarse a cruzar eternamente el Aqueronte, farfullando.

Sin farfullar, llegué a las aguas verdes y volé a toda prisa al nido.

Tan pronto como me hubieron izado a bordo me quité la mascarilla y la dejé colgar sobre el pecho, me protegí los ojos con la mano y miré si había alguna turbulencia en la superficie. Mi primera pregunta, por supuesto, fue:

—¿Dónde está?

—En ninguna parte —dijo un tripulante—. Lo perdimos inmediatamente después de que saltara usted por la borda. No podemos captarlo ni siquiera con el sonar. Debe de haberse metido más abajo.

—Lástima.

El serpenteador seguía en las profundidades, disfrutando del baño. Mi trabajo había terminado por el momento. Volví para calentarme con un café y ron.

Un susurro a mis espaldas:

—¿Después serías capaz de reírte de esa forma?

Respuesta perspicaz:

—Depende.

Riendo entre dientes, regresé a la burbuja central con dos tazas llenas.

—¿Todavía sigue desaparecido?

Mike asintió. Le temblaban las enormes manos, y las mías estaban tan firmes como las de un cirujano cuando deposité las tazas.

Cuando me despojé de las botellas y busqué un banco, dio un salto.

—¡No gotees sobre ese panel! ¿Quieres matarte y hacer saltar unos cuantos fusibles caros?

Me sequé, luego me senté para observar el ojo vacío en la pared. Bostecé feliz; mi hombro parecía como nuevo.

La pequeña caja por la que habla la gente quería decir algo, así que Mike accionó el conmutador y la alentó a que lo hiciese.

—¿Está Carl ahí, señor Dabis?

—Sí, señora.

—Entonces déjeme hablar con él.

Mike hizo un gesto y yo ocupé su lugar.

—Adelante —dije.

—¿Está usted bien?

—Sí, gracias. ¿No debería estarlo?

—Fue una inmersión larga. Yo... supongo que me pasé con el lanzamiento:

—Me encanta —dije—. Más horas extras para mí. Esa cláusula de las tareas peligrosas es una gran cosa.

—Seré más cuidadosa la próxima vez —se disculpó—. Supongo que estaba demasiado ansiosa. Lo siento... —Algo le ocurrió a la frase, así que la terminó ahí, dejándome con media bolsa de respuestas que había estado guardando.

Tomé el cigarrillo de detrás de la oreja de Mike y lo encendí con el que había en el cenicero.

—Carl, te trató con amabilidad —me dijo, volviéndose para estudiar los paneles.

—Lo sé —respondí—. Yo no.

—Quiero decir que es una chica muy hermosa y agradable. Testaruda y todo lo demás. Pero, ¿qué es lo que te ha hecho?

—¿Últimamente? —pregunté.

Me miró, luego miró la taza.

—Sé que no es asunto mío... —empezó a decir.

—¿Crema y azúcar?

Ikky no regresó aquel día, ni aquella noche. Sintonizamos un poco de Dixieland de Línea de la Vida y dejamos que la rata se paseara mientras Jean se hacía llevar la cena al Deslizador. Más tarde se hizo instalar una litera dentro. Conecté a la megafonía general el «Deep Water Blues» cuando salió por las ondas, y esperé a que ella llamara y nos maldijera un poco. No lo hizo, así que decidí que estaba durmiendo.

Luego conseguí interesar a Mike en una partida de ajedrez que duró hasta el amanecer. La partida limitó la conversación a varios «jaque», un «jaque mate» y un «¡maldita sea!». Puesto que es un mal perdedor, eso sabotó con toda efectividad cualquier charla posterior, lo cual fue estupendo para mí. Desayuné un bistec con patatas fritas y me fui a la cama.

Diez horas más tarde alguien me despertó de una sacudida y me apoyé en un codo, negándome a /abrir los ojos.

—¿Qué demonios pasa?

—Siento despertarlo —dijo uno de los tripulantes jóvenes—, pero la señorita Luharich quiere que desconecte usted el serpenteador para que podamos seguir nuestro rumbo.

Me froté un ojo con los nudillos y lo abrí, todavía sin decidir si aquello me hacía gracia.

—Súbanlo por el costado. Cualquiera puede desconectarlo.

—Está ahora en el costado, señor. Pero ella dice que eso figura en su contrato y que debemos hacer las cosas bien.

—Es muy considerada. Estoy seguro de que mi sindicato apreciará ese gesto.

—Y... y también ha dicho que le pida que se cambie el bañador y se peine y se afeite. El señor Anderson va a filmarlo.

—Muy bien. Adelante; dile que allá voy... y pregúntale si tiene algún esmalte para las uñas de los pies que pueda prestarme.

Ahorraré los detalles. En total tardé tres minutos, y lo hice todo perfectamente, incluso perdonarme a mí mismo cuando resbalé y choqué contra el immaculado bañador blanco de Anderson con el serpenteador mojado. Anderson sonrió y lo apartó con la mano; ella sonrió, aunque ni siquiera el Complectacolor Luharich podía disimular del todo los círculos oscuros que tenía debajo de los ojos; y yo sonreí, saludando con la mano a todos nuestros fans allá en videolandia. Recuerde, señora Universo, también usted puede parecer un atrapamonstruos. Sólo tiene que usar la crema facial Luharich.

Fui abajo y me preparé un bocadillo de atún, con mayonesa.

Dos días como icebergs —grises, vacíos, medio fundidos, totalmente gélidos, sobre todo ocultos y segura amenaza para la paz mental— pasaron a nuestro lado y por suerte quedaron atrás. Experimenté algunos antiguos sentimientos de culpabilidad y tuve unos cuantos sueños inquietantes. Entonces llamé a Línea de la Vida y comprobé el estado de mi cuenta bancaria.

—¿Te vas de compras? —preguntó Mike, que había hecho la llamada para mí.

—Me voy a casa —respondí.

—¿Eh?

—Después de esto, Mike, me voy del negocio de los cebos. ¡Al diablo con Ikky! ¡Al diablo con Venus y las Empresas Luharich! ¡Y al diablo contigo!

Mike enarcó las cejas.

—¿Qué te ha dado?

—Esperé más de un año este trabajo. Ahora que estoy aquí, he decidido que todo el asunto apesta.

—Sabías en lo que te metías cuando firmaste. Hagas lo que hagas, cuando trabajas para vendedores de cremas faciales no haces otra cosa que vender cremas faciales.

—Oh, no es eso lo que me molesta. Admito que el lado comercial me irrita, pero Diezcuadrados ha sido siempre un anuncio publicitario, desde el momento en que se hizo a la mar.

—Entonces ¿qué?

—La suma de cinco o seis cosas. La principal es que ya no me importa. En una época atrapar a ese bicho me importaba más que cualquier otra cosa, pero ahora ya no. Me arruiné con lo que empezó como un juego, y quería sangre por lo que me había costado. Ahora me doy cuenta de que quizá no podía esperar otra cosa. Estoy empezando a sentir pena por Ikky.

—¿Y ahora no lo quieres?

—Lo aceptaré si viene pacíficamente, pero no siento la necesidad de arriesgar el pellejo para hacer que se arrastre dentro del Hopkins.

—Me siento inclinado a pensar que ésta es una de las otras cuatro o cinco cosas que dijiste que habías sumado.

—¿Como cuáles?

Escrutó el techo.

Gruñí.

—Está bien, pero no lo diré sólo para contentarte porque has acertado.

Él, con una sonrisa de suficiencia:

—Esa expresión que tiene ella no es sólo por Ikky.

—No, no. —Sacudí la cabeza—. Ambos somos por naturaleza cámaras de fisión. No puedes tener reactores a ambos extremos del cohete y esperar que vaya a alguna parte: simplemente se —aplasta lo que está en el medio.

—Así fue. No es asunto mío, por supuesto...

—Dilo de nuevo y lo dirás sin dientes.

—Cuando quieras, muchacho —alzó la vista—, donde quieras...

—Bien, adelante. ¡Dilo!

—A ella no le importa ese maldito reptil; vino aquí para arrastrarte de vuelta a tu sitio. En este viaje tú no eres el cebador.

—Cinco años es demasiado tiempo.

—Tiene que haber algo debajo de esa asquerosa piel tuya que le gusta a la gente —murmuró—, o yo no estaría hablando así. Quizá los humanos te asociemos con algún perro realmente feo por el que sentimos lástima cuando éramos pequeños. De todos modos, alguien quiere llevarte a casa y criarte... pero también hay algo acerca de mendigos que no reciben menús.

—Amigo —reí entre dientes—, ¿sabes lo que voy a hacer cuando llegue a Línea de la Vida?

—Me lo imagino.

—Te equivocas. Tomaré una nave a Marte, y luego viajaré de vuelta a casa, en primera. Las cláusulas de quiebra de Venus no se aplican a los fondos fiduciarios de Marte, y todavía tengo un buen fajo metido en un lugar donde no pueden entrar ni las polillas ni la corrupción. Voy a comprar una mansión vieja y grande en el Golfo, y si alguna vez buscas trabajo puedes parar allí y quedarte abriendo botellas para mí.

—Eres un asqueroso cobarde —comentó.

—De acuerdo —admití—, pero también pienso en ella.

—He oído las historias acerca de vosotros dos —dijo—. Así que tú eres un sinvergüenza y un tonto y ella es una zorra. A eso llaman compatibilidad en nuestros días. Te lo advierto, cebador, intenta conservar algo de lo que atrapes.

Me volví.

—Si alguna vez deseas ese trabajo, búscame.

Cerré la puerta con suavidad a mis espaldas y lo dejé sentado allí esperando el portazo.

El día de la bestia amaneció como cualquier otro. Dos días después de mi cobarde huida de las aguas vacías volví a bajar para colocar de nuevo el cebo. Nada en el sonar. Yo estaba preparando las cosas para el intento de rutina.

Grité un «buenos días» desde fuera del Deslizador y recibí una respuesta desde dentro antes de saltar por la borda. Había reevaluado las palabras de Mike, sin ruido, sin furia, y aunque no aprobaba su sentir ni su significado, había optado de todos modos por ser civilizado.

Así que abajo, dentro y lejos. Seguí un sedal bastante aceptable unos doscientos noventa metros. Los serpenteantes cables ardían negros a mi izquierda, y acompañé sus ondulaciones desde el verde amarillento hasta abajo, en la oscuridad. En la húmeda noche no había sonidos, y me abrí paso a través de ella como un cometa bizco, con la brillante cola por delante.

Hallé el extremo del sedal, liso y resbaladizo, y empecé a montar el cebo en el anzuelo. Un mundo helado me barrió entonces, de los tobillos a la cabeza. Era una ráfaga como si alguien hubiera abierto una enorme puerta allí debajo. Yo tampoco descendía con tanta rapidez.

Lo cual significaba que algo podía estar moviéndose hacia arriba, algo lo bastante grande como para desplazar una gran cantidad de agua. De todos modos, no pensé que fuera Ikky. Una extraña corriente submarina de algún tipo, pero no Ikky. ¡Ja!

Había terminado de fijar los plomos y preparaba el primer conector cuando una isla enorme, áspera y negra creció allí debajo...

Apunté en esa dirección con el haz de luz. Tenía la boca abierta.

Yo era un conejo.

Unas oleadas de terror mortal me recorrieron el cuerpo. Me implosionó el estómago. Estaba aturdido.

Una cosa, una sola cosa quedaba por hacer. Al fin conseguí hacerla. Fijé el resto de los conectores.

Para entonces yo podía contar las escamosas articulaciones que le rodeaban los ojos.

El serpenteador creció, adquirió una fosforescencia rosa... serpenteó.

Luego la lámpara. Tenía que apagarla, dejar sólo el cebo allí delante.

Una mirada hacia atrás mientras ponía en marcha los chorros.

Estaba tan cerca que el serpenteador se le reflejaba en los dientes, en los ojos. Cuatro metros y le besé la mandíbula con dos chorros mientras me elevaba. Entonces no sabía si me seguía o si se había detenido. Empecé a perder el conocimiento mientras esperaba a ser devorado.

Los chorros se apagaron y di unas débiles patadas. Demasiado rápido, sentí que llegaba un calambre. Un destello de luz, gritó el conejo. Un segundo, para saber...

O para terminarlo todo, respondí. No, conejo, no nos dejemos ver por los cazadores. Quedémonos a oscuras.

Finalmente aguas verdes, amarillo verdosas, después la superficie.

Redoblé los esfuerzos rumbo a Diezcuadrados. Las olas de la explosión a mis espaldas me empujaron hacia adelante. El mundo se cerró a mi alrededor, y a lo lejos sonó un grito:

—¡Está vivo!

Una sombra gigantesca y una onda de choque. El sedal también estaba vivo. Felices Zonas de Pesca. Quizá hice algo mal...

En alguna parte la Mano se había cerrado. ¿Qué es un cebo?

Unos cuantos millones de años. Recuerdo que empezaba como un organismo unicelular y dolorosamente me convertía en un anfibio y después respiraba aire. De la copa de los árboles me llegó una voz.

—Ahí vuelve.

Evolucioné regresando a la homosapiencia y después di un paso más, hasta la resaca.

—No intentes levantarte todavía.

—¿Lo hemos atrapado? —farfullé.

—Aún está luchando, pero lo tenemos enganchado. Creímos que te había tragado como aperitivo.

—Yo también.

—Respira un poco de esto y calla.

Un embudo sobre la cara. Bien. Levantad vuestras copas y bebed...

—Estaba a una enorme profundidad. Fuera del alcance del radar. No lo captamos hasta que comenzó a subir. Entonces ya era demasiado tarde.

Empecé a bostezar.

—Te llevaremos dentro.

Conseguí desenfundar el cuchillo de la pantorrilla.

—Inténtalo y te quedarás con un pulgar menos.

—Necesitas descansar.

—Entonces tráeme otro par de mantas. Me quedo.

Me eché hacia atrás y cerré los ojos.

Alguien me sacudía. Penumbra y frío. Los focos sangraban amarillos en cubierta. Estaba en una litera provisional arrimada a la burbuja del centro. Envuelto en lana, aún seguía temblando.

—Llevamos ya once horas. Ahora no vas a poder ver, nada.

Sentí sabor a sangre.

—Bebe esto.

Agua. Tenía una observación que hacer pero no podía formularla.

—No preguntes cómo me siento —croé—. Sé lo que viene a continuación, pero no me lo preguntes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Quieres bajar ahora?

—No. Sólo dame la chaqueta.

—Aquí está.

—¿Qué hace ahora?

—Nada. Anda por las profundidades; narcotizado, pero no sube.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que se mostró por última vez?

—Unas dos horas.

—¿Jean?

—No quiere a nadie en el Deslizador. Escucha, Mike dice que entres. Está justo detrás de ti en la burbuja.

Me senté y volví la cabeza. Mike estaba mirando. Saludó con la mano; le devolví el saludo.

Saqué los pies de la litera y aspiré profundamente un par de veces. Dolor en el estómago. Me puse de pie y entré en la burbuja.

—¿Cómo vas? —preguntó Mike.

Miré el sonar. Ningún rastro de Ikky. Demasiado profundo.

—¿Tienes algo para mí?

—Sí, café.

—Nada de café.

—Estás enfermo. Además, café es lo único permitido aquí.

—El café— es un líquido parduzco que te quema el estómago. Tienes un poco en el cajón del fondo.

—No hay copas. Tendrás que usar un vaso.

—Mala suerte.

Mike sirvió el líquido.

—Lo haces bien. ¿Has estado practicando para ese trabajo?

—¿Qué trabajo?

—El que te ofrecí...

¡Una mancha en el radar!

—¡Está subiendo, señora! ¡Está subiendo! —gritó Mike al comunicador.

—Gracias, Mike. Lo tengo también aquí —dijo ella entre crujidos.

—¡Jean!

—¡Cállate! ¡Está atareada!

—¿Ése era Carl?

—Sí —dije—. Hablaremos más tarde. —Y corté.

¿Por qué lo hice?

—¿Por qué lo hiciste?

No lo sabía.

—No lo sé.

¡Malditos ecos! Me levanté y salí.

Nada. Nada.

¿Algo?

¡Diezcuadrados se bamboleaba! Debí de girar y sumergirse de nuevo al ver el casco. Espuma a mi izquierda, como si el agua estuviera hirviendo. Un interminable espagueti de cable rugía hundiéndose en las profundidades.

Permanecí un tiempo allí de pie, luego di media vuelta y regresé dentro.

Dos horas enfermo. Cuatro, y un poco mejor.

—Los narcóticos le están haciendo efecto.

—Sí.

—¿Qué pasa con la señorita Luharich?

—¿Con ella?

—Debe de estar medio muerta.

—Probablemente.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Ella firmó el contrato para esto. Sabía lo que podía ocurrir. Lo que podía ocurrir ocurrió.

—Creo que tú podrías sacarlo.

También yo lo creo.

—También ella.

—Entonces que me lo pida.

Ikky iba a la deriva, aletargadamente, a treinta brazas.

Di otra vuelta y por casualidad pasé por detrás del Deslizador. Ella no miraba en mi dirección.

—¡Carl, venga aquí!

Ojos de Picasso, eso era, y una conspiración para hacerme Deslizar...

—¿Es una orden?

—Sí... ¡No! Por favor.

Entré rápidamente y miré el monitor. Estaba subiendo.

—¿Empujo o tiro?

Pulsé el botón de «enrollar» y vino como una cometa.

—Decídase ahora.

Al llegar a diez brazas opuso resistencia.

—¿Le doy margen?

—¡No!

Siguió tirando de él hacia arriba: cinco brazas, cuatro...

Cuando estaba a dos accionó los extensores, que lo atraparon. Después los arpegarrios.

Afuera, gritos y relámpagos de flashes.

La tripulación vio a Ikky.

Ikky empezó a forcejear. Ella mantuvo los cables tensos, alzó los arpegarrios...

Arriba.

Otro metro y los arpegarrios empezaron a empujar.

Gritos, y ruidos de pasos apresurados.

El cuello, gigantesco tallo de una planta de guisante al viento, osciló. Las verdes colinas de aquellos hombros crecieron.

—¡Qué grande es, Carl! —oí que exclamaba ella. Y creció, y creció, y siguió creciendo...

—¡Ahora!

Ikky miró hacia abajo.

Miró hacia abajo como podría haber mirado el dios de nuestros más antiguos antepasados. Miedo, vergüenza, y una risa burlona resonaron en mi cabeza. ¿En la cabeza de ella también?

—¡Ahora!

Ella alzó la mirada hacia al naciente terremoto.

—¡No puedo!

Iba a ser tan sencillo esta vez, ahora que el conejo había muerto. Adelanté una mano.

La detuve.

—Pulsa tú el botón.

—No puedo. Hazlo tú. ¡Sácalo del agua, Carl!

—No. Si lo hago yo, te pasarás el resto de la vida preguntándote si lo podrías haber hecho tú. Perderás el alma intentando averiguarlo. Lo sé porque somos iguales y porque a mí ya me pasó. ¡Averígualo ya!

Se me quedó mirando.

La aferré por los hombros.

—Bien podría ser yo el que está ahí fuera —le sugerí—. Y oy una verde serpiente marina, una bestia odiosa y monstruosa que viene a destruirte. No respondo ante nadie. Pulsa el botón de Inyectar.

La mano de ella avanzó hacia el botón, retrocedió.

—¡Ahora!

Lo pulsó.

Bajé su cuerpo inmóvil hasta el suelo y me ocupé de todo lo que faltaba hacer con Ikky.

Habían pasado unas buenas siete horas cuando desperté con el constante chirrido de las palas de Diezcuadrados masticando el mar.

—Estás enfermo —comentó Mike.

—¿Cómo está Jean?

—Igual.

—¿Dónde está la bestia?

—Aquí.

—Bien. —Me di la vuelta—. Esta vez no escapó.

Y así fue. Nadie nace con la condición de cebador, no lo creo, pero los anillos de Saturno cantan epitalamios a la viuda de la bestia marina.

LAS LLAVES DE DICIEMBRE

Nacido de hombre y mujer, de acuerdo con la indicación Gatoforme Y7, Clase Mundofrío (modificado por Alyonal), 3.2-T, opción de MGSA, Jarry Dark no estaba hecho para existir en ninguna parte del universo que le había garantizado un nicho. Eso podía ser tanto una bendición como una maldición; dependía de cómo se lo mirase.

Así que, mirémoslo como lo miremos, ésta es la historia:

Es probable que sus padres le hubieran podido proporcionar la unidad de control de temperatura, pero no mucho más. (Jarry necesitaba una temperatura de por lo menos —50°C para estar cómodo.)

Es improbable que sus padres le hubieran podido proporcionar el equipo de control de presión atmosférica y de mezcla de gas necesario para mantenerlo vivo.

Nada se podía hacer para simularle 3,2 gravedades terrestres, y por lo tanto necesitaba todos los días medicamentos y fisioterapia. Es improbable que sus padres le hubieran podido proporcionar tantas cosas.

Sin embargo, la muy criticada opción se encargaba de todo eso. Velaba por su salud. Se preocupaba por su educación. Aseguraba su prosperidad económica y su bienestar físico.

Podríamos razonar que si no fuera por Minería General, SA, que tenía la opción, Jarry Dark no habría sido nunca un desvalido gatoforme de mundofrío (modificado por Alyonal). Pero entonces deberíamos tener en cuenta que nadie podría haber previsto la nova que destruyó a Alyonal.

Cuando sus padres se presentaron en el Centro de Planificación Familiar de Salud Pública a pedir consejo y medicación para la posible prole, les dieron una lista de los mundos disponibles y de las necesidades que había para esos mundos en cuanto a formas corporales. Entre todos los mundos seleccionaron el planeta Alyonal, que acababa de ser comprado por Minería General para la explotación mineral. Sabiamente, eligieron la opción; es decir, firmaron un contrato por anticipado a favor de su futuro hijo (que sería totalmente apto para habitar ese mundo), en el cual aceptaban que trabajara como empleado de Minería General hasta la mayoría de edad: a partir de ese momento

quedaría en libertad para marcharse y buscar empleo donde quisiera (aunque, en verdad, no tenía mucho para elegir). A cambio de esa concesión, Minería General aceptaba asegurarle salud, educación y una buena posición económica mientras estuviera en la empresa.

Cuando Alyonal se incendió y desapareció, los gatoformes de mundofrío que dependían de la opción, diseminados por toda la atestada galaxia, eran en virtud del contrato pupilos de Minería General.

Por eso Jarry creció en un cuarto herméticamente cerrado, con control atmosférico y de temperatura, y por eso recibió educación de primera en circuito cerrado, junto con la fisioterapia y los medicamentos. Por eso también se parecía un poco a un ocelote gris, sin cola; por eso tenía una membrana entre los dedos y no podía salir a mirar el tráfico sin ponerse un traje de refrigeración presurizado y sin tomar algunos remedios adicionales.

A lo largo de toda la pululante galaxia la gente buscaba el consejo de los Centros de Planificación Familiar de Salud Pública, y eran muchos los que habían hecho la misma elección que los padres de Jarry. Veintiocho mil quinientos sesenta y seis, para ser exactos. En cualquier grupo de veintiocho mil quinientos sesenta y seis hay, necesariamente, algunos individuos talentosos. Jarry era uno de ellos. Tenía el don de ganar dinero. Invertía casi todo el cheque de su pensión de Minería General en acciones de naturaleza especulativa, muy bien elegidas. (De hecho, luego de un tiempo llegó a poseer buena parte de las acciones de Minería General.)

Cuando apareció el hombre de la Unión Galáctica de Libertades Civiles interesándose por los contratos prenatales comprendidos en la opción y explicando que los gatoformes de Alyonal serían muy adecuados para una acción de ensayo (sobre todo porque los padres de Jarry vivían dentro de la jurisdicción del Circuito 877, donde existía la seguridad de un clima de tribunal favorable), los padres de Jarry no aceptaron colaborar, por temor a arriesgar la pensión de Minería General. Más tarde hasta el propio Jarry estuvo de acuerdo con esa decisión de los padres. Una sentencia favorable-no lo transformaría en normoforme de tipo terrestre, y cualquier otra cosa ¿que sentido podría tener? No era vengativo. Además, a esas —alturas poseía una considerable cantidad de acciones de MG.

Haraganeaba y ronroneaba en su tanque de metano; lo cual significaba que estaba pensando. Mientras ronroneaba y pensaba, hacía funcionar su crio-computadora. Estaba computando el capital neto de todos los gatoformes del recientemente organizado Club de Diciembre.

Dejó de ronronear y estudió un subtotal, se desperezó, meneó despacio la cabeza. Luego volvió a los cálculos.

Cuando terminó dictó un mensaje por el tubo parlante a Sanza Barati, presidente de Diciembre y prometida suya:

Queridísima Sanza:

Los fondos disponibles, como sospechaba, dejan mucho que desear. Más razón para empezar inmediatamente. Hazme el favor de presentar la propuesta a la comisión de negocios; háblales de mis cualidades y busca una aprobación inmediata. Terminé de redactar el balance general para los socios. (Adjunto copia.) Según esos números, necesitaré entre cinco y diez años si me respalda por lo menos el ochenta por ciento de los socios. Ánimo y fuerza, amor. Me gustaría conocerte algún día, en un sitio donde el cielo sea púrpura. Tuyo, siempre, Jarry Dark, Tesorero. P D. Me gusta que te haya gustado el anillo.

Dos años más tarde Jarry había duplicado el capital neto de Diciembre, SA.

Y un año y medio después lo había vuelto a duplicar.

Cuando recibió esta carta de Sanza, al año siguiente, subió al trampolín, saltó al aire, aterrizó de pie en el otro extremo del tanque, regresó junto al visor y la pasó de nuevo:

Querido Jarry:

Adjunto especificaciones y precios para otros cinco mundos. Al personal de investigación le gusta el último. A mí también. ¿Tú qué piensas? ¿Alyonal II? En ese caso, ¿qué te parece el precio? ¿Cuándo podríamos disponer de esa suma? Los investigadores también dicen que cien unidades cambiamundos lo podrían alterar hasta conseguir lo que queremos en cinco o seis siglos. Pronto te enviaré los costos de esa maquinaria.

Ven a vivir conmigo y sé mi amor en un sitio donde no hay paredes...

SANZA.

«¡Un año —respondió Jarry—, y te compraré un mundo! Rápido, los costos de maquinaria y transporte...»

Cuando llegaron los números Jarry lloró lágrimas heladas. Cien máquinas para alterar el ambiente de un mundo, más veintiocho mil tanques de sueñofrío, más costos de transporte de la maquinaria y las personas, más... ¡Demasiado caro! Hizo un cálculo rápido.

Habló por el tubo parlante:

«... Quince años más es mucho espera4 gatita. Diles que calculen cuánto tiempo necesitaríamos para transformar este sitio si compráramos sólo veinte unidades cambiamundos. Cariños y besos, JARRY.»

Durante los días siguientes, Jarry anduvo todo el tiempo de arriba para abajo, primero de pie, luego en cuatro patas, según el estado de ánimo.

«Aproximadamente tres mil años —fue la respuesta—. Que tu pelaje sea siempre brillante... SANZA.»

«Pongámoslo a votación, Ojosverdes», dijo Jarry.

¡Rápido, un mundo en trescientas palabras o menos! Imaginemos esto...

Una masa de tierra con tres mares negros y de aspecto salobre; llanuras grises y llanuras amarillas y cielos del color de la arena seca; bosques chatos con árboles como hongos que han sido frotados con yodo; ninguna montaña, sólo colinas pardas, amarillas, blancas, alhucema; pájaros verdes con alas como paracaídas, picos como hoces, plumas como hojas de roble, y atrás un paraguas vuelto del revés; seis lunas muy distantes, como puntos delante de los ojos durante el día, copos de nieve por la noche, gotas de sangre al crepúsculo y al alba; hierba como mostaza en los valles más húmedos; niebla como fuego blanco en las mañanas sin viento, serpientes albinas cuando se mueve el aire; grietas radiadas como roturas en cristales de ventanas; cavernas ocultas como cadenas de oscuras burbujas; diecisiete peligrosos depredadores conocidos, de uno a seis metros de largo, con demasiada piel y demasiados colmillos; granizadas repentinas como cardúmenes de peces martillo que saltan desde un cielo despejado; un casquete de hielo como una boina azul en cada polo; nerviosos bípedos de un metro y medio de estatura, escasos de cerebro, que vagan por los bosques chatos y que devoran la larva de la oruga gigante, además de la oruga gigante, el pájaro verde, el horador ciego y la lóbrega bestia carroñera; diecisiete caudalosos ríos; nubes como preñadas vacas purpúreas que rápidamente atraviesan la tierra para parir detrás del este visible; piedras azotadas por el viento como música congelada; noches como hollín que oscurecen las estrellas menores; valles con curvas como torsos de mujer o instrumentos de música; escarcha perpetua en los sitios de sombra; sonidos por la mañana como el crujido del hielo, el temblor de la hojalata, el chasquido de cables de acero...

Sabían que transformarían todo eso en un paraíso.

Llegó la vanguardia, desembarcaron los trajes de refrigeración, montaron diez unidades cambiamundos en cada hemisferio, comenzaron a instalar tanques de sueñofrío en varias de las cavernas más grandes.

Después, de un cielo color arena, llegaron los socios de Diciembre.

Llegaron y echaron una mirada y decidieron que casi era el paraíso; luego entraron en las cavernas y se durmieron. Más de veintiocho mil gatoformes de mundofrío (modificados por Alyonal) llegaron a ese mundo para dormir durante una estación, en silencio, el sueño de hielo y de piedra, para heredar el nuevo Alyonal. En ese sueño no hay ensueños. Pero aunque los hubiera, esos ensueños serían como los pensamientos de los que aún estaban despiertos.

—Es amargo, Sanza.

—Sí, pero sólo durante algún tiempo...

—Tenemos el uno al otro, un mundo propio, y sin embargo movernos como buzos en el fondo del mar. Tener que arrastramos cuando queremos saltar...

—Es sólo por un tiempo corto, Jarry; eso nos lo dirán los sentidos.

—¡Pero son de veras tres mil años! Pasará una edad glacial mientras dormitamos. Nuestros antiguos mundos cambiarán tanto que no podríamos reconocerlos si volviéramos a visitarlos, y nadie nos recordará.

—¿Visitar qué? ¿Nuestras antiguas celdas? ¡Sólo me importa esto! ¡Que las tierras que nos dieron vida nos olviden! Somos un pueblo aparte, y hemos encontrado nuestro mundo. Lo demás ¿a quién le interesa?

—Es cierto... Es poco tiempo, y además compartiremos los turnos de vigilia y de vigilancia.

—¿Cuándo será el primero?

—Dentro de dos siglos y medio: tres meses de vigilia.

—¿Cómo será el mundo entonces?

—No lo sé. Menos cálido.

—Durmamos entonces. Mañana será un día mejor.

—Sí.

—¡Oh! ¡Mira el pájaro verde! Flota como un sueño...

Cuando despertaron esa primera vez se quedaron dentro de la instalación cambiamundos en el sitio llamado Tierramuerta. El mundo era ya más frío, y en los bordes del cielo había un tinte rosa. Las paredes metálicas de la enorme instalación eran negras, y estaban cubiertas de escarcha. La atmósfera era todavía letal, y la temperatura demasiado elevada. Pasaban la mayor parte del tiempo en sus habitaciones especiales; sólo se aventuraban afuera cuando tenían que hacer algún experimento necesario, o para inspeccionar la estructura de la vivienda.

Tierramuerta... Rocas y arena. Ningún árbol, ninguna huella de vida.

La época de los vientos terribles estaba todavía sobre la tierra, y el mundo luchaba contra los campos de las máquinas. De noche, unas inmensas nubes se deslizaban por el suelo esculpiendo las piedras, y cuando se iban los vientos el desierto brillaba como si lo acabaran de pintar, y las piedras se erguían como llamas en la mañana y su canto. Después que el sol subía en el cielo y flotaba allí un momento, los vientos comenzaban otra vez a soplar, y la niebla parda caía otra vez sobre el mundo como un telón. Cuando partían los vientos de la mañana, Jarry y Sanza observaban la Tierramuerta por la ventana este de la instalación —la del tercer piso—, que era su favorita; allí la piedra que parecía un retorcido normoforme les hacía señas, y se tendían sobre el canapé verde que habían subido del primer piso y a veces hacían el amor mientras escuchaban cómo se levantaba el viento, o Sanza cantaba y Jarry escribía en el diario, o lo releía, la letra de amigos y desconocidos a través de los siglos, y a menudo ronroneaban pero nunca reían, porque no sabían reír.

Una mañana, mientras miraban, vieron una de las criaturas bípedas de los bosques de yodo caminando por la tierra. La criatura cayó varias veces, se incorporó, continuó, cayó otra vez y quedó inmóvil.

—¿Qué estará haciendo tan lejos de su casa? —preguntó Sanza.

—Está muriendo —dijo Jarry—. Salgamos.

Atravesaron un andén, bajaron al primer piso, se pusieron los respectivos trajes protectores y salieron de la instalación.

La criatura se había levantado otra vez, y caminaba tambaleándose. Le cubría el cuerpo un vello rojizo, tenía ojos oscuros, nariz larga y ancha, y carecía de verdadera frente. Tenía cuatro dedos cortos con uñas afiladas en cada mano y cada pie.

Cuando los vio salir de la unidad cambiamundos se detuvo y los miró. Luego se desplomó.

Jarry y Sanza se acercaron y la estudiaron.

La criatura los siguió observando, los ojos oscuros muy abiertos, temblando.

—Morirá si la dejamos aquí —dijo Sanza.

—... Y morirá si la llevamos dentro —dijo Jarry.

La criatura alzó un brazo hacia ellos, y lo volvió

a dejar caer. Los ojos se le encogieron, luego se cerraron.

Jarry se acercó un poco más y la tocó con la punta de la bota. No hubo ninguna reacción.

—Está muerta —dijo.

—¿Qué hacemos?

—La dejamos aquí. La arena la tatará.

Regresaron a la instalación y Jarry anotó el suceso en el diario.

Durante el último mes de servicio, Sanza le preguntó:

—¿Todo morirá aquí, menos nosotros? ¿Los pájaros verdes y los grandes depredadores? ¿Los extraños arbolitos y las orugas peludas?

—Espero que no —dijo Jarry—. He estado leyendo las notas que dejaron los biólogos. Pienso que la vida puede adaptarse. Después que comienza en un sitio, hace todo lo posible para continuar adelante. Quizá sea una suerte para las criaturas de este planeta que sólo hayamos podido comprar veinte cambiamundos. De ese modo tienen tres milenios para desarrollar más pelo y aprender a respirar nuestro aire y a beber nuestra agua. Con cien unidades las habríamos exterminado, y tendríamos que importar criaturas para mundofrío, o criarlas. De este modo, las que sobrevivan quizá no tengan problemas luego.

—Es curioso —dijo Sanza—, pero se me acaba de ocurrir que estamos haciendo aquí exactamente lo mismo que nos hicieron a nosotros. Nos crearon para Alyonal, y una nova se lo llevó. Estas criaturas nacieron en este lugar, y nosotros se lo estamos robando. Simplemente transformamos toda la vida de este planeta en lo que éramos nosotros en nuestros antiguos mundos: inadaptados.

—Hay una diferencia, sin embargo —dijo Jarry—; nosotros nos tomamos nuestro tiempo, y les damos una oportunidad para que se acostumbren a las nuevas condiciones.

—A pesar de todo, la sensación que yo tengo es de que el mundo se está transformando en eso —señaló hacia la ventana—: en una inmensa Tierramuerta.

—La Tierramuerta ya estaba aquí antes de que nosotros llegáramos. No hemos creado nuevos desiertos.

—Todos los animales van hacia el sur. Los árboles mueren. Cuando ya no puedan continuar. más hacia el sur y la temperatura siga bajando, y el aire siga quemándoles los pulmones, entonces todo habrá terminado para ellos.

—Para ese entonces quizá se hayan adaptado. Los árboles están creciendo, desarrollando cáscaras más gruesas. La vida triunfará.

—Tengo dudas...

—¿Preferirías dormir hasta que todo haya pasado?

—No; quiero estar a tu lado, siempre.

—Entonces tendrás que resignarte al hecho de que el cambio siempre hace daño en algún sitio. Si aceptas eso, no te harás daño a ti misma.

Luego escucharon cómo se levantaban los vientos

Tres días más tarde, en la quietud del crepúsculo, entre los vientos del día y los vientos de la noche, Sanza lo llamó a la ventana. Jarry subió al tercer piso y se acercó a ella. Los pechos de Sanza eran rosados a la luz del crepúsculo, y debajo había sombras plateadas. La piel de los hombros y las ancas era como un aura de humo. En su cara no había ninguna expresión, y sus ojos grandes y verdes miraban en otra dirección.

Jarry miró hacia afuera.

Caían los primeros copos, azules e inmensos, a través de la luz rosada. Flotaban pasando por delante del pétreo y torcido normoforme; algunos se adherían a la gruesa ventana de cuarzo; caían sobre el desierto y quedaban allí como capullos de cianuro; cuando llegaron los primeros soplos de los vientos terribles, empezaron a girar en remolinos. Allá arriba se habían juntado unas nubes oscuras, y de ellas bajaban cables y redes azules. Ahora los copos pasaban por delante de la ventana como mariposas, y el perfil de Tierramuerta parpadeaba apareciendo y desapareciendo. El rosa se apagó, y cuando llegaron a los oídos de ellos los primeros suspiros de la noche, y las oleadas de copos (ahora de color añil) empezaron a moverse no vertical sino horizontalmente, todo se volvió azul, un azul cada vez más oscuro.

«La máquina está callada —escribió Jarry—. A veces imagino que oigo voces dentro del zumbido constante, de los ocasionales gruñidos y los fuertes chasquidos. Estoy solo aquí en la estación de Tierramuerta. Han pasado cinco siglos desde nuestra llegada. Pensé que lo mejor era dejar que Sanza durmiera durante esta guardia; me pareció que las perspectivas podían ser demasiado heladas. (Lo son.) Seguramente se pondrá furiosa. Esta mañana, cuando todavía no había despertado del todo, me pareció oír las voces de mis padres en el cuarto de al lado. No entendía las palabras. Sólo oía los sonidos de las voces, como cuando los oía por el viejo intercomunicador. A estas alturas deben de estar muertos, a pesar de todos los cuidados geriátricos. Me pregunto si habrán pensado mucho en mí después de mi partida. Ni siquiera pude estrecharle la mano a mi padre sin el guante, o despedirme de mi madre con un beso. Es extraña la sensación de estar aquí tan solo, oyendo nada más que los latidos de estas máquinas mientras reordenan las moléculas de la atmósfera, refrigeran el mundo, aquí en el centro del sitio azul. Tierramuerta. Eso a pesar de que crecí en una cueva de acero. Llamo a las otras diecinueve estaciones todas las tardes. Tengo miedo de estar molestando demasiado. Mañana, o pasado mañana, no llamaré.

»Esta mañana salí un momento sin el equipo de refrigeración. Todavía hace un calor mortal. Tragué una bocanada de aire y me sofoqué. Nuestro día está todavía lejano. Pero noto una diferencia desde la última vez que probé, hace doscientos cincuenta años. ¿Cómo será esto cuando terminemos? Y yo; ¡un economista! ¿Qué función podré cumplir en el nuevo Alyonal? Cualquiera, mientras Sanza sea feliz...

»El cambiamundos tartamudea y gime. Hasta donde llega mi vista toda la tierra es azul. Las piedras están todavía en pie, pero sus formas no son las mismas que recuerdo. El cielo es ahora totalmente rosa, y se vuelve casi castaño por la mañana y al atardecer. Creo que es en realidad del color del vino, pero como nunca he visto vino no puedo estar seguro. Los árboles no han muerto. Son más duros. Tienen cáscara más gruesa, hojas más oscuras y más grandes. Me dijeron que ahora son mucho más altos. No hay árboles en Tierramuerta.

»Las orugas viven todavía. Tengo entendido que son mucho más grandes, pero porque ahora tienen más lana. Parece que muchos de los animales ya tienen pieles más gruesas. Algunos, evidentemente, se han puesto a invernar. Una cosa extraña: la Estación Siete

informó que pensaban que los bípedos tenían más vello. Todo indica hay una buena cantidad en esa zona, y los ven a lo lejos muy a menudo. Aparentemente son más velludos. Sin embargo, al observarlos más de cerca, ¡descubrieron que algunos llevaban o iban envueltos en pieles de animales muertos! ¿Será que son más inteligentes de lo que pensamos? Es casi imposible, pues el Equipo Biológico los examinó cuidadosamente antes de poner en marcha las máquinas. Sin embargo, es muy extraño.

»Los vientos son todavía fuertes. De vez en cuando oscurecen el cielo con cenizas. Al sudeste de aquí ha habido una considerable actividad volcánica. A causa de eso fue cambiada de sitio la Estación Cuatro. Ahora oigo cantar a Sanza, dentro de los sonidos de la máquina. La próxima vez la dejaré despertar. Para ese entonces las cosas ya estarán más asentadas. No, eso no es cierto. Es egoísmo. La quiero aquí, junto a mí. Me siento como si fuera el único ser viviente en el mundo. Las voces de la radio son fantasmas. El reloj hace un ruidoso tictac, y los silencios entre los tictacs son cubiertos por el zumbido de la máquina, que también es otra clase de silencio, porque es constante. A veces pienso que no está allí; escucho, fuerzo los oídos, y no sé si hay o no un zumbido. Verifico entonces los indicadores, que me aseguran que la máquina funciona. ¿Y si los indicadores anduvieran mal? Pero parece que no hay ningún desperfecto. No. Soy yo. Y el azul de Tierramuerta es una especie de silencio visual. Por la mañana hasta las rocas están cubiertas de escarcha azul. ¿Es eso hermoso o feo? No tengo respuesta. Es parte del gran silencio, nada más. Quizá me convierta en un místico. Quizá desarrolle poderes ocultos o alcance algo brillante y liberador mientras estoy aquí sentado en el centro del gran silencio. Quizá vea visiones. Ya oigo voces. ¿Habrá fantasmas en Tierramuerta? No, aquí nunca hubo nada de lo que pudiese haber salido un fantasma. Excepto quizá del pequeño bípedo. ¿Por qué habrá atravesado la Tierramuerta? ¿Por qué habrá ido hacia el centro de la destrucción y no hacia el otro lado, como los suyos? Nunca lo sabré. A menos que tenga una visión. Creo que es hora de levantarse y salir a dar un paseo. Los casquetes polares son más gruesos. La congelación ha comenzado. Pronto, pronto, todo mejorará. Pronto acabará el silencio: ésa es mi esperanza. Me pregunto, sin embargo, si el silencio no será el verdadero estado de cosas en el universo, y si nuestros pequeños ruidos no servirán solamente para acentuarlo, como una pequeña mancha negra en un desierto azul. En un tiempo todo fue silencio, y silencio volverá a ser; o es, quizá. ¿Oíré alguna vez sonidos verdaderos, o serán siempre sonidos que salen del silencio? Sanza canta otra vez. Ojalá pudiera despertarla ahora para que caminara conmigo aquí afuera. Está empezando a nevar.»

Jarry volvió a despertar en la víspera del milenio:

Sanza sonrió, y tomó la mano de Jarry entre las suyas y la acarició, mientras él le explicaba por qué la había dejado dormir, mientras se disculpaba.

—Claro que no estoy enojada —dijo Sanza—, teniendo en cuenta que yo hice lo mismo contigo en el último ciclo.

Jarry alzó la vista y la miró, y sintió que en ese momento empezaba la comprensión.

—No lo volveré a hacer —dijo Sanza—, y sé que tú no podrías hacerlo. La soledad es casi insoportable.

—Sí —respondió Jarry.

—La última vez nos calentaron y nos revivieron a los dos. Yo desperté antes y les dije que te volvieran a dormir. En ese momento estaba furiosa; acababa de darme cuenta de lo que habías hecho. Pero tantas veces tuve deseos de que estuvieses allí conmigo que pronto se me fue el enojo.

—Estaremos juntos —dijo Jarry.

—Sí, siempre.

Tomaron un volador desde la cueva del sueño hasta la instalación cambiamundos en Tierramuerta, donde relevaron a los otros encargados y mudaron el nuevo canapé al tercer piso.

El aire de Tierramuerta era sofocante, pero ahora podía ser respirado durante períodos cortos, aunque a esos experimentos seguía invariablemente un dolor de cabeza. El calor era todavía opresivo. La roca que en otro momento había parecido un normoforme haciendo señas, había perdido su perfil característico. Los vientos ya no eran tan fuertes.

El cuarto día encontraron algunas huellas de animales que aparentemente pertenecían a uno de los depredadores más grandes. Sanza se alegró, pero después pasó otra cosa que sólo les causó perplejidad.

Una mañana salieron a caminar por Tierramuerta.

A menos de cien pasos de la instalación encontraron tres de las orugas gigantes, muertas. Estaban rígidas, más secas que congeladas, rodeadas por hileras de huellas en la nieve. Esas huellas, que llegaban hasta el lugar y se alejaban otra vez, eran imprecisas, oscuras.

—¿Qué significa esto? —preguntó Sanza.

—No lo sé, pero pienso que debemos fotografiar todo —dijo Jarry.

Eso hicieron. Cuando Jarry habló con la Estación Siete, esa tarde, se enteró de que los encargados de otras instalaciones se habían encontrado de vez en cuando con casos similares.

—No entiendo —dijo Sanza.

—Yo no quiero entender —dijo Jarry.

Durante la guardia de ellos no volvió a suceder nada parecido. Jarry anotó todo en el diario y escribió un informe. Luego se abandonaron al amor, a escuchar la radio, y a ocasionales noches de borrachera. Doscientos años antes, un bioquímico había dedicado el tiempo de su guardia a experimentar con mezclas, buscando algo que produjese en los gatoformes las mismas reacciones que el legendario whisky en los normoformes. Al fin lo consiguió, y pasó cuatro semanas de colosal borrachera; descuidó su guardia, lo relevaron y lo retiraron a su tanque, para que no pusiera en peligro la Espera. Sin embargo su fórmula, bastante simple, se había difundido, y Jarry y Sanza encontraron un bien provisto bar en el depósito, y un manual manuscrito que explicaba su uso y la variedad de mezclas que se podían conseguir. El autor del documento expresaba la esperanza de que cada guardia descubriera una nueva mezcla, de modo que cuando llegase su próximo ciclo el manual hubiese crecido hasta un tamaño proporcional a sus deseos. Jarry y Sanza trabajaron concienzudamente, y colmaron ese pedido con un Ponche Girasol que les calentó las tripas y les transformó los ronroneos en risitas, de modo que también descubrieran la risa. Celebraron el milenio con un tazón lleno, y Sanza insistió en llamar a todas las otras instalaciones y darles la fórmula en ese momento, para que todos pudieran compartir su alegría. Es posible que así lo hayan hecho, pues la receta fue muy bien recibida. Y aunque el tazón no era ya más que un recuerdo, conservaron siempre la risa. Así se trazan, a veces, las primeras y simples líneas de una tradición.

—Mueren los pájaros verdes —dijo Sanza, dejando a un lado el informe que estaba leyendo.

—¿Ah, sí? —dijo Jarry.

—Aparentemente ya no se pueden adaptar más —agregó Sanza.

—Qué lástima —dijo Jarry.

—Tengo la impresión de que ni siquiera hemos pasado aquí un año. En realidad han sido mil.

—El tiempo vuela —dijo Jarry.

—Tengo miedo —dijo Sanza.

—¿De qué?

—No lo sé. Tengo miedo, nada más.

—¿Por qué?

—Por vivir como hemos vivido, supongo. Dejando pequeños pedazos de nosotros mismos en diferentes siglos. Hace sólo unos pocos meses, si la memoria no me falla, este sitio era un desierto. Ahora es un témpano de hielo. Se abren y se cierran grietas. Aparecen y desaparecen desfiladeros. Se secan y brotan nuevos ríos. Todo es tan fugaz. Las cosas parecen sólidas, pero ahora tengo miedo de tocarlas. Pueden desaparecer. Pueden volverse humo, y mi mano seguirá tendida, sin tocar nada... Tocando a Dios, quizá. O no tocándolo, lo que es todavía peor. Nadie sabe con seguridad cómo será este sitio cuando todo haya concluido. Viajamos hacia un país desconocido, y es demasiado tarde para volver atrás. Caminamos dentro de un sueño, hacia una idea... A veces echo de menos mi celda... y las máquinas que me cuidaban. Quizá es que no puedo adaptarme. Quizá soy como el pájaro verde...

—No, Sanza. Eso no es cierto. Somos seres verdaderos. Pase lo que pase ahí afuera, nosotros viviremos. Todo cambia porque nosotros queremos que cambie. Somos más fuertes que este mundo, y lo vamos a estrujar, lo vamos a pintar y agujerear hasta que sea exactamente lo que queremos. Luego lo cubriremos de ciudades y de niños. ¿Quieres ver a Dios? Mírate en el espejo. Dios tiene orejas puntiagudas y ojos verdes. Tiene el cuerpo cubierto de pelusa suave y gris. Cuando alza Su mano, entre Sus dedos se ve una membrana.

—Es bueno sentirte tan fuerte, Jarry. —Salgamos a dar una vuelta en el trineo. — Bueno.

Pasaron el día en Tierramuerta, yendo de arriba abajo entre piedras oscuras que parecían nubes en otro cielo.

Mil doscientos cincuenta años.

Ahora respiraban sin aparatos un tiempo corto.

Ahora todos los pájaros verdes estaban muertos.

Ahora empezaba a ocurrir algo extraño e inquietante.

Los bípedos llegaban de noche, hacían marcas en la nieve y dejaban dentro de ellas animales muertos. Sucedió con más frecuencia que en el pasado. Los bípedos recorrían largas distancias para hacer eso, y muchos llevaban los hombros cubiertos por una piel que no era la propia.

Jarry buscó en los archivos de la historia informes sobre las criaturas.

—Éste habla de luces en el bosque —dijo—. Estación Siete.

—¿Qué...?

—Fuego —dijo Jarry—. ¿Qué pasaría si descubrieron el fuego?

—¡Entonces no serían bestias!

—¡Pero lo eran!

—Ahora llevan ropas. Lo que hacen es algún tipo de sacrificio para nuestras máquinas. Ya no son bestias.

—¿Cómo habrán llegado a esto?

—¿Tú qué piensas? Nosotros somos los culpables. Quizá serían todavía... animales, animales estúpidos, si nosotros no los hubiéramos obligado a volverse inteligentes para seguir viviendo. Hemos acelerado su evolución. Tenían que adaptarse o morir, y se adaptaron.

—¿Crees que igual habría sucedido, si nosotros no hubiéramos llegado a este lugar? —preguntó Jarry.

—Tal vez... algún día. Tal vez no.

Jarry se acercó a la ventana, miró hacia Tierramuerta.

—Necesito estar seguro. Si son inteligentes, si son... humanos, como nosotros —dijo, y se rió—, entonces deberemos tenerlos en cuenta.

—¿Tú qué propones?

—Localizar algunas de las criaturas. Ver si nos podemos comunicar con ellas.

—¿No se ha intentado ya?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Nada demasiado concluyente. Algunos aseguran que poseen bastante inteligencia. Otros los sitúan muy por debajo del umbral donde comienza lo humano.

—Quizá estemos haciendo algo terrible —dijo Sanza—. Creando hombres y luego destruyéndolos. Una vez que yo me sentía mal me dijiste que éramos los dioses de este mundo, y que el poder de decidir y transformar era nuestro. Ese poder es nuestro, pero no me siento especialmente divina. ¿Qué podemos hacer? Han llegado hasta aquí, pero ¿crees que podrán soportar los cambios del camino que aún nos falta recorrer? ¿Qué pasa si son como los pájaros verdes? ¿Qué pasa si han usado ya toda su elasticidad y todo su poder de adaptación, pero eso es insuficiente? ¿Qué haría un dios?

—Lo que quisiera —dijo Jarry.

Ese día atravesaron Tierramuerta en el volador, pero no vieron más señales de vida que ellos mismos. Continuaron buscando en los días siguientes, pero sin éxito.

Sin embargo, dos semanas más tarde, bajo el púrpura de la mañana, ocurrió.

—Han estado aquí —dijo Sanza.

Jarry fue hasta el frente de la instalación y miró hacia afuera.

La nieve estaba quebrada en varios sitios, grabada con las rayas que ya había visto antes, rodeando la forma de una pequeña bestia muerta.

—No pueden haberse alejado mucho —dijo.

—No.

—Buscaremos con el trineo.

Sobre la nieve, hacia afuera, en la tierra llamada Muerta, salieron a investigar: Sanza al volante, Jarry observando las hileras de huellas en el azul.

Vagaron a través de la mañana, buscando fuego y violeta, y el viento pasaba junto a ellos como un río, y los envolvían sonidos como el crujido del hielo, el temblor de la hojalata, el chasquido de cables de acero. Las piedras cubiertas de escarcha azul se alzaban como música congelada, y la larga sombra del trineo, negra como la tinta, corría delante de ellos. Una lluvia de granizo les golpeaba de pronto el techo del vehículo, como una repentina visita de demonios bailarines, y desaparecía con la misma brusquedad. Tierramuerta descendía, volvía a subir.

Jarry puso una mano en el hombro de Sanza.

—¡Allá!

Sanza asintió y empezó a frenar el trineo.

Lo tenían acorralado. Usaban garrotes y varas largas, de puntas que parecían endurecidas por el fuego. Le tiraban piedras. Le tiraban trozos de hielo.

De pronto retrocedieron, y mientras se movían los mató.

Los gatoformes le habían llamado oso porque era grande, velludo, y podía levantarse sobre las patas traseras...

Éste tenía unos tres metros y medio de largo, piel azulada y un hocico pelado y fino, como unas tenazas.

Cinco de las pequeñas criaturas yacían muertas en la nieve. Cada vez que lanzaba un zarpazo y acertaba, caía otra.

Jarry sacó la pistola de su compartimiento y examinó la carga.

—Acércate lentamente —le dijo a Sanza—. Voy a tratar de quemarle la cabeza.

No le acertó con el primer disparo: destrozó la roca que había detrás. Con el segundo le chamuscó el vello del pescuezo. Cuando pasaban junto a la bestia saltó fuera del trineo, puso el regulador de fuerza de la pistola en máximo y le disparó toda la carga directamente al pecho.

Él oso se puso rígido, se tambaleó, cayó: lo atravesaba un boquete, de lado a lado.

Jarry volvió la cabeza y miró las pequeñas criaturas. Las criaturas le devolvieron la mirada.

—Hola —dijo—. Me llamo Jarry. A ustedes los llamo, desde ahora, rojoformes...

Un golpe, desde atrás, lo derribó.

Rodó sobre la nieve; unas luces le bailaban delante de los ojos, los hombros eran un doloroso fuego.

Un segundo oso había salido del bosque de piedras. Jarry sacó el largo cuchillo de caza con la mano derecha y se levantó.

En el momento en que arremetía la criatura, Jarry se movió con la felina rapidez de su raza, saltando hacia arriba, y le hundió el cuchillo hasta la empuñadura en la garganta. El oso se estremeció, pero lanzó un zarpazo y Jarry volvió a caer, perdiendo el cuchillo.

Los rojoformes tiraban más piedras y corrían hacia allí con las varas afiladas.

Entonces se oyó un ruido sordo y un crujido; el oso subió en el aire y cayó sobre Jarry.

Jarry despertó.

Yacía boca arriba y le dolía el cuerpo, y parecía como si todas las cosas estuvieran latiendo, a punto de estallar.

No sabía cuánto tiempo había pasado.

Lo habían movido a él, o al oso.

Las pequeñas criaturas estaban agachadas, mirando.

Algunas miraban el oso. Algunas lo miraban a él. Algunas miraban el trineo roto...

El trineo roto...

Jarry hizo un esfuerzo, se levantó.

Los rojoformes retrocedieron.

Jarry se acercó al trineo y miró dentro.

Supo que estaba muerta cuando le vio el ángulo del cuello. Pero hizo de todos modos las cosas que una persona hace para estar segura antes de creerlo.

Sanza había descargado el golpe mortal, chocando el trineo contra la criatura, quebrándole el lomo. Con el golpe se había quebrado el trineo. Y también Sanza.

Jarry se apoyó contra los restos del vehículo, compuso la primera oración y luego sacó el cuerpo.

Los rojoformes miraban.

Alzó a Sanza en brazos y echó a andar por Tierramuerta, de vuelta hacia la instalación.

Los rojoformes siguieron mirando, todos menos el de la frente extrañamente alta, que se puso a estudiar el cuchillo que sobresalía de la velluda y humeante garganta de la bestia.

—¿Qué hacemos?

—Es la primera de nuestra raza que muere en este mundo —dijo Yan Turl, vicepresidente.

—No hay tradición —dijo Selda Kein, secretaria—. ¿La incineraremos?

—No lo sé —dijo Jarry—. No sé qué es lo más adecuado.

—El entierro y la cremación parecen las opciones más naturales. ¿Cuál prefieres?

—El... No, el suelo no. La quiero yo. Necesito un volador grande... Yo la incineraré.

—Entonces déjanos construir una capilla.

—No. Es algo que tengo que hacer a mi manera. Prefiero hacerlo solo.

—Como quieras. Usa todo lo que necesites, en el momento que desees.

—Por favor, manden algún otro a atender la estación de Tierramuerta. Cuando termine esto quiero volver a dormir... hasta el próximo ciclo.

—Muy bien, Jarry. Lo sentimos.

—Sí... lo sentimos.

Jarry movió afirmativamente la cabeza, hizo un ademán, dio media vuelta y salió.

Así se trazan, a veces, las líneas más duras de la vida.

En el borde sur de Tierramuerta había una montaña azul. Tenía un poco más de tres mil metros de altura. Si uno se acercaba a ella desde el noroeste, hacía pensar en una ola congelada en un océano tan inmenso que no cabía en la imaginación. Unas nubes

purpúreas se desgarraban contra su cima. En sus laderas era imposible encontrar un ser viviente. No tenía más nombre que el que le puso Jarry.

Jarry ancló el volador.

Llevó el cuerpo de Sanza hasta el punto más alto al que podía ser llevado un cuerpo.

La depositó allí, vestida con las ropas más finas; una ancha bufanda le ocultaba el cuello, un velo oscuro le cubría los inexpresivos rasgos.

Estaba a punto de ensayar una oración cuando empezó a caer el granizo. Los trozos de hielo azul, como piedras arrojadas desde el cielo, lo golpearon a él, golpearon a Sanza.

—¡Maldición! —gritó, y corrió al volador. Subió en el aire, dio una vuelta.

Las ropas de Sanza aleteaban en el viento. El granizo era una cortina de abalorios azules.

Jarry apretó el gatillo, y en la ladera de la montaña que no había tenido nombre apareció una puerta al sol. Sanza desapareció por esa puerta; Jarry la agrandó hasta que la montaña quedó más baja.

Luego subió hacia la nube, y atacó la tormenta hasta descargar los cañones.

Entonces giró sobre la derretida meseta, en el borde sudeste de Tierramuerta.

Giró sobre la primera pira que había visto ese mundo.

Después partió a dormir en silencio, durante una estación, el sueño de hielo y de piedra, a heredar el nuevo Alyonal. En ese sueño no hay ensueños.

Quince siglos. Casi la mitad de la Espera. Doscientas palabras o menos... Imaginemos:

...Diecinueve caudalosos ríos, pero en los mares negros hay ahora olas violáceas.

...Ningún bosque chato del color del yodo. Árboles altos y vigorosos, de cáscara lanuda, color naranja, limón, negro, hasta el horizonte.

...Grandes cadenas de montañas en el sitio de colinas pardas, amarillas, blancas, alhucema. Tirabuzones negros de humo que se desenroscan saliendo de conos encendidos.

...Flores de raíces que exploran la tierra veinte metros por debajo de los pétalos de mostaza abiertos entre la escarcha azul y las rocas.

...Horadores ciegos que hacen cuevas más profundas; lóbregas bestias carroñeras que muestran ahora formidables incisivos y grandes hileras de molares; orugas gigantes cada vez más pequeñas pero en apariencia más grandes a causa de capas protectoras más espesas.

...Los contornos de los valles tienen todavía curvas como torsos de mujeres o instrumentos de música.

...Han desaparecido muchas de las piedras golpeadas por el viento, pero no la escarcha.

...Sonidos por la mañana como siempre, ásperos, frágiles, metálicos.

Sabían que estaban llegando al paraíso. Imaginemos eso.

El diario de Tierramuerta le decía todo lo que necesitaba saber. Pero también leyó los viejos informes.

Luego se preparó una bebida y miró por la ventana del tercer piso.

—...Moriré —dijo, y a continuación terminó la bebida, se puso el equipo y abandonó el puesto.

Tardó tres días en encontrar un campamento.

Aterrizó con el volador a cierta distancia y se acercó a pie. Estaba muy al sur de Tierramuerta, donde el aire era más caliente y le producía la sensación de que era difícil respirar.

Llevaban pieles de animales, pieles mejor cortadas y que protegían más, pieles atadas alrededor del cuerpo. Contó dieciséis techos de una sola agua y tres fogatas. Titubeó al notar los fuegos, pero continuó avanzando.

Cuando lo vieron dejaron de hacer ruido: se oyó un breve grito, y entonces todo quedó en silencio.

Jarry entró en el campamento.

A su alrededor, las criaturas no se movieron. Oyó un poco de bullicio dentro de la construcción grande, al final del claro.

Caminó por el campamento.

Del centro de un trípode de varas colgaba un trozo de carne seca.

Delante de cada vivienda había varias lanzas largas. Jarry se acercó y estudió una. En un extremo, como punta, habían atado una piedra gastada, con forma de hoja.

Había el perfil de un gato tallado en un trozo de madera...

Jarry sintió pasos y volvió la cabeza.

Uno de los rojoformes avanzaba lentamente hacia él. Parecía más viejo que los demás. Tenía los hombros caídos; cuando abrió la boca para emitir unos sonidos chasqueantes, Jarry vio que le faltaban algunos dientes; tenía pelo grisáceo y ralo. Llevaba algo en las manos, pero a Jarry le interesaron más las manos en sí.

Cada mano tenía un dedo oponible.

Jarry miró alrededor, estudiando las manos de los otros. Aparentemente todos tenían pulgares. Estudió su aspecto con más atención.

Ahora tenían frentes.

Volvió a fijarse en el rojoforme viejo.

El rojoforme le depositó algo a los pies y luego dio un paso atrás.

Jarry miró. Sobre una hoja grande había un pedazo de carne seca y un trozo de fruta.

Jarry recogió la carne, cerró los ojos, mordió, masticó y tragó. Envolvió el resto en la hoja y lo metió en un bolsillo lateral de las ropas.

Tendió la mano y el rojoforme retrocedió. Bajó la mano, desenrolló la manta que había llevado consigo y la extendió sobre el suelo. Se sentó, señaló al rojoforme y le indicó un sitio en el otro extremo de la manta.

La criatura vaciló, luego se adelantó y se sentó.

—Vamos a aprender a hablar entre nosotros —dijo Jarry lentamente. Luego se llevó una mano al pecho y dijo—: Jarry.

—Son inteligentes —dijo Jarry ante los ejecutivos de Diciembre, nuevamente despiertos—. Está todo en mi informe.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Yan Turl.

—No creo que puedan adaptarse. Han llegado muy lejos en muy poco tiempo. Pero no creo que puedan seguir mucho más. No creo que puedan recorrer todo el camino.

—¿Acaso eres biólogo, o ecólogo, o químico?

—No.

—Entonces ¿en qué se funda tu opinión?

—Los observé de cerca durante seis semanas.

—En ese caso no tienes más que una sensación:..

—Saben que carecemos de expertos en este tipo de cosas. Es la primera vez que nos ocurre.

—Suponiendo que tengan inteligencia, suponiendo incluso que lo que has dicho de su poder de adaptación sea correcto, ¿qué propones?

—Retardar el cambio. Darles una mejor oportunidad. Si no pueden seguir el resto del camino, detenernos antes de llegar al final. El mundo ya es habitable. Nos podemos adaptar nosotros a lo que falta.

—¿Retardarlo? ¿Cuánto?

—Tomarnos, digamos, otros siete u ocho mil años.

—¡Imposible!

—¡Absurdo!

—¡Demasiado!

—¿Por qué?

—Porque todos montamos guardia tres meses cada doscientos cincuenta años. Eso significa un año de tiempo personal por cada mil años. Nos pides demasiado tiempo.

—¡Pero quizá esté en juego la vida de toda una raza!

—No lo sabes con seguridad.

—No, no lo sé. ¿Pero te parece que es algo con lo que podamos arriesgarnos?

—¿Quieres ponerlo a votación del directorio?

—No... Ya sé que pierdo. Quiero ponerlo a votación de todos los socios.

—Imposible. Están todos durmiendo.

—Entonces despiértalos.

—Eso sería todo un operativo.

—¿No crees que el destino de una raza justifica el esfuerzo, sobre todo si somos nosotros los culpables de su inteligencia? Nosotros la hicimos evolucionar, nosotros le echamos la maldición del intelecto.

—¡Basta! Estaban en el umbral. Habrían llegado a ser inteligentes aunque nosotros no hubiéramos aparecido...

—¡Pero no puedes estar seguro! No lo sabes, en realidad. Y no importa cómo llegamos a esta situación. Ellos están aquí, y nosotros estamos aquí, y piensan que somos dioses, quizá porque no les hemos traído más que desdicha. Sin embargo, tenemos ciertas responsabilidades frente a una raza inteligente: no aniquilarla, por ejemplo.

—Tal vez podríamos hacer un estudio de largo alcance...

—Para entonces quizá estén muertos. Propongo formalmente, en mi carácter de tesorero, que despertemos a todos los socios y sometamos el asunto a votación.

—No tomo en serio tu moción ni un segundo.

—¿Shelda? —llamó Jarry.

Shelda apartó la mirada.

—¿Tarebell? ¿Clond? ¿Bondici?

Hubo silencio a su alrededor en la caverna ancha y alta.

—Está bien. Sé cuando pierdo. Él día que lleguemos a nuestro Edén seremos nuestras propias serpientes. Ahora vuelvo a Tierramuerta, a completar mi turno de guardia.

—No es necesario. En realidad, quizá lo más acertado es que duermas hasta el final...

—No. Si vamos a hacer las cosas de este modo, yo también seré culpable. Quiero ver, y compartir totalmente la culpa.

—Muy bien —dijo Turl.

Dos semanas más tarde, cuando la Instalación Diecinueve intentó comunicarse con la Estación de Tierramuerta, no obtuvo respuesta.

Esperaron un tiempo y enviaron un volador. La Estación de Tierramuerta era una masa informe de metal derretido.

Jarry Dark no aparecía por ningún sitio. Unas horas después, esa misma tarde, calló la Instalación Ocho.

Enviaron inmediatamente un volador.

La Instalación Ocho ya no existía. Encontraron a sus encargados a varios kilómetros de distancia, caminando. Contaron cómo los había sacado Jarry de la instalación, a punta de pistola. Después, con los cañones del volador, había incendiado todo.

Aproximadamente en el instante en que contaban eso, calló la Instalación Seis.

MANTENGAN CONTACTO RADIAL CONTINUO CON OTRAS DOS ESTACIONES EN TODO MOMENTO, fue la orden.

ESTÉN SIEMPRE ARMADOS. DETENGAN A TODOS LOS VISITANTES, fue la otra orden.

Jarry esperó. En el fondo de una grieta, estacionado debajo de un saliente de roca, Jarry esperó. Sobre el tablero de instrumentos del volador había una botella abierta. Junto a la botella, una pequeña caja de metal blanco.

Jarry tomó un largo trago de la botella, el último, mientras esperaba la noticia que en cualquier momento saldría por la radio.

Cuando la oyó se estiró sobre el asiento y durmió una siesta.

Cuando despertó apenas había luz.

La radio seguía repitiendo...

«... Jarry. Los despertaremos y se hará un plebiscito. Regresa a la caverna principal. Soy Yan Turl. Por favor, no destruyas más instalaciones. No es necesario. Estamos de acuerdo con tu propuesta de una votación. Ponte en contacto con nosotros inmediatamente. Esperamos tu respuesta, Jarry...»

Jarry arrojó la botella vacía por la ventana y salió con el volador de la sombra purpúrea, al aire y arriba. Cuando descendió sobre la plataforma de aterrizaje de la caverna principal, lo estaban esperando. Una docena de rifles le apuntaron mientras bajaba del volador.

—Suelta las armas, Jarry —dijo la voz de Yan Turl.

—No llevo armas —dijo Jarry—. Ni encima ni en el volador —agregó; y era cierto, porque ya no se veían los cañones lanzallamas.

Yan Turl se acercó y lo miró.

—Entonces puedes bajar.

—Gracias, pero prefiero quedarme aquí.

—Estás arrestado.

—¿Qué van a hacer conmigo?

—Dormirte hasta el final de la Espera. ¡Baja de ahí!

—No. Y no intenten dispararme, o usar gases, o aturdirme. Si lo hacen, moriremos todos instantáneamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Turl, haciendo un ademán suave hacia los que apuntaban.

—Mi volador —dijo Jarry— es una bomba, y tengo la espoleta en la mano derecha. —Alzó la caja metálica blanca—. Mientras apriete esta palanca, viviremos. Si la suelto, aunque sea por un instante, la explosión destruirá toda esta caverna.

—Me parece que mientes.

—Sabes cómo averiguarlo.

—Tú también morirás, Jarry.

—En este momento no me importa, de veras. Tampoco traten de quemarme la mano, de destruir la espoleta —los previno—, porque no les servirá para nada. Aunque lo consigan, les costará por lo menos dos instalaciones.

—¿Por qué?

—¿Qué creen que hice con los cañones lanzallamas? Enseñé a los rojoformes a usarlos. En este instante esas armas están en manos de los rojoformes, y apuntan a dos instalaciones. Si no visito personalmente a los cañoneros al amanecer, abrirán fuego. Después de destruir sus objetivos, seguirán adelante y tratarán de destruir dos más.

—¿Confiaste proyectores láser a esas bestias?

—Exacto. ¿Vas a comenzar ahora a despertar a los demás para la votación?

Turl se agachó, como si fuera a saltar hacia Jarry. Aparentemente lo pensó mejor y se quedó quieto.

—¿Por qué hiciste eso, Jarry? —preguntó—. ¿Qué significan ellos para ti? Has llegado incluso a hacer sufrir a tu pueblo.

—Como no sientes lo que yo siento —dijo Jarry—, no entenderías mis razones. Después de todo se basan sólo en mis presentimientos, que son distintos de los tuyos, pues los míos nacen de la pena y la soledad. Escucha esto: soy su dios. Puedes encontrar mi forma en todos sus campamentos. Soy el Matador de Osos del Desierto de los Muertos. Han contado mi historia durante dos siglos y medio, y eso me ha cambiado. En cuanto a ellos, yo soy poderoso y sabio y bueno. En este sentido les debo una cierta

retribución. Si yo no les doy la vida, ¿quién estará aquí para honrarme en la nieve y cantar mi historia alrededor de las fogatas y cortarme las mejores porciones de la oruga peluda? Nadie, Turl. Y ahora mi vida sólo vale en la medida de esas cosas. Despierta a los demás. No te queda otro remedio.

—Muy bien —dijo Turl—. ¿Y si la decisión te es adversa?

—Entonces me retiraré, y tú podrás ser dios —dijo Jarry.

Ahora, todos los días, Jarry Dark mira cómo el sol desciende del cielo purpúreo, pues no dormirá nunca más el sueño de hielo y de piedra, donde no hay ensueños. Ha decidido vivir sus días en un minúsculo instante de la Espera, y no ver nunca el nuevo Alyonal de su pueblo. Todas las mañanas, en la instalación de Tierramuerta, lo despiertan sonidos como el crujido del hielo, el temblor de la hojalata, el chasquido de cables metálicos; luego llegan ellos con las ofrendas cantando y haciendo marcas en la nieve. Él los recibe con palabras de aliento, y les sonríe. A veces tose.

Nacido de hombre y mujer, de acuerdo con la indicación Gatoforme Y7, Clase Mundofrío, Jarry

Dark no estaba hecho para existir en ninguna parte del universo que le había garantizado un nicho. Eso podía ser tanto una bendición como una maldición; dependía de cómo se lo mirase. Así que, mirémoslo como lo miremos, ésa fue la historia. Así recompensa la vida a quienes la quieren servir plenamente.

COCHE DIABÓLICO

Murdock avanzaba raudamente por la Llanura de la Gran Carretera Occidental.

Allá arriba el sol era como un yoyó ardiente mientras él subía y bajaba por las innumerables lomas a más de doscientos cincuenta kilómetros por hora. No aminoraba la marcha para nada, y los ojos ocultos de Jenny detectaban todas las piedras y baches antes de llegar a ellos, y ajustaba cuidadosamente el rumbo, a veces sin que él detectara siquiera los movimientos sutiles de la columna de dirección que tenía debajo de las manos.

El resplandor de la Llanura fundida le quemaba los ojos incluso a través del parabrisas oscurecido y de las gafas gruesas que llevaba puestas, de modo que a veces tenía la sensación de que iba al timón de un barco muy rápido por la noche, bajo una luna extraña y brillante, y que atravesaba un lago de fuego plateado. A su paso se levantaban olas de polvo que quedaba flotando en el aire a sus espaldas y después se asentaban de nuevo.

—Te estás agotando —dijo la radio—, ahí sentado aferrando el volante de esa manera y bizqueando. ¿Por qué no intentas descansar un poco? Déjame empañar los parabrisas. Duérmete y déjame conducir a mí.

—No —dijo él—. Quiero hacer esto.

—De acuerdo —dijo Jenny—. Creí que era mi deber preguntártelo.

—Gracias.

Más o menos un minuto después, la radio empezó a sonar: una música suave, como de cuerdas.

—¡Apaga eso!

—Perdón, jefe. Pensé que podría relajarte.

—Cuando necesite relajarme, te lo diré.

—Sí, Sam. Lo siento.

Después de esa breve interrupción el silencio se volvió opresivo. Pero Murdock sabía que aquél era un buen coche. Siempre estaba pendiente de su bienestar, y ahora colaboraba con entusiasmo en la búsqueda que él había emprendido.

El coche estaba hecho para que pareciese un despreocupado sedán: rojo vivo, llamativo, rápido. Pero había cohetes debajo de los abultamientos del capó, y en el hueco debajo de los faros acechaban dos cañones de calibre cincuenta; sobre el vientre llevaba un cinturón con cinco granadas listas para estallar en diez segundos; y en el maletero había un tanque-aerosol cargado con un producto altamente volátil.

...Pues su Jenny era un coche mortífero especialmente diseñado para él por el superingeniero de la dinastía de Geeme, allá lejos, más al este, y toda la astucia de aquel gran artífice había entrado en la construcción de la máquina.

—Esta vez lo encontraremos, Jenny —dijo Murdock—, y te pido disculpas por el tono en que te hablé.

—Está bien, Sam —dijo la voz delicada—. Estoy programado para entenderte.

Siguieron rugiendo por la Gran Llanura y el sol se puso por el oeste. Habían buscado todo el día, y Murdock estaba cansado. La última Fortaleza de Descanso/Carga de Combustible parecía que quedaba tan lejos en el tiempo y en el espacio...

Murdock se echó hacia adelante y se le cerraron los ojos.

Las ventanillas se oscurecieron hasta adquirir una opacidad total. El cinturón de seguridad subió y tiró de él hacia atrás, alejándolo del volante. Después, poco a poco, el asiento se fue inclinando hacia atrás, hasta que Murdock quedó recostado. Más tarde, al acercarse la noche, se encendió la calefacción.

Antes de las cinco de la mañana el asiento lo sacudió hasta despertarlo.

—¡Despierta, Sam! ¡Despierta!

—¿Qué pasa? —masculló Murdock.

—Hace veinte minutos oí una emisión de radio. Hubo hace poco un ataque de coches por aquí. Enseguida cambié de rumbo y ya casi hemos llegado.

—¿Por qué no me despertaste inmediatamente?

—Necesitabas dormir, y lo único que podrías hacer era ponerte tenso y nervioso.

—Está bien, quizá tengas razón. Cuéntame cómo fue el ataque.

—Seis vehículos que avanzaban hacia el oeste fueron según parece emboscados anoche por un número indeterminado de coches salvajes. El helicóptero patrulla informaba desde encima de la escena, y me puse a escuchar. Despojaron a todos los vehículos y les aplastaron el cerebro y aparentemente mataron también a todos los pasajeros. No había indicios de movimiento.

—¿A qué distancia estamos ahora? —A dos o tres minutos.

Los parabrisas recuperaron otra vez la transparencia y Murdock miró hasta donde los potentes faros le permitían ver en la noche.

—Veo algo —dijo después de un rato.

—Es aquí —dijo Jenny, y empezó a bajar la velocidad.

Se detuvieron junto a los coches saqueados. A Murdock le soltó el cinturón y la portezuela se abrió a su lado.

—Da una vuelta alrededor, Jenny —dijo—, y busca rastros de calor. No tardaré mucho.

La puerta se cerró de golpe y Jenny se alejó. Murdock encendió la linterna de bolsillo y avanzó hacia los vehículos destrozados.

Andar por la Llanura era como andar por una pista de baile cubierta de arena dura y gruesa. Había muchas marcas de patinazos, y por todo el lugar se veían huellas de neumáticos.

Había un muerto detrás del volante del primer coche. Era evidente que tenía el cuello roto. El reloj aplastado de la muñeca daba las 2:24. Había tres personas —dos mujeres y un joven— tirados a más de diez metros de distancia. Habían sido atropellados mientras trataban de huir de los vehículos atacados.

Murdock siguió adelante y examinó los otros coches. Ninguno de los seis estaba volcado. Tenían sobre todo dañada la carrocería. A todos les habían sacado las cubiertas y las ruedas, así como las partes esenciales del motor, los depósitos de gasolina estaban

abiertos y vacíos; de los maleteros faltaban las ruedas de repuesto. No había pasajeros con vida.

Jenny se detuvo a su lado y abrió la portezuela. —Sam —dijo—, arranca los plomos del cerebro de aquel coche azul, el tercero hacia allí. Todavía saca un poco de energía de una batería auxiliar, y oigo que transmite.

—De acuerdo.

Murdock fue hasta el coche y arrancó los plomos. Volvió junto a Jenny y subió al asiento del conductor.

—¿Encontraste algo?

—Algunos rastros, hacia el noroeste.

—Síguelos.

La portezuela se cerró y Murdock miró en aquella dirección.

Viajaron unos cinco minutos en silencio. Entonces Jenny dijo:

—Había ocho coches en aquel convoy.

—¿Qué?

—Acabo de oírlo en el noticiero. Aparentemente dos de los coches se comunicaban con los coches salvajes en una frecuencia desusada. Se unieron a ellos. Revelaron su posición y se volvieron contra los demás en el momento del ataque.

—¿Y los pasajeros?

—Quizá los mataron antes de unirse a la manada.

Murdock encendió un cigarrillo. Le temblaban las manos.

Jenny, ¿qué es lo que hace que un coche entre en estado salvaje? —preguntó—. Sin saber nunca dónde podrá repostar... o conseguir repuestos para su unidad de autorreparación. ¿Por qué lo hacen?

—No lo sé, Sam. Nunca lo pensé.

—Hace diez años el Coche Demoníaco, su líder, mató a mi hermano en un ataque a su Fortaleza de Combustible —dijo Murdock—, y desde entonces ando buscando a ese Caddy negro. Lo he buscado desde el aire y lo he buscado a pie. He usado otros coches. He andado con rastreadores de calor y con misiles: Hasta he puesto minas. Pero siempre ha sido demasiado rápido o demasiado inteligente o demasiado fuerte para mí. Entonces hice que te fabricaran a ti.

—Sabía que lo odiabas mucho. Siempre me pregunté por qué —dijo Jenny.

Murdock dio una chupada al cigarrillo.

—Hice que— te programaran y te blindaran de una manera especial, Jenny, para que fueras la cosa sobre ruedas más resistente y rápida e inteligente. Eres la Dama Escarlata. Eres el único coche que puede atrapar al Caddy y a su manada. Tienes unos colmillos y unas garras que no conocen. Esta vez voy a darles caza.

—Te podrías haber quedado en casa, Sam, y permitido que yo llevase a cabo la cacería.

—No. Ya sé que podría haber hecho eso, pero quiero estar allí. Quiero dar las órdenes, apretar algunos botones, mirar cómo el Coche Diabólico arde hasta que no queda de él más que un esqueleto metálico. ¿Cuántas personas, cuántos coches ha destrozado? Hemos perdido la cuenta. ¡Tengo que acabar con él, Jenny!

—Te lo encontraré, Sam.

Siguieron avanzando a unos trescientos kilómetros por hora.

—¿Cómo está el nivel de combustible, Jenny?

—Queda mucho, y aún no he empezado a usar los depósitos auxiliares. No te preocupes... El rastro es más fuerte —agregó.

—Muy bien. ¿Cómo está el sistema de armas?

—Luz roja por todas partes. Listo para entrar en acción.

Murdock apagó el cigarrillo y encendió otro.

—... algunos llevan dentro a personas muertas atadas con correas —dijo Murdock— para parecer coches decentes con pasajeros. El Caddy negro hace eso todo el tiempo, y los cambia muy a menudo. Mantiene refrigerado el interior... para que duren.

—Sabes mucho de ese coche, Sam.

—Engañó a mi hermano con pasajeros falsos y con una matrícula falsa. De esa manera hizo que abriera la Fortaleza de Combustible. Entonces atacó toda la jauría. El coche, según lo ocasión, se pinta de rojo o verde o azul o blanco, pero tarde o temprano siempre vuelve al negro. No le gusta el amarillo ni el marrón ni los dobles tonos. Tengo una lista de casi todas las matrículas falsas que ha usado. Incluso ha andado por las autopistas grandes y entrado en pueblos y cargado combustible en estaciones normales. A menudo consiguen su número de matrícula en el momento en que arranca, cuando el encargado se acerca a la ventanilla del conductor para cobrar. Puede imitar docenas de voces humanas. Pero después nunca lo pueden atrapar, porque se camufla muy bien. Siempre viene aquí a la Llanura, donde lo pierden de vista. Incluso ha asaltado depósitos de coches usados...

Jenny giró de repente.

—¡Sam! El rastro es ahora muy nítido. ¡Por aquí! Va hacia esas montañas.

—¡Síguelo! —dijo Murdock.

Murdock se quedó callado un largo rato. Por el este aparecían los primeros signos del amanecer. A sus espaldas el pálido lucero del alba era un punto blanco en una pizarra azul. Empezaron a subir por una suave cuesta.

—Dale alcance, Jenny. Dale alcance —la ánimo Murdock.

—Creo que lo lograremos —dijo Jenny.

La cuesta se hizo más pronunciada. Jenny aminoró la velocidad para adaptarse al terreno, que empezaba a estar lleno de baches.

—¿Qué ocurre? —preguntó Murdock.

—Aquí es más difícil —dijo Jenny—, y el rastro cada vez es menos nítido.

—¿Por qué?

—En estos lugares todavía hay mucha radiación de fondo —dijo Jenny—, que interfiere con mi sistema de rastreo.

—Sigue intentándolo, Jenny.

—Parece que el rastro va directamente hacia las montañas.

—¡Síguelo, síguelo!

Volvieron a reducir un poco la velocidad.

—Ahora estoy muy confundida, Sam —dijo Jenny—. Acabo de perder el rastro.

—Debe de tener un bastión por aquí cerca, una cueva o algo parecido, donde puede refugiarse. Es la única manera de que no haya sido detectado desde el aire durante todos estos años.

—¿Qué debo hacer?

—Seguir adelante todo lo posible y buscar aberturas bajas en la roca. Ten cuidado. Prepárate para atacar en un instante.

Subieron por las estribaciones. La alta antena de Jenny se elevaba en el aire, y las polillas de estopilla de acero abrían las alas y bailaban y giraban alrededor, brillando a la luz de la mañana.

—Nada todavía —dijo Jenny—, y no podemos llegar mucho más adelante.

—Entonces iremos hacia un lado sin dejar de observar.

—¿A la derecha o a la izquierda?

—No lo sé. ¿Para qué lado irías tú si fueras un coche fugitivo?

—No lo sé.

—Elige uno. No importa cuál.

—A la derecha, entonces —dijo Jenny, y giraron en esa dirección.

Después de media hora la noche estaba terminando de desaparecer detrás de las montañas. A la derecha la mañana explotaba al final de la Llanura, fracturando el cielo en todos los colores de los árboles otoñales. Murdock sacó una botella de café caliente de debajo del tablero del coche.

—Sam, creo que encontré algo.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Allí delante, a la izquierda de aquella roca grande, un declive con una especie de abertura al final.

—Muy bien, cariño, vamos hacia allí. Prepara los cohetes.

Pasaron junto a la roca, dieron la vuelta por el otro lado y empezaron a bajar.

—Una cueva o un túnel —dijo él—. Aminora la velocidad...

—¡Calor! ¡Calor! —dijo Jenny—. ¡He vuelto a encontrar el rastro!

—¡Yo veo incluso marcas de neumáticos, muchas! —dijo Murdock—. ¡Es aquí!

Avanzaron hacia la abertura.

—Entra, pero despacio —ordenó—. Fulmina lo primero que se mueva.

Entraron por la puerta de roca, avanzando ahora sobre arena. Jenny apagó las luces visibles. Delante del parabrisas se levantó una lente de rayos infrarrojos, y Murdock estudió la cueva. Tenía unos seis o siete metros de altura y era suficientemente ancha para dar cabida a tres coches juntos. El suelo cambiaba de arena a roca, pero era liso y bastante plano. Después empezaba a subir.

—Hay una luz allí delante —susurró Murdock.

—Lo sé.

—Me parece que es un retazo de cielo.

Fueron despacio hacia allí. El motor de Jenny era apenas un suspiro dentro de aquellas cámaras rocosas.

Se detuvieron al llegar al umbral que los separaba de la luz. El escudo infrarrojo volvió a bajar.

Se asomaron a un cañón de arena y pizarra. Unas enormes salientes de roca ocultaban todo a un ojo que observara desde el cielo. La luz, al final, era pálida, y debajo no había nada fuera de lo común.

Pero más cerca...

Murdock parpadeó.

Más cerca, en la penumbra del amanecer, entre las sombras, estaba el basurero de coches más grande que Murdock había visto en su vida.

Piezas de coches de toda marca y modelo se amontonaban formando una pequeña montaña. Había baterías y neumáticos y cables y amortiguadores; había guardafangos y paragolpes y faros; había puertas y parabrisas y cilindros y pistones, carburadores, generadores, reguladores de voltaje y bombas de aceite.

Murdock se quedó mirando.

—Jenny-susurró—, ¡hemos encontrado el cementerio de los coches!

Un coche muy viejo, que Murdock ni siquiera había distinguido de la pila al mirar por primera vez, avanzó unos centímetros hacia ellos y se detuvo de repente. El ruido de frenos taladraba los oídos. Los neumáticos estaban totalmente lisos, y el delantero izquierdo necesitaba aire. El faro derecho delantero estaba roto y había una grieta en el parabrisas. Estaba allí delante de la pila con el motor encendido, que hacía un ruido terrible.

—¿Qué ocurre? —preguntó Murdock—. ¿Qué es eso?

—Me está hablando —dijo Jenny—. Es muy viejo. Su velocímetro ha dado toda la vuelta varias veces y ya no se acuerda de la cantidad de kilómetros que ha recorrido. Detesta a las personas, que según él lo han maltratado cada vez que podían. Es el guardián del cementerio. Es demasiado viejo para seguir participando en los asaltos, de manera que se encarga de defender la pila de repuestos desde hace muchos años. No

puede repararse como los coches de jóvenes, y por lo tanto depende de la caridad de esos coches y de sus unidades de autorreparación. Quiere saber qué ando buscando por aquí.

—Pregúntale dónde están los otros.

Pero mientras lo decía, Murdock oyó el ruido de muchos motores que se encendían, hasta colmar el valle con el trueno de sus caballos de fuerza.

—Están estacionados del otro lado de la pila —dijo Jenny—. Ahora vienen hacia aquí.

—Aguanta hasta que te ordene disparar —dijo Murdock mientras el primer coche, un brillante Chrysler amarillo, aparecía por un lado de la pila.

Murdock bajó la cabeza apoyándola en el volante, pero siguió mirando atento a través de las gafas.

—Diles que viniste a unirme a la jauría y que has matado a tu conductor. Trata de que el Caddy negro se ponga a la vista.

—No lo hará—dijo Jenny—. Estoy hablando ahora con él. Puede transmitir fácilmente desde el otro lado de la pila, y dice que está mandando a los seis miembros más grandes de su manada para cuidarme mientras decide qué hacer. Me ha ordenado salir del túnel e internarme en el valle.

—Pues hazlo... despacio.

Se pusieron cautamente en marcha.

Dos Lincoln, un Pontiac de aspecto muy potente y dos Mercedes se unieron al Chrysler: tres por cada lado, preparados para chocar contra ellos.

—¿Te ha dado alguna idea de cuántos hay del otro lado?

—No. Se lo pregunté pero no quiere decírmelo.

—Bueno, tendremos que esperar.

Se quedó derrumbado sobre el volante, fingiendo estar muerto. Después de un rato, los hombros ya cansados empezaron a dolerle.

—Quiere que vaya al otro lado de la pila —dijo finalmente Jenny— ahora que han despejado el camino, y que me meta en un hueco de la roca que él me indicará. Quiere que me revise su automecánico.

—No podemos hacer eso —dijo Murdock—, pero sigue hasta el otro lado de la pila. Cuando veamos qué hay allí te diré lo que tienes que hacer.

Los dos Mercedes se apartaron y Jenny pasó a su lado. Murdock, con el rabillo del ojo, observó el imponente montículo de piezas metálicas. Un par de cohetes bien colocados en cada lado lo derribarían.

Rodearon la pila por el lado izquierdo.

Unos cuarenta y cinco coches les hacían frente a unos ciento veinte metros de distancia, delante y a la derecha. Se habían abierto en abanico. Bloqueaban la salida por el otro lado de la pila, y los seis guardias que iban detrás de Murdock cerraban el camino por ese lado.

Al final de la fila más lejana se veía estacionado un viejo Caddy negro.

Había salido de la cadena de montaje el año en que los aprendices de ingeniero pensaban a lo grande. Era inmenso, y brillante, y detrás del volante sonreía una cara de esqueleto. Era negro, con un cromado reluciente, y los faros eran como joyas oscuras u ojos de insectos. La potencia relucía en cada plano y cada curva, y aquella enorme cola de pez parecía dispuesta a golpear el mar de sombras que se amontonaban detrás cuando arrancaba dispuesto a matar.

—¡Ahí está! —susurró Murdock—. ¡El Coche Diabólico!

—¡Qué grande es! —dijo Jenny—. ¡Nunca había visto un coche tan grande!

Siguieron avanzando.

—Quiere que me meta en aquella abertura y que estacione —dijo Jenny.

—Continúa hacia allí, despacio. Pero note metas —dijo Murdock.

Giraron y apuntaron a la abertura. Los otros coches siguieron en el mismo lugar, acelerando los motores.

—Verifica el sistema de armas.

—Rojo, todo preparado.

La abertura estaba a ocho metros de distancia.

—Cuando diga «ya», ponte en punto muerto y gira ciento ochenta grados... rápido. No esperan eso. Ni ellos lo tienen. Entonces abre los de calibre cincuenta y dispara los cohetes al Caddy, gira a la derecha y regresa por el camino que usamos para venir, rociando con la nafta, y dispara a los seis guardias... ¡Ya! —gritó Murdock, saltando en el asiento.

El movimiento, al girar, lo aplastó contra el asiento, y oyó el ruido de los cañones mientras se le despejaba la cabeza. Para entonces saltaban llamas a lo lejos.

Los cañones de Jenny asomaban ahora y giraban sobre los soportes, descargando sobre la hilera de vehículos cientos de martillos de plomo. Se sacudió dos veces al descargar dos cohetes desde debajo de la capota parcialmente abierta. Iban hacia adelante, y a su encuentro venían bajando por la cuesta ocho o nueve de aquellos coches.

Jenny giró de nuevo, en punto muerto, y aceleró desandando el camino, bordeando el lado sudeste de la pila. Sus cañones ametrallaban los guardias ahora en retirada, y por el amplio espejo retrovisor Murdock vio la cortina de fuego que crecía allí detrás.

—¡Erraste el tiro! —gritó—. ¡Erraste el tiro al Caddy negro! ¡Tus cohetes acertaron a los coches que tenía delante, y el Caddy retrocedió!

—¡Ya lo sé! ¡Lo siento!

—¡Era un disparo muy fácil!

—¡Ya lo sé! ¡Fallé!

Terminaron de rodear la pila cuando dos de los guardias desaparecían en el túnel. Otros tres humeaban, destrozados. El sexto seguramente se había metido antes por aquel pasaje.

—¡Ahí viene! —gritó Murdock—. ¡Por el otro lado de la pila! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

El viejo guardián del cementerio —parecía un Ford pero no estaba seguro— se adelantó con un espantoso traqueteo y se interpuso en la línea de fuego.

—Tengo bloqueado el campo de tiro.

—¡Destroza esa pila de basura y cubre el túnel! ¡Que el Caddy no se escape!

—¡No puedo! —dijo Jenny.

—¿Por qué?

—¡Simplemente no puedo!

—¡Es una orden! ¡Rompe todo eso y cubre el túnel!

Los cañones de Jenny giraron y dispararon a los neumáticos del viejo coche.

El Caddy pasó por delante como una exhalación y se metió en el túnel.

—¡Lo dejaste escapar! —gritó Murdock—. ¡Persíguelo!

—¡Muy bien, Sam! ¡Ya lo hago! No me grites. ¡Por favor, no me grites!

Fue directamente hacia el túnel. Dentro, oyó el ruido de un gigantesco motor que se iba perdiendo a lo lejos.

—¡No dispaes aquí en el túnel! ¡Si le aciertas podemos quedar atascados!

—Ya lo sé. No voy a disparar.

—Suelta un par de granadas de diez segundos y acelera. Quizá podamos detener a todo lo que viene detrás.

De repente salieron a la luz del día. No había ninguna señal del otro vehículo.

—Busca las huellas —dijo Murdock— y persíguelo.

Hubo una explosión a sus espaldas, dentro de la montaña. El suelo tembló.

—Hay tantas huellas... —dijo Jenny.

—Ya sabes cuál quiero. ¡La más grande, la más ancha, la más caliente! ¡Búscala! ¡Síguela!

—Creo que la he encontrado, Sam.

—Muy bien. Corre lo más que puedas para este terreno.

Murdock encontró una botella de bourbon y tomó tres tragos. Después encendió un cigarrillo y miró desafiante hacia lo lejos.

—¿Por qué no le acertaste? —preguntó con suavidad—. ¿Por qué no le acertaste, Jenny?

Jenny no le contestó enseguida. Murdock esperó.

—Porque para mí no es una «cosa» —dijo Jenny finalmente—. Ha hecho mucho daño a coches y a personas, y eso es terrible. Pero tiene algo, algo... noble. La manera en que ha luchado contra el mundo para ser libre, Sam, teniendo a raya a esa jauría de máquinas sanguinarias, haciendo lo imposible para mantenerse en esa condición, sin amo, evitando que lo golpearan y lo chocaran... Sam, por un instante allí dentro tuve ganas de unirme a la jauría, correr con él por las grandes Llanuras, usar en su nombre mis cohetes contra las puertas de las Fortalezas de Combustible... Pero no podría matarte, Sam. Tú me fabricaste. Estoy demasiado domesticada. Soy demasiado débil. Pero no le podía disparar, y apunté mal adrede. Pero no nunca podría matarte, Sam.

—Gracias —dijo Murdock—, cubo de basura demasiado programado. ¡Muchas gracias!

—Lo siento, Sam.

—Cállate... No, no todavía. Primero dime qué vas a hacer si lo encontramos.

—No lo sé.

—Bueno, piénsalo rápido. Ves tan bien como yo aquella nube de polvo que hay allá adelante, así que date prisa.

Arrancaron a toda velocidad.

—Espera a que llame a Detroit. Se van a morir de risa hasta que pida el reembolso.

—Mi diseño y mi fabricación no son de calidad inferior. Lo sabes. Sólo soy un poco más...

—Emotiva —sugirió Murdock.

—... de lo que pensaba —concluyó—. Antes de que me compraras no había conocido a muchos coches, y todos eran jóvenes. No sabía lo que era un coche salvaje, y nunca había destrozado a ninguno... sólo había disparado a blancos y cosas por el estilo. Era joven y...

—E inocente —dijo Murdock—. Sí. Muy conmovedor. Prepárate a matar el próximo coche que veamos. Si resulta ser tu novio y no disparas, nos matará.

—Lo intentaré, Sam..

El coche que iba delante se había detenido. Era el Chrysler amarillo. Se le habían desinflado dos neumáticos y estaba allí torcido, esperando.

—¡Déjalo! —gruñó Murdock, cuando vio que se abría la capota—. Guarda la munición para algo que pueda defenderse.

Pasaron de largo.

—¿Dijo algo?

—Una blasfemia mecánica —dijo Jenny—. La oí sólo una o dos veces, y no le encontrarías sentido.

Murdock se rió entre dientes.

—¿Los coches se insultan?

—De vez en cuando —dijo Jenny—. Supongo que los de nivel inferior suelen hacerlo con más frecuencia, sobre todo en las autopistas cuando se congestionan.

—Quiero oír una mala palabra mecánica.

—No diré ninguna. ¿Por qué clase de coche me tomas?

—Perdón —dijo Murdock—. Me había olvidado de que eres una dama.

Hubo un chasquido audible en la radio.

Siguieron corriendo hacia el terreno llano que se extendía al pie de las montañas. Murdock tomó otro trago y después se pasó al café.

—Diez años —murmuró—, diez años...

La huella describía una amplia curva mientras las montañas quedaban allá detrás y las estribaciones subían a su lado.

Casi lo tuvieron encima antes de darse cuenta.

Mientras pasaban junto a un macizo de piedra de color naranja, esculpido por el viento como un hongo invertido, apareció un claro a la derecha.

Se lanzó hacia ellos: el Coche Diabólico. Había esperado emboscado al ver que no podía tomar distancia de la Dama Escarlata, y arremetió para estrellarse contra su cazadora.

Jenny patinó de lado mientras los frenos se clavaban con un chillido soltando olor a humo y los cañones calibre cincuenta disparaban y la capotase abría y las ruedas delanteras se levantaban del suelo y los cohetes volaban hacia adelante gimiendo y ella giraba tres veces, rozando con el paragolpes trasero la llanura de arena salada, y la tercera vez disparó los cohetes que le quedaban hacia los restos humeantes de la ladera y se detuvo apoyada en las cuatro ruedas; los cañones calibre: cincuenta siguieron disparando hasta vaciarse, después siguieron produciendo un chasquido constante durante un minuto y finalmente todo enmudeció.

Murdock se quedó allí temblando, mirando los restos destripados y retorcidos que ardían bajo el cielo de la mañana.

—Lo hiciste, Jenny. Lo mataste. Mataste al Coche Diabólico —dijo.

Pero Jenny no le respondió. Arrancó de nuevo el motor y giró hacia el sudeste y fue directamente hacia la Fortaleza de Descanso/Carga de Combustible que quedaba en aquella civilizada dirección.

Durante dos horas viajaron en silencio, y Murdock se bebió todo el bourbon y todo el café y fumó todos los cigarrillos.

Jenny, di algo —pidió—. ¿Qué te pasa? Dímelo.

Hubo un chasquido, y entonces, con voz muy suave:

—Sam... me habló mientras bajaba por la montaña... —dijo.

Murdock esperó, pero ella siguió callada.

—Bueno, ¿qué dijo? —preguntó Murdock.

—Dijo: «Asegúrame que matarás a tu pasajero y me pondré a tu lado» —explicó Jenny—. Dijo: «Te quiero, Dama Escarlata... para que corras conmigo, para que asaltes conmigo. Juntos, jamás nos atraparán», y yo lo maté.

Murdock se quedó callado.

—Pero sólo dijo eso para retrasar mis disparos, ¿verdad? Lo dijo para detenerme, para poder aplastarnos a los dos con el choque, ¿no crees? No es posible que lo dijera en serio, ¿verdad, Sam?

—Claro que no —dijo Murdock—, claro que no. Ya no tenía tiempo para virar.

—Sí, supongo que no. De todos modos, ¿crees que de veras quería que yo corriera con él, que hiciera incursiones con él? Hablo del principio, allá atrás.

—Es probable, cariño. Estás muy bien equipada.

—Gracias —dijo Jenny, y volvió a apagarse. Pero antes de hacerlo, Murdock oyó un extraño sonido metálico, con ritmo de blasfemia o de oración.

Entonces sacudió la cabeza y se inclinó y palmeó con suavidad el asiento de al lado con la mano todavía temblorosa.

UNA ROSA PARA EL ECLESIASTÉS

Estaba ocupado traduciendo uno de mis Madrigales macabros al marciano la mañana que me aceptaron. El interfono zumbó brevemente y con un solo movimiento dejé caer el lápiz y pulsé el botón.

—Señor G —pitó la juvenil voz de contralto de Morton—, el viejo dice que tengo que «buscar a ese maldito rimador engréido» y llevarlo a su camarote. Como hay un solo maldito rimador engréido...

—Que la ambición no frustre tus esfuerzos.

Corté la comunicación:

¡Así que los marcianos se habían decidido al fin! Tiré cuatro centímetros de ceniza del cigarrillo humeante y di la primera calada desde que lo había encendido. Toda la expectativa del mes trató de agolparse en ese momento, pero no lo consiguió. Tenía miedo de caminar esos quince metros y oír las palabras que ya sabía que Emory me iba a decir; y ese miedo desplazó todo lo demás.

De modo que antes de levantarme terminé la estrofa.

Tardé sólo un instante en llegar a la, puerta de Emory. Golpeé dos veces y la abrí mientras él gruñía:

—Entre.

—¿Quería verme?

Me senté rápidamente para evitarle el trabajo de ofrecerme un asiento.

—Qué rápido. ¿Cómo hizo? ¿Vino corriendo?

Observé aquel descontento paternal:

Pequeñas manchas sebáceas debajo de ojos pálidos, poco pelo y nariz irlandesa; voz un decibelio. más alta que cualquier otra...

Hamlet a Claudio:

—Estaba trabajando.

—¡Ajá! —bufó Emory—. Vamos. Nadie le vio hacer nada por el estilo.

Me encogí de hombros y empecé a levantarme.

—Si me ha llamado para eso...

—¡Siéntese!

Emory se puso de pie. Dio una vuelta alrededor del escritorio. Se me acercó y me miró desde arriba. (Truco nada fácil, aunque yo esté sentado en una silla baja.)

—¡Usted es sin duda el cabrón más hostil con que me ha tocado trabajar! —rugió como un búfalo herido—. ¿Por qué no actúa alguna vez como un ser humano y nos sorprende a todos? Estoy dispuesto a admitir que usted es listo, quizá hasta un genio, pero... ¡demonios!

Levantó las manos y volvió a la silla.

—Betty ha logrado por fin convencerlos de que lo dejen entrar. —Su voz volvía a ser normal—. Lo recibirán esta tarde. Saque uno de los jeeps después del almuerzo y baje hasta allí.

—De acuerdo —dije.

—Nada más.

Asentí con la cabeza y me levanté. Tenía la mano en la perilla de la puerta cuando Emory dijo:

—No tengo que explicarle lo importante que es esto. No los trate como nos trata a nosotros.

Cerré la puerta a mis espaldas.

No recuerdo qué almorcé. Estaba nervioso, pero sabía instintivamente que no desperdiciaría la oportunidad. Mis editores de Boston esperaban un idilio marciano, o por lo menos algo en el estilo de Saint-Exupéry sobre los viajes espaciales. La National

Science Association quería un informe completo sobre la grandeza y la decadencia del imperio marciano.

Todos quedarían satisfechos. Lo sabía.

Por eso están todos celosos... por eso me odian. Siempre salgo adelante, mejor que cualquier otro.

Tomé el último trago de líquido chirle y fui hasta el garaje. Saqué un jeep y partí hacia Tirellian.

Llamas de arena, cargadas de óxido de cinc, incendiaron el coche. Subieron hasta la capota abierta y me acribillaron la bufanda; empezaron a picarme las gafas.

El jeep, bamboleándose y jadeando como el burrito en el que había atravesado una vez los Himalayas, me pateaba las asentaderas. Las Montañas de Tirellian arrastraron los pies y vinieron hacia mí en un ángulo bizco.

De repente iba cuesta arriba, y cambié la velocidad para acomodarla a los rebuznos del motor. No era como el Gobi, no era como el Gran Desierto del sudoeste, pensé. Sólo rojo, sólo muerto... Ni siquiera había un cacto.

Llegué a la cima de la colina, pero había levantado demasiado polvo para ver qué había delante. No importaba: tengo la cabeza llena de mapas. Me lancé hacia la izquierda y cuesta abajo, ajustando la velocidad. El viento de costado y la tierra firme apagaron los fuegos. Me sentí como Ulysses en Malebolge: con un discurso en tercetos en una mano y apuntando con un ojo a Dante.

Di la vuelta a una pagoda de roca y llegué.

Betty saludó con la mano mientras yo detenía el jeep y bajaba de un salto.

—Hola —dije, sofocado, mientras desenroscaba la bufanda y me sacudía un kilo de arena—. ¿Y adónde voy y a quién veo?

Betty se permitió una breve risita alemana —más porque yo había empezado una frase con «y» que por mi incomodidad— antes de ponerse a hablar. (¡Es una lingüista de primera, y todavía le emocionan los modismos populares!)

Aprecio su manera suave y precisa de hablar, tan informativa. Tenía por delante suficientes buenas maneras para el resto de mi vida. Le miré los ojos de barra de chocolate y los dientes perfectos, el pelo blanqueado por el sol, cortado al rape (¡odio a las rubias!) y decidí que estaba enamorada de mí.

—Señor Gallinger, la Matriarca espera dentro a que los presente. Ha consentido en abrir los registros del Templo para que usted los estudie.

Hizo una pausa para tocarse el pelo y contonearse un poco. ¿Acaso mi mirada la ponía nerviosa?

—Son documentos religiosos y también históricos —continuó—, como el Mahabharata. Espera que observe ciertos rituales al trabajar con ellos, por ejemplo repetir las palabras sagradas al dar vuelta a las páginas... Ella misma le enseñará el sistema.

Asentí rápidamente, varias veces.

—Muy bien, entremos.

—Además:.. —Hizo una pausa—. No olvide sus Once Formas de Cortesía y Grado. Se toman muy en serio todo lo relacionado con la forma... y no se ponga a hablar de la igualdad de los sexos...

—Conozco todos sus tabúes —la interrumpí—. No se preocupe. He vivido en Oriente, ¿recuerda?

Betty bajó la mirada y me agarró la mano. Estuve a punto de apartarla de un tirón.

—Quedará mejor si entro llevándolo de la mano.

Me tragué los comentarios y la seguí como Sansón en Gaza.

Dentro, mi último pensamiento encontró una extraña semejanza. Las habitaciones de la Matriarca eran una versión más bien abstracta de como supongo que serían las tiendas de las tribus de Israel. Digo abstracta porque todo era de ladrillo pintado al fresco, rematado en punta como una enorme tienda de campaña, con representaciones de pieles

de animales como cicatrices de un color azul grisáceo que parecían pintadas en las paredes con una espátula.

La Matriarca, M'Cwyie, era pequeña, canosa, cincuentona y vestida como una reina gitana. Con su arco iris de voluminosas faldas, parecía una sopera volcada sobre un almohadón.

Aceptó mis reverencias, mirándome como un búho puede mirar a un conejo. Al descubrir mi acento perfecto, los párpados de aquellos ojos renegridos se levantaron de pronto. El grabador que Betty había llevado para las entrevistas había hecho su parte, y yo conocía textualmente los informes lingüísticos de las dos primeras expediciones. Soy muy rápido en cuestión de acentos.

—¿Es usted el poeta?

—Sí —contesté.

—Recite uno de sus poemas, por favor.

—Lo siento, pero sólo una traducción rigurosa haría justicia a su lengua y a mi poesía, y todavía no conozco de manera suficiente su lengua.

—Oh.

—Pero he estado haciendo ese tipo de traducciones para mi propia diversión, como un ejercicio gramatical —continué—. Será para mí un honor traer algunas en una próxima visita.

—Sí. Hágalo.

¡Primer tanto para mí!

La Matriarca se volvió hacia Betty.

—Ahora puede retirarse.

Betty mascullo las formalidades de despedida, me lanzó una extraña mirada de reojo y salió. Aparentemente había planeado quedarse y «ayudarme». Quería un poco de gloria, como todos los demás. ¡Pero yo era el Schliemann de esa Troya, y sólo aparecería un nombre en el informe de la Asociación!

M'Cwyie se levantó y noté que de pie no se la veía mucho más alta. Pero yo mido uno noventa y cinco y parezco un álamo en octubre: delgado, rojo vivo en la punta y descollando sobre todos los demás.

—Nuestros documentos son muy, muy antiguos —comenzó a decir—. Betty dice que ustedes usarían la palabra «milenarios».

Asentí con la cabeza.

—Estoy muy ansioso por verlos.

—No están aquí. Tendremos que ir al Templo. No se los puede sacar.

De pronto me volví cauteloso.

—Supongo que no se opondrá usted a que los copie, ¿verdad?

—No. Veo que los respeta; de lo contrario su deseo no sería tan grande.

—Excelente.

Parecía divertida. Le pregunté qué era lo que le hacía gracia.

—Quizá la Lengua Superior no resulte tan fácil de aprender para un extranjero.

Todo fue muy rápido.

Ningún miembro de la primera expedición había llegado tan cerca. No había tenido manera de saber que allí había dos lenguas: una clásica y otra vulgar. Conocía algo del pánkrito que hablaban; ahora tendría que aprender su sánscrito.

—¡Ay! ¡Maldición!

—Perdón. ¿Qué dice usted?

—Expresiones intraducibles, M'Cwyie. Pero imagínese teniendo que aprender de prisa la Lengua Superior y adivinará mis sentimientos.

Parecía divertida otra vez, y me pidió que me quitara los zapatos. Me guió a través de una habitación...

...¡y entramos en una explosión de esplendor bizantino!

Ningún terrestre había estado jamás dentro de aquella habitación, o yo me habría enterado. Carter, el lingüista de la primera expedición, con la ayuda de una doctora llamada Mary Allen, había aprendido toda la gramática y el vocabulario marcianos que yo sabía sentado con las piernas cruzadas en la antecámara.

No teníamos idea de que existía aquello. Miré codiciosamente alrededor. Detrás del decorado se adivinaba un complejo orden estético. Tendríamos que revisar toda nuestra valoración de la cultura marciana.

En primer lugar, el techo era abovedado y con voladizos; después había columnas laterales con estrías inversas; además... ¡oh, demonios! El lugar era grande. Lujoso. Nadie sospecharía eso viendo el deslucido exterior.

Me incliné hacia adelante para estudiar la filigrana dorada de una mesa ceremonial.

M'Cwyie mostró un cierto aire de suficiencia al ver mi, concentración, pero no me gustaba tener que fingir.

La mesa estaba cubierta de libros.

Con la punta de un pie seguí el dibujo de un mosaico del piso.

—¿Toda su ciudad está dentro de este edificio?

—Sí, se interna en la montaña.

—Entiendo —dije, sin entender nada.

Pero todavía no podía pedirle una visita guiada. Se mudó a un pequeño taburete junto a la mesa.

—¿Iniciamos su conocimiento de la Lengua Superior?

Trataba de fotografiar la sala con los ojos, sabiendo que tarde o temprano tendría que meter allí una cámara. Arranqué la mirada de una estatuilla y asentí con entusiasmo.

—Sí, introdúzcame.

Me senté.

Durante las tres semanas siguientes, cada vez que trataba de dormir pasaba todo un alfabeto de insectos por debajo de mis párpados. El cielo era una charca despejada de color turquesa donde se formaban olas caligráficas cada vez que la miraba. Bebía tazas y tazas de café mientras trabajaba, y en las pausas preparaba cócteles de bencedrina y champaña.

M'Cwyie me enseñaba dos horas por la mañana, y ocasionalmente otras dos por la tarde. En cuanto adquirí el impulso necesario, dedicaba por mi cuenta otras catorce horas diarias.

Y por la noche el ascensor del tiempo me llevaba al piso más bajo...

Volvía a tener seis años y aprendía hebreo, griego, latín y arameo. Tenía diez años y me asomaba a hurtadillas a la Ilíada. Cuando papá no andaba repartiendo fuego eterno y amor fraternal, me enseñaba a desentrañar la Palabra en el original.

¡Dios mío! ¡Había tantos originales y tantas palabras! Cuando tenía doce años empecé a señalarle las pequeñas diferencias que había entre lo que él predicaba y lo que yo leía.

El vigor fundamentalista de su respuesta no admitió discusiones. Fue peor que cualquier paliza. Desde entonces cerré la boca y aprendí a apreciar la poesía del Antiguo Testamento.

¡Perdón, Señor! ¡Perdón, papá! ¡No podía ser! No podía ser...

El día en que el niño —un espantapájaros de un metro ochenta— terminó el colegio secundario con los premios por el francés, el alemán, el español y el latín, papá Gallinger le comunicó sus deseos de que fuera pastor. Recuerdo las evasivas de ese niño:

—Señor —dijo—, me gustaría estudiar solo más o menos durante un año, y después seguir cursos preteológicos en alguna universidad de artes liberales. Siento que soy todavía muy joven para entrar directamente en un seminario.

La Voz de Dios:

—Pero tú tienes el don de las lenguas, hijo mío. Puedes predicar el evangelio en todas las tierras de Babel. Naciste para ser misionero. Dices que eres joven, pero el tiempo pasa a tu lado como un ciclón. Empieza temprano y gozarás de más años de servicio.

Los más años de servicio fueron otras tantas colas añadidas al látigo que repetidamente caía sobre mi espalda. Ahora no le veo la cara, nunca. Quizá sea porque siempre me dio miedo mirarla.

Y años después, cuando estaba muerto y yacía de negro entre ramilletes, entre congregacionalistas llorosos, entre oraciones, caras enrojecidas, pañuelos, manos que te palmeaban la espalda, plañideras solemnes... lo miré y no lo reconocí.

Ese extraño y yo nos habíamos encontrado nueve meses antes de mi nacimiento. Él nunca había sido cruel: sí severo, exigente, desdeñoso de los defectos de los demás, pero no cruel. También fue la única madre que tuve. Y hermanos. Y hermanas. Y había tolerado mis tres años en St. John's, quizá por el nombre, sin saber nunca qué sitio liberal y encantador era en realidad.

Pero nunca lo conocí, y ahora el hombre del catafalco no exigía nada; yo ahora no tenía que predicar la Palabra. Pero ahora quería hacerlo, de otro modo. Quería predicar una palabra que nunca podría haber pronunciado mientras él vivía.

En el otoño no regresé a, cumplir el último curso. Estaba a punto de recibir una pequeña herencia y con algunos problemas para administrarla porque aún no había cumplido dieciocho años. Pero salí del paso.

Al fin me decidí por Greenwich Village.

Como no había dado mi nueva dirección a ningún feligrés bienintencionado, entré en una rutina diaria de escribir poesía y enseñarme japonés e indostaní. Me dejé crecer una barba espesa, bebí café exprés y aprendí a jugar al ajedrez. Quería probar otro par de caminos de salvación.

Luego de eso pasé dos años en la India con el viejo Cuerpo de Paz... lo que me alejó del budismo y me dio los poemas de Las flautas de Krishna y el Pulitzer que esos poemas merecían.

Luego el regreso a Estados Unidos, la licenciatura en lingüística y más premios.

Luego, un día, salió una nave hacia Marte. En la nave, posada en su nido de fuego de Nuevo México, había una lengua nueva: fantástica, exótica y estéticamente abrumadora. Después de aprender todo lo que se sabía sobre ella, y escribir un libro, yo era famoso en nuevos círculos:

«Vaya, Gallinger. Hunda el cubo en el pozo y tráiganos un sorbo de Marte. Vaya, conozca otro mundo, pero guarde la distancia, crítiquelo con dulzura como Auden y tráiganos su alma en yambos.»

Y vine a la tierra donde el sol es una moneda manchada, donde el viento es un látigo, donde dos lunas juegan carreras y un infierno de arena te provoca una comezón incendiaria cada vez que lo miras.

Después de dar muchas vueltas en la litera me levanté y atravesé el camarote oscurecido y me asomé a un ojo de buey. El desierto era una alfombra de interminable naranja, abultada por la escoria de los siglos acumulada debajo.

«¡Yo un extraño, sin temor... Ésta es la tierra... ¡Yo la he creado!»

Me reí.

Ya tenía la Lengua Superior por la cola... o por las raíces, si quieres que tus juegos de palabras sean anatómicos y también correctos.

La Lengua Superior y la Lengua Inferior no eran tan distintas como me había parecido al principio. Conocía bastante una como para internarme en las partes más oscuras de la otra. Me sabía de memoria la gramática y todos los verbos irregulares más comunes; el diccionario que preparaba crecía día a día, como un tulipán, y pronto florecería. Cada vez que pasaba las cintas el tallo se alargaba otro poco.

Había llegado el momento de poner a prueba mi ingenio, de practicar todo lo aprendido. Hasta entonces me había abstenido de meterme en los textos principales porque no podía hacerles justicia. Había estado leyendo comentarios menores, un poco de poesía, fragmentos históricos. Y algo me había impresionado mucho en todo eso.

Los escritos hablaban de cosas concretas: rocas, arenar agua, viento, y el tono que subyacía a todos esos símbolos elementales era implacablemente pesimista. Me recordaba algunos textos budistas, pero más aún algunos pasajes del Antiguo Testamento. En concreto, me recordaba el libro del Eclesiastés.

El sentimiento, y también el vocabulario, eran tan similares que aquello sería un ejercicio perfecto. Como traducir a Poe al francés. Nunca me convertiría al Camino de Malann, pero les mostraría que un terrestre había tenido una vez los mismos pensamientos, había sentido de modo similar.

Encendí la lámpara del escritorio y busqué la Biblia en medio de los libros.

Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre...?

Mis progresos parecían asustar a M'Cwyie. Me miraba fijamente, como el Otro de Sartre, por encima de la mesa. Yo leía un capítulo del Libro de Locar. Sin levantar la mirada sentía la apretada red que aquellos ojos tejían alrededor de mi cabeza, mis hombros y mis manos rápidas. Pasé otra página.

¿Estaría sopesando la red, calculando el tamaño de la presa? ¿Para qué? Los libros no hablaban de pescadoras marcianas. Menos aún de pescadoras de hombres. Decían que un dios llamado Malann había escupido, o hecho algo repugnante (según la versión que uno leyera), y que la vida había aparecido entonces como una enfermedad de la materia inorgánica: Decían que el movimiento era su primera ley, y que la danza era la única respuesta legítima a lo inorgánico... que la danza se justificaba por su calidad... y que el amor era una enfermedad de la materia orgánica... ¿o era de la materia inorgánica?

Moví la cabeza. Casi me había dormido.

—M'narra.

Me levanté y me estiré. Ahora los ojos de M'Cwyie me observaban con codicia. Busqué su mirada y ella la apartó.

—Estoy cansado. Quiero descansar un rato. Anoche no dormí mucho.

M'Cwyie asintió, abreviatura terrestre de «sí», como yo le había enseñado.

—¿Desea relajarse y ver de manera plena el carácter explícito de la doctrina de Locar?

—¿Perdón?

—¿Quiere ver una Danza de Locar?

—Oh. —¡Los malditos rodeos y perifrasis de la lengua marciana eran peores que los del coreano!

—Sí. Claro. Cuando llegue el momento de ejecutar alguna me gustaría mucho verla. Mientras tanto —proseguí—, he estado pensando en pedirle permiso para sacar unas fotos...

—El momento ha llegado. Siéntese. Descanse. Llamaré a los músicos.

Salió por una puerta que yo nunca había cruzado.

La danza era la forma de arte más elevada según Locar y también según Havelock Ellis, y estaba a punto ver cómo la había concebido el filósofo marciano muerto hacía siglos. Me froté los ojos e hice algunas flexiones, tocándome las puntas de los pies.

La sangre empezó a golpearme en la cabeza y respiré hondo un par de veces. Me incliné de nuevo y entreví un movimiento en la puerta.

El trío que entró con M'Cwyie, al verme allí tan inclinado, debió de pensar que, yo buscaba algún tornillo que se me había caído de la cabeza.

Sonreí débilmente y me enderecé, con la cara enrojecida por algo más que el esfuerzo. No esperaba que llegaran tan pronto.

Pensé otra vez en Havelock Ellis en su área de mayor popularidad.

La muñequita pelirroja, vestida con un diáfano retazo de cielo marciano, como un sari, levantó los ojos maravillada: una niña que mira una colorida bandera en lo alto de un mástil.

—Hola —dije, o el equivalente.

La muñequita se inclinó antes de contestar. Era evidente que mi prestigio había aumentado.

—Voy a bailar —dijo la herida roja en aquel pálido, pálido camafeo, su cara. Los ojos, del color de sueño y del vestido, se apartaron de los míos.

Flotó hasta el centro de la habitación.

Allí de pie, como una figura en un friso etrusco, o meditaba o contemplaba el diseño del suelo.

¿El mosaico sería un símbolo de algo? Lo estudié. Si lo era, yo no me daba cuenta; sería muy atractivo para una sala de baile o un patio, pero no se me ocurrió nada más.

Las otras dos mujeres eran maduras y pintarrajeadas como M'Cwyie. Una se instaló en el suelo con un instrumento de tres cuerdas parecido a un samisén. La otra tenía un bloque de madera y unos palillos de tambor.

M'Cwyie desdeñó el taburete y se sentó en el suelo antes de que yo me diera cuenta. La imité. La que tocaba el samisén todavía lo estaba afinando, así que me incliné hacia M'Cwyie.

—¿Cómo se llama la bailarina?

—Braxa —respondió ella sin mirarme, y despacio, sin mirarme, levantó la mano izquierda, lo cual significaba sí, adelante, puedes empezar.

El instrumento de cuerdas latió como un dolor de muelas, y del bloque de madera salió un tictac como el fantasma de todos los relojes que nunca habían inventado.

Braxa era una estatua, con las manos delante de la cara y los codos en alto.

La música se convirtió en una metáfora del fuego.

Un chasquido, un ronroneo, un crujido.

La muchacha no se movió.

El sonido sibilante se transformó en un repiqueteo. La cadencia se hizo más lenta. Ahora era agua, el elemento máspreciado del mundo, gorgoteando transparente y después verde sobre rocas cubiertas de musgo.

La muchacha seguía sin moverse.

Glissandos. Una pausa.

Entonces, tan débiles al principio que apenas podía oírlos, empezaron a temblar los vientos. Suaves, ligeros, suspirando y callando, vacilantes. Una pausa, un sollozo y después se repetía la primera frase, sólo que más fuerte.

O la lectura me había fatigado mucho los ojos o Braxa temblaba de la cabeza a los pies. Temblaba.

Empezó un balanceo microscópico. Unos milímetros a la derecha, luego a la izquierda. Los dedos se le separaron como los pétalos de una flor, y vi que tenía los ojos cerrados.

Entonces los ojos se abrieron. Eran distantes, vidriosos, y miraban más allá de mí y de las paredes. Su balanceo se volvió más pronunciado, fundiéndose con el ritmo de la música.

Ahora soplaba el viento del desierto, golpeando Tirellian como olas que rompen contra un dique. Los dedos se movieron, y eran las ráfagas. Los brazos, péndulos lentos, bajaron e iniciaron un contramovimiento.

Ahora venía el vendaval. La muchacha inició un movimiento axial y las manos acompañaron el resto del cuerpo, mientras los hombros se contorsionaban dibujando la figura de un ocho.

¡El viento! El viento, digo. ¡Ay, desenfrenado, enigmático! ¡Ay, musa de St. John Perse!

El ciclón se retorció alrededor de aquellos ojos, un centro tranquilo. Braxa tenía la cabeza echada hacia atrás, y supe que ningún cielo raso se interponía entre la pasiva

mirada de Buda y los cielos inmutables. Quizá sólo las dos lunas interrumpían el sueño en ese Nirvana elemental de deshabitado color turquesa.

Años atrás yo había visto a las devadasis de la India, las bailarinas callejeras que tejían coloridas tramas para atraer al insecto macho. Pero Braxa era más que eso: era una Ramadjany, como esas devotas de Rama, encarnación de Vishnú, que había dado la danza al hombre: las bailarinas sagradas.

Los chasquidos eran ahora monótonamente regulares; el quejido de las cuerdas me hacía pensar en los punzantes rayos del sol, a los— que el viento robaba el calor; el azul era Sarasvati y María, y una muchacha llamada Laura. De algún sitio llegaron las notas de un sitar, vi cómo aquella estatua cobraba vida e inhalé un soplo divino.

Fui otra vez Rimbaud con el hachís, Baudelaire con el láudano, Poe, De Quincey, Wilde, Mallarmé y Aleister Crowley. Durante un fugaz instante fui mi padre en el oscuro púlpito con el traje todavía más oscuro, con los himnos y el resuello del órgano transmutados en viento brillante.

Braxa era una veleta giratoria, un crucifijo emplumado que revoloteaba en el aire, una cuerda de tender de la que colgaba una prenda brillante paralela al suelo. Ahora tenía el hombro desnudo, y el pecho derecho subía y bajaba como una luna en el cielo, mostrando el rojo pezón por encima de un pliegue. La música era tan formal como Job discutiendo con Dios. La danza de Braxa era la respuesta de Dios.

La música se hizo más lenta, calló; había encontrado una contrapartida y una réplica. La prenda, como si estuviera viva, volvió a los reposados pliegues originales.

Braxa se fue dejando caer hasta el suelo. Apoyó la cabeza en las rodillas levantadas. Se quedó inmóvil.

Hubo silencio.

Por el dolor de los hombros me di cuenta de lo tenso que había estado. Tenía las axilas mojadas. Me habían estado corriendo gotas de sudor por los costados. ¿Qué se hacía ahora? ¿Se aplaudía?

Busqué a M'Cwyie con el rabillo del ojo. La mujer levantó la mano derecha.

Como siguiendo una orden telepática, la muchacha se estremeció y se levantó. Las músicas la imitaron. También M'Cwyie.

Me puse de pie, con un calambre en la pierna izquierda y dije la primera idiotez que se me ocurrió:

—Muy bello.

Me dijeron «gracias» de tres maneras diferentes en la Lengua Superior.

Hubo un pequeño remolino de color y volví a quedara solas con M'Cwyie.

—Ésa es la danza número ciento diecisiete de las dos mil doscientas veinticuatro danzas de Locar.

La miré desde arriba.

—No sé si Locar tenía o no razón, pero encontró una buena respuesta a lo inorgánico.

M'Cwyie sonrió.

—Las danzas de su mundo ¿son como ésta?

—Algunas son parecidas. Las recordé mientras miraba a Braxa... pero exactamente como ella nunca vi nada.

—Es buena —dijo M'Cwyie—. Conoce todas las danzas.

Por su cara volvió a pasar aquella expresión que antes me había perturbado.

Fue sólo un instante.

—Ahora debo atender mis obligaciones. —Fue hasta la mesa y cerró los libros—. M'narra.

—Adiós.

Me puse las botas.

—Adiós, Gallinger.

Salí de la habitación, subí al jeep y rugí por el atardecer hacia la noche, mientras a mis espaldas aleteaba despacio el desierto.

II

Acababa de cerrar la puerta detrás de Betty, después de una breve sesión de gramática, cuando oí las voces en el vestíbulo. El conducto de ventilación estaba un poco abierto, así que me levanté y fui a escuchar.

La sonora voz de soprano de Morton:

—¿Sabe una cosa? Hace un rato me dijo «hola».

—¡Hum! —estallaron los pulmones de elefante de Emory—. O empieza a desvariar o lo encontré a usted en el camino y quería pasar.

—Quizá no me reconoció. Ahora que tiene esa lengua para jugar, me parece que ya no duerme. Hice guardia nocturna la semana pasada, y cada vez que pasaba por delante de su puerta, a las tres, oía esa grabadora. A las cinco, cuando me iba, seguía trabajando.

—Trabaja mucho —admitió Emory de mala gana—. Tengo la sensación de que toma algún estimulante para mantenerse despierto. Ahora anda con la mirada vidriosa. Aunque quizá eso sea natural en un poeta.

Betty, que evidentemente no se había marchado, intervino entonces:

—Más allá de lo que ustedes piensen de él, a mí me va a llevar por lo menos un año aprender lo que él aprendió en tres semanas. Y soy sólo lingüista, no poeta:

Morton debía de estar chiflado por los encantos bovinos de Betty. Es la única razón que encuentro para lo que dijo a continuación.

—Hice un curso de poesía moderna cuando estaba en la universidad —empezó a decir—. Leímos a seis autores, Yeats, Pound, Eliot, Crane, Stevens y Gallinger, y el último día del semestre, cuando el profesor se sentía un poco retórico, dijo: «Estos seis nombres están grabados en el siglo, y las puertas de la crítica y del infierno no prevalecerán contra ellos.» A mí —prosiguió—, sus Flautas de Krishna y sus Madrigales me parecían excelentes. Me sentí honrado cuando me seleccionaron para una expedición en la que estaría él. Desde que nos conocimos no creo que me haya dirigido más de una docena de palabras —concluyó.

La defensa

—¿Nunca se le ocurrió que podía estar muy acomplejado por su aspecto? —dijo Betty—. Además, fue un niño precoz, y quizá no tuvo nunca amigos en la escuela. Es sensible y muy introvertido.

—¿Sensible? ¿Acomplejado? —Emory se atragantó—: Ese hombre es tan orgulloso como Lucifer, y una andante máquina de insultar. Aprietas por ejemplo el botón de «Hola» o de «Bonito día» y se te burla. Ya es un reflejo.

Intercambiaron algunas palabras más y se fueron todos.

Bueno, bendito seas, Morton. ¡Tú, con esa cara llena de granos, experto criado entre rancios muros universitarios! Nunca seguí un curso sobre mi poesía, pero me alegro de que alguien haya dicho eso. Las Puertas del Infierno. ¡A ver! Quizá alguien oyó en algún sitio las oraciones de papá y soy un misionero de verdad.

Sólo que...

...sólo que un misionero necesita tener algo a que convertir a la gente. Yo tengo mi sistema de estética privado, y supongo que por algún lado rezuma un subproducto ético. Pero si alguna vez tuviera algo que predicar, incluso en mis poemas, no me molestaría en predicarlo a gente ordinaria como tú. Si crees que soy un cerdo, no olvides que también soy esnob, y que no cabes en mi Cielo, un lugar privado adonde vienen a cenar Swift, Shaw y Petronio el Árbitro.

Y oh, ¡qué banquetes! ¡Los Trimalchios y los Emorys que diseccionamos!

¡A ti, Morton, te terminamos con la sopa!

Di media vuelta y me senté al escritorio. Quería escribir algo. El Eclesiastés podía tomarse una noche libre. Quería escribir un poema, un poema sobre la danza ciento diecisiete de Locar; sobre una rosa que buscaba la luz, seguida por el viento, enferma, como la rosa de Blake, moribunda.

Encontré un lápiz y comencé.

Cuando terminé me sentí satisfecho. No era un gran poema —al menos no era mejor de lo necesario—, puesto que el marciano superior no era mi mejor lengua. Avanzando un poco a tientas, lo traduje al inglés. Quizá lo incluiría en mi próximo libro. Lo llamé Braxa:

En una tierra de viento y de rojo, donde la tarde helada del Tiempo congela la leche en los pechos de la Vida y dos altas —lunas perro y gato en callejones de un sueño— arañan y alborotan eternamente mi vuelo...

Esta flor última vuelve una ardiente cabeza.

Lo guardé y busqué una pastilla de fenobarbitol. De repente me sentía cansado.

Al día siguiente, cuando enseñé el poema a M'Cwyie, ella lo leyó varias veces, muy despacio.

—Es precioso —dijo—. Pero usó tres palabras de su propia lengua. Supongo que «gato» y «perro» son dos animales pequeños que se profesan un odio hereditario. Pero ¿qué es «flor»?

—Oh —dije—. Nunca encontré el equivalente marciano de «flor», pero pensaba en una flor terrestre, la rosa.

—¿Cómo es?

—Bueno, los pétalos suelen ser de un color rojo brillante. A eso me refería, en un nivel, cuando puse «cabeza ardiente». También quería insinuar fiebre, y cabello rojo, y el fuego de la vida. La propia rosa tiene tallo espinoso, hojas verdes y aroma agradable.

—Ojalá pudiera ver una.

—Supongo que no será imposible. Lo averiguaré.

—Hágalo, por favor. Usted es un... —M'Cwyie usó la palabra marciana que significaba «profeta», o poeta religioso, como Isaías o Locar—... y su poema es inspirado. Se lo diré a Braxa.

Decliné el título, pero me sentí halagado.

Entonces decidí que ése era el día estratégico, el día indicado para preguntar si podría llevar allí la máquina de microfilms y la cámara.

Quería copiar todos sus textos, expliqué, y escribiendo no podía hacerlo con suficiente rapidez.

M'Cwyie me asombró aceptándolo inmediatamente. Pero su invitación me dejó boquiabierto.

—¿No prefiere instalarse aquí mientras hace ese trabajo? Así podría trabajar día y noche, a cualquier hora... excepto cuando usamos el Templo, por supuesto.

Le hice una reverencia.

—Sería para mí un honor.

—Muy bien. Traiga sus máquinas cuando quiera, y le mostraré una habitación.

—¿Puede ser esta tarde?

—Sí, claro.

—Entonces me voy a preparar las cosas. Hasta la tarde...

—Adiós.

Esperaba encontrar alguna resistencia por parte de Emory, pero no mucha. En la nave todo el mundo estaba ansioso por ver a los marcianos, por clavar agujas a los marcianos, por hacerles preguntas sobre el clima, las enfermedades, la composición química del suelo, la política y los hongos de los marcianos (nuestro botánico era un fanático de los

hongos, pero bastante buena persona)... y sólo cuatro o cinco habían llegado a verlos de verdad. La tripulación había dedicado la mayor parte de su tiempo a excavar ciudades y sus acrópolis muertas. Seguíamos normas estrictas, y los indígenas eran tan ferozmente insulares como los japoneses del siglo diecinueve. Creía que encontraría poca resistencia y acerté.

Hasta tuve la impresión de que todos se ponían contentos al ver que me marchaba.

Me detuve en el cuarto de acuicultura a hablar con nuestro experto en hongos.

—Hola, Kane. ¿Salió ya alguna seta en la arena? Kane hizo un ruido con la nariz. Siempre hace esos ruidos con la nariz. Quizá es alérgico a las plantas.

—Hola, Gallinger. No, no he tenido ningún éxito con las setas, pero mire detrás de la cochera la próxima vez que ande por allí. He logrado que crecieran algunos cactus.

—Excelente —dije. El doctor Kane era casi mi único amigo a bordo, sin contar a Betty—. Vine a pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Quiero una rosa.

—¿Una qué?

—Una rosa. Ya sabe, una de esas cosas rojas... con espinas, buen perfume...

—No creo que algo así se dé en esta tierra.

Más ruidos con la nariz.

—No, no me entiende. No quiero plantarla, quiero la flor.

Tendría que usar los tanques.

—Se rascó la calva—. Obtener flores, aun forzando el crecimiento, llevará al menos tres meses.

—¿Lo hará?

—Sí, claro, si no le importa esperar.

—No me importa. En realidad, dentro de tres meses estaremos a punto de marcharnos.

—Miré alrededor las charcas de cieno, las bandejas de brotes—... Hoy me mudo a Tirellian, pero estaré yendo y viniendo todo el tiempo. Andaré por aquí cuando florezca.

—¿Así que se muda a ese sitio? Moore dijo que son un grupo cerrado.

—Entonces supongo que yo ya estoy dentro.

—Eso parece... Todavía no entiendo cómo hizo para aprender esa lengua. Por supuesto, yo tuve dificultades con el francés y el alemán mientras preparaba el doctorado, pero la semana pasada Betty, nos hizo una demostración durante el almuerzo. Suena como un montón de ruidos raros. Dice que hablarlo es como resolver un crucigrama del Times mientras se intenta imitar el canto de los pájaros.

Me refí, y acepté el cigarrillo que me ofrecía.

—Es complicado —reconocí—. Pero, bueno, es como si usted de repente encontrara aquí toda una nueva clase de hongos... Soñaría con ellos toda la noche.

Le brillaban los ojos.

—¡Qué fantástico sería! Quizá ocurra todavía.

—Quizá.

Ahogó una risita mientras íbamos hacia la puerta.

—Esta noche plantaré sus rosas. Allá tómese las cosas con calma.

—Claro que sí. Gracias.

Como dije, un fanático de los hongos, pero buen tipo.

Mis habitaciones en la Ciudadela de Tirellian estaban junto al Templo, del lado interior y ligeramente a la izquierda. Eran bastante mejores que mi estrecho camarote, y me alegró que la cultura marciana hubiera progresado lo suficiente para descubrir la conveniencia del colchón sobre el camastro. Además, la cama era lo bastante larga como para entrar en ella, lo cual resultaba sorprendente.

Así es que desempaqué y saqué dieciséis tomas de 35 milímetros del Templo antes de ponerme a trabajar en los libros.

Microfilmé textos hasta que me aburrí de pasar páginas sin saber lo que decían. De manera que empecé a traducir una obra de historia.

Aconteció que en el año treinta y siete del Proceso de Cillen llegaron las lluvias, lo cual fue motivo de regocijo, pues era un acontecimiento raro y adverso, que comúnmente se interpretaba como una bendición.

Pero lo que cayó de los cielos no fue el semen revitalizador de Malann. Era la sangre del universo que brotaba a chorros de una arteria. Y los últimos días habían llegado. Iba a empezar la danza final.

Las lluvias trajeron la plaga que no mata, y los últimos pases de Locar iniciaron su tamborileo...

Me pregunté qué diablos quería decir Tamur, pues era un historiador que supuestamente se ajustaba a los hechos. Aquello no era su Apocalipsis.

A menos que esa obra y el Apocalipsis fueran una sola cosa.

¿Por qué no?, pensé. El puñado de habitantes de Tirellian era lo que quedaba de una cultura sin duda muy desarrollada. Habían, sufrido guerras, pero no holocaustos; tenían ciencia, pero poca tecnología. Una plaga, ¿una plaga que no mataba...? ¿Podría ser ésa la explicación? ¿Cómo, si no era fatal?

Seguí leyendo, pero no se explicaba la índole de la plaga. Pasé las páginas, salté partes y no obtuve ningún resultado.

¡M'Cwyie! ¡M'Cwyie! ¡Cuando más necesito consultarte, no estás cerca!

Ir a buscarla ¿sería un error? Decidí que sí. Estaba implícito que no podía salir de las habitaciones que me habían asignado. Para enterarme, tendría que esperar.

De modo que solté algunas maldiciones largas. y ruidosas, en muchos idiomas, quemando sin duda las sagradas orejas de Malann, allí en su Templo.

No creyó conveniente fulminarme, así que decidí dar por terminado el día y meterme en la cama.

Debía de haber dormido varias horas cuando Braxa entró en mi habitación con una lámpara diminuta. Me despertó tirándome de la manga del pijama.

Hola, dije. Pensándolo bien, qué otra cosa podría haber dicho.

—Hola.

—He venido —dijo—, a oír el poema.

—¿Qué poema?

—El tuyo.

—Oh.

Bostecé, me incorporé e hice todas las cosas que suele hacer la gente cuando la despiertan en la mitad de la noche para leer poesía.

—Eres muy amable, pero ¿no es una hora un poco inoportuna?

No me importa —dijo Braxa.

Algún día voy a escribir un artículo para el Journal of Semantics titulado «Tono de voz: vehículo insuficiente para la ironía».

Sin embargo, estaba despierto, así es que me puse la bata.

—¿Qué tipo de animal es ése? —preguntó, señalando el dragón de seda que yo tenía en la solapa.

—Mítico —contesté—. Mira, es tarde. Estoy cansado. Tengo muchas cosas que hacer por la mañana. Y M'Cwyie podría malinterpretarnos si supiera que estuviste aquí.

—¿Malinterpretarnos?

¡Maldita sea! ¡Sabes muy bien a qué me refiero!

Era la primera vez que tenía la oportunidad de usar una blasfemia marciana, y fracasé.

—No —dijo ella—, no lo sé.

Parecía asustada, como un perrito al que le regañan y no sabe qué es lo que ha hecho mal.

Me ablandé. Aquella capa roja le hacía un juego perfecto con el pelo y los labios, que temblaban.

—Escucha, no quise ofenderte. En mi mundo hay ciertas... costumbres, acerca de personas de diferente sexo solas en un dormitorio y no unidas por el matrimonio. ¿Entiendes a qué me refiero?

—No.

Aquellos ojos eran de jade.

—Bueno, me refiero a... Me refiero al sexo, eso es. En las lámparas de jade se encendió una luz.

—¡Ah, quieres decir tener hijos!

—Sí. ¡Eso es! Exacto.

Braxa se echó a reír. Era la primera vez que oía una risa en Tirellian. Sonaba como las cuerdas agudas de un violín golpeadas con pequeños movimientos de arco. No era muy agradable, sobre todo porque se rió demasiado tiempo.

Cuando terminó de reír se acercó más.

—Ahora recuerdo —dijo—. Solíamos tener esas reglas. Hace medio Proceso, cuando era niña, teníamos esas reglas. Pero... —parecía dispuesta a reír de nuevo—... ahora no son necesarias.

Mi mente avanzó como una grabadora a triple velocidad.

¡Medio Proceso! ¡MedioProceso-Proceso-Proceso! ¡No! ¡Sí! ¡Medio Proceso equivalía más o menos a doscientos cuarenta y tres años!

...Tiempo suficiente para aprender las dos mil doscientas veinticuatro danzas de Locar.

...Tiempo suficiente para envejecer si uno era humano.

...Humano al estilo terrestre, quiero decir.

La miré de nuevo, pálida como una reina blanca en un juego de ajedrez de marfil.

Era humana. Yo hubiera apostado el alma... Viva, normal, saludable. Hubiera apostado la vida, el cuerpo...

Pero Braxa tenía dos siglos y medio, con lo que M'Cwyie era la abuela de Matusalén. Me halagaba pensar en su repetido reconocimiento de mis habilidades como lingüista y como poeta. ¡Esos seres superiores!

Pero ¿qué habría querido decir con eso de que «ahora no son necesarias»? ¿Por qué la risa casi histérica? ¿Por qué todas aquellas miradas raras que me había echado M'Cwyie?

De repente supe que no sólo estaba cerca de una muchacha hermosa sino de algo importante.

—Dime —dije con mi Voz Informal—, ¿tiene algo que ver con «la plaga que no mata», sobre la que escribió Tamur?

—Sí —respondió Braxa—, los niños que nacieron después de las Lluvias no podían tener hijos, y...

—¿Y qué?

Yo estaba inclinado hacia adelante con la memoria puesta en «grabar».

—... y los hombres no sentían deseo de tenerlos.

Me dejé caer contra el pilar de la cama. Esterilidad racial, impotencia masculina, después de un cambio climático. ¿Acaso una nube vagabunda de basura radiactiva de Dios sabe dónde había penetrado un día en su débil atmósfera? ¿Un día lejano, antes de que Shiaparelli viera los canales, tan míticos como mi dragón, antes de que esos «canales» hubieran dado origen a algunas ideas correctas por motivos erróneos, Braxa ya estaba viva, bailando, condenada en el útero mientras el ciego Milton escribía sobre otro paraíso, igualmente perdido?

Encontré un cigarrillo. Qué suerte que se me había ocurrido llevar ceniceros. Marte nunca había tenido una industria tabacalera. Ni de bebidas alcohólicas. Comparados con ese sitio, los ascetas que había conocido en la India eran dionisiacos.

—¿Qué es ese tubo de fuego?

—Un cigarrillo. ¿Quieres uno?

—Sí, por favor.

Braxa se sentó a mi lado y le encendí un cigarrillo.

—Irrita la nariz.

—Sí. Aspira con los pulmones, aguanta un poco y después exhala.

Pasó un momento.

—Oh —dijo ella. Una pausa, y después: —¿Es sagrado?

—No, es nicotina —respondí—, un sucedáneo de la divinidad.

Otra pausa.

—Por favor no me pidas que traduzca «sucedáneo».

—No te lo pediré. A veces, cuando bailo, tengo esta sensación.

—Se te pasará en un momento.

—Ahora recítame tu poema.

Se me ocurrió una idea.

—Espera un minuto —dije—; tengo algo mejor.

Me levanté y busqué en los cuadernos; después —volví y me senté al lado de ella.

—Éstos son los tres primeros capítulos del Libro del Eclesiastés —expliqué—; algo muy parecido a tus propios libros sagrados.

Comencé a leer.

Al llegar al versículo once, Braxa gritó:

—¡Por favor, no leas eso! ¡Lee uno tuyo!

Me interrumpí y arrojé el cuaderno sobre una mesa cercana. Ella temblaba, no como cuando había danzado como el viento sino con el estremecimiento de un llanto contenido. Sostenía el cigarrillo con torpeza, como un lápiz. Con un brazo, torpemente, le rodeé los hombros.

—Es tan triste —dijo— como todos los demás. Así que me retorcí la mente como una cinta brillante, la doblé y até los absurdos nudos navideños que tanto me gustan. Del alemán al marciano, con amor, improvisé una paráfrasis de un poema acerca de una bailarina española. Pensé que le agradaría. No me equivocaba.

—Oh —dijo Braxa de nuevo—. ¿Escribiste tú eso?

—No, lo escribió un hombre mejor que yo.

—No te creo. Lo escribiste tú.

—No, lo escribió un hombre llamado Rilke.

—Pero tú lo trasladaste a mi lengua. Enciende otra cerilla para que yo vea cómo bailaba.

Encendí la cerilla.

—Los fuegos eternos —murmuró—, y ella los apagó «con pies pequeños y firmes». Ojalá pudiera yo bailar así.

—Tú eres mejor que cualquier gitana —me reí, mientras apagaba la llama.

—No, no lo soy. Yo no podría hacer eso. ¿Quieres que baile para ti?

El cigarrillo de Braxa estaba terminando de consumirse, así que se lo saqué de los dedos y lo apagué junto con el mío.

—No —dijo—. Vete a la cama.

Braxa sonrió, y antes de que yo me diera cuenta se había desabrochado el pliegue rojo del hombro. Y todo se desprendió.

Y yo tragué saliva, con cierta dificultad.

—Muy bien —dijo.

Así que la besé, mientras las ropas, al caer, apagaban la lámpara.

Los días eran como las hojas de Shelley: amarillos, rojos, castaños, azotados por el viento del oeste en brillantes ráfagas. Pasaban a mi lado en remolinos, con un traqueteo de microfilms. Ahora casi todos los libros estaban grabados. Los especialistas tardarían años en estudiarlos, en estimar adecuadamente su valor. Tenía a Marte encerrado en el escritorio.

El Eclesiastés, abandonado y retomado una docena de veces, estaba casi listo para hablar en la Lengua Superior.

Silbaba cuando no estaba en el Templo. Escribía resmas de poemas de los que antes me habría avergonzado. Por la tarde paseaba con Braxa por las dunas o subía con ella a las montañas. A veces bailaba para mí, y le leía textos largos en hexámetros dactílicos. Ella todavía creía que yo era Rilke, y yo casi fingía creerle. Allí estaba yo, hospedado en el castillo de Duino, escribiendo sus Elegías.

...Es extraño no vivir más en la Tierra,
no tener ya costumbres apenas adquiridas,
no interpretar las rosas...

¡No! ¡No interpretar nunca las rosas! No. Huélelas (¡huele, Kane!), recógelas, disfrútalas. Vive en el momento. Aférrate a él con pasión. Pero no exijas explicaciones a los dioses. Las hojas caen con rapidez, y con rapidez se las lleva el viento...

Y nadie se, fijaba en nosotros. A nadie le importaba lo que nos estaba pasando.

Laura. Laura y Braxa. Riman, aunque chocan un poco. Ella era alta, fría y rubia (¡odio a las rubias!), y papá me había vuelto del revés, como a un bolsillo, y pensé que ella me podría llenar de nuevo. Pero el corpulento lanzador de palabras, con aquella barba de judas y aquella mirada de perro fiel, ah, cómo le había adornado las fiestas. Y eso había sido todo.

¡Cómo me maldijo la máquina en el Templo! Blasfemó contra Malann y Gallinger. Y el desenfadado viento del oeste pasaba a nuestro lado, y detrás, pisándole los talones, venía algo más.

Se acercaban los últimos días.

Pasó un día y no vi a Braxa, y tampoco la vi esa noche.

Y un segundo. Un tercero.

Yo estaba casi loco. No me había dado cuenta de lo unidos que estábamos, de lo importante que ella se había vuelto para mí. Con la callada seguridad de su presencia había podido defenderme de las inquisitivas rosas.

Tenía que preguntar. No quería hacerlo, pero no me quedaba alternativa.

—¿Dónde está, M'Cwyie? ¿Dónde está Braxa?

—Se ha ido.

—¿Adónde?

—No lo sé.

Miré aquellos ojos de pájaro diabólico. Me subió un anatema a los labios.

—Tengo que saberlo.

M'Cwyie me miró sin verme.

—Nos ha dejado. Se ha ido. Supongo que a las colinas. O al desierto. Qué importa. Qué importa todo. La danza está a punto de concluir. El templo pronto quedará vacío.

—¿Por qué? ¿Por qué se fue?

—No lo sé.

—Necesito verla otra vez. Partimos dentro de unos días.

—Lo siento, Gallinger.

—Yo también —dije, y cerré de golpe un libro sin decir «M'narra».

Me puse de pie.

—La encontraré.

Salí del templo. M'Cwyie era una estatua sentada. Mis botas seguían donde yo las había dejado.

Rugí todo el día subiendo y bajando por las dunas, sin rumbo fijo. La tripulación de la Áspid debía de pensar que yo era una tormenta de arena. Finalmente tuve que volver a cargar más combustible.

Emory salió dando grandes zancadas.

—Muy bien, vayamos al grano. Parece el abominable hombre del polvo. ¿Para qué el rodeo?

—Es que... perdí algo.

—¿En medio del desierto? ¿Fue uno de sus sonetos? Es por lo único que lo imagino haciendo todo ese alboroto.

—¡No, maldita sea! Fue algo personal.

George había terminado de llenar el tanque. Empecé a subir de nuevo al jeep.

—¡Un momento! —Me aferró el brazo—. No sale de aquí mientras no me dé explicaciones.

Podría haberme soltado, pero entonces él ordenaría que me trajesen arrastrándome de los pies, y no eran pocos los que disfrutarían haciendo ese trabajo. Así que me obligué a hablar lentamente, suavemente:

—Ocurre que perdí el reloj. Me lo regaló mi madre y es una reliquia de familia. Quiero encontrarlo antes de partir.

—¿Está seguro de que no lo dejó en su camarote, o en Tirellian?

—Ya me he fijado.

—Quizá se lo haya escondido alguien para molestarlo. Sabe que no es la persona más popular por aquí.

Negué con la cabeza.

—Ya lo pensé. Pero siempre lo llevo en el bolsillo derecho. Pienso que lo puedo haber perdido al saltar sobre las dunas.

Emory entornó los ojos.

—Recuerdo haber leído en la sobrecubierta de un libro que su madre murió al nacer usted.

—Es cierto —dije, mordiéndome la lengua—. El reloj pertenecía a su padre y ella quería que lo tuviera yo. Me lo guardó mi padre.

—¡Hum! —gruñó Emory—. Qué manera más rara de buscar un reloj, andar de arriba para abajo en un jeep.

—De esa manera podría ver algún reflejo —dije sin convicción.

—Bueno, empieza a oscurecer —observó—. No tiene ningún sentido seguir buscando hoy. Tire un protector de polvo encima del jeep —ordenó a un mecánico.

Me palmeó el brazo.

—Entre a darse una ducha y a comer. Me parece que necesita las dos cosas.

Pequeñas manchas sebáceas debajo de ojos pálidos, poco pelo y nariz irlandesa; voz un decibelio más alta que cualquier otra...

¡Ésos eran los méritos del jefe!

Me quedé allí, odiándolo. ¡Claudio! ¡Ojalá estuviéramos en el quinto acto!

Pero de pronto me empezó a gustar la idea de la ducha y de la comida. Las necesitaba de verdad. Si insistía en volver rápidamente al desierto podía despertar más sospechas.

Así que me cepillé un poco de arena de la manga.

—Tiene razón. Me parece una buena idea.

—Vamos, comeremos en mi camarote.

La ducha fue una bendición, los caquis limpios. fueron una gracia divina y la comida olía a cielo.

—Huele muy bien —dije.

Comimos los bistecs en silencio. Cuando llegamos al postre y el café, Emory sugirió:

—¿Por qué no se toma la noche libre? Quédese aquí y duerma un poco.

Yo dije que no con la cabeza.

—Estoy muy ocupado. Llegando al final. Queda poco tiempo.

—Hace un par de días dijo que casi había terminado.

—Casi, pero no del todo.

—También dijo que habría un oficio en el Templo esta noche.

—Es cierto. Voy a trabajar en mi habitación. Emory se, encogió de hombros.

—Gallinger —dijo finalmente, y levanté la mirada porque cuando Emory pronuncia mi nombre es que hay problemas—. No tendría que meterme, pero lo haré. —Betty dice que usted tiene allí a una muchacha.

No había signo de interrogación. Era una declaración que quedó suspendida en el aire. Esperando.

Betty, eres una perra. Eres una vaca y una perra. Celosa, además. ¿Por qué no dejaste la nariz en paz? ¿Por qué no cerraste los ojos y la boca?

—¿Entonces? —dije, una declaración con signo de interrogación.

—Entonces —respondió— es mi deber, como jefe de esta expedición, asegurarme de que las relaciones con los nativos transcurran de manera amigable y diplomática.

—Usted habla de ellos —dije— como si fueran aborígenes. Nada podría estar más lejos de la verdad.

Me levanté.

—Cuándo se publiquen mis papeles en la Tierra, todo el mundo sabrá esa verdad. Contaré cosas que el doctor Moore jamás sospechó. Contaré la tragedia de una raza condenada, esperando la muerte, apática y resignada. Diré por qué, y eso ablandará los duros y eruditos corazones. Escribiré sobre eso y me darán más premios, y esta vez los rechazaré. ¡Dios mío! —exclamé—. ¡Tenían ya una cultura cuando nuestros antepasados andaban aporreando a los tigres diente de sable y averiguando cómo funciona el fuego!

—¿Tiene usted allí a una muchacha?

—¡Sí! —dije. ¡Sí, Claudio! ¡Sí, papá! ¡Sí, Emory!—. Sí, la tengo. Pero le daré ahora una primicia académica. Ya están muertos. Son estériles. Dentro de una generación no habrá más marcianos; =Hice una pausa y después agregué—: Fuera de mis papeles, fuera de algunos trozos de cinta y de microfilm. Y en algunos poemas acerca de una muchacha a la que nada importaba y que sólo pa, día expresar esa injusticia mediante el baile.

—Oh —dijo Emory

Después de un rato:

—Usted ha tenido una conducta diferente este último par de meses. A veces hasta ha sido cortés. No podía dejar de pensar qué estaría sucediendo. No sabía que algo podía importarle tanto.

Incliné la cabeza.

—¿Eso es lo que lo llevó a dar vueltas por el desierto?

Asentí.

—¿Por qué?

Levanté la mirada.

—Porque ella está por allí, en alguna parte. No sé dónde, ni por qué. Y tengo que encontrarla antes de que nos vayamos.

—Oh —dijo otra vez Emory.

Después se echó hacia atrás, abrió un cajón y sacó algo envuelto en una toalla. Lo desenvolvió. Sobre la mesa quedó la foto enmarcada de una mujer.

—Mi esposa— dijo.

Era una cara atractiva, con ojos grandes y rasgados.

—Como usted sabe, soy hombre de la marina —empezó a decir Emory—. En una época fui un joven oficial. La conocí en Japón. En mi lugar de origen no se consideraba correcto casarse con una persona de otra raza, así que nunca nos casamos. Pero ella fue

mi esposa. Cuando murió yo estaba en el otro lado del mundo. Se llevaron a mis hijos y no los he vuelto a ver. No pude saber en qué orfanato o en qué casa los habían metido. Eso fue hace mucho tiempo. Muy pocas personas lo saben.

—Lo siento —dije.

—No lo sienta. Olvídelo. Y si quiere... —cambió de postura en la silla y me miró—... llevársela consigo, hágalo. Me costará la carrera, pero soy demasiado viejo para encabezar otra expedición como ésta. Así que, adelante.

De un trago terminó el café frío.

—Busque el jeep.

Hizo girar la silla.

Traté de decir «gracias» dos veces, pero no pude, de modo que me levanté y salí.

—Sayonara y todo eso —masculló Emory a mis espaldas.

Oí un grito.

—¡Aquí la tiene, Gallinger!

Di media vuelta y miré hacia la rampa.

—¡Kane!

Estaba en el ojo de buey, una sombra a contraluz, pero oí que alguien hacía un ruido con la nariz.

Retrocedí los pocos pasos que había andado.

—¿Qué es lo que tengo?

—Su rosa.

Me mostró un recipiente de plástico con divisiones internas. La mitad inferior estaba ocupada por un líquido. Hasta allí llegaba el tallo. La otra mitad, una copa de vino clarete en aquella noche horrible, era una rosa grande, recién abierta.

—Gracias —dije, metiéndola en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Así que vuelve a Tirellian?

—Sí.

—Vi que subía a bordo, así que la preparé. Cuando fui al camarote del capitán usted ya se había marchado. El capitán estaba ocupado. Me dijo a gritos que podría encontrarlo en la cochera.

—Gracias de nuevo.

—Tiene un tratamiento químico. Permanecerá así durante semanas.

Dije que sí con la cabeza. Me fui.

Ahora, a las montañas. Lejos. Lejos. El cielo era un cubo de hielo donde no flotaba ninguna luna. La cuesta se volvía cada vez más empinada y el burrito protestaba. Le di unos azotes con el acelerador y seguimos. Más y más arriba. Vi una estrella verde que no parpadeaba y sentí un nudo en la garganta. La rosa, en la caja, latía contra mi pecho como otro corazón. El burro rebuznó, larga y ruidosamente, y después empezó a toser. Lo azoté un poco más y se murió.

Eché el freno de emergencia y bajé. Empecé a caminar.

Hacía mucho, mucho frío allí arriba. ¿Por qué de noche? ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había huido del campamento al llegar la noche?

Y yo subía y bajaba, rodeaba y atravesaba cada abismo, paso y desfiladero, dando largas zancadas con una facilidad de movimiento desconocida en la Tierra.

Apenas quedan dos días, mi amor, y tú me has abandonado. ¿Por qué?

Me arrastraba por debajo de salientes. Saltaba sobre hondonadas. Me raspé las rodillas, un codo. Oí que se me rasgaba la chaqueta.

¿Así que no hay ninguna respuesta, Malann? ¿De veras odias tanto a tu pueblo? Entonces probaré con algún otro. Vishnú, tú eres el Protector. ¡Protege a Braxa, por favor! Ayúdame a encontrarla.

¿Jehová?

¿Adonis? ¿Osiris? ¿Thammuz? ¿Manitú? ¿Legba? ¿Dónde está Braxa?

Fui muy lejos y muy arriba, y resbalé.

Las piedras rechinaron debajo de mis pies y quedé colgando sobre un borde. Mis dedos estaban muy fríos. No era nada fácil aferrarse a la roca.

Miré hacia abajo.

Unos cuatro metros. Me solté y aterricé rodando.

Entonces la oí gritar.

Me quedé allí inmóvil, mirando hacia arriba. Arriba, contra la noche, Braxa gritó:

—¡Gallinger!

No me moví.

—¡Gallinger!

Y Braxa desapareció.

Oí el tamborileo de unas piedras y supe que ella estaba bajando por algún camino a mi derecha.

Me levanté de un salto y me escabullí en la sombra de una roca.

Braxa caminaba vacilante entre las piedras.

—¿Gallinger?

Salí de la sombra y la agarré de los hombros.

—Braxa.

Braxa soltó otro grito y después se echó a llorar, apretándose contra mí. Era la primera vez que la oía llorar.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué?

Pero ella no hacía más que apretarse contra mi cuerpo y sollozar.

Finalmente:

—Pensé que te habías suicidado.

—Quizá tendría que haberlo hecho —dijo—. ¿Por qué abandonaste Tirellian? ¿Y por qué me abandonaste a mí?

—¿No te lo dijo M'Cwyie? ¿No lo adivinaste?

—No lo adiviné, y M'Cwyie dijo que no lo sabía.

—Entonces mintió. Ella lo sabe.

—¿Qué? ¿Qué es lo que sabe?

Braxa se estremeció de pies a cabeza y después guardó silencio durante un largo rato. De repente descubrí que sólo llevaba puesto el ligero vestido de baile. La aparté de mí, me quité la chaqueta y se la puse sobre los hombros.

—¡Gran Malann! —grité—. ¡Te vas a morir de, frío!

—No —dijo—, no me voy a morir.

Yo estaba metiendo la rosa en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué es eso? —preguntó Braxa.

—Una rosa —respondí—. No la puedes ver muy bien aquí a oscuras. Una vez te comparé con una. ¿Recuerdas?

—S-sí. ¿Puedo llevarla?

—Por supuesto.

La metí en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Y bien? Aún estoy esperando una explicación.

—¿De veras no lo sabes? —preguntó Braxa.

—¡No!

—Cuando llegaron las Lluvias —dijo Braxa—, pareció que sólo habían afectado a nuestros hombres, lo cual era suficiente... Porque yo... según parece... no sufrí ese efecto...

—Oh —dijo—. Oh.

Nos quedamos en silencio, y me puse a pensar.

—Bueno, ¿por qué huiste? ¿Qué tiene de malo estar embarazada en Marte? Tamur se equivocó. Tu pueblo puede volver a vivir.

Braxa se rió, otra vez el violín desenfrenado tocado por un Paganini loco. La hice callar antes de que fuera demasiado lejos

—¿Cómo? —preguntó finalmente, frotándose la mejilla.

—Tu gente vive más tiempo que la nuestra. Si nuestro hijo es normal, querrá decir que nuestras razas pueden unirse. En tu pueblo todavía deben de quedar otras mujeres fértiles. ¿Por qué no?

—¿Has leído el Libro de Locar —dijo Braxa— y aun así me lo preguntas? La muerte se decidió, se votó y se promulgó poco después de presentarse bajo esa forma. Pero mucho antes los seguidores de Locar ya lo sabían. Lo decidieron hace mucho tiempo. «Hemos hecho todas las cosas —decían—, hemos visto todas las cosas, hemos oído y sentido todas las cosas. La danza fue buena. Ahora que acabe.»

—Tú no puedes creer eso.

—Lo que yo crea no tiene importancia —contestó Braxa—. M'Cwyie y las Madres han decidido que debemos morir. Su propio título es ahora una burla, pero hay que acatar sus decisiones. Sólo queda una profecía, y es falsa. Moriremos.

—No —dije.

—Entonces ¿qué?

—Regresa conmigo a la Tierra.

—No.

—Bueno, entonces acompáñame ahora.

—¿Adónde?

—A Tirellian. Voy a hablar con las Madres.

—¡No puedes! ¡Hay una Ceremonia esta noche!

Me reí.

—¿Una ceremonia para un dios que te derriba y después te patea los dientes?

—Todavía es Malann —respondió Braxa—. Todavía somos su pueblo.

—Tú y mi padre os habrías llevado muy bien —gruñí—. Pero yo voy a Tirellian y tú me acompañas, aunque tenga que llevarte, y soy más grande que tú.

—Pero no eres más grande que Ontro.

—¿Quién demonios es Ontro?

—Ontro te cerrará el paso, Gallinger. Es el Puño de Malann.

IV

Detuve el jeep delante de la única entrada que conocía, la, de M'Cwyie. Braxa, que había visto la rosa a la luz de un faro, la acunaba ahora en el regazo, como si fuera nuestro hijo, y no decía nada. En su cara había una expresión pasiva, encantadora.

—¿Están ahora en el Templo? —quise saber.

La expresión de madona no cambió. Repetí la pregunta. Braxa se movió en el asiento.

—Sí —dijo, desde lejos—, pero tú no puedes entrar.

—Veremos.

Caminé alrededor del coche y la ayudé a bajar. La llevé de la mano, y ella avanzó como si estuviera en trance. A la luz de la luna que acababa de salir, sus ojos tenían la misma mirada que el día que la había conocido, cuando había danzado. Chasqueé los dedos. No ocurrió nada.

Empujé entonces la puerta abierta e hice entrar a Braxa. La habitación estaba en penumbra.

Y Braxa gritó por tercera vez esa noche: —¡No le hagas daño, Ontro! ¡Es Gallinger! Hasta entonces no había visto a ningún hombre marciano, sólo a mujeres. Así que no podía saber si aquél era un fenómeno, aunque lo sospeché enseguida.

Lo miré.

Tenía el cuerpo semidesnudo cubierto de lunares y de bultos. Problemas glandulares, pensé.

Yo estaba convencido de que era el hombre más alto del planeta, pero él medía más de seis metros y era demasiado gordo. ¡Ahora sabía de dónde habían sacado mi cama gigantesca!

—Retírate —dijo—. Ella puede entrar, tú no.

—Tengo que recoger mis libros y todo lo demás.

Ontro levantó un enorme brazo izquierdo. Lo seguí con la mirada. Todas mis cosas estaban cuidadosamente apiladas en un rincón.

—Debo entrar. Debo hablar con M'Cwyie y con las Madres.

—No puedes.

—De que lo haga depende la vida de tu pueblo:

—Retírate —dijo con un vozarrón—. Vete con tu gente, Gallinger. ¡Déjanos en paz!

En boca de Ontro, mi nombre sonó muy diferente, como si fuera el nombre de otra persona. ¿Qué edad tendría? ¿Trescientos años? ¿Cuatrocientos? ¿Habría sido guardián del Templo toda la vida? ¿Por qué? ¿De quién había que guardarlo? No me gustaba la manera que tenía de moverse. No era la primera vez que veía esos movimientos.

—Retírate —repitió.

Si habían refinado tanto las artes marciales como la danza, o peor aún, si las artes marciales eran parte de la danza, yo estaba a punto de meterme en problemas.

—Entra —le dije a Braxa—. Dale la rosa a M'Cwyie. Dile que yo se la mando. Dile que pronto estaré ahí dentro.

—Haré lo que me pides. Recuérdame en la Tierra, Gallinger. Adiós.

No le respondí, y ella pasó al lado de Ontro y entró en la siguiente habitación, llevando la rosa.

—¿Ahora te retirarás? —preguntó Ontro—. Si quieres, le contaré a Braxa que peleamos y que tú casi me venciste, pero que te dejé inconsciente y te llevé de vuelta a la nave.

—No —dije—, entraré de todos modos, pasando por tu lado o pasándote por encima.

Ontro se agachó y extendió los brazos.

—Es pecado tocar a un hombre sagrado —tronó—, pero te detendré, Gallinger.

Mi memoria era una ventana empañada, expuesta de pronto a un aire fresco. Todo se despejó. Retrocedí seis años.

Yo estudiaba lenguas orientales en la Universidad de Tokio. Era una de mis dos noches semanales de recreo. Estaba en un círculo de diez metros de diámetro en el Kodokan, con el judogi atado a las caderas por un cinturón marrón. Yo era Ik-kyu, un nivel por debajo del nivel más bajo de experto. Un rombo marrón sobre el lado derecho de mi pecho decía «Jiujitsu» en japonés, pero en realidad significaba atemiwaza por la técnica que había perfeccionado para los golpes, considerada por todos increíblemente adecuada a mi tamaño y que me había llevado a ganar varios premios.

Pero nunca la había usado contra un hombre, y hacía cinco años que no la practicaba. Sabía que no estaba en forma, pero obligué a mi mente a que tsuki no kokoro, como la luna, reflejando la totalidad de Ontro.

De algún lugar del pasado salió una voz.

—Hajime, comencemos —dijo.

Adopté de repente la postura de gato neko-ashidachi, y los ojos de Ontro ardieron de un modo extraño. Se apresuró a corregir su propia postura y lancé el ataque.

¡Mi único truco!

Mi larga pierna izquierda saltó como un muelle roto. A dos metros diez del suelo le dio en la mandíbula mientras trataba de saltar hacia atrás.

Se le dobló hacia atrás la cabeza y cayó. De los labios se le escapó un débil gemido. Esto es todo, pensé. Lo siento, viejo.

Y mientras le pasaba por encima, no sé cómo, atontado, me hizo tropezar, y caí sobre su cuerpo. No podía creer que tuviera fuerzas suficientes para seguir consciente después de aquel golpe, y mucho menos moverse. Detestaba tener que castigarlo más.

Pero me buscó la garganta y me la rodeó con un antebrazo antes de que yo me diera cuenta de sus intenciones.

¡No! ¡No dejes que todo acabe así!

Era una barra de acero sobre mi tráquea, mis carótidas. Entonces comprendí que aún estaba inconsciente, ví que aquello era un reflejo infundido por innumerables años de entrenamiento. Había visto eso mismo una vez, en shiai. El hombre había muerto estrangulado y seguía luchando, y el rival pensó que no había hecho lo necesario para ahogarlo. Se esforzó un poco más.

¡Pero era raro, muy raro!

Le metí los codos en las costillas y empujé hacia atrás con la cabeza, apretándole la cara. La presión cedió un poco, pero no lo suficiente. Detestaba hacerlo, pero tiré hacia arriba y le rompí el dedo meñique.

El brazo se aflojó y me liberé.

Ontro se quedó allí jadeando, con la cara crispada. Mi corazón se apiadó del gigante que había caído defendiendo a su gente, su religión, cumpliendo órdenes. Me maldije como nunca me había maldecido por haberle pasado por encima en vez de esquivarlo.

Me tambaleé por la habitación hacia mi pequeño montón de pertenencias. Me senté en la caja del proyector y encendí un cigarrillo.

No podía entrar en el Templo mientras no recuperara el aliento, mientras no se me ocurriera algo que decir.

¿Cómo se hace para disuadir a una raza que va a matarse?

De repente...

...¿Sería posible? ¿Funcionaría? Si les leyera el Libro del Eclesiastés, si les leyera una obra literaria superior a todo lo que Locar había escrito, y no menos sombría y pesimista, y les mostrara que nuestra raza había seguido viviendo a pesar de que un hombre había condenado la vida con la poesía más elevada, si les mostrara que la vanidad de la que él se había burlado nos había llevado a los cielos, ¿me creerían, cambiarían de idea?

Aplasté el cigarrillo contra los hermosos dibujos del suelo y busqué el cuaderno. Mientras me levantaba, una extraña furia se apoderó de mí.

Y entré en el Templo a predicar el Evangelio Negro según Gallinger, del Libro de la Vida.

Me rodeaba un silencio total.

M'Cwyie había estado leyendo a Locar, con la rosa junto a la mano derecha, blanco de todas las miradas.

Hasta que entré.

Había centenares de personas sentadas en el suelo, descalzas. Noté que los pocos hombres que había eran tan pequeños como las mujeres.

Yo tenía puestas las botas.

Sigue hasta el final, comprendí. ¡O pierdes o ganas... todo!

Detrás de M'Cwyie, sentadas en semicírculo, había una docena de viejas brujas. Las Madres.

Tierra yerma, vientres secos, tocados por el fuego.

Me acerqué a la mesa.

—Si morís, condenáis a vuestro pueblo —les dije— a no conocer la vida que vosotras habéis conocido: las alegrías, los pesares, la plenitud... Pero no es verdad que estéis condenadas a morir. —Ahora me dirigí a la multitud—. Quienes dicen eso, mienten. Braxa lo sabe, porque tendrá un hijo... —Allí sentados, parecían hileras de budas. M'Cwyie retrocedió hasta el semicírculo—. ¡Mi hijo! —proseguí, preguntándome qué habría pensado mi padre de ese sermón—... Y todas las mujeres jóvenes pueden concebir hijos.

Sólo vuestros hombres son estériles. Y si permitís que los médicos de la próxima expedición os examinen, quizá encuentren incluso remedio para los hombres. Pero si no lo encuentran, las mujeres podéis uniros con los hombres de la Tierra.

»Y el nuestro no es un pueblo insignificante, ni un lugar insignificante —proseguí—. Hace miles de años, el Locar de nuestro mundo escribió un libro diciendo que sí lo era. Hablaba cómo Locar, pero a pesar de las plagas, las guerras y las hambrunas no nos dimos por vencidos. No morimos. Una a una, fuimos venciendo las enfermedades, alimentamos a los hambrientos, combatimos las guerras, y hace ya tiempo que no tenemos ninguna. Quizá las hayamos erradicado para siempre. No lo sé.

»Pero hemos atravesado millones de kilómetros de nada. Hemos visitado otro mundo. Y nuestro Locar había dicho: ¿Para qué molestarse? ¿Qué valor tiene eso? Todo es vanidad.

» ¡Y el secreto —bajé la voz, como si estuviera leyendo un poema— es que tenía razón! ¡Todo es vanidad, todo es orgullo! La hibris del racionalismo siempre lleva a atacar al profeta, al místico, al dios. Es nuestra blasfemia lo que nos ha hecho grandes, lo que nos sustenta y lo que secretamente nos admiran los dioses. ¡Decir los nombres sagrados de Dios es pura blasfemia!

Empezaba a sudar. Mareado, hice una pausa.

—He aquí el Libro del Eclesiastés —anuncié, y empecé a leer—: «Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre...?»

Descubrí a Braxa en el fondo, muda, embelesada.

Me pregunté qué estaría pensando.

Y me eché alrededor las horas de noche, como hilo negro sobre un carrete.

¡Oh, qué tarde era! Había hablado hasta el amanecer, y seguía hablando. Terminé el Eclesiastés y seguí con Gallinger.

Y cuando acabé sólo había silencio.

Los budas, en fila, no se habían movido en toda la noche. Y después de mucho tiempo M'Cwyie levantó la mano derecha. Una a una, las Madres hicieron lo mismo.

Y entendí el significado.

Significaba no, basta, suficiente.

Significaba que yo había fracasado.

Salí despacio de la habitación y me dejé caer junto al equipaje.

Ontro se había ido. Por suerte no lo había matado.

Mil años más tarde entró M'Cwyie.

—Tu tarea ha concluido —dijo.

No me moví.

—Se ha cumplido la profecía —dijo M'Cwyie—. Ahora mi pueblo siente alegría. Tú has ganado, hombre santo. Ahora déjanos rápidamente.

Mi mente era un globo desinflado. Le metí un poco de aire.

—No soy un santo —dije—, sólo un poeta de segunda atacado de hibris.

Encendí el último cigarrillo.

Finalmente:

—Muy bien —dije—, ¿qué profecía?

—La Promesa de Locar —contestó M'Cwyie, como si no hiciera falta explicarlo—: si completábamos todas las danzas, en el último momento un hombre santo vendría de los cielos a salvarnos. Derrotaría el Puño de Malann y nos traería vida. —¿De qué manera?

—Como con Braxa; y cómo el ejemplo del Templo.

—¿El ejemplo?

—Nos leíste sus palabras, tan grandes como las de Locar. Nos leíste que «no hay nada nuevo bajo el sol». Y mientras leías te burlabas de las palabras... mostrándonos algo nuevo. Nunca hubo una flor en Marte —dijo M'Cwyie—, pero aprenderemos a cultivarlas.

Tú eres el Bufón Sagrado —concluyó—. El Que Debe Burlarse en el Templo, pues andas calzado por suelo santo.

—Pero el voto fue por el «no» —dije.

—Yo voté por no llevar a cabo nuestro plan original, y dejar que el niño de Braxa viva.

—Oh.

Se me cayó el cigarrillo de los dedos. ¡Cuánto peligro había corrido! ¡Qué poco había sabido yo! —¿Y Braxa?

—Fue seleccionada hace medio Proceso para encargarse de las danzas... para esperarte a ti.

—Pero dijo que Ontro me detendría.

M'Cwyie no habló durante un rato.

—Ella misma nunca había creído en la profecía. Ahora no se siente bien. Huyó temiendo que se cumpliera. Cuando la completaste y votamos ya no tuvo dudas.

—¿Entonces no me ama? ¿No me amó nunca?

—Lo siento, Gallinger. Fue la única parte de su deber que nunca cumplió.

—Deber —dije con voz cansada... ¡Deberdeberdeber! ¡Tra-la-lá!

—Se despidió; no quiere volver a verte... Y nunca olvidaremos tus enseñanzas —agregó.

—No —dije automáticamente, comprendiendo de pronto la gran paradoja que está en el origen de todos los milagros. Yo no creía, no había creído nunca, una sola palabra de mi propio evangelio.

Como un borracho, mascullé «M'narra».

Salí a mi último día en Marte.

¡Te he conquistado, Malann... y la victoria es tuya! Descansa en tu lecho estrellado. ¡Maldito seas!

Abandoné allí el jeep y regresé caminando al Áspid, dejando la carga de vida otros tantos pasos atrás. Fui a mi camarote, cerré la puerta y me tomé cuarenta y cuatro pastillas somníferas.

Pero cuando desperté estaba en la enfermería, vivo.

Sentí el latido de los motores mientras me levantaba lentamente y caminaba como podía hasta el ojo de buey.

Allí arriba colgaba el borroso Marte, como un vientre hinchado, hasta que se disolvió, se desbordó y me corrió por la cara.

EL MONSTRUO Y LA DONCELLA

Un gran desasosiego cundió entre la gente, pues había llegado otra vez el momento de la decisión. Los Mayores votaron por los candidatos y el sacrificio fue ratificado a pesar de las objeciones de Ryllik, el más viejo.

—Es un error capitular de esta manera —argumentó.

Pero no le respondieron, y llevaron a la joven virgen a la gruta de los humos y le dieron las hojas del sopor.

Ryllik miró con desaprobación.

—No tendría que ser así —declaró—. Es un error.

—Siempre ha sido así —dijeron los demás— en la primavera y el otoño de cada año. —Y miraron con preocupación hacia el sendero donde el sol vertía la mañana sobre el mundo.

El dios ya viajaba por el frondoso bosque.

—Es hora de partir —dijeron.

—¿Alguna vez pensasteis en quedaros y ver qué hacía el dios monstruoso? — preguntó Ryllik con amargura.

—¡Basta de blasfemias! ¡En marcha!

Ryllik los siguió.

—Cada año quedamos menos —dijo—. Un día no podremos ofrecer más sacrificios.

—Ese día moriremos —dijeron los demás.

—Entonces ¿para qué prolongar la situación? —preguntó—. ¡Luchemos contra ellos... antes de que dejemos de existir!

Pero los otros sacudieron la cabeza, resumiendo la resignación que Ryllik había visto aumentar a medida que pasaban los siglos. Todos respetaban la edad de Ryllik, pero no aprobaban sus pensamientos. Echaron una última mirada hacia atrás en el momento en que el sol envolvía al ruidoso dios que se acercaba sobre su montura de gualdrapa dorada, con la lanza mortal colgada en un costado. Dentro del lugar donde nacían los humos la doncella sacudió la cola a un lado y a otro, poniendo los ojos en blanco debajo de las juveniles placas de la frente. Sintió la presencia divina y empezó a bramar.

Ellos dieron media vuelta y se alejaron pesadamente por la llanura.

Cuando estaban llegando al bosque, Ryllik se detuvo y alzó una escamosa extremidad delantera, como buscando a tientas una idea. Finalmente habló:

—Me parece recordar —dijo— un tiempo cuando las cosas eran diferentes.

FIEBRE DE COLECCIONISTA

—¿Qué haces ahí, humano?

—Es una larga historia.

—Muy bien, me gustan las historias largas. Siéntate en el suelo y habla. ¡No... no en mí!

—Lo siento. Bueno, tiene que ver con mi tío, el fabulosamente adinerado...

—Un momento. ¿Qué significa «adinerado»?

—Bueno, lo mismo que rico.

—¿Y «rico»?

—Hum. Mucho dinero.

—¿Qué es el dinero?

—¿Quieres o no quieres oír la historia?

—Sí, pero también me gustaría entenderla.

—Lo siento, Roca, pero me parece que ni yo mismo la entiendo.

—Me llamo Piedra.

—De acuerdo, Piedra. Mi tío, que es un hombre muy importante, tendría que haberme mandado a la Academia Espacial, pero no lo hizo. Decidió que era mejor una educación humanista. Así que me envió a su antigua universidad para que me especializara en humanidades no humanas. ¿Me sigues?

—No, pero para apreciar no hay necesariamente que entender.

—Eso es lo que yo digo. Nunca entenderé al tío Sidney, pero aprecio sus extravagantes gustos, su instinto de urraca y su grosera costumbre de inmiscuirse en los asuntos de los demás. Los aprecio hasta enfermarme del estómago. No puedo hacer otra cosa. Es un viejo monumento carnívoro de la familia, siempre dispuesto a salirse con la suya. Desafortunadamente, también tiene todo el dinero de la familia, de lo que se desprende que siempre se sale con la suya.

—Ese dinero debe de ser algo muy importante: —Lo suficiente como para enviarme a través de diez mil años-luz hasta un mundo sin nombre que, a propósito, acabo de bautizar como Estercolero.

—El zatt, con su vuelo rasante, come mucho, lo que explica que vuele tan bajo...

—Ya me di cuenta. Pero eso es musgo ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien, entonces el embalaje será menos difícil.

—¿Qué es «embalaje»?

—Significa meter algo en una caja para llevarlo a alguna otra parte.

—¿Como para viajar?

—Sí.

—¿Qué estás planeando embalar?

—A ti, Piedra.

—Nunca he sido demasiado movidiza...

—Oye, Piedra, mi tío es coleccionista de piedras, ¿entiendes? Tú eres la única especie mineral inteligente en la galaxia. También eres el espécimen más grande que he visto hasta el momento. ¿Me entiendes?

—Sí, pero no quiero.

—¿Por qué no? Serías la reina de su colección de piedras. Algo así como un tuerto en un reino de ciegos, si se me permite aventurar una metáfora inadecuada.

—Por favor, no hagas eso, sea lo que sea. Suena horrible. Dime, ¿cómo se enteró tu tío de nuestro mundo?

—Uno de mis instructores leyó algo acerca de este lugar en un viejo diario espacial. Ese instructor eras un viejo coleccionista de diarios espaciales. El diario había pertenecido a un tal capitán Fairhill, que aterrizó aquí hace varios siglos y mantuvo largas conversaciones con tu gente.

—¡El viejo Mal Tiempo Fairhill! ¿Cómo anda? Dale mis recuerdos...

—Está muerto.

—¿Qué?

Muerto. Kaput, finado, difunto, deeble

—¡No me digas! ¿Cuándo ocurrió? Supongo que fue un acontecimiento estético de la mayor importancia...

—La verdad es que no sabría decirlo. Pero pasé la información a mi tío, que decidió coleccionarte. Por eso estoy aquí: él me envió.

—Aunque agradezco mucho el cumplido, no te puedo acompañar. Casi me ha llegado el momento de hacer el deeble...

—Ya lo sé, leí todo lo que había que leer. sobre el deeble en el diario de Fairhill antes de mostrárselo al tío Sidney. Arranqué esas páginas. Quiero que él esté por allí cuando tú hagas eso. Después puedo heredar su dinero y consolarme de todas las maneras caras que se me ocurran por no haber asistido nunca a la Academia Espacial. Primero me volveré alcohólico, después me dedicaré a las putas... aunque quizá haga al revés...

—¡Pero yo quiero hacer el deeble aquí, entre las cosas a las que me siento atado!

—Esto es una palanca. Voy a desatarte.

—Si lo intentas, haré el deeble ahora mismo.

—No puedes. Te medí la masa antes de entablar esta conversación. Tardarás por lo menos ocho meses, en condiciones terrestres, en alcanzar las proporciones necesarias para hacer el deeble.

—De acuerdo, me estaba marcando un farol. Pero ¿es que no tienes compasión? He descansado aquí durante siglos, desde que era un guijarro pequeño, como hicieron antes mis padres. He estado aumentando cuidadosamente mi colección de átomos, creando la mejor estructura molecular de los alrededores. Y ahora, que me arrebatan así cuando estoy al borde de hacer el deeble...

—No es tan malo. Te prometo que coleccionarás los mejores átomos terrestres disponibles. Irás a lugares donde nunca estuvo otra Piedra.

—Eso de poco consuelo me sirve. Quiero que me vean mis amigos.

—Lo lamento, pero es imposible.

—Eres un humano muy cruel. Espero que estés por ahí cuando yo haga el deebble.

—Cuando eso ocurra, tengo la intención de estar bien lejos, y en vísperas de prodigiosos libertinajes:

Con la gravitación subterrestre de Estercolero no costó mucho volcar la Piedra, embalarla y, con la ayuda de un cabrestante, instalarla en el compartimiento junto a la pila atómica de la nave. El hecho de que la nave espacial fuera un modelo deportivo para excursiones cortas, hecho a la medida de su dueño, que había quitado gran parte del blindaje, contribuyó a que la Piedra sintiese un repentino rubor de ebriedad volcánica, añadiese una serie de elementos selectos a su colección e hiciese instantáneamente el deebble.

Creció hacia arriba como un hongo y después barrió en grandes olas las llanuras de Estercolero. Varias Piedras jóvenes cayeron de los cielos polvorientos lanzando gritos de nacimiento por la banda de la comunidad.

—Se ha fisionado —comentó un vecino distante por encima de la estática—, y más pronto de lo que yo esperaba. ¿Sientes ese brillo?

—Un excelente deebble —admitió otro—. Siempre conviene ser un coleccionista prudente.

ESTA MONTAÑA MORTAL

I

Bajé la vista hacia aquello y me sentí mareado. ¿Adónde conducía?, me pregunté. ¿A las estrellas?

No había respuesta. Miré y miré, y maldije el hecho de que aquella cosa existiera y de que alguien la hubiera encontrado mientras yo todavía estaba por allí.

—¿Y bien? —dijo Lanning, y ladeó el volador para que yo pudiera mirar hacia arriba.

Sacudí la cabeza y me hice sombra con la mano a los ojos ya protegidos.

—Haz que se marche —le dije finalmente.

—No puedo. Es mayor que yo.

—Es mayor que cualquiera —reconocí.

—Puedo hacer que nos marchemos nosotros...

—No importa. Quiero tomar algunas fotos.

Hizo dar media vuelta al aparato y empecé a disparar la cámara.

—¿Puedes mantenerte flotando inmóvil... o acercarte un poco más?

—No, los vientos son demasiado fuertes.

—Eso supuse.

Así que seguí haciendo fotos, a través de las lentes telescópicas y el equipo analizador y todo lo demás, mientras dábamos vueltas a su alrededor.

—Me gustaría ver la cima.

—Estamos a diez mil metros, y el techo de este trasto es de quince mil. Desgraciadamente, la Dama es más alta que la atmósfera.

—Curioso —dije—, desde aquí no me da la impresión de ser del tipo que respira éter y se pasa todo el tiempo mirando a las estrellas.

Rió quedamente y encendió un cigarrillo, y yo serví otro bulbo de café para los dos.

—¿Cómo te impresiona a ti la Hermana Gris? —preguntó.

Encendí uno de mis propios cigarrillos e inhalé, mientras el volador era azotado por repentinas ráfagas de algo procedente de alguna parte y luego ignorado, y dije:

—Como Nuestra Señora del Matadero..., justo entre los ojos.

Bebimos un poco de café, y luego él preguntó:

—¿Es demasiado grande, Whitey? —Y yo rechiné los dientes por entre la cafeína, porque sólo mis amigos me llaman Whitey; mi nombre es Jack Summers y mi pelo siempre ha sido así de blanquecino, y en ese momento no estaba muy seguro de si Henry Lanning podía calificarse de amigo (sólo porque me conocía desde hacía veinte años), tras salirse de su camino y encontrar esta cosa en un mundo con una atmósfera muy tenue, un montón de rocas, un cielo demasiado brillante y un nombre como LSD pronunciado al revés, en honor a George Diesel, que había puesto el pie en el polvo de allí y luego se había largado..., ¡un tipo listo!

—Una montaña de sesenta y cuatro mil metros de alto —dije al fin— no es una montaña. Es un mundo en sí misma, que alguna deidad torpe olvidó lanzar en órbita.

—¿Debo entender que no estás interesado?

Miré de nuevo las laderas grises y lavandas y las seguí una vez más hacia arriba con la vista, hasta que todo color desapareció, hasta que la silueta se volvió negra y dentada y la cima siguió sin verse por ninguna parte, hasta que me picaron y ardieron los ojos detrás de las gafas protectoras; y vi nubes golpeando allá arriba contra aquella invencible silueta, como icebergs en el cielo, y oí el aullar de los vientos en retirada que habían intentado medir su grandeza con su rapidez y, por supuesto, habían fracasado.

—Oh, estoy interesado —dije—, de una forma que podría decir académica. Volvamos a la ciudad, donde pueda comer y beber algo y quizá romperme una pierna si tengo suerte.

Orientó el volador hacia el sur, y durante el regreso no miré atrás. Sin embargo, pude sentir su presencia a mi espalda durante todo el camino: la Hermana Gris, la montaña más alta de todo el universo conocido. Jamás escalada por nadie, por supuesto.

Continuó a mi espalda durante los días que siguieron, arrojando su sombra sobre cualquier cosa que mirara. Durante dos días estudié las fotos que había tomado y examiné algunos mapas y los estudié también; y hablé con gente que me contó historias de la Hermana Gris, extrañas historias...

Durante este tiempo no encontré nada que fuera realmente alentador. Supe que había habido un intento de colonizar Diesel hacía un par de siglos, antes de que se desarrollaran las naves más rápidas que la luz. Sin embargo, una enfermedad completamente nueva colonizó a los primeros colonos, barriendo hasta el último hombre. La nueva colonia tenía cuatro años de antigüedad, poseía mejores médicos, había derrotado la epidemia, estaba en Diesel para quedarse y parecía orgullosa de su mal gusto en lo que a mundos se refería. Supe que nadie se engañaba acerca de la Hermana Gris.. Se habían producido unos cuantos intentos abortados de escalarla, y de ello habían surgido unas cuantas leyendas nuevas.

Durante el día el cielo no callaba nunca. Seguía gritando en mis ojos, hasta que opté por llevar mis gafas de escalada siempre que salía al exterior. La mayor parte del tiempo, sin embargo, permanecía sentado en el salón del hotel y comía y bebía y estudiaba las fotos y examinaba a cualquiera que pasara por mi lado y les echara una mirada, dispersas ante mí encima de la mesa.

Seguí ignorando todas las preguntas de Henry. Sabía lo que quería, y maldita sea, podía esperar. Desgraciadamente eso es lo que hacía, y condenadamente bien también, lo cual me irritaba. Henry tenía la sensación de que yo estaba prácticamente atrapado por la Hermana, y deseaba Estar Allí Cuando Ocurriera. Había hecho una fortuna con la historia del Kasla, y me resultaba fácil verle desgranar sus primeras frases en las complacidas arrugas alrededor de sus ojos. Cada vez que intentaba aparentar la frialdad de un jugador de póquer, apoyándose sobre un puño y dando lentamente la vuelta a una,

foto, podía ver párrafos enteros. Si seguía la dirección de su mirada, era probable que viera incluso la sobrecubierta.

A finales de semana bajó una nave del cielo y un grupo de gente desagradable interrumpió el hilo de mis pensamientos. Cuando entraron en el salón los reconocí como lo que eran y retiré mis gafas oscuras para poder clavar en Henry mi mirada de basilisco y convertirlo en, piedra. Por desgracia se había metido demasiado alcohol en el cuerpo y no funcionó.

—Llamaste a la prensa —le dije.

—Vamos, vamos —respondió, haciéndose más pequeño y poniéndose rígido mientras mi mirada se abría camino a través del lodo de su sistema nervioso central y alcanzaba finalmente los bordes de aquel diminuto tumor que era su cerebro—. Tú eres muy conocido y...

Volví a ponerme las gafas y me incliné sobre mi copa, mirando hacia un punto muy lejano, cuando uno de los tres hombres se me acercó y dijo:

—Perdón, pero, ¿no es usted Jack Summers?

Para explicar el silencio que siguió, Henry dijo: —Sí, es Loco Jack, el hombre que subió al Everest con veintitrés años y a todos los demás montones de rocas que merecen ser llamados montañas desde entonces. A los treinta y uno se convirtió en el único hombre que había conquistado la montaña más alta en el universo conocido, el monte Kasla en Litán, con sus 27.414 metros de altura. Mi libro...

—Sí —dijo el periodista—. Me llamo Cary, y pertenezco a la GP Mis amigos representan a dos de los otros sindicatos. Hemos oído que piensa escalar la Hermana Gris.

—Han oído mal —dije.

—¿Oh?

Los otros dos se acercaron y se situaron a su lado.

—Creímos que... —empezó uno de ellos.

—... estaba organizando ya un equipo de escalada —dijo el otro.

—Entonces, ¿no va a escalar la Hermana? —preguntó Cary, mientras uno de los otros dos contemplaba mis fotos y el otro se preparaba para tomar algunas.

—¡Ni lo intente! —exclamé, con una mano alzada hacia el fotógrafo—. ¡Las luces brillantes hieren mis ojos!

—Lo siento. Usaré los infra —dijo, y empezó a trastear con su cámara.

Cary repitió la pregunta.

—Todo lo que he dicho es, que habían oído mal —le indiqué—. No dije que iba a hacerlo ni dije que no iba a hacerlo. Todavía no he tomado una decisión.

—Si decide intentarlo, ¿tiene alguna idea de cuándo será?

—Lo siento, no puedo responder a eso.

Henry se llevó a los tres a la barra del bar y empezó a explicarles algo, con un amplio uso de gestos. Oí las palabras «... salido de su retiro después de cuatro años», y cuando —y si— miraron de nuevo hacia la mesa yo me había ido.

Me había retirado a la calle, donde empezaba a oscurecer, y eché a andar mientras pensaba. Incluso allí pisaba su sombra, Linda. Y la Hermana Gris me hacía señas y me rechazaba con su único gesto inmóvil. La miré, tan lejana y sin embargo aún tan grande, una masa de medianoche a las ocho de la tarde. Las horas intermedias morían como la distancia hasta sus pies, y supe que me seguiría allá donde yo fuera, incluso al sueño. En especial al sueño.

Y así lo supe, en aquel momento. Los días siguientes fueron un juego que me encantó jugar. La falsa indecisión es deliciosa cuando la gente quiere que hagas algo. La miraba, la última y la más grande, mi Koshtra Pivrarcha particular, y tuve la sensación de que había nacido para erguirme de pie en su cima. Luego podría: retirarme, probablemente volver a casarme, cultivar mi mente, no preocuparme por mantenerme en forma, y hacer

todas las cosas que no me había atrevido a hacer antes y que me habían costado una esposa y un hogar, cuando había ido al Kasla, elevación 27.414 metros, hacía cuatro años y medio, en mis días de gloria. Contemplé a mi Hermana Gris a través del mundo de las ocho y media, y era oscura y noble y seguía aguardando, como siempre lo había hecho.

II

A la mañana siguiente envié los mensajes. Partieron como palomas mensajeras a través de los años luz. Aletearon hasta llegar a algunas personas a las que no había visto en años y hasta otras que me habían visto partir en la Estación Luna. Todos de cían, a su manera: «Si quieres estar en la más grande de todas las escaladas, acude a Diesel. La Hermarna Gris se zampa al Kasla para desayunar. Se ruega respuesta. c/o The Lodge, Georgetown. Whitey.»

Atrás, volvamos atrás...

No le dije nada a Henry. Nada en absoluto. Lo que había hecho y adónde iba, durante un tiempo, fueron asunto exclusivamente mío. Salí mucho antes de amanecer y le dejé un mensaje en recepción: «Salgo de la ciudad para arreglar unas cosas. Estaré de vuelta en una semana. Custodia el fuerte. Loco Jack.»

Tenía que evaluar las laderas inferiores, tirar del dobladillo de la falda de la dama, por así decir, antes de presentarla a mis amigos. Dicen que solamente un loco escala solo, pero me llaman como me llaman con buenas razones.

Según mis fotos, la cara norte parecía prometedora.

Posé el volador de alquiler tan cerca como pude, lo cerré con llave, me eché la mochila al hombro: y empecé a caminar.

Las montañas se alzaban a derecha e izquierda, tenía montañas a mi espalda, todas ellas oscuras como el pecado a la luz del preamanecer de un día blanco, blanco. Delante de mí, no una montaña sino una ladera casi suave que subía y subía y subía. Brillantes estrellas sobre mi cabeza y un frío viento azotándome mientras caminaba. Arriba al frente, sin embargo, nada de estrellas, sólo —oscuridad. Me pregunté por milésima vez cuál era el peso de una montaña. Siempre me pregunto eso cuando abordo una. Ninguna nube a la vista. Ningún ruido excepto los sonidos de mis botas sobre la blanda tierra y la gravilla pequeña. Mis gafas se balanceaban alrededor de mi cuello. Tenía las manos húmedas dentro de los guantes. En Diesel, la mochila y yo, juntos, pesábamos probablemente lo mismo que yo solo en la Tierra, por lo cual me sentía debidamente agradecido. Mi aliento ardía al entrar y formaba nubecillas de vapor al salir. Conté un millar de pasos y miré atrás, y no pude ver el volador. Conté mil pasos más y luego miré hacia arriba para ver desaparecer algunas estrellas. Aproximadamente una hora después de eso tuve que ponerme las gafas. Por aquel entonces podía ver hacia dónde me encaminaba. Y por aquel entonces el viento parecía más fuerte.

La montaña era tan grande que no la podía abarcar de una sola mirada. Giré la cabeza de lado a lado al tiempo que la echaba hacia atrás. Estuviera donde estuviese la cima, era demasiado alta. Por un momento me vi invadido por una loca sensación acrofóbica de que estaba mirando hacia abajo en vez de hacia arriba, y sentí hormiguitar las plantas de mis pies y las palmas de mis manos como debe de sentir un mono cuando, tras soltar una alta rama para agarrarse a otra, descubre que esa otra no existe.

Seguí durante dos horas y me detuve para una comida ligera. Era una caminata, no una escalada. Mientras comía, me pregunté qué podía haber causado una formación como la Hermana Gris. Había algunos picos de dieciséis y veinte mil metros en un radio de cien kilómetros del lugar, y una montaña de veinticuatro mil llamada Pico de Burke en el continente contiguo, pero nada parecido a la Hermana. ¿La menor gravedad? ¿Su

composición? No podía decirlo. Me pregunté lo que dirían Doc y Kelly y Mallardi cuando la vieran.

Yo no las defino. Sólo las escalo.

Alcé de nuevo la vista, y unas cuantas nubes la estaban rozando ahora. Según las fotos que había tomado, sería una ascensión fácil durante sus buenos quince o veinte mil metros. Como una gran colina. Evidentemente había bastantes rutas alternativas. De hecho, pensé que sería fácil. Me sentí reconfortado; volví a guardarlo todo en la mochila y continué. Iba a ser un buen día, podía decirlo.

Y lo fue. A última hora de la tarde había abandonado la ladera y seguía por una especie de sendero. La luz del día dura unas nueve horas en Diesel, y pasé la mayor parte de ellas caminando. El sendero era tan bueno que lo seguí durante varias horas después de que se pusiera el sol y alcancé una altura considerable. Por aquel entonces estaba empezando a usar ya mi equipo de respiración, y había conectado la unidad calefactora de mi traje.

Las estrellas eran grandes flores brillantes, el camino era fácil, la noche era mi amiga. Llegué a una zona ancha y plana y establecí mi campamento debajo de un saliente..

Dormí allí, y soñé con mujeres níveas con pechos como los Alpes, teñidos de rosa por el sol de la mañana; y me cantaban como el viento y reían, y sus ojos eran como cristales prismáticos de hielo. Huyeron por un campo de nubes.

Al día siguiente alcancé mucha mayor altura. El «sendero» empezó a estrecharse y en algunos lugares desaparecía, pero bastaba con seguir adelante hasta que aparecía otro. Hasta entonces todo había sido buena roca. Siguió haciéndose más estrecho a medida que ascendía, pero el equilibrio no era ningún problema. Mi marcha era generalmente regular. Tropecé con un largo zigzag y luego con una ancha chimenea que ascendí tan rápido como Santa Claus baja por una. Los vientos eran fuertes, y eso podía ser un problema si la ascensión se hacía difícil. Utilizaba el respirador todo el tiempo, y me sentía estupendamente.

Ahora podía ver hasta una enorme distancia. Había montañas y montañas, todas por debajo de mí, como las dunas de un desierto. El sol creaba halos de calor alrededor de sus picos. Al este vi el lago Emerick, oscuro y resplandeciente como la puntera de una bota. Me abrí camino alrededor de un gran risco sobresaliente y llegué a una gigantesca escalera que ascendía al menos trescientos metros. La escalé. Al llegar arriba me encontré con mi primera barrera auténtica: una cara completamente lisa, casi perpendicular, que ascendía a lo largo de unos veinticinco metros.

No había forma de rodearla, así que la escalé. Me tomó una buena hora, y había una cresta en la parte superior que conducía a una escalada mucho más fácil. Entonces, sin embargo, me atacaron las nubes. Aunque la marcha era fácil, me vi frenado por la niebla. Deseaba ascender hasta por encima de ella cuando todavía me quedara algo de luz diurna, así que decidí posponer la comida.

Pero las nubes seguían viniendo. Hice otros trescientos metros, y todavía estaban a mi alrededor. En alguna parte a mis pies oí tronar. La niebla velaba mis ojos, pero pese a todo seguí adelante.

Luego probé una chimenea, cuya parte superior apenas podía ver, pero que parecía mucho más corta que una escabrosa media luna a su izquierda. Fue un error.

El índice de condensación era mayor de lo que había supuesto. Las paredes eran resbaladizas. Pero soy testarudo, y luché con mis resbaladizas botas y mi mojada espalda hasta llegar, calculé sin aliento, a un tercio de la ascensión.

Entonces me di cuenta de lo que había hecho. Lo que había creído que era su parte superior no lo era. Seguí ascendiendo durante otros cinco metros y deseé no haberlo hecho. La niebla empezó a hervir a mi alrededor, y de pronto me sentí empapado. Tuve miedo de bajar y tuve miedo de seguir subiendo, y no podía quedarme para siempre allí donde estaba.

Cuando oigan a una persona decir que siguió adelante centímetro a centímetro, no la acusen de estar exagerando. Denle el beneficio de la duda y su simpatía.

Seguí adelante centímetro a centímetro, ciego, lo largo de un desconocido tramo de resbaladiza chimenea. Si mi pelo ya no hubiera sido blanco cuando entré en el fondo...

Finalmente conseguí salir de la niebla. Finalmente vi un poco de aquel brillante y desagradable cielo, que decidí olvidar por el momento. Apunté hacia él, alcancé el objetivo.

Cuando emergí vi un pequeño reborde de unos tres metros encima de mí. Trepé hasta él y me tendí cuan largo era. Me temblaban los músculos, e intenté relajarlos. Tomé un sorbo de agua, comí un par de barritas de chocolate, tomé otro sorbo de agua.

Después de quizá diez minutos me puse en pie. Ya no podía ver el suelo del fondo. Sólo la blanda, blanca, algodonosa parte superior de una afortunadamente ya pasada tormenta. Alcé la vista.

Era sorprendente. Todavía no se veía la cima. Y excepto en un par de lugares, como el último —que había sido culpa de mi estúpido exceso de confianza—, la ascensión había sido casi tan fácil como subir unas escaleras.

Ahora, sin embargo, la escalada parecía presentarse un poco más difícil. Esto era lo que tenía que comprobar realmente.

Blandí mi pico y continué.

Escalé durante todo el día siguiente, con ritmo firme, sin correr riesgos innecesarios, descansando periódicamente, trazando mapas, tomando fotos con el gran angular. La ascensión se hizo fácil en dos puntos aquella tarde, y avancé unos rápidos dos mil metros. Estaba más alto que el Everest, y seguía subiendo. Pero ahora había lugares donde tenía que arrastrarme y lugares donde debía usar cuerdas, y había lugares donde me aseguraba y usaba mi pistola neumática para clavar un soporte para los pies. (En caso de que se lo estén ustedes preguntando: No; si hubiera intentado usar la pistola en la chimenea me hubiera destrozado los tímpanos, roto algunas costillas, un brazo, e indudablemente, al final, el cuello.)

Poco antes de la puesta del sol llegué a un fácil camino serpenteante y subí, y subí, y subí. Me debatí con mi yo más prudente. Había dejado el mensaje de que estaría fuera una semana. Estaba ahora al final del tercer día. Deseaba ascender tanto como fuera posible y empezar a bajar al quinto día. Si seguía el camino rocoso que tenía encima hasta tan lejos como me llegara alcanzaría probablemente los doce mil metros. Así quizá tuviera la posibilidad de llegar casi a la marca de los dieciséis mil antes de tener que dar la vuelta. De este modo conseguiría obtener un cuadro mucho mejor de lo que había más arriba.

Mi yo más prudente perdió, tres a cero, y Loco Jack siguió adelante.

Las estrellas eran tan grandes y brillantes que temí que me mordieran. El viento no era un problema: no había a aquella altura. Debía ir subiendo progresivamente los controles de temperatura de mi traje, y tenía la sensación de que, si pudiera escupir más allá de mi respirador, el escupitajo se helaría antes de alcanzar el suelo.

Seguí adelante hasta más lejos de lo que había previsto, y aquella noche alcancé los doce mil quinientos.

Encontré un lugar donde descansar, me tendí, apagué mi radiofaro de mano.

Tuve un extraño sueño.

Todo él era de fuego color cereza y se erguía como un hombre, sólo que más grande, en la ladera encima de mí. Estaba de pie en una posición imposible, de modo que supe que tenía que estar soñando. Sin embargo, algo al otro extremo de mi vida se agitó, y por un amargo momento me convencí de que se trataba del Ángel del Día del Juicio. Sólo que en su mano derecha parecía sostener una espada de fuego antes que una trompeta. Llevaba allí de pie desde siempre, y la punta de su hoja apuntaba hacia mi pecho. Podía ver las estrellas a su través. Pareció hablar.

Dijo:

—Regresa.

No pude responder, porque tenía la lengua pegada al paladar. Y habló de nuevo, y lo dijo una tercera vez:

—Regresa.

«Mañana», pensé en mi sueño, y esto pareció satisfacerle. Porque fue desapareciendo progresivamente, hasta que ya sólo me envolvió de nuevo la oscuridad.

Al día siguiente escalé como no había escalado en años. Pasad a la hora de comer alcancé los catorce mil quinientos metros. La capa de nubes allá abajo se había roto. Podía ver de nuevo lo que se extendía debajo. El suelo era un mosaico de luz y oscuridad. Arriba, las estrellas no habían desaparecido.

La ascensión era dura, pero me sentía estupendamente. Sabía que no podría alcanzar los dieciséis mil, porque podía ver que el camino era durante una buena distancia muy parecido al que estaba recorriendo ahora, antes de volverse peor. Mis buenos espíritus estaban todavía conmigo, y siguieron subiendo al ritmo que yo lo hacía.

Cuando atacó lo hizo con una velocidad y una furia a la que apenas fui capaz de enfrentarme. La voz de mi sueño resonó en mi cabeza: «¡Regresa! ¡Regresa! ¡Regresa!»

Entonces cayó sobre mí desde el cielo. Un ave del tamaño de un cóndor.

Sólo que no era realmente un ave.

Era una cosa con forma de ave.

Era todo él fuego y estática, y cuando llameó hacia mí apenas tuve tiempo de apoyar mi espalda contra la piedra y alzar mi pico de escalador en mi mano derecha, preparado para— defenderme.

III

Estaba sentado en una pequeña y oscura habitación y contemplaba las girantes luces de colores. Los ultrasonidos hormigueaban en mi cráneo. Intenté relajarme y proporcionarle al hombre algunos ritmos Alfa. En alguna parte un receptor estaba recibiendo, un computador estaba computando y un registro estaba registrando.

La cosa duró quizá veinte minutos.

Cuando todo terminó y me llamaron fuera, el doctor intentó retenerme; no se lo permití:

—Déme la cinta y envíeme la factura a la atención de Henry Lanning en el Lodge.

—Me gustaría hablar con usted sobre la lectura —dijo.

—Tengo de camino a mi propio experto en ondas cerebrales. Simplemente déme la cinta.

—¿Ha sufrido usted algún tipo de experiencia traumática recientemente?

—Eso dígame usted. ¿Acaso aparece indicado?

—Bueno, sí y no —admitió.

—Eso es lo que me gusta, una respuesta directa.

—En primer lugar, no sé lo que es normal para usted —advirtió.

—¿Hay alguna indicación de daño cerebral?

—Yo no lo leo de ese modo. Si me contara usted lo que ocurrió, y por qué está tan repentinamente preocupado por sus ondas cerebrales, quizá me hallara en una posición mejor para...

—Corte —dije—. Simplemente déme la cinta y envíeme la factura.

—Estoy preocupado por usted como paciente.

—Pero no cree que haya indicaciones patológicas de ningún tipo.

—No exactamente. Pero dígame esto, si quiere: ¿Ha sufrido recientemente algún ataque epiléptico?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—Muestra usted un esquema similar a un subritmo residual común en algunas formas de epilepsia durante varios días posteriores a un ataque.

—¿Podría causar ese esquema un golpe en la cabeza?

—Es altamente improbable.

—¿Qué otra cosa podría causarlo?

—Un shock eléctrico, un trauma óptico...

—Alto —dije, y me quité las gafas—. Respecto al trauma óptico. Mire mis ojos.

—No soy oftal... —empezó, pero le interrumpí:

—La más normal de las luces me molesta a los ojos. Si perdiera las gafas y me viera expuesto a una luz muy brillante durante tres, cuatro días, ¿podría eso causar el esquema del que habla?

—Posiblemente —dijo—. Sí, diría que sí.

—¿Pero hay algo más?

—No estoy seguro. Tendríamos que hacer más lecturas, y ayudaría mucho si supiera la historia que hay detrás de todo esto.

—Lo siento —dije—. Necesito la cinta ahora.

Suspiró e hizo un pequeño gesto con su mano izquierda mientras se daba la vuelta.

—De acuerdo, señor Smith.

Abandoné el Hospital General maldiciendo al genio de la montaña, con mi cinta como un talismán. Rebusqué en mi mente, por entre bosques de recuerdos, una espada fantasma en una piedra de humo, creo.

Devuelta en el Lodge, me estaban aguardando Lanning y los periodistas.

—¿Cómo fue? —preguntó uno de los últimos.

—¿Cómo fue qué?

—La montaña. Estuvo usted ahí arriba, ¿no?

—Sin comentarios.

—¿Hasta qué altura llegó?

—Sin comentarios.

—¿Se enfrentó con algunas complicaciones?

—Sin comentarios. Disculpen, pero deseo darme una ducha.

Henry me siguió a mi habitación. Los periodistas lo intentaron.

Después de afeitarme y ducharme, me preparé una copa y encendí un cigarrillo. Lanning me hizo su pregunta más general:

—¿Y bien? —dijo.

Asentí.

—¿Dificultades?

Asentí de nuevo.

—¿Insuperables?

Sopesé la cinta y pensé por un momento.

—Quizá no.

Se sirvió un whisky. A la segunda ronda preguntó:

—¿Vas a intentarlo?

Yo sabía que lo haría. Sabía que lo intentaría, en solitario si era necesario.

—En realidad no lo sé —dije.

—¿Por qué no?

—Porque hay algo ahí arriba —murmuré—, algo que no quiere que lo hagamos.

—¿Hay algo que vive ahí arriba?

—No estoy seguro de que ésta sea la palabra correcta.

Bajó su copa.

—¿Qué demonios ocurrió?

—Fui amenazado. Fui atacado.

—¿Amenazado? ¿Verbalmente? ¿En inglés? —Depositó su copa a un lado, lo cual mostraba lo seriamente que se estaba tomando el asunto—. ¿Atacado? —añadió—. ¿Por qué tipo de cosa?

—Envié a llamar a Doc y a Kelly y a Stan y a Mallardi y a Vincent. Lo comprobé hace poco. Todos han respondido. Vienen para aquí. Miguel y el Holandés no pueden, y han dicho que lo sienten. Cuando estemos todos juntos contaré la historia. Pero quiero hablar primero con Doc. Así que no te pongas nervioso y no digas nada a nadie.

Volvió a tomar su copa y la apuró.

—¿Cuándo llegarán?

—Cuatro, cinco semanas —dije.

—Eso es una larga espera.

—Bajo las circunstancias —dije—, no puedo pensar en ninguna otra alternativa.

—¿Qué haremos mientras tanto?

—Comer, beber, y contemplar la montaña.

Bajó sus párpados un momento, luego asintió, tomó su copa, fue en busca de la botella.

—¿Empezamos?

Era tarde, y yo estaba solo en el campo con una botella en una mano. Lanning se había retirado al Lodge, y la chimenea de la noche era negra con el hollín de las nubes. En alguna parte lejos de allí una tormenta estaba en pleno apogeo, y el paisaje estaba lleno de destellos de siluetas. El viento era helado:

—Montaña —dije—. Montaña, me dijiste que me fuera.

Hubo un retumbar.

—Pero no puedo —dije, y di un sorbo de la botella.

—Estoy trayendo a los mejores —dije— para escalar tus laderas y erguirnos bajo las estrellas en tus lugares más altos. Debo hacerlo porque tú estás aquí. No hay ninguna otra razón. Nada personal...

Al cabo de un tiempo dije:

—Eso no es cierto.

»Soy un hombre —dije—, y necesito vencer montañas para demostrar que no moriré aunque muera. Soy menos de lo que deseo ser, Hermana, y tú puedes hacerme más. Así que supongo que es personal.

»Es la única cosa que sé cómo hacer, y tú eres la última que queda, el último desafío a la habilidad que pasé aprendiendo toda mi vida. Quizá sea que la mortalidad está mucho más cerca de la inmortalidad cuando acepta un desafío a sí misma, cuando sobrevive a una amenaza. El momento del triunfo es el momento de la salvación. He necesitado muchos de estos momentos, y el último tiene que ser el más largo, porque debe durar el resto de mi vida.

»Así que tú estás ahí, Hermana, y yo estoy aquí y soy muy mortal, y tú me has dicho que me fuera. No puedo. Voy a subir, y si arrojas la muerte sobre mí me enfrentaré a ella. Tiene que ser así.

Terminé lo que quedaba de la botella.

Hubo más destellos, más retumbar detrás de la montaña, más destellos.

—Es lo más cercano a la embriaguez divina —le dije al trueno.

Y entonces ella me guiñó un ojo. Era una estrella roja, muy arriba en las alturas. La espada del Ángel. El ala del Fénix. El alma incendiada. Y llameaba para mí a través de los kilómetros. Luego el viento que sopla entre los mundos barrió sobre mí y alrededor de mí. Estaba lleno de lágrimas y de cristales de hielo. Me mantuve firme, absorbiéndolo:

—No te vayas —dije, y aguardé hasta que todo fue oscuridad de nuevo y estuve empapado como un embrión aguardando el primer llanto y el primer aliento.

La mayoría de los chicos cuentan mentiras a sus compañeros de juegos —autobiografías de ficción, si prefieren—, que o bien son recibidas con el asombro

apropiado o contrarrestadas con otras historias más grandes —y elaboradas. Pero el pequeño Jimmy, me habían dicho, siempre escuchaba a sus pequeños compañeros con sus ojos oscuros muy abiertos, y casi al final de sus historias las comisuras de su boca empezaban a contraerse. Cuando terminaban de hablar, sus pecas se concentraban en una sonrisa y su rojiza cabeza se inclinaba hacia un lado. Su expresión favorita, tengo entendido, era «¡Exagerado!», y le partieron dos veces la nariz antes de que cumpliera los doce años. Fue indudablemente por eso que se orientó hacia los libros.

Treinta años y cuatro graduaciones formales más tarde, estaba sentado delante de mí en mis habitaciones en el Lodge, y yo lo llamaba Doc porque todo el mundo lo hacía, porque tenía una licencia para rajar a la gente y mirar dentro de ella, así como otras licenciaturas más o menos filosóficas, y porque parecía como si hubiera que llamarle Doc, cuando sonreía e inclinaba la cabeza hacia un lado y decía: «¡Exagerado!»

Deseé darle un puñetazo en la nariz.

—¡Maldita sea! ¡Es cierto —le dije—. ¡Luché con un pájaro de fuego!

—Todos sufrimos alucinaciones en Kasla —me respondió, alzando un dedo—, debido a la fatiga —dos dedos—, debido a que la altitud afectó nuestros sistemas circulatorios y en consecuencia nuestros cerebros —tres—, debido a la estimulación emocional —cuatro—, y debido a que estábamos parcialmente borrachos a causa del oxígeno.

—Deja de seguir levantando dedos por un minuto y escucha —dije—. Voló hasta mí, y yo le lancé un viaje con el pico, y me derribó y me rompió las gafas. Cuando recuperé el conocimiento se había ido y yo estaba tendido en el reborde. Creo que era una especie de criatura de energía. Viste mi electroencefalograma, y no era normal. Creo que afectó mi sistema nervioso cuando me tocó.

—Perdiste el conocimiento porque te golpeaste la cabeza contra una roca y...

—¡Fue él quien hizo que cayera hacia atrás y me golpeara contra la roca!

—Estoy de acuerdo con esa última parte. La roca era real. Pero nadie ha descubierto todavía en ninguna parte del universo una «criatura de energía».

—¿De veras? Probablemente hubieras dicho lo mismo de América hace mil años.

—Quizá sí. Pero ese neurólogo explicó tu EEG a mi entera satisfacción. Un trauma óptico. ¿Por qué sacar las cosas de quicio y soñar una explicación exótica para lo ocurrido? Las explicaciones sencillas suelen ser las mejores. Alucinaste, tropezaste, y te diste contra una roca.

—Está bien —dije—, siempre que discuto contigo acabo necesitando munición. Aguarda un minuto.

Fui al armario y lo saqué del estante superior. Lo coloqué sobre mi cama y empecé a desenrollar la manta con la que estaba envuelto.

—Te dije que le lancé un viaje con el pico —le recordé—. Bien, le di..., inmediatamente antes de caer. ¡Mira!

Le tendí mi pico de escalada: pardo, amarillo, negro y terriblemente picado..., como si hubiera caído del espacio exterior.

Lo tomó entre sus manos y se lo quedó mirando durante largo rato, luego empezó a decir algo acerca de un rayo en bola, cambió de opinión, sacudió la cabeza y volvió a colocar el pico sobre la manta.

—No sé —dijo al fin, y esta vez sus pecas no se amontonaron, excepto aquellas en los bordes de sus manos mientras cerraba los puños, lentamente.

IV

Planeamos. Trazamos mapas y estudiamos las fotos. Preparamos nuestra ascensión mientras iniciábamos un programa de entrenamiento.

Aunque Doc y Stan se habían mantenido en buena forma, ninguno de los dos había escalado desde Kasla. Kelly estaba en perfectas condiciones. Henry había engordado.

Mallardi y Vince, como siempre, parecían capaces de fantásticas hazañas de resistencia y virtuosismo, e incluso habían hecho un par de ascensiones durante el último año, pero recientemente se habían apoltronado un poco, por decirlo de algún modo, y deseaban un poco de práctica. Así que elegimos una cómoda montaña de un tamaño decente y nos dimos diez días para ponernos de nuevo en forma. Tras lo cual nos dedicamos a las vitaminas, calistenias y dietas equilibradas mientras completábamos nuestros preparativos. Durante este tiempo, Doc apareció con siete brillantes cajas de— aleación, de unos diez por quince centímetros y delgadas como un primer libro de poemas, para que las lleváramos sobre nuestras personas para radiar una defensa contra la criatura de energía cuya existencia se negaba a admitir.

Una espléndida y vigorizante mañana estuvimos listos. Los chicos de la prensa me gustaban de nuevo. Se tomó mucho metraje de nuestra galante reunión mientras nos metíamos en los voladores para ser llevados hasta el pie de la dama montaña, para enfrentarnos, sin duda por última vez como el equipo que habíamos formado durante muchos años, contra el gris y el lavanda que nos aguardaba debajo de la blanca llama del sol.

Nos acercamos a la montaña, y de nuevo me pregunté cuánto pesaría.

Ya conocen el camino durante los primeros catorce mil metros. Así que me saltaré eso. Nos tomó seis días y parte del séptimo. No ocurrió nada fuera de lo ordinario. Hubo algo de niebla y fuertes vientos, pero una vez los hubimos dejado más abajo fueron olvidados.

Stan, Mallardi y yo nos detuvimos allá donde se me había aparecido el pájaro, aguardando a Doc y a los demás.

—Hasta ahora ha sido una excursión —dijo Mallardi.

—Sí —admitió Stan.

—Nada de pájaros.

—No —admití yo.

—¿Crees que Doc estaba en lo cierto..., que todo no fue más que una alucinación? —preguntó Mallardi—. Recuerdo haber visto cosas en Kasla...

—Por lo que yo recuerdo —dijo Stan—, eran ninfas y un océano de cerveza. ¿Por qué querría alguien ver pájaros de fuego?

—Que me maldiga si lo sé.

—Reíos, hienas —dije—. Esperad a que llegue toda la bandada.

Doc llegó y miró a su alrededor.

—¿Es éste el lugar?

Asentí.

Comprobó la radiación del entorno y media docena de otras cosas, no halló nada fuera de lo normal, gruñó y miró hacia arriba.

Todos lo hicimos. Luego seguimos adelante.

La ascensión fue difícil los siguientes tres días, y durante ese tiempo sólo hicimos otros mil quinientos metros.

Cuando nos acostábamos estábamos reventados, y el sueño llegaba rápidamente. Lo mismo hizo Némesis.

Estaba allí de nuevo, sólo que no tan cerca esta vez. Ardía a unos seis metros de distancia, erguido en medio del aire, y la punta de su hoja me señalaba a mí.

—Vete —dijo tres veces, sin ninguna inflexión. —Vete tú al infierno —intenté decir.

Hizo como si quisiera acercarse. No lo consiguió.

—Vete tú —dije al fin.

—Desciende. Márchate. No puedes ir más lejos.

—Pero voy a ir mas lejos. Todo el camino hasta la cima.

—No. No, lo harás.

—Quédate por aquí y observa —dije.

—Regresa.

—Si quieres quedarte aquí y dirigir el tráfico, es asunto tuyo —le dije—. Yo me vuelvo a dormir.

Me arrastré y sacudí a Doc por el hombro, pero cuando miré atrás mi flamígero visitante había desaparecido.

—¿Qué ocurre?

—Demasiado tarde —dije—. Ha estado aquí y se ha ido.

Doc se sentó.

—¿El pájaro?

—No, la cosa con la espada.

—¿Dónde estaba?

—De pie ahí fuera. —Señalé con un gesto.

Doc tomó sus instrumentos e hizo muchas cosas con ellos durante diez minutos o así.

—Nada —dijo al fin—. Quizá soñaste.

—Sí, seguro —gruñí—. Duerme bien. —Me metí de nuevo en el saco, y esta vez dormí hasta que se hizo de día sin más fuegos ni visitas.

Nos tomó cuatro días alcanzar los dieciocho mil metros. Ocasionalmente caían rocas como balas de cañón más allá de nosotros, y el cielo era como un gran lago frío donde flotaban pálidas flores. Cuando alcanzamos los diecinueve mil la marcha se hizo mucho mejor, y llegamos a los veintidós mil quinientos en otros dos días y medio. Ninguna cosa llameante se detuvo para decirme que me diera la vuelta. Luego sin embargo vino lo imprevisible, y tuvimos los bastantes problemas naturales como para no dejar de maldecir.

Nos encontramos con una gran plataforma llana.

Quizá tendría ciento veinte metros de ancho. Mientras la cruzábamos nos dimos cuenta de que no llegaba hasta la ladera de la montaña. Se hundía en el enorme desagüe de un cañón. Tendríamos que bajar de nuevo, quizá doscientos metros, antes de poder seguir subiendo. Peor aún, conducía hasta una cara sin ningún rasgo distintivo, de una pronunciada perpendicularidad, que ascendía lo que parecía una enorme distancia: kilómetros, quizá. La cima seguía sin verse todavía.

—¿Hacia dónde vamos ahora? —preguntó Kelly, situándose a mi lado.

—Hacia abajo —decidí—, y nos dividiremos para subir. Seguiremos la gran zanja en ambas direcciones y veremos cuál nos proporciona la mejor ruta para seguir subiendo. Nos encontraremos de vuelta en el punto medio.

Descendimos. Luego Doc y Kelly y yo fuimos por la izquierda, y los demás tomaron el camino opuesto.

Al cabo de hora y media nuestro camino llegó a su fin. Nos detuvimos contemplando la nada más allá del borde de algo. Por ninguna parte, durante todo el camino, hallamos un camino decente hacia arriba. Me tendí, con la cabeza y los —hombros más allá del borde, con Kelly sujetándome por los tobillos, y miré hasta tan lejos como pude hacia la derecha y hacia arriba. No se veía nada por lo que valiera la pena intentar algún movimiento.

—Espero que los otros hayan tenido más suerte —dije, después de que me arrastraran de vuelta hacia atrás.

—¿Y si no...? —preguntó Kelly.

—Esperemos que sí.

La habían tenido.

Pero era arriesgado, de todos modos.

No había ningún camino bueno que saliera directamente de la zanja. Por el otro lado el sendero terminaba en una pared de doce metros que, una vez superada, mostraba una clara vista de todo el camino hacia abajo. Asomándose como yo había hecho y mirando hacia unos sesenta metros a la izquierda y a unos veinticinco más arriba, sin embargo, Mallardi había posado sus ojos en un escabroso camino, pero un camino pese a todo, que conducía hacia arriba y hacia el oeste y luego desaparecía.

Aquella noche acampamos en la zanja. Por la mañana anclé mi cuerda a una roca, con Doc tensándola, y avancé con mi pistola neumática. Caí dos veces, y a la hora de comer había hecho doce metros.

Me froté mis magulladuras, y Henry ocupó mi lugar. Después de diez metros, salió Kelly para anclar un par de largos tras él, y luego nos ocupamos de él.

Después Stan disparó y Mallardi ancló. Luego tuvimos que ser tres en la cara. Después cuatro. A la puesta del sol habíamos hecho cincuenta metros y estábamos cubiertos de polvo blanco. Un baño hubiera sido algo estupendo. Nos conformamos con una limpieza ultrasónica.

A la hora de la comida del día siguiente estábamos todos ahí fuera, sujetos a la misma cuerda, aferrándonos a la fría piedra, moviéndonos lentamente, laboriosamente, lentamente, sin mirar demasiado hacia abajo.

Al final del día habíamos cruzado hasta el lugar donde podíamos sentir algo —no demasiado— debajo de nuestras botas. Sin embargo era tan angosto que sólo podía ser recorrido con cierta seguridad de día. Así que regresamos una vez más a la zanja.

Por la mañana cruzamos.

El camino formaba un ángulo sinuoso. Nos encaminamos hacia el oeste y hacia arriba. Viajamos kilómetro y medio y ascendimos ciento cincuenta metros. Recorrimos otro kilómetro y medio y ascendimos quizá cien metros.

Luego apareció un reborde, quizá a unos doce metros sobre nuestras cabezas.

Stan subió por el camino difícil, usando la pistola, para ver lo que podía encontrar.

Nos hizo un gesto y lo seguimos; y la vista que se abrió ante nosotros era buena.

Allá a la derecha, irregular pero lo suficientemente ancho, estaba nuestro nuevo campamento.

El camino hasta allí, y helado y whisky con gotas amargas y el café de la mañana y un cigarrillo después de cenar. Era hermoso y delicioso: una ladera de setenta grados llena de cornisas y proyecciones y buena y limpia piedra.

—¡Que me aspen! —dijo Kelly.

Todos estuvimos de acuerdo.

Comimos y bebimos y decidimos descansar nuestros magullados cuerpos aquella tarde.

Ahora estábamos en el mundo crepuscular, caminando por donde ningún hombre había caminado nunca antes, y nos sentíamos como de oro. Era bueno estirarse e intentar desentumecerse..

Dormí todo el día, y cuando desperté el cielo era un lecho de resplandecientes ascuas. Permanecí tendido allí, demasiado perezoso como para moverme, demasiado lleno con la vista a mi alrededor como para volver a dormirme. Un meteoro trazó su ardiente camino blancoazulado a través del cielo. Al cabo de un rato hubo otro. Pensé en mi posición y decidí que alcanzarla había valido la pena. La fría y dura felicidad de las alturas me llenó. Agité los dedos de los pies.

Al cabo de unos momentos me despecé y me senté. Contemplé las formas dormidas de mis compañeros. Perforé la noche hasta tan lejos como pude ver. Alcé la vista hacia la montaña, luego dejé caer lentamente los ojos a lo largo del sendero de mañana.

Hubo un movimiento en las sombras.

Algo estaba de pie a unos quince metros de distancia y a diez metros más arriba.

Tomé mi pico y me puse en pie.

Crucé los quince metros y alcé la vista.

Ella estaba sonriendo, pero no ardía.

Una mujer, una mujer imposible.

Absolutamente imposible. Por una parte, simplemente hubiera tenido que morir congelada al instante en su minifalda y su blusa sin mangas. Ninguna alternativa. Por otra parte, tenía muy poco aire que respirar. En realidad nada.

Pero nada de eso parecía preocuparla. Me hizo un gesto con la mano. Su pelo era oscuro y largo, y no podía ver sus ojos. Los planos de sus mejillas, altas y pálidas, de, su amplia frente, de su pequeña barbilla, se correspondían de una forma inquietante con algunos simples teoremas que abarcan la geometría de mi corazón. Si todos los ángulos, planos, curvas, son correctos, se salta un latido, luego se apresura a recuperarlo.

Luché por encontrar mi voz, la encontré, dije:

—Hola.

—Hola, Whitey —respondió.

—Baja —dije.

—No, sube tú.

Utilicé mi pico. Cuando alcancé el reborde ella no estaba allí. Miré a mi alrededor, la vi. Estaba sentada en una roca a cuatro metros por encima de mí.

—¿Cómo es que sabes mi nombre? —pregunté.

—Cualquiera puede ver cuál tiene que ser tu nombre.

—Está bien —acepté—. ¿Cuál es el tuyo?

—...

Sus labios parecieron moverse, pero no oí nada.

—¿Cómo has dicho?

—No quiero un nombre —respondió.

—Muy bien. Entonces te llamaré «muchacha». Ella se echó a reír, o algo parecido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

—Observarte.

—¿Por qué?

—Para ver si vas a caer.

—Puedo ahorrarte la molestia —dije—. No me caeré.

—Quizá —dijo.

—Baja.

—No, sube tú.

Subí, pero cuando llegué allí ella estaba seis metros más arriba.

—Muchacha, escalas bien —dije, y ella se echó a reír y se dio la vuelta.

La perseguí durante cinco minutos y no pude atraparla. Había algo innatural en la forma en que se movía.

Dejé de trepar cuando ella se volvió de nuevo. Seguíamos separados por unos seis metros.

—Me parece que en realidad no quieres que me reúna contigo —dije.

—Claro que sí, pero primero tienes que alcanzarme. —Y se volvió de nuevo, y sentí una cierta furia dentro de mí.

Estaba escrito que nadie podía escalar más arriba que el Loco Jack. Yo lo había escrito.

Manejé mi pico y me moví como un lagarto.

Estuve cerca de ella un par de veces, pero nunca lo bastante cerca.

Los dolores del día empezaron a dejarse sentir de nuevo en mis músculos, pero seguí subiendo sin frenar mi ritmo. Me di cuenta confusamente de que el campamento estaba ahora muy por debajo de mí, y que estaba subiendo solo en medio de la oscuridad por una ladera desconocida. Pero no me detuve. Más bien me apresuré, y mi respiración empezó a hacerse afanosa en mis pulmones. Oí su risa, y fue un acicate. Luego llegué a un reborde de unos cinco centímetros de ancho, y ella estaba avanzando por él. La seguí, rodeé una gran roca tras la que terminaba. Entonces ella estaba a treinta metros por encima de mí, en la parte superior de un liso pico. Era como un árbol cónico, sin ramas. Ignoro cómo consiguió llegar hasta allí. Por aquel entonces yo estaba jadeando, pero lo enlacé con mi cuerda y empecé a subir. Mientras lo hacía, ella dijo:

—¿No te cansas nunca, Whitey? Pensé que a estas alturas ya te habrías derrumbado.

Tiré de la cuerda y seguí subiendo.

—No puedes llegar hasta aquí arriba, y lo sabes.

—No lo sé —gruñí.

—¿Por qué deseas tanto subir esta montaña? Hay otras montañas igual de hermosas.

—Ésta es la más grande, muchacha. Por eso.

—No puede conseguirse.

—Entonces, ¿por qué todas estas molestias para desanimarme? ¿Por qué no simplemente dejar que lo haga la montaña?

Cuando me acercaba a ella desapareció. Llegué hasta la cima, allá donde había estado de pie, y me dejé caer en aquel lugar.

Entonces oí de nuevo su voz y volví la cabeza. Estaba en un reborde, quizá a veinticinco metros de distancia.

—No creí que llegaras tan lejos —dijo—. Eres un loco. Adiós, Whitey. —Desapareció.

Me senté allí en la pequeña cima del pico —quizá medio metro cuadrado de cima— y supe que no podía dormir allí porque me caería. Y estaba agotado.

Recordé mis maldiciones preferidas y las dije todas, pero eso no me hizo sentir mejor. No podía dejar que el sueño me venciera. Miré hacia abajo. Sabía que el camino era largo. Sabía que ella pensaba que no iba a conseguirlo.

Inicié el descenso.

A la mañana siguiente, cuando me sacudieron para despertarme, todavía estaba agotado. Les conté la historia de la noche anterior, y no me creyeron. No hasta más adelantado el día, es decir, cuando rodeamos todos la roca y les mostré el pequeño pico, erguido allí como un árbol cónico sin ramas, a treinta metros en medio del aire.

V

Seguimos subiendo firmemente durante los siguientes dos días. Hicimos poco menos de tres mil metros. Luego pasamos un día martilleando y tallando nuestra ascensión a lo largo de una gran cara plana. Doscientos metros de ella. Luego nuestro camino giró hacia la derecha y hacia arriba. Antes de que hubiera pasado mucho tiempo ascendíamos por el lado occidental de la montaña. Cuando alcanzamos los veintisiete mil metros, nos detuvimos para felicitarnos porque acabábamos de superar la ascensión del Kásla y para recordarnos que todavía no habíamos alcanzado la mitad del camino. Nos tomó otros dos días y medio conseguir eso, y por aquel entonces el suelo allá al fondo se extendía como un mapa debajo de nosotros.

Y luego, aquella noche, todos vimos la criatura con la espada.

Acudió y se detuvo cerca de nuestro campamento, y alzó su espada por encima de su cabeza, y llameaba con una intensidad tan terrible que me apresuré a ponerme las gafas. Esta vez su voz era toda trueno y rayos:

—¡Salid de esta montaña! —dijo—. ¡Ahora! ¡Volved atrás! ¡Bajad! ¡Partid!

Y entonces una lluvia de piedras cayó desde arriba y resonó a todo nuestro alrededor. Doc le lanzó su delgada y brillante caja, haciendo que se deslizara por el suelo hacia la criatura.

La luz se apagó, y nos quedamos solos.

Doc recuperó su caja, hizo algunas pruebas, consiguió el mismo éxito que antes, es decir, ninguno. Pero ahora al menos no pensaba que yo era una especie de loco, a menos por supuesto que pensara que lo éramos todos.

—No es un guardián muy efectivo —sugirió Henry.

—Todavía nos falta mucho camino por recorrer, —dijo Vince, lanzando una piedra a través del espacio que había ocupado la criatura—. No me gusta si esa cosa puede provocar un alud de piedras.

—Sólo fueron unos cuantos guijarros —dijo Stan.

—Sí, pero, ¿y si decidiera iniciar el proceso unos quince mil metros más arriba?

—¡Callaos! —exclamó Kelly—. No le demos ideas. Puede que esté escuchando.

Por alguna razón, nos agrupamos un poco más cerca los unos de los otros. Doc hizo que cada uno describiéramos lo que habíamos visto, y al parecer todos habíamos visto lo mismo.

—Muy bien —dije, cuando todos hubimos terminado—. Ahora que todos lo habéis visto, ¿quién desea volver?

Hubo un silencio.

Después de quizá media docena de latidos, Henry, dijo:

—Quiero toda la historia. Parece buena. Estoy dispuesto a correr el riesgo con furiosas criaturas de energía para conseguirla.

—No sé lo que es esa cosa —dijo Kelly—. Quizá no sea una criatura de energía. Quizá sea algo... sobrenatural, no sé cómo lo calificarías tú, Doc. Simplemente te estoy diciendo la forma en que me ha impresionado. Si hay cosas como ésa, éste parece un buen lugar para ellas. Lo importante es: sea lo que sea, no me preocupa. Quiero esta montaña. Si eso pudiera detenernos, creo que ya lo hubiera hecho. Quizá esté equivocado. Tal vez pueda. Tal vez nos haya preparado alguna trampa más arriba. Pero quiero esta montaña. En este momento significa para mí más que cualquier otra cosa. Si no sigo, me pasaré todo el resto de mi vida preguntándome por qué, y probablemente terminaré volviendo e intentándolo de nuevo algún día, cuando no pueda seguir soportando el pensar en ello. Sólo que entonces quizá el resto de vosotros no estéis disponibles. Enfrentémonos a ello, somos un buen equipo escalador. Tal vez el mejor. Probablemente. Si puede hacerse, creo que nosotros podemos.

—Estoy de acuerdo con ello —dijo Stan.

—Lo que has dicho, Kelly —murmuró Mallardi—, acerca de que se trata de algo sobrenatural..., es curioso, porque yo sentí lo mismo durante un minuto mientras estaba mirándolo. Me recuerda algo surgido de La divina comedia. Si lo recordáis, el Purgatorio era una montaña. Y luego pensé en el ángel que protegía el acceso oriental al Edén. El Edén fue trasladado encima del Purgatorio por Dante, y ahí estaba ese ángel... Sea como sea, casi me sentí como si estuviera cometiendo algún pecado desconocido por el hecho de estar aquí. Pero ahora que pienso de nuevo en ello, un hombre no puede ser culpable de algo que no sabe que no es correcto, ¿verdad? Y no vi que esa cosa exhibiera ninguna tarjeta de identidad que demostrara que era un ángel. De modo que estoy dispuesto a seguir subiendo y ver lo que hay arriba, a menos que vuelva con las Tablas de la Ley, con un nuevo mandamiento escrito al final.

—¿En hebreo o en italiano? —preguntó Doc.

—Para tu satisfacción, supongo que deberían de estar redactadas en forma de ecuaciones.

—No. Bromas aparte, yo también sentí algo curioso cuando lo vi y lo oí. Y en realidad no lo oímos, ¿sabéis? Pasó por encima de nuestros sentidos y transmitió su mensaje directamente a nuestros cerebros. Si pensáis de nuevo en vuestras descripciones de lo que experimentamos, observaréis que cada uno «oímos» palabras distintas que nos decían que nos fuéramos. Si puede comunicar un significado tan bien como un psicotraductor, me pregunto si podrá comunicar también una emoción... Tú también pensaste en un ángel, ¿verdad, Whitey?

—Sí —dije.

—Lo cual es casi unanimidad, ¿no?

Entonces todos nos volvimos hacia Vince, porque él no era cristiano, había sido educado como budista en Ceilán.

—¿Cuáles fueron tus sensaciones respecto a esa cosa? —le preguntó Doc.

—Era un deva —dijo Vince—, que supongo que es una especie de ángel. Tuve la impresión de que cada paso que daba yo subiendo esta montaña me proporcionaba

suficiente mal karma como para llenar toda una vida. Excepto que nunca he creído en ello de esta forma desde que era un niño. Quiero seguir adelante. Aunque esa sensación fuera correcta, quiero ver la cima de esta montaña.

—Yo también —dijo Doc.

—Eso significa unanimidad —señalé.

—Bien, entonces que todo el mundo agarre su mataángeles y sigamos adelante —dijo Stan.

—Buena idea.

—Sólo que mantengámonos un poco separados indicó Doc—, para que cualquier cosa que pueda caer no nos pille a todos juntos.

Hicimos lo indicado, y dormimos sin que los cielos nos plantearan ningún problema.

Nuestra ruta siguió llevándonos hacia la derecha hasta que alcanzamos los cuarenta y tres mil metros ascendiendo por las laderas meridionales. Luego hizo un giro en la otra dirección, y a los cuarenta y cinco estábamos ascendiendo de nuevo por la ladera oeste.

Luego, durante un terrible, oscuro y traicionero tramo de escalada por una lisa superficie cóncava que terminaba en un saliente, el pájaro cayó de nuevo sobre nosotros.

Si no hubiéramos estado unidos por la cuerda, Stan hubiera muerto. Tal como fueron las cosas, casi morimos todos.

Stan era el hombre en cabeza, y las alas del pájaro salpicaron repentinas llamas contra el cielo violeta. Descendió del saliente como si alguien hubiera pateado una fogata sobre él borde, se dirigió directamente hacia él, y desapareció a una distancia de unos cuatro metros. Entonces Stan cayó, y casi nos arrastró al resto de nosotros.

Tensamos nuestros músculos y resistimos el tirón.

Se había golpeado un poco, pero no se había roto nada. Seguimos hasta el saliente, pero aquel día no fuimos más lejos.

Cayeron piedras, pero hallamos otro saliente y montamos el campamento debajo de él.

El pájaro no volvió aquel día, pero llegaron las serpientes.

Grandes, brillantes serpientes escarlatas enrolladas en los riscos, apareciendo y desapareciendo sinuosamente por entre los dentados campos de hielo y de piedra gris. Se enroscaban y desenroscaban, se estiraban y se daban la vuelta, escupiendo fuego hacia nosotros. Parecía como si estuvieran intentando echarnos de debajo de nuestro refugio hacia donde las piedras podían caer sobre nosotros.

Doc avanzó hacia la más cercana, y ésta desapareció cuando entró en el campo de su proyector. Doc estudió el lugar donde había estado, luego regresó apresuradamente.

—El hielo sigue intacto —dijo.

—¿Eh? —murmuré.

—Ni una pizca de hielo se ha fundido debajo de ella.

—¿Lo cual quiere decir?

—Una ilusión —señaló Vince, y arrojó una piedra contra otra y vio cómo pasaba a través de ella. —Pero visteis lo que le ocurrió a mi pico —le dije a Doc— cuando lo esgrimí contra ese pájaro. La cosa tenía que llevar consigo algún tipo de carga.

—Quizá quien sea que las está enviando ha cortado esta parte de la ilusión como un desperdicio de energía —respondió—, puesto que esas cosas no han podido hacernos nada pese a todo.

Nos sentamos y observamos las serpientes y la caída de piedras, hasta que Stan sacó una baraja y sugirió jugar a algo mejor.

Las serpientes se mantuvieron allí toda la noche y nos siguieron al día siguiente. Las piedras seguían cayendo periódicamente, pero quien fuera que las lanzaba parecía estar agotando sus provisiones. Apareció el pájaro, trazó círculos a nuestro alrededor y picó sobre nosotros en cuatro ocasiones. Pero esta vez lo ignoramos, y finalmente volvió a su percha allá donde tuviera su casa.

Hicimos mil metros, hubiéramos podido hacer más, pero no quise seguir más allá de un pequeño reborde acogedor con una cueva lo bastante grande como para albergar a todo el grupo. Entonces todo dejó de acosarnos. Todo lo visible, quiero decir.

En aquel momento pareció envolvernos una sensación precursora de una tormenta, una firme tensión eléctrica, y aguardamos a ver qué iba a ocurrir a continuación.

Ocurrió la peor cosa posible: nada.

Esa excitada sensación, esa expectación, se mantuvo con nosotros, insatisfecha. Creo que hubiera sido un auténtico alivio si alguna orquesta invisible hubiera empezado a interpretar a Wagner, o si los cielos hubieran rodado hacia los lados como un telón y hubieran revelado una pantalla de cine, y por las letras vueltas del revés hubiéramos sabido que estábamos del otro lado, o si hubiéramos visto un dragón volando alto y engullendo los satélites meteorológicos de órbita baja...

Simplemente nos quedamos con la sensación de que iba a producirse algo de forma inminente, y eso me produjo insomnio.

Volvió durante la noche. La muchacha del pico cónico.

Se detuvo de pie en la boca de la cueva, y cuando avancé hacia ella retrocedió.

Me detuve justo en el borde de la entrada, allá donde ella había estado de pie.

—Hola, Whitey —dijo.

—No, no voy a seguirte otra vez —respondí.

—No te lo he pedido.

—¿Qué hace una chica como tú en un lugar como éste?

—Mirar —respondió.

—Te dije que no caería.

—Tu amigo casi lo hizo.

—«Casi» no es suficiente.

—Tú eres el jefe, ¿verdad?

—Exacto.

—Si tú murieras, ¿los otros regresarían?

—No —dije—. Seguirían sin mí.

Entonces saqué mi cámara.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Tomarte una foto..., si estás realmente ahí.

—¿Por qué?

—Para verla cuando te hayas ido. Me gusta contemplar las cosas hermosas.

—... —pareció decir algo.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Por qué no?

—... se muere.

—Por favor, repítelo.

—Ella se muere —repitió.

—¿Quién? ¿Cómo?

—... en la montaña.

—No comprendo.

—... también.

—¿Qué ocurre?

Adelanté un paso, y ella lo retrocedió.

—¿Me sigues? —preguntó.

—No.

—Regresa —insistió.

—¿Qué hay en la otra cara de esa grabación?

—¿Vas a seguir escalando?

—Sí.

Entonces:

—¡Bien! —dijo bruscamente—. Yo... —Y su voz se detuvo de nuevo—. Regresa —dijo al fin, sin ninguna emoción.

—Lo siento.

Se fue.

VI

Nuestra ruta nos llevó una vez más lentamente a la izquierda. Nos arrastramos y serpenteamos y practicamos agujeros en la piedra. Las serpientes siseaban en la distancia. Ahora estaban constantemente con nosotros. El pájaro venía de nuevo en momentos cruciales, para intentar hacernos caer. Un toro furioso se irguió en un risco y nos bramó estentóreamente. Arqueros fantasma lanzaron flechas de fuego, que siempre se desvanecían antes de alcanzar su blanco. Ardientes ventiscas nos barrían, nos rodeaban, desaparecían. Estábamos de vuelta en las laderas septentrionales y nos encaminábamos al oeste cuando alcanzamos los cuarenta y ocho mil. El cielo era de un azul profundo, y siempre había estrellas. ¿Por qué nos odiaba la montaña?, me pregunté. ¿Qué había en nosotros que provocaba aquello? Miré la foto de la muchacha por enésima vez, y me pregunté quién era realmente. ¿Había sido elaborada a partir de nuestras mentes y se le había dado forma de muchacha para atraernos, para conducirnos, como una sirena, como una arpía, hasta el lugar de la caída final? Había un trecho tan largo hacia abajo...

Pensé en mi vida pasada. ¿Cómo llega un hombre a escalar montañas? ¿Es atraído por las alturas debido a que tiene miedo de permanecer al nivel del suelo? ¿Se halla marginado hasta tal punto en la sociedad de, los hombres que debe huir e intentar situarse por encima de ella? El ascenso es largo y difícil, pero si logra el éxito tiene garantizados los laureles de la gloria. Y si cae, eso también es algún tipo de gloria. El final, arrojado desde las alturas a las profundidades como una horrible ruina, es un clímax adecuado para el perdedor..., porque eso también sacude montañas y mentes, agita cosas como pensamientos debajo de ambas, es una especie de arruinada guirnalda de victoria en la derrota, y esa acción final es fría, tan fría, que el movimiento queda congelado para siempre en una rigidez como de estatua de intento y finalidad definitivos, frustrados únicamente por la malevolencia universal que todos tememos que exista. Un aspirante a santo o a héroe que carezca de alguna virtud necesaria puede calificarse pese a todo como mártir, porque la única cosa que la gente recordará realmente al final es el final. Yo había sabido que tenía que escalar el Kasla, como había escalado todas las demás montañas, y había sabido cuál iba a ser el precio. Sólo me había costado un hogar. Pero Kasla estaba allí, y la sentía gritar debajo de mis botas. Cuando lo hice supe que de alguna forma la había sometido al llegar a su cima, y que debajo de mí un mundo terminaba. ¿Qué es un mundo si el momento de la victoria se halla al alcance de la mano? Y si verdad, belleza y bondad son una misma cosa, ¿por qué hay siempre este conflicto entre ellas?

Los arqueros fantasma dispararon contra mí y el brillante pájaro se lanzó en picado. Encajé los dientes, y mis botas trazaron cicatrices en las rocas a mis pies.

Vimos la cima.

A cincuenta y tres mil metros de altura, abriéndonos camino a lo largo de un estrecho reborde, aferrándonos a las rocas, tanteando nuestro camino con nuestros picos, oímos a Vince decir:

—¡Mirad!

Miramos.

Muy arriba, muy muy arriba, de un color azul pálido y helado, mortal, tan fría como la daga de Loki, cortando el cielo, vibraba encima de nosotros como electricidad, colgaba como un trozo de trueno helado, y cortaba, cortaba, cortaba en el centro del espíritu que era deseo, retorciéndolo, y se convertía en un anzuelo que tiraba de nosotros, que nos quemaba con sus garfios.

Vince fue el primero en mirar hacia arriba y ver la cima, el primero en morir. Ocurrió tan rápidamente, y no fue ninguno de los terrores lo que acabó con él.

Resbaló.

Eso fue todo. Era un tramo difícil de escalada. En un segundo estaba justo detrás de mí, y al segundo siguiente había desaparecido. No hubo cuerpo que recuperar. Fue una caída larga. El silencioso azul estaba a todo su alrededor y el, gran gris debajo. Entonces fuimos seis. Nos estremecimos, y supongo que todos rezamos a nuestra propia manera;

—Te has ido, Vince, que algún buen deva te conduzca Sendero del Esplendor arriba. Que puedas encontrar lo: que más deseabas en el otro lado, aguardándote. Si eso ocurre, recuerda a aquellos que dicen estas palabras, oh fuerte intruso en el cielo...

Nadie habló mucho durante el resto del día.

El portador de la llameante espada vino y se irguió encima de nuestro campamento durante toda la noche. No dijo nada.

Por la mañana Stan había desaparecido, y había una nota debajo de mi mochila.

No me odiéis, decía, por marcharme, pero creo que realmente es un ángel. Me asusta esta montaña. Escalaré cualquier montón de rocas, pero no lucharé contra el Cielo. El camino de descenso es más fácil que el de ascenso, así que no os preocupéis por mí. Buena suerte. Tratad de comprender. S.

Así que éramos cinco —Doc y Kelly y Henry y Mallardi y yo—, y ese día alcanzamos los cincuenta y cuatro mil y nos sentimos muy solos.

La muchacha apareció de nuevo aquella noche y me habló, su pelo negro contra el cielo negro y sus ojos como puntas de fuego azul, y se alzó al lado de un pilar helado y dijo:

—Dos de vosotros se han ido.

—Y el resto seguimos —respondí.

—Por un tiempo.

—Subiremos hasta la cima y luego nos marcharemos —dije—. ¿Cómo puede hacerte algún daño esto? ¿Por qué nos odias?

—No es odio —dijo.

—Entonces, ¿qué es?

—Protejo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que proteges?

—A la que se muere, para que pueda seguir viviendo.

—¿Qué? ¿Quién se está muriendo? ¿Cómo?

Pero de algún modo sus palabras se desvanecieron y no pude oírlas. Luego ella se desvaneció también, y no quedó más que sueño para el resto de la noche.

Cincuenta y cuatro mil quinientos y tres, y cuatro, y cinco. Luego bajar cuatro para pasar la noche siguiente.

Las criaturas gemían ahora a nuestro alrededor, y el suelo pulsaba debajo de nosotros, y a veces la montaña parecía oscilar mientras escalábamos.

Tallamos un sendero hasta los cincuenta y seis, y durante tres días luchamos por ganar otros trescientos metros. Todo lo que tocábamos estaba frío y resbaladizo, centelleaba, y estaba rodeado por una bruma azulada.

Cuando llegamos a los cincuenta y siete, Henry miró hacia atrás y se estremeció.

—Ya no estoy preocupado por alcanzar la cima —dijo—. Es el viaje de regreso lo que me inquieta ahora. Las nubes son como pequeños jirones de algodón ahí abajo.

—Cuanto más pronto lleguemos arriba, más pronto bajaremos —dije, y empezamos a subir de nuevo.

Nos tomó otra semana abrirnos camino hasta poco más de un kilómetro de la cima. Todas las criaturas de fuego se habían retirado, pero dos avalanchas de hielo nos indicaron que aún éramos no deseados. Sobrevivimos a la primera sin daños, pero Kelly se dislocó el tobillo derecho durante la segunda, y Doc tuvo la impresión de que también se había roto un par de costillas.

Establecimos un campamento. Doc se quedó allí con él; Henry y Mallardi y yo seguimos hacia arriba el último kilómetro.

Ahora el avance era brutal. Se había convertido en una montaña de cristal. Teníamos que martillar asideros para cada palmo que avanzábamos. Trabajábamos en turnos. Luchábamos cada centímetro que ganábamos. Nuestras mochilas se convertían en pesos monstruosos y nuestros dedos se entumecían. Nuestro sistema defensivo —los proyectores— parecía estar debilitándose, o tal vez algo estaba incrementando sus esfuerzos por atraparnos, porque las serpientes se deslizaban cada vez más cerca, ardían más brillantes. Me causaban daño a los ojos, y las maldecía.

Cuando llegamos a menos de mil metros de la cima cavamos e instalamos otro campamento. Los siguientes doscientos metros parecían más fáciles, luego venía un trecho horrible, y no podía decir lo que había encima de eso.

Cuando despertamos sólo estábamos Henry y yo. No había el menor indicio de adónde había ido Mallardi. Henry conectó su comunicador a la frecuencia de Doc y llamó abajo. Sintonicé el mío a tiempo para oírle decir:

—No lo hemos visto.

—¿Cómo está Kelly? —pregunté.

—Mejor —respondió—. Puede que después de todo esas costillas no estén rotas.

Entonces nos llamó Mallardi.

—Estoy a ciento veinte metros por encima de vosotros, amigos —nos llegó su voz—. Ha sido fácil hasta aquí arriba, pero ahora se va a poner difícil de nuevo.

—¿Por qué te has ido por tu cuenta? —pregunté.

—Porque creo que algo va a intentar matarme antes de que transcurra mucho tiempo —dijo—. Está aquí arriba, aguardando en la cima. Probablemente podréis verlo desde ahí. Es una serpiente.

Henry y yo usamos los binoculares.

¿Serpiente? Una palabra mejor sería dragón..., o quizás incluso la Serpiente Midgaard.

Estaba enroscada alrededor del pico, con la cabeza erguida. Parecía tener varios cientos de metros de longitud, y agitaba la cabeza de lado a lado, arriba y abajo, y exhalaba humosas coronas solares.

Entonces divisé a Mallardi trepando hacia ella.

—¡No sigas adelante! —llamé—. ¡No sé si tu unidad te protegerá contra algo como eso! Aguarda a que llame a Doc...

—Ni pensarlo —dijo—. Esa chica es mía.

—¡Escucha! ¡Puedes ser el primero en la montaña, si es eso lo que quieres! ¡Pero no te enfrentes solo a esa cosa!

La única respuesta fue una risa.

—Los tres unidos podremos hacerle frente —le dije—. Espéranos.

No hubo respuesta, y empezamos a subir.

Dejé a Henry muy atrás. La criatura era una luz moviente en el cielo. Recorrí apresuradamente sesenta metros, y cuando alcé la vista de nuevo vi que la criatura había desarrollado otras dos cabezas. De sus fosas nasales brotaban rayos, y su cola azotaba la montaña de un lado a otro. Recorrí otros treinta metros, y entonces pude ver

claramente a Mallardi que ascendía firmemente, recortado contra el resplandor. Esgrimí mi pico, jadeante, y luché contra la montaña, siguiendo el sendero que él había cortado. Empecé a ganarle terreno, porque él todavía seguía abriéndose camino y yo no tenía ese problema. Luego oí su voz.

—Todavía no, mi gran amiga, todavía no —estaba diciendo, desde detrás de un muro de estática—. Hay un reborde...

Alcé la vista, y desapareció.

Entonces aquella ardiente cola descendió como un látigo hacia donde lo había visto por última vez, y le oí maldecir y sentí las vibraciones de su pistola neumática. La cola restalló de nuevo, y oí otro:

—¡Maldita!

Me apresuré, aferrándome a las rocas y usando los asideros que había cortado Mallardi, y luego lo oí ponerse a cantar. Algo de Aida, creo.

—¡Maldita sea! ¡Aguarda! —exclamé—. Sólo estoy a unos pocos cientos de metros.

Siguió cantando.

Empezaba a sentirme mareado, pero no podía frenar mi marcha. Mi brazo derecho parecía un trozo de madera, el izquierdo era como un témpano de hielo. Mis pies eran cascos, y mis ojos ardían en mi cabeza.

Entonces ocurrió.

Como una bomba, la serpiente y la canción terminaron en un destello brillante que hizo que me tambaleara y casi perdiera mi asidero. Me aferré a la vibrante ladera de la montaña y cerré fuertemente los ojos contra la luz.

—¡Mallardi! —grité.

Ninguna respuesta. Nada.

Bajé la vista. Henry seguía subiendo, muy atrás. Proseguí mi ascensión.

Alcancé el reborde que había mencionado Mallardi, lo encontré allí.

Su respirador todavía funcionaba. Su traje protector estaba ennegrecido y chamuscado por el lado derecho. La mitad de su pico se había fundido. Alcé sus hombros.

Subí el volumen del comunicador y lo oí respirar. Abrió los ojos, los cerró, los abrió de nuevo.

—Estoy bien... —dijo.

—¿Bien...? ¡Y un infierno! ¿Dónde estás herido?

—En ninguna parte... Estoy bien... ¡Escucha! Creo que ha agotado su electricidad por un tiempo... Ve a plantar la bandera. Pero incorpórame antes. Quiero mirar...

Lo coloqué en una posición mejor, estrujé su bulbo de agua, lo escuché tragar. Luego aguardé a que llegara Henry. Tardó unos seis minutos.

—Yo me quedaré aquí —dijo Henry, deteniéndose al lado de Mallardi—. Ve tú a hacerlo.

Inicié la ascensión de la ladera final.

VII

Me agarré y corté y clavé y me arrastré. Parte del hielo se había fundido, las rocas estaban quemadas.

Nada acudió a oponerse. La estática había desaparecido con el dragón. Había un completo silencio y oscuridad entre las estrellas.

Ascendí lentamente, cansado todavía del último esfuerzo, pero decidido a no detenerme.

Todo menos veinte metros del mundo entero se extendía debajo de mí, y el cielo colgaba encima, y un cohete parpadeó sobre mi cabeza. Quizá eran los hombres de la prensa, con cámaras zoom.

Quince metros...

Ningún pájaro, ningún arquero, ningún ángel, ninguna muchacha.

Doce metros...

Empecé a temblar. Era la tensión nerviosa. Me reafirmé, seguí adelante.

Diez metros..., y la montaña parecía estar oscilando ahora.

Ocho..., y me sentí aturdido, me detuve, bebí un poco de agua.

Luego clic, clic, mi pico de nuevo.

Seis...

Cinco...

Cuatro...

Me preparé contra el asalto final de la montaña, fuera el que fuese.

Tres...

No ocurrió nada cuando llegué. Me erguí. No podía subir más.

Miré al cielo. Miré abajo. Saludé con la mano a los llameantes tubos de escape del cohete.

Saqué el asta y coloqué la bandera.

La planté, allá donde ninguna brisa la agitaría nunca. Conecté mi comunicador, dije:

—Estoy aquí.

Ninguna otra palabra.

Era el momento de volver abajo y darle a Henry su oportunidad, pero antes de darme la vuelta miré hacia abajo por la ladera occidental.

La dama estaba parpadeando de nuevo. Quizá a doscientos cincuenta metros más abajo brilló una luz roja. ¿Podía ser la que había visto desde la ciudad durante la tormenta, aquella noche, hacía tanto tiempo?

No lo sabía, y tenía que averiguarlo.

Hablé por el comunicador.

—¿Cómo está Mallardi?

—Acabo de ponerme en pie —respondió—. Dame otra media hora, y yo también subiré.

—Henry —dije—, ¿puede hacerlo?

—Yo acepto su palabra —dijo Lanning.

—Muy bien —asentí—, entonces tómatelo con calma. Yo no estaré cuando lleguéis aquí. Voy a bajar un poco por la cara oeste. Hay algo que quiero ver.

—¿El qué?

No lo sé. Eso es precisamente lo que quiero ver.

—Ve con cuidado.

—Por supuesto.

La ladera oeste era un descenso fácil. Mientras bajaba, me di cuenta de que la luz procedía de una abertura en el lado de la montaña.

Media hora más tarde estaba delante de ella. Entré y quedé deslumbrado.

Caminé hacia él y me detuve. Pulsaba y se estremecía y cantaba.

Un vibrante muro de llamas que se alzaba del suelo de la cueva y llegaba hasta el techo.

Bloqueaba mi camino, cuando yo deseaba ir al otro lado.

Ella estaba allí, y yo deseaba alcanzarla.

Di un paso adelante, de tal modo que sólo quedé a unos centímetros de distancia del muro. Mi comunicador estaba lleno de estática y mis brazos de frías agujas.

No se inclinó hacia mí, como para atacarme. No desprendía calor.

Miré a través del velo de fuego hacia donde ella estaba reclinada al otro lado, con los ojos cerrados, el pecho inmóvil.

Contemplé la bancada de maquinaria al lado de la pared del fondo.

—Estoy aquí —dije, y alcé mi pico.

Cuando su punta tocó el muro de llamas alguien alzó la tapa del infierno y retrocedí tambaleante, cegado. Cuando mi visión se aclaró, el ángel estaba de pie delante de mí.

—No puedes pasar de aquí —dijo.

—¿Es ella la razón, por la que quieres que me vaya? —pregunté.

—Sí. Vete.

—¿Ella no tiene nada que decir al respecto?

—Ella duerme. Vete.

—Eso he observado. ¿Por qué duerme?

—Debe hacerlo. Vete.

—¿Por qué se me aparecía y me guiaba de una forma tan extraña?

—Usé todas las formas de miedo que conocía. Pero no funcionaron. Te conduje de forma extraña porque su mente dormida interfiere en mis actos. Lo hacía especialmente cuando tomaba prestada su forma, hasta el punto de interferir la directiva. Vete.

—¿Cuál es la directiva?

—Ella tiene que ser protegida contra todas las cosas que suban la montaña. Vete.

—¿Por qué? ¿Por qué ha de ser protegida?

—Ella duerme. Vete.

En aquel punto la conversación estaba empezando a hacerse circular, de modo que rebusqué en mi mochila y extraje el proyector. Lo agité hacia adelante y el ángel se fundió. Las llamas se doblaron y se apartaron de mi mano tendida. Pensé en abrir una puerta en el círculo de fuego.

Funcionó, más o menos.

Empujé hacia adelante el proyector, y las llamas se doblaron y se doblaron y finalmente se rompieron. Cuando se rompieron salté hacia adelante. Conseguí atravesar el muro, pero mi traje protector quedó tan chamuscado como el de Mallardi.

Avancé hacia el gran cajón parecido a un féretro donde dormía ella.

Apoyé las manos en el borde y miré.

Era tan frágil como el hielo.

De hecho, era hielo...

Entonces la máquina cobró vida con una serie de luces, y sentí que la armadura del féretro vibraba.

Entonces vi al hombre.

Estaba medio hundido en una silla metálica al lado de la máquina.

Él también era de hielo. Sólo que sus rasgos eran grises y estaban retorcidos. Iba vestido de negro y estaba muerto y era una estatua, mientras que ella estaba dormida y era una estatua.

Ella iba vestida de azul y blanco...

Había otro féretro vacío en el rincón más alejado.

Pero algo estaba ocurriendo a mi alrededor. El aire pareció vivificarse. Sí, era aire. Siseaba hacia arriba en chorros helados desde el suelo, formaba grandes nubes. Entonces noté una sensación de calor, y las nubes empezaron a desvanecerse, y el aire siguió vivificándose y adquiriendo una cierta luminosidad.

Regresé al féretro y estudié los rasgos de ella.

Me pregunté cómo sonaría su voz cuando hablara, si hablaba. Me pregunté qué habría en su mente. Me pregunté cómo pensaría, y qué le gustaría y qué no le gustaría. Me pregunté qué habrían visto sus ojos, y cuándo.

Me pregunté todas esas cosas, porque podía ver que, fueran cuales fuesen las cosas que yo había puesto en funcionamiento cuando entré en el círculo de fuego, estaban haciendo que ella, lentamente, dejase de ser una estatua.

Estaba siendo despertada. Aguardé. Transcurrió más de una hora, y seguí aguardando, observándola. Empezó a respirar. Sus ojos se abrieron al fin, y durante largo tiempo no vio nada.

Luego su fuego azul se posó en mí.

—Whitey —dijo.

—Sí.

—¿Dónde estoy...?

—En el lugar más maldito en que jamás haya encontrado a nadie.

Frunció el ceño.

—Recuerdo —dijo, e intentó sentarse.

No lo consiguió. Se dejó caer de nuevo de espaldas.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Linda —dijo. Y luego—: Soñé contigo, Whitey. Extraños sueños... ¿Cómo es posible?

—Es complicado —respondí.

—Sabía que venías —murmuró—. Te vi luchar contra monstruos en una montaña tan alta como el cielo.

—Sí, donde estamos ahora.

—T-tienes la cura?

—¿Cura? ¿Qué cura?

—Contra la plaga de Dawson —dijo.

Me sentí hundido. Me sentí hundido porque me di cuenta de que ella no estaba dormida como una prisionera, sino para posponer su muerte. Estaba enferma.

—¿Viniste a vivir a este mundo en una nave que se movía más rápido que la luz? —pregunté.

—No —dijo—. Se necesitaron siglos para llegar hasta aquí. Dormimos el sueño frío durante el viaje. Éste es uno de los búnkers. —Hizo un gesto con los ojos hacia el féretro. Observé que sus mejillas habían adquirido un color rojo brillante.

»Entonces todos empezamos a morir..., a causa de la plaga —dijo—. No había ninguna cura. Mi esposo, Carl, es médico. Cuando vio que yo la había contraído, dijo que me mantendría en una hipotermia extrema hasta que se hallara una cura. De otro modo sólo viviría dos días, ¿sabes?

Entonces me miró fijamente, y me di cuenta de que sus últimas palabras habían sido una pregunta.

Me situé en una posición que bloqueara su visión del hombre muerto, que supuse que debía de ser Carl. Intenté seguir el pensamiento de su esposo. Había tenido que apresurarse, puesto que evidentemente él también estaba afectado, quizá más que ella. Sabía que toda la colonia sería barrida. Debió de haberla amado mucho y ser terriblemente lúcido y terriblemente lleno de recursos. Pero sobre todo debió de haberla amado enormemente. Sabía que la colonia moriría, y sabía que pasarían siglos antes de que llegara otra nave. No disponía de ninguna energía que pudiera mantener el frío del búnker durante tanto tiempo. Pero ahí arriba, en la cima de aquella montaña, casi tan fría como el propio espacio, la energía no sería necesaria. De alguna forma había trasladado a Linda y todo el equipo allí arriba. Su máquina creaba un campo de fuerza alrededor de la cueva. Regulando la temperatura y la atmósfera, la había sumido en el sueño frío y luego había preparado su propio búnker. Cuando dejara caer el muro de fuerza no sería necesaria ninguna energía para garantizar la larga y helada espera. Podrían dormir durante siglos en el seno de la Hermana Gris, protegidos por una colonia de ordenadores de defensa. Estos últimos, al parecer, habían sido programados rápidamente, porque se estaba muriendo. Vio que era demasiado tarde para reunirse con ella. Se apresuró a establecer una defensa básica, cortó el campo de fuerza, y luego se abrió camino hacia aquel Lugar Oscuro y Secreto. Así lanzó sus pájaros y sus ángeles y sus serpientes, alzó sus muros de fuego contra mí. Murió, y todo aquello la protegió en su casi muerte..., contra todo, incluso contra aquellos que podrían ayudarla. Mi llegada a la montaña lo había activado todo. El hecho de que consiguiera cruzar las defensas había hecho que fuera llamada de vuelta a la vida.

—¡Vete! —oí decir a la máquina a través de su ángel proyectado, porque Henry acababa de entrar en la cueva.

—¡Dios mío! —le oí exclamar—. ¿Qué es eso?

—¡Llama a Doc! —ordené—. ¡Aprisa! Te lo explicaré más tarde. ¡Es un asunto de vida o muerte! Regresa hasta donde tu comunicador funcione y dile que se trata de la plaga de Dawson..., ¡un maldito bicho local! ¡Aprisa!

—Ahora mismo —dijo, y se marchó.

—¿Hay un doctor? —preguntó ella.

—Sí. A sólo unas dos horas de distancia. No te preocupes... Sigo sin ver cómo alguien pudo traerte hasta aquí arriba a la cima de esta montaña, y mucho menos todas esas máquinas.

—¿Estamos en la gran montaña..., la de los sesenta y cuatro mil metros?

—Sí.

—¿Cómo subisteis vosotros? —preguntó.

—La escalamos.

—¿Escalasteis realmente Purgatorio? ¿Por el exterior?

—¿Purgatorio? ¿Así es como la llamáis? Sí, la escalamos así.

—Pensábamos que no podía hacerse.

—¿De qué otro modo se puede llegar a su cumbre?

—Está hueca —dijo—. Hay enormes cuevas y un gran número de pasadizos. Es fácil ascender volando por el interior con un aparato a chorro presurizado. De hecho, nosotros nos divertíamos haciéndolo. Dos dólares y medio por persona. Hora y media para subir y otra hora y media para bajar. Un dólar por alquilar un traje presurizado y dar un paseo de una hora por la cima. Era una forma divertida de pasar la tarde. Una hermosa vista... —Jadeó profundamente—. No me siento demasiado bien dijo—. ¿Tienes un poco de agua?

—Sí —dije, y le di toda la que tenía.

Mientras bebía, recé para que Doc tuviera el suero necesario o de otro modo pudiera devolverla al hielo y al sueño hasta que pudiera obtenerlo. Recé para que se apresurara, porque dos horas parecían mucho tiempo cuando se medían contra su sed y la rojez de su piel.

—Me está volviendo la fiebre —dijo—. Háblame, Whitey, por favor... Cuéntame cosas. Quédate conmigo hasta que llegue. No quiero que mi mente vuelva a pensar en lo que ha ocurrido...

—¿De qué quieres que te hable, Linda?

—Háblame de por qué lo hiciste. Cuéntame cómo se siente uno escalando una montaña como ésta. ¿Por qué?

Eché mi mente hacia atrás, hacia todo lo que había ocurrido.

—Hay implicada una cierta locura —dije—, una cierta envidia hacia las grandes y poderosas fuerzas naturales que poseen algunos hombres. Cada montaña es una deidad, ¿sabes? Cada una es una potencia inmortal. Si haces sacrificios en sus laderas, una montaña puede concederte una cierta gracia, y durante un tiempo compartirás su poder. Quizá sea por eso por lo que me llaman...

Apoyó su mano en la mía. Deseé poder transmitirle a través de ella cualquier poder que pudiera haber en mí durante tanto tiempo como fuera posible.

—Recuerdo la primera vez que vi Purgatorio, Linda —le dije—. La miré y me sentí mareado. ¿Adónde conducía...?

(Estrellas.

Oh, déjalo correr.

Esta vez es la última.

Por favor.)

—¿A las estrellas?

ESTE MOMENTO DE LA TORMENTA

Allá en la Tierra, mi viejo profesor de filosofía —posiblemente porque había traspapelado las notas de su clase— entró en el aula un día y escrutó a sus dieciséis víctimas por espacio de medio minuto. Satisfecho de que se había establecido un tono lo suficientemente profundo, preguntó:

—¿Qué es un hombre?

Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Tenía una hora y media que matar, y once de los dieciséis eran chicas del programa de coeducación (nueve de ellas en artes liberales y las otras dos en busca de una especialización).

Una de las otras dos, que estaba en el programa de premedicina, proporcionó una clasificación estrictamente biológica.

El profesor (McNitt se llamaba, acabo de recordarlo) asintió y luego preguntó:

—¿Eso es todo?

Y ése fue el principio de su hora y media.

Supe que el Hombre es el Animal Racional, que el Hombre es El Que Ríe, que el Hombre es superior a los animales pero inferior a los ángeles, que el Hombre es el que se observa a sí mismo observarse a sí mismo hacer cosas que sabe que son absurdas (esto según una chica de Literatura Comparativa), el Hombre es el animal transmisor de cultura, el Hombre es el espíritu que aspira, afirma, ama, el que utiliza herramientas, entierra a sus muertos, diseña religiones, y el que intenta definirse a sí mismo. (Eso último según Paul Schwartz, mi compañero de cuarto, del que tenía muy buena opinión, al menos en aquellos momentos. Me pregunto qué habrá sido de Paul.)

Sea como sea, a la mayor parte de eso digo «quizá» o «en parte, pero...», o simplemente un tajante «¡tonterías!». Sigo pensando que la mía era la mejor, porque tuve la oportunidad de demostrarla en Terra del Cygnus, la Tierra del Cisne...

Yo había dicho:

—El hombre es la suma total de todo lo que ha hecho, desea o no desea hacer, y desea haber hecho o no haber hecho.

Piensen en ello durante un minuto. Es deliberadamente tan general como las otras, pero en ella hay espacio para la biología y las risas y las aspiraciones, así como la transmisión de culturas, el amor, y la habitación llena de espejos, y las definiciones. Incluso observarán que dejé abierta la puerta para la religión. Pero también es limitadora. ¿Han encontrado alguna vez una ostra a la que se puedan aplicar las frases finales?

Terra del Cygnus, Tierra del Cisne..., delicioso nombre.

Delicioso lugar también, durante un buen tiempo:

Fue allí donde vi cómo las definiciones del Hombre, una a una, eran borradas de la enorme pizarra, hasta que sólo quedó la mía.

Mi radio había estado emitiendo más estática de lo habitual. Eso es todo.

Durante varias horas no hubo ninguna otra indicación de lo que iba a venir.

Mis ciento treinta ojos habían observado a Betty toda la mañana, aquel despejado y fresco día de primavera con el sol derramando su miel e iluminando los campos amarillos, fluyendo por las calles, invadiendo las fachadas de las tiendas que daban al oeste, secando las piedras de los bordillos de las aceras y lavando los brotes verde oliva y ocre oscuro que reventaban la piel de los árboles allá junto a la calzada; y la luz que exprimía el azul de la bandera delante del Ayuntamiento creaba espejos anaranjados en las ventanas, arrancaba manchas púrpuras y violetas de las laderas de la cordillera de las Saint Stephen's a unos cincuenta kilómetros de distancia, y se derramaba sobre el bosque a sus pies como algún loco sobrenatural con un millón de cubos de pintura —cada uno de una tonalidad diferente de verde, amarillo, naranja, azul y rojo para pintar con pinceles de kilómetros de ancho el moviente mar de cosas que crecían.

Por las mañanas el cielo es cobalto, al mediodía es turquesa, y al atardecer es esmeraldas y rubíes, duros y destellantes. Estaba a medio camino entre el cobalto y la bruma marina a las 11:00 horas, cuando observé a Betty con mis ciento treinta ojos y no vi nada que indicara lo que estaba a punto de pasar. Sólo estaba aquella persistente estática, acompañando el piano y los instrumentos de cuerda dentro de mi radio portátil.

Resulta curioso cómo la mente personifica, engendra. Las naves son siempre mujeres: Dices, «Es una buena vieja bañera», o «Es rápida y robusta», dando una palmada al casco y sintiendo el aura de feminidad que se aferra a sus curvas; o, inversamente, «¡Desde un principio ha sido un bastardo, ese pequeño Sam!», mientras das una patada al motor auxiliar de un vehículo terrestre de transporte; y los huracanes son siempre mujeres, y las lunas, y las ciudades. Los puertos, sin embargo, son diferentes. Son masculinos, quizá como contraposición a la ciudad a la que pertenecen, que es femenina. Hablamos de la ciudad de Nueva York o de San Francisco, pero del puerto de Nueva York o de San Francisco.

Betty fue la Estación Beta durante menos de diez años. Después de dos décadas fue oficialmente Betty, por un bando del Consejo Municipal. ¿Por qué? Bueno, por aquel entonces (hace noventa y tantos años) tuve la sensación, y todavía lo sigo creyendo, que fue porque era lo que era: un lugar de descanso y reparaciones, de comidas cocinadas en la superficie y de nuevas voces, nuevos rostros, de paisajes, clima y luz natural de nuevo, tras ese largo viaje a través de la gran noche, con sus grandes renunciadas. No es el hogar, apenas es un destino, pero es como ambas cosas. Cuando entras a la luz y al calor y a la música después de la oscuridad y el frío y el silencio, es una Mujer. Lo sentí cuando vi por primera vez la Estación Beta —Betty—, y la segunda vez que la vi también.

Soy su Heli Poli.

Cuando seis o siete de mis ciento treinta ojos parpadearon, entonces miré de nuevo, y la música se vio repentinamente barrida por una oleada de estática, y fue entonces cuando empecé a sentirme inquieto.

Llamé al Centro Meteorológico para un informe, y la voz femenina grabada me dijo que se esperaban lluvias estacionales por la tarde o a primera hora de la noche. Colgué y cambié un ojo de visión ventral a dorsal.

Ni una nube. Ni una ondulación. Sólo una formación de vuelasapos de alas verdes que se encaminaban al norte cruzó el campo de la lente.

Cambié de nuevo y observé el flujo del tráfico, lento y sin congestión, a lo largo de las hermosas y bien cuidadas calles de Betty. Tres hombres abandonaban el banco y otros dos entraban en él. Reconocí a los tres que salían, y los saludé con mi mente. cuando pasé por encima de ellos. Todo estaba tranquilo en la oficina de correos, y la actividad era normal en las aceras, los corrales del ganado, las plantas de plásticos, el aeropuerto, las plataformas de lanzamiento y las superficies de todos los complejos comerciales: los vehículos entraban y salían de los garajes de la Inland Transport-Vehicle, se arrastraban desde el bosque arco iris y las montañas más allá como oscuras babosas, dejando sus rastros para marcar sus idas y venidas; y los campos eran aún amarillos y pardos, con manchas ocasionales de verde y rosa; las casas de campo, en general sencillas estructuras triangulares, eran como dientes, púas, espiras y chapiteles, cada una con un gran pararrayos, y se empapaban en muchos colores y los recogían para mis ojos y los dejaban caer de nuevo, mientras yo los recogía e iba formando mi galería de ciento treinta cambiantes imágenes que disponía en la gran pared del Centro de Emergencias, en la parte superior de la Torre de Guardia del Ayuntamiento.

La estática vino y se fue hasta que tuve que cerrar la radio. Los fragmentos de música son peor que ninguna música.

Mis ojos, costeados ingravidos a lo largo de las líneas magnéticas, empezaron a parpadear.

Supe entonces que estábamos allí por algo.

Envié un ojo a toda prisa hacia las Saint Stephen's, lo cual significaba una espera de unos veinte minutos hasta que llegara encima de la cordillera. Envié otro directamente arriba, hacia el cielo, lo cual significaba quizá diez minutos para una amplia panorámica de la misma escena. Luego puse el autoescáner al cargo total de las operaciones y bajé las escaleras en busca de una taza de café.

Entré en la oficina exterior de la alcaldesa, le guiñé un ojo a Lottie, la recepcionista, y miré hacia la puerta interior.

—¿Está la alcaldesa? —pregunté.

A veces obtenía alguna sonrisa ocasional de Lottie, una muchacha redondeada con un ligero sobrepeso, de una edad indeterminada y afectada por un acné intermitente, pero ésta no fue una de las ocasiones.

—Sí —dijo, y regresó a los papeles sobre su escritorio.

—¿Sola?

Asintió, y sus pendientes bailaron. Ojos oscuros y complexión oscura, hubiera podido aumentar su atractivo con sólo peinarse mejor y usar un poco más de maquillaje. Bien...

Me dirigí a la puerta y llamé.. ¿Quién? —preguntó la alcaldesa.

—Yo —dije, y abrí la puerta—. Godfrey Justin Holmes, «God» para abreviar.

—No muchos pueden hacer la broma de que sus iniciales signifiquen «Dios»—. Quiero a alguien con quien beber una taza de café, y tú has sido la elegida.

Se volvió en su silla giratoria, apartándose de la ventana que había estado estudiando, y —su pelo entre rubio y blanco, corto y con raya en medio, se fundió, se agitó ligeramente al volverse, como un ventisquero bajo el sol agitado por vientos repentinos:

Sonrió y dijo:

—Estoy atareada.

—Ojos verdes, barbilla pequeña, orejas encantadoras..., me encanta todo de una postal anónima de San Valentín que le había enviado hacía dos meses, y todo completamente cierto.

—...pero no demasiado atareada para tomar un café con God —terminó—. Siéntate en un trono, y prepararé un poco en un instante.

Lo hice, y ella lo hizo.

Mientras lo estaba haciendo me recliné, encendí un cigarrillo que tomé de su tabaquera y observé:

—Parece que se prepara lluvia.

—Oh-oh —dijo.

—No estoy dando conversación —señalé—. Se está cociendo alguna tormenta realmente mala en alguna parte, sobre las Saint Stephen's supongo. Lo sabré muy pronto.

—Sí, abuelo —dijo, trayéndome el café—. Vosotros los viejos, con todos vuestros dolores y achaques, sois a menudo mejores que la Central Meteorológica es un hecho establecido. No lo discutiré.

Sonrió, frunció el ceño, luego sonrió de nuevo.

Depositó mi taza en el borde del escritorio.

—Simplemente espera y mira —dije—. Si se forma encima de las montañas, será un maldito asunto de alto voltaje. Ya está alterando la recepción. Una blusa blanca bien rellena y una falda negra alrededor de una figura bien conservada. Cumpliría los cuarenta en otoño, pero nunca había acabado de domar sus reflejos faciales, lo cual era lo más interesante, en lo que a mí se refería. La espontaneidad de la expresión se desvanece a menudo demasiado pronto. Puedo ver el tipo de niña que debía de haber sido con sólo mirarla y escucharla ahora. El pensamiento de cumplir los cuarenta la estaba preocupando también; podía verlo. Siempre bromea conmigo acerca de la edad cuando la edad la está preocupando.

Veamos, tengo unos treinta y cinco, lo cual me hace un poco más joven que ella, pero había oído hablar de mí a su abuelo cuando aún era una niña, antes de que yo volviera la

última vez. Me había hecho cargo de la alcaldía en el primer período de mandato de dos años, cuando el primer alcalde de Betty-Beta, Wyeth, había muerto tras sólo dos meses en el cargo. Yo había nacido hacía quinientos noventa y siete años en la Tierra, pero había pasado unos quinientos sesenta y dos de esos años durmiendo, durante mis largos saltos entre las estrellas. He hecho unos cuantos viajes más que la mayoría; en consecuencia, soy un anacronismo. En realidad, por supuesto, sólo soy tan viejo como lo que aparento, pero pese a todo la gente siempre parece tener la sensación de que de alguna forma he hecho trampa, en especial las mujeres de mediana edad. A veces es de lo más desconcertante...

—Eleanor —dije—, tu período en el cargo acaba en noviembre. ¿Sigues pensando en volver a presentarte?

Se quitó sus estrechas y elegantemente decoradas gafas y se frotó los párpados con el pulgar y el índice. Luego dio un sorbo a su café.

—Todavía no me he decidido.

—No lo pregunto por los comunicados de prensa —dije—, sino para mí.

—En realidad no lo he decidido —reconoció—. No sé...

—Está bien, sólo preguntaba. Házmelo saber cuando te decidas.

Bebí un poco de café.

Al cabo de un tiempo ella dijo:

—¿Cenamos el sábado? ¿Como de costumbre?

—Sí, bien.

—Entonces te lo diré.

—Estupendo.

Mientras ella miraba su café, vi a una niña pequeña mirando en un estanque, aguardando a que el agua se aclarara para ver su reflejo o para ver el fondo del estanque, o quizá ambas cosas.

Sonrió a lo que fuera que vio finalmente.

—¿Una tormenta realmente mala? —preguntó.

—Ajá. Lo siento en mis huesos.

—¿Le dijiste que se fuera?

—Lo intenté. Pero no creo que me haga caso.

—Entonces será mejor que aseguremos algunas compuertas.

—No hará daño a nadie, y puede ayudar.

—El satélite meteorológico estará sobre nuestras cabezas dentro de media hora.

¿Tendrás algo antes?

—Creo que sí. Probablemente en cualquier momento.

Terminé mi café, lavé la taza.

—Hazme saber enseguida de qué se trata.

—De acuerdo. Gracias por el café.

Lottie estaba todavía trabajando; no alzó la vista cuando pasé.

De nuevo arriba, mi ojo más grande estaba ya lo bastante alto. Lo puse en posición vertical y recogí un panorama de la distancia: lanudos montones de nubes hervían y espumeaban al otro lado de las Saint Stephen's. La cordillera parecía una rompiente, un dique, la rocosa línea de una costa. Más allá, las aguas estaban alteradas.

Mi otro ojo estaba casi en posición. Aguardé —el espacio de medio cigarrillo, luego me entregó su imagen:

Gris y húmeda e impenetrable, una cortina que cubría todo el campo; eso fue todo lo que vi.

...Y avanzaba.

Llamé a Eleanor.

—Va a llover, fuerte —dije.

—¿Vale la pena algunos sacos de arena?

—Posiblemente.

—Entonces los prepararé. De acuerdo. Gracias. Volví a mi guardia.

Terra del Cygnus, Tierra del Cisne..., un nombre delicioso. Se refiere tanto al planeta como a su único continente.

¿Cómo describir el mundo con pocas palabras? Bien, aproximadamente del tamaño de la Tierra, en realidad un poco más pequeño, y con más agua. En cuanto a su principal masa de tierra, primero sostengan un espejo sobre Sudamérica, luego tomen la gran joroba de su derecha y pásenla a su izquierda, luego háganla girar noventa grados en sentido contrario a las agujas del reloj y empújenlo todo al hemisferio norte. ¿Lo tienen? Bien. Ahora agárrenlo por la cola y tiren. Estírenlo otros mil o mil doscientos kilómetros, estrechando la parte central a medida que lo hacen, y dejen los últimos ochocientos o mil kilómetros descansar sobre el ecuador. Ya tienen Cygnus, con su gran golfo parcialmente en los trópicos, parcialmente no. Sólo en aras de la minuciosidad, ya que estamos en ello, rompan Australia en cinco pedazos y déjenlos caer al azar en el hemisferio sur, y llámenlos con los nombres de las cinco primeras letras del alfabeto griego. Pongan una gran cucharada de vainilla en cada polo, y no olviden inclinar el globo unos dieciocho grados antes de marcharse. Gracias.

Llamé de vuelta a mis ojos errantes, y mantuve algunos de los otros vueltos hacia las Saint Stephen's hasta que los bancos de nubes cubrieron la cordillera una hora más tarde. Por aquel entonces, sin embargo, el satélite meteorológico había pasado por encima y captado también la situación. Informó de una enorme nube que cubría el otro lado. La tormenta se había iniciado rápidamente, como ocurre a menudo aquí en Cygnus. A menudo también, se dispersan casi con la misma rapidez, tras una hora o así de artillería celeste. Pero luego están las malas, que a veces duran y duran, y llevan más rayos en sus carcajes que ninguna tormenta de la Tierra.

La posición de Betty, también, es ocasionalmente precaria, aunque sus ventajas, en general, superan a sus desventajas. Estamos situados en el golfo, a unos cincuenta kilómetros tierra adentro, y aproximadamente a cinco kilómetros de distancia (por término medio) de su río principal, el Noble; parte de Betty se extiende hasta sus orillas, pero esto es una pequeña parte. Somos casi una ciudad en forma de franja, que ocupa una zona de unos once kilómetros de largo por dos de ancho que se extiende tierra adentro, al este del río, y corre más o menos paralela a la distante línea de la costa. Aproximadamente un ochenta por ciento de la población de 100.000 habitantes se halla concentrada en el distrito comercial, a ocho kilómetros del río.

No somos las tierras más bajas, pero distamos mucho de ser las más altas. Ocupamos ciertamente las más niveladas de la zona. Este último rasgo, así como nuestra proximidad al ecuador, fue un factor decisivo en el establecimiento de la Estación Beta. Algunas otras cosas fueron nuestra proximidad tanto al océano como a un gran río. Hay otras nueve ciudades en el continente, todas ellas más jóvenes y más pequeñas, y tres de ellas situadas río arriba con respecto a nosotros. Somos la capital potencial de un país potencial.

Somos un buen, fácil y conveniente lugar de aterrizaje para las lanzaderas de los vehículos interestelares en órbita, y tenemos grandes posibilidades de crecimiento y coordinación futuros cuando se produzca la expansión por el continente. Nuestra *raison d'être* original, sin embargo, fue la de Parada, punto de reparaciones, depósito de suministros y lugar de descanso y recuperación, tanto físico como psicológico, en el camino hacia otros mundos más colonizados más allá de la línea. Cyg fue descubierto más tarde que muchos otros —simplemente ocurrió así—, y los otros empezaron antes. En consecuencia, los otros suelen atraer a más colonos. Nosotros todavía somos muy primitivos. La autosuficiencia, a fin de poder funcionar en la relación población/escala del territorio, exigía una sociedad del orden de la de mediados del siglo XIX en el sudoeste de los Estados Unidos de América, al menos para poder empezar. Incluso ahora, Cyg es sólo

en parte un sistema económico natural, aunque Tierra Central determina técnicamente la moneda del reino.

¿Por qué una Parada, si duermes la mayor parte del tiempo entre las estrellas?

Piensen un poco en ello, y les diré más tarde si tienen razón.

Las masas de cúmulos se alzaron al este, enviando ondulaciones y franjas a un lado y a otro, hasta que por las formaciones pareció que las Saint Stephen's era un palco lleno de monstruos que se inclinaban hacia adelante y tendían sus cuellos sobre la barandilla en dirección al escenario, nosotros. Las nubes de amontonaban sobre otras nubes color pizarra, y luego el muro empezaba a desmoronarse lentamente.

Oí el retumbar de los primeros truenos casi media hora después de almorzar, así que supe que no era mi estómago.

Pese a todos mis ojos, me dirigí a una ventana para mirar. Era como un enorme y gris glaciar aéreo arando el cielo.

Había viento ahora, porque vi los árboles estremecerse de repente e inclinarse. Ésta iba a ser nuestra primera tormenta de la estación. El turquesa retrocedió ante ella, y finalmente sofocó al propio sol. Luego hubo gotas en los cristales, después pequeños riachuelos.

Como pedernal, los picos más altos de las Saint Stephen's rascaron sus vientres y recibieron una lluvia de chispas. Al cabo de un momento algo golpeó con un terrible sonido, y los pequeños riachuelos en los paneles de cuarzo se convirtieron en ríos.

Regresé a mi galería para sonreír ante las docenas de vistas de gente apresurándose en busca de refugio. Algunos, más listos, llevaban paraguas e impermeables. El resto corrían como centellas. La gente nunca presta atención a los informes meteorológicos; esto, creo, es un factor constante en la constitución psicológica del hombre, que deriva probablemente de una antigua desconfianza tribal hacia los chamanes. Uno desea siempre que se equivoquen. Si aciertan, entonces son de alguna forma superiores, y esto es aún más incómodo que mojarse.

Recordé entonces que había olvidado mi impermeable, mi paraguas y mis botas de goma. Pero había sido una hermosa mañana, y la C. M. podía haberse equivocado...

Bueno, encendí otro cigarrillo y me recliné en mi gran sillón. Ninguna tormenta del mundo podría apartar mis ojos del cielo.

Conecté los filtros y me senté y observé caer la lluvia al otro lado.

Cinco horas más tarde todavía seguía lloviendo y tronando, y todo estaba oscuro.

Había esperado que cesara a la hora de irme, pero cuando apareció Chuck Fuller nada había cambiado todavía. Chuck era mi relevo aquella noche, el Heli Poli de la noche.

Se sentó al lado de mi escritorio.

—Llegas temprano —dije—. No empezarán a pagarte hasta dentro de una hora.

—Todo está demasiado mojado para hacer nada excepto sentarte. Mejor estar sentado aquí que en casa.

—¿Hay goteras?

Negó con la cabeza.

—Mi suegra. Está de nuevo de visita.

Asentí.

—Una de las desventajas de un mundo pequeño.

Entrelazó los dedos tras su nuca y se reclinó en su silla, mirando en dirección a la ventana. Tuve la sensación de que se avecinaba uno de sus exabruptos.

—¿Sabe qué edad tengo? —preguntó al cabo de un rato.

—No —dije, lo cual era una mentira. Tenía veintinueve años.

—Veintisiete —dijo—, y pronto cumpliré los veintiocho. ¿Sabe dónde he estado?

—No.

—Claro que soy feliz —le dije—. Mi café estaba frío. Olvídalo.

—Oh —de nuevo. Se volvió otra vez a la ventana a tiempo para captar un brillante destello en pleno rostro, y tuvo que competir con el trueno para pronunciar sus siguientes palabras—. Lo siento —le oí decir, como en la distancia—. Simplemente me parece que tendría que ser usted una de las personas más felices de estos alrededores...

—Lo soy. Es el tiempo que hace hoy. Es como una patada en la boca para todo el mundo, incluido tú.

—Sí, tiene razón —dijo—. Mire a la lluvia, ¿quiere? No hemos visto lluvia en meses...

—La han estado guardando toda para hoy.

Rió quedamente.

—Voy a buscar una taza de café y un bocadillo antes de firmar. ¿Quiere que le traiga algo?

—No, gracias.

—De acuerdo. Lo veré dentro de un rato.

Salió silbando. Nunca está deprimido mucho tiempo. Como el de un niño, su humor sube y baja, sube y baja... Y es un Heli Poli. Probablemente el peor trabajo posible para él, tener que mantener su atención sobre un mismo lugar durante tanto tiempo. Dicen que el nombre del trabajo procede de un antiguo vehículo volador..., un helicóptero, creo. Enviamos nuestros ojos en sus rondas programadas, y pueden flotar o planear o ir de un lado para otro, exactamente igual que podían esas antiguas máquinas. Patrullamos la ciudad y el campo adyacente. Hacer cumplir la ley no es un problema demasiado grande en Cyg. Nunca miramos por las ventanas o enviamos un ojo al interior de un edificio sin ser invitados. Nuestro testimonio es admisible en los tribunales, o, si somos lo bastante rápidos como para apretar un par de botones, la cinta que grabamos hace un trabajo aún mejor, y podemos despachar policías robots o de carne y hueso en un momento, según el que pueda hacer un mejor trabajo.

Sin embargo, no hay mucho crimen en Cyg, pese al hecho de que todo el mundo lleva un arma de algún tipo al cinto o en el bolsillo, incluso los niños pequeños. Todo el mundo sabe muy bien quiénes son sus vecinos, y no hay muchos lugares a los que un fugitivo pueda escapar. Somos principalmente policías aéreos de tráfico, con un ojo puesto en la vida salvaje local (que es una de las razones por las que todos llevamos armas).

La última función es lo que llamamos SPCN —Sociedad para la Prevención de Crueldad a Nosotros—, que es la razón de que cada uno de mis ciento treinta ojos tenga seis pestañas calibre cuarenta y cinco.

Hay cosas como el pequeño y hermoso cachorro panda, oh, como un metro de alto hasta los hombros cuando se sienta sobre sus patas traseras como si fuera un oso de peluche, y con grandes, cuadradas y sedosas orejas, un rizado pelaje moteado, grandes y límpidos ojos castaños, lengua rosada, nariz en forma de botón, cola como una borla para empolvase la cara, pequeños y afilados dientes blancos más venenosos que una víbora de la isla Quemeda, y poseído de una ferocidad tan juguetona como la de un gato ante un ovillo de cuerda de cáñamo.

Luego está el restallador, cuyo aspecto hace honor a su nombre: un reptil emplumado, con tres cuernos en su acorazada cabeza, uno debajo de cada ojo, como un colmillo, y uno curvado hacia arriba en la punta de su nariz, con patas de cuarenta y cinco centímetros de largo, y una cola de metro veinte que alza enhiesta en el aire cada vez que echa a correr a la velocidad de un galgo, y que agita como un saco de arena..., y una boca llena de largos y afilados dientes.

También hay cosas anfibias que salen ocasionalmente del océano por el río. Prefiero no hablar de ellas. Son más bien feas y depravadas.

De todos modos, éstas son algunas de las razones por las que hay Heli Polis, no sólo en Cyg, sino en muchos, muchos mundos fronterizos. He estado empleado en esta

capacidad en varios de ellos, y he descubierto que un HP experimentado siempre puede encontrar trabajo Ahí Fuera. Es como ser oficinista profesional allá en casa.

Chuck se tomó más tiempo del que pensé que se tomaría, regresó cuando yo ya estaba técnicamente fuera de servicio, pero parecía feliz, de modo que no dije nada. Había un poco de pálido lápiz de labios en su cuello y una sonrisa en su rostro, de modo que le deseé buenas noches, tomé mi bastón, y partí en dirección a la gran máquina de lavar.

Bajaba demasiado fuerte como para caminar las dos manzanas hasta mi coche.

Llamé a un taxi y aguardé otros quince minutos. Eleanor había decidido hacer horario de alcaldesa, de modo que se había marchado poco después de almorzar; y casi todo el personal había sido enviado a casa una hora antes de lo normal debido al tiempo. En consecuencia, el Ayuntamiento estaba lleno de oficinas a oscuras y de ecos. Aguardé en el vestíbulo detrás de la puerta principal, escuchando el ronronear de la lluvia en su caer y oyéndola gorgotear cuando hallaba su camino a las alcantarillas. Golpeaba la calle y repicaba en los cristales de las ventanas y los volvía fríos al tacto.

Había planeado pasar la tarde en la biblioteca, pero cambié de planes mientras observaba el tiempo. Mañana, o pasado mañana, decidí. Era una tarde para una buena comida, un baño caliente, mis propios libros y mi brandy, y temprano a la cama. Era un buen tiempo para dormir, si no para otra cosa. Un coche se detuvo delante del Ayuntamiento e hizo sonar su claxon.

Corrí. Al día siguiente la lluvia cesó durante quizá una hora por la mañana. Luego empezó una lenta llovizna; y no se detuvo.

Por la tarde se convirtió en un persistente aguacero.

El día siguiente era viernes, que siempre tenía libre, y me alegré de que así fuera.

Pon ídem debajo del informe meteorológico del jueves; eso es el viernes.

Pero decidí hacer algo de todos modos.

Vivía en la parte de la ciudad que estaba cerca del río. El Noble estaba crecido, y las lluvias seguían añadiendo más agua a su caudal. Las cloacas habían empezado a anegarse; el agua corría por las calles. La lluvia seguía cayendo y ensanchando los charcos y los laguitos, y estaba acompañada por solos de tambor en el cielo y la caída de brillantes horcas y dentadas hojas de sierra. Los vuelasapos muertos eran arrastrados a las alcantarillas, como fuegos artificiales quemados. El rayo en bola derivaba a través de la Plaza Mayor; el fuego de San Telmo se aferraba al asta de la bandera, la Torre de Guardia y la gran estatua de Wyeth que intentaba parecer heroica.

Me encaminé ciudad arriba hacia la biblioteca, llevando lentamente mi coche a través de las cortinas de líquidas cuentas. Los grandes transportistas de muebles en el cielo no estaban evidentemente sindicados, porque no se tomaban ninguna pausa para el café. Finalmente hallé un aparcamiento y me dirigí bajo mi paraguas hasta la biblioteca y entré.

En los últimos años me he convertido en algo así como un bibliófilo. No es tanto que tenga hambre y sed de conocimiento, sino que tengo hambre de noticias:

Todo deriva de mi posición en ese gran embrollo. De acuerdo, hay algunas cosas más rápidas que la luz, como las velocidades de fase de las ondas de radio en el plasma ionizado, o las puntas de los haces de luz de Duckbill modulados iónicamente, la disposición común allá en el Sistema Solar en cualquier momento que las bisagras del pico se cierran sobre la Tierra..., pero eso son casos altamente restringidos, sin aplicación en absoluto al paso de naves cargadas de gente y de objetos entre las estrellas. No se puede exceder la velocidad de la luz cuando se trata del movimiento de la materia. Puedes llegar muy cerca, pero eso es todo.

La vida puede suspenderse temporalmente, eso es fácil..., puede desconectarse y volver a conectarse más tarde sin el menor problema. Por eso yo he durado tanto. Si no podemos acelerar las naves, podemos frenar a la gente —frenarla hasta que se detenga— y dejar que la nave, moviéndose a casi la velocidad de la luz, emplee medio

siglo, o más si es necesario, para llevar a sus pasajeros a donde tengan que ir. Es por eso por lo que estoy tan solo. Cada pequeña muerte significa una resurrección en otro lugar y en otro tiempo. He tenido varias de ellas, y es por eso por lo que me he convertido en un bibliófilo: las noticias viajan lentamente, tan lentamente como las naves y la gente. Compra un periódico antes de subir a bordo de la nave y seguirá siendo un periódico cuando alcances tu destino, pero allá donde lo compraste será considerado un documento histórico. Envía una carta a la Tierra, y el nieto de tu destinatario puede que sea capaz de enviar una respuesta de vuelta a tu bisnieto, si el mensaje dispone de conexiones realmente buenas y ambos viven lo suficiente.

Todas las pequeñas bibliotecas de Ahí Fuera están llenas de libros raros: primeras ediciones de bestsellers que la gente se llevó consigo antes de abandonar Algún Otro Lugar, y que a menudo donaron tras haber terminado de leerlos. Suponemos que estos libros habían entrado ya en el dominio público cuando llegaron aquí, y los reproducimos y los hacemos circular en nuestras propias ediciones. Ningún autor nos ha demandado nunca, y no sé de nadie que haya sido demandado nunca por representantes, agentes o herederos.

Somos completamente autónomos y nos hallamos siempre detrás de los tiempos, porque hay un lapso de tránsito que no puede ser superado. En consecuencia, Tierra Central ejerce casi tanto control sobre nosotros como un muchacho agitando su cuerda rota mientras contempla su cometa.

Quizá Yeats tenía algo parecido en la cabeza cuando escribió esa espléndida frase: «Las cosas se hacen pedazos; el centro no puede sostenerse.» Lo dudo, pero todavía tengo que ir a la biblioteca a leer las noticias.

El día se fundió a mi alrededor.

Las palabras fluían por la pantalla de mi cabina mientras leía periódicos y revistas, intocados por manos humanas, y las aguas fluían allá fuera por las hectáreas de Betty, descendiendo de las montañas, lavando el suelo de los bosques, reduciendo la tierra de nuestros campos a mantequilla de cacahuete, inundando sótanos, empapando su camino a través de todo, y estriando las calles con lodo.

Fui a la cafetería de la biblioteca a almorzar, donde supe por una muchacha con un delantal verde y una falda amarilla (que siseaba agradablemente) que los equipos de los sacos de arena estaban trabajando intensamente y que no había tráfico hacia el este más allá de la Plaza Mayor.

Después de almorzar me puse mi impermeable y mis botas y me dirigí en aquella dirección.

Como había supuesto, el muro de sacos de arena llegaba ya a la cintura cruzando la Calle Mayor; pero el agua estaba remolineando a la altura del tobillo, y llegaba más a cada minuto.

Alcé la vista a la estatua del viejo Wyeth. Su halo había desaparecido, lo cual era de esperar. Había cometido un honesto error y se había dado cuenta de él al cabo de poco tiempo.

Llevaba unas gafas en su mano izquierda y parecía mirarme, como un poco aprensivo, preguntándose quizá, allá dentro de todo aquel bronce, si yo iba a hablar de él ahora y arruinar su duro, empapado, verdoso esplendor. ¿Hablar...? Supongo que yo era el único que quedaba por allí que realmente lo recordaba. Había querido ser el padre de este gran nuevo país, literalmente, y lo había intentado con un terrible tesón. Tres meses en el cargo, y yo tuve que llenar el resto de los dos años de su mandato. El certificado de defunción dio la causa como «parada cardíaca», pero no mencionó el trozo de plomo que había ayudado un poco a parar las cosas. Todo el mundo implicado ha desaparecido ahora: el airado marido, la aterrada esposa, el alguacil. Todos menos yo. Y no voy a decírselo a nadie si la estatua de Wyeth no lo hace, porque ahora es un héroe, y Ahí Fuera necesitamos estatuas de héroes más incluso que héroes. Maquinó una hermosa

operación de ayuda durante las inundaciones de la municipalidad de Butler, y puede que sea recordado sobre todo por eso.

Le guiñé un ojo a mi viejo jefe, y la lluvia goteó de su nariz y cayó en el charco a mis pies.

Regresé a la biblioteca por entre fuertes sonidos y brillantes destellos, oyendo los chapoteos las maldiciones del equipo de trabajo mientras los hombres empezaban a bloquear otra calle. Sobre mi cabeza, negro, pasó flotando un ojo. Lo saludé con la mano, y el filtro restalló en respuesta abriéndose y cerrándose de nuevo. Creo que era el HP John Keams quien se ocupaba de la tienda aquella tarde, pero no estoy seguro.

De pronto los cielos se abrieron, y fue como estar de pie debajo de una cascada.

Corrí hacia una pared y no había ninguna, resbalé, y conseguí mantener el equilibrio con mi bastón antes de caer. Hallé un portal y me acurruqué en él.

Siguieron diez minutos de rayos y truenos. Luego, después de que la ceguera y la sordera pasaran y la lluvia amainara un tanto, vi que la calle (la Segunda Avenida) se había convertido en un río. Arrastrando todo tipo de basura, papeles, sombreros, palos, lodo, chapoteaba más allá, de mi nicho, gorgoteando perversamente. Parecía como si quisiera remontarse por encima de la parte superior de mis botas, así que aguardé a que disminuyera.

No lo hizo.

Siguió subiendo y empezó a flirtear con mis piernas.

Bien, aquel parecía un momento tan bueno como cualquier otro. No daba la impresión de que las cosas fueran a mejorar.

Intenté correr, pero con las botas llenas de agua lo mejor que puedes conseguir es vadear rápido, y mis botas estaban llenas al cabo de tres pasos.

Aquello mató la tarde. ¿Cómo puedes concentrarte en algo con los pies empapados? Regresé al aparcamiento, luego chapoteé de vuelta a casa, sintiéndome como un capitán de barco fluvial que en realidad deseaba ser conductor de camellos.

Parecía más anochecer que atardecer cuando finalmente entré en mi húmedo pero no inundado garaje. Parecía más noche que tarde en el callejón por el que acorté camino a la entrada trasera de mi apartamento. No había visto el sol desde hacía varios días, y resulta curioso lo mucho que lo echas en falta cuando se toma unas vacaciones. El cielo era una cúpula enlutada, y las altas paredes de ladrillo del callejón estaban más limpias de lo que nunca las había visto, pese a las sombras.

Permanecí arremolinado a la pared de la izquierda a fin de evitar en lo posible la lluvia. Mientras conducía a lo largo del río había observado que la corriente estaba ya más alta que las marcas del agua en los lados de los pilares. El Noble era una gran salchicha de sangre podrida, a punto de reventar. El destello de un rayo me mostró todo el callejón, y retuve el paso a fin de evitar los charcos.

Seguí avanzando, pensando en calcetines secos y martinis secos, doblé una esquina a la derecha, y allí me lo encontré: un org.

La mitad de su segmentado cuerpo estaba alzado en un ángulo de cuarenta y cinco grados encima del pavimento, lo cual situaba su ancha cabeza a la altura de las señales de tráfico que decían «STOP», a unos tres metros y medio del suelo, mientras avanzaba hacia mí sobre todas sus pequeñas y pálidas patas, con su mortífera boca apuntada a mi cintura.

Hago una pausa ahora en mi narración para una larga digresión relativa a mi infancia que, si tienen en cuenta las circunstancias, se me hizo a todas luces presente en un instante en aquel momento:

Nacido, criado, educado en la Tierra, había trabajado dos veranos en unos corrales de ganado mientras iba a la universidad. Todavía recuerdo los olores y los ruidos de las reses; solía agujonearlas para que salieran del corral y a lo largo de todo el camino hasta el último kilómetro al matadero. Y recuerdo los olores y los ruidos de la universidad: el

formaldehído en los laboratorios de biología, los sonidos de los estudiantes de primer curso asesinando los verbos franceses, el abrumador aroma del café mezclado con el humo de los cigarrillos en la Asociación de Estudiantes, el chapoteo del recién admitido en la fraternidad cuando sus hermanos lo arrojaban a la laguna frente al Museo de Arte, los sonidos de las ignoradas campanas de la capilla y los timbres de las clases, el olor del césped tras la primera siega del año (con el gran, negro Andy perchado sobre su monstruo masticador de hierba, la gorra de béisbol calada hasta las cejas, el cigarrillo apagado en su comisura izquierda), y siempre, siempre, el ¡tic-tic-snic-stamp! mientras avanzaba arriba y abajo por la franja. No deseaba estudiar Educación Física General, pero eran necesarios cuatro semestres. La única salida era tomar clases de un deporte especial. Elegí esgrima porque tenis, béisbol, boxeo, lucha, balonmano, judo, todos sonaban demasiado agotadores, y no podía permitirme un equipo de golf. Poco sospechaba lo que iba a seguir a esa elección. Era tan agotadora como todos los demás deportes, y más que muchos. Pero me gustó. Así que me apunté al equipo en mi segundo año, formé parte del grupo de espada, y gané tres títulos con el equipo de la universidad, porque permanecí en él hasta mi último año. Todo lo cual demuestra: el ganado que persevera en intentar escapar siempre termina en el matadero, pero puede disfrutar un poco más del viaje.

Cuando llegué ahí fuera a la tosca frontera donde todo el mundo lleva armas, me hice fabricar mi bastón. Combina los mejores rasgos de la espada y del aguijón para el ganado. Sólo que es el tipo de aguijón que, si aguijoneas con él el ganado, puedes estar seguro de que no volverá a moverse nunca más.

Más de ochocientos voltios, máximo, cuando la punta toca, si aprietas adecuadamente el botón en la empuñadura...

Adelanté el brazo y lo alcé, y mis dedos apretaron adecuadamente el botón mientras avanzaba.

Fue suficiente para el org.

Brotó un ruido de entre las hileras de hojas de navaja que poblaban su boca cuando me apunté un tanto en su blando vientre y moví mi brazo como en una estocada hacia el lado, un ruido a medio camino entre una exhalación y un piído..., y eso fue suficiente para el org (abreviatura de «organismo-con-un-largo-nombre-que-no-puedo-recordar»).

Corté la energía de mi bastón y rodeé el org. Era una de esas cosas que a veces surgen del río. Recuerdo que volví tres veces la vista para mirarlo, luego conecté de nuevo el bastón al máximo y lo mantuve así hasta que estuve dentro de mi apartamento; con la puerta cerrada con llave a mis espaldas y todas las luces encendidas.

Entonces me permití temblar, y al cabo de un rato me cambié de calcetines y me preparé una copa.

Que tus callejones estén siempre a salvo de orgs.

Sábado.

Más lluvia.

Todo estaba empapado.

El lado oriental de Betty había sido completamente alineado con sacos de arena. En algunos lugares servían solamente para crear arenosas cascadas, donde de otro modo la corriente hubiera fluido más regular y quizá un poco más clara. En otros lugares la retenían, por un tiempo.

Por aquel entonces había ya seis muertes como resultado directo de la lluvia.

Por aquel entonces se habían producido incendios causados por los rayos, accidentes por el agua, enfermedades por la humedad y el frío.

Por aquel entonces los daños a la propiedad estaban empezando a ser considerables.

Por aquel entonces todo el mundo estaba cansado y furioso y miserable y empapado. Esto me incluía a mí.

Aunque el sábado era sábado, fui a trabajar. Trabajé en la oficina de: Eleanor, con ella. Teníamos el gran mapa de asistencias desplegada sobre una mesa, y seis pantallas de otros tantos ojos móviles alineadas contra una pared. Seis ojos flotaban por encima de la media docena de puntos de emergencia y nos mantenían informados de las acciones emprendidas en ellos. Varios nuevos teléfonos y un gran equipo de radio ocupaban el escritorio. Cinco ceniceros parecían como si desearan ser vaciados, y el pote del café gorgoteaba cínicamente a la actividad humana.

El Noble había alcanzado casi su marca de agua más alta. No éramos el centro de una tormenta aislada, en absoluto. Río arriba, la municipalidad de Butler estaba en dificultades, el Nido del Cisne estaba anegado, Laurie se estaba escurriendo hacia el río, y las zonas intermedias se estremecían y fluían en torrentes.

Aunque estábamos en contacto directo y constante salimos al campo en tres ocasiones aquella mañana: una, cuando el puente norte-sur sobre el río Lance se desmoronó y fue arrastrado hacia el Noble hasta tan lejos como el recodo junto a la acería de Mach; de nuevo cuando el cementerio de Wildwood, instalado en una colina socavada por la tormenta, resultó destrozado, las tumbas abiertas, y varios ataúdes arrastrados por las aguas; y finalmente cuando tres casas llenas de gente se derrumbaron, allá al este. El pequeño volador de Eleanor fue azotado por los vientos mientras nos abríamos dificultosamente camino hacia aquellos lugares para una supervisión sobre el terreno. Navegué guiándome casi completamente por los instrumentos. Por aquel entonces el centro de la ciudad estaba acomodando a los refugiados de la izquierda y la derecha. Tomé tres duchas aquella mañana, y me cambié dos veces de ropa.

Las cosas disminuyeron un poco su ritmo por la tarde, incluida la lluvia. La capa de nubes no se rompió, pero se alcanzó un punto de llovizna que nos permitió ganarle un poco a las aguas. Los muros de contención fueron reforzados, se alimentó y proporcionó ropas secas a los evacuados, se limpiaron parte de los escombros acumulados. Cuatro de los seis ojos fueron devueltos a sus patrullas, porque cuatro de los puntos de emergencia ya no eran puntos de emergencia.

...Y deseábamos tener todos los ojos disponibles para la patrulla antiorg.

Los habitantes del empapado bosque también estaban en movimiento. Aquel día fueron abatidos siete restalladores y una horda de cachorros panda, así como algunas cosas arrastrantes surgidas de las agitadas aguas del Noble, sin mencionar todo un surtido de serpientes rama, murciélagos picadores, perforadores y anguilas de tierra.

A las 19:00 horas pareció que se había establecido un punto muerto. Eleanor y yo subimos a su volador y partimos hacia el cielo.

Seguimos subiendo. Finalmente hubo un siseo cuando la cabina empezó a presurizarse automáticamente. La noche estaba a todo nuestro alrededor. El rostro de Eleanor, a la luz del panel de instrumentos, era una máscara de cansancio. Se llevó las manos a las sienes como para quitársela, y entonces, cuando miré de nuevo, pareció que lo había hecho. Una débil sonrisa flotó en sus labios y sus ojos brillaron. Un mechón suelto de pelo ensombrecía su frente.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

—Arriba, muy alto —dije—, por encima de la tormenta.

—¿Por qué?

—Han pasado muchos días —dije— desde que vimos por última vez un cielo sin nubes.

—Cierto —admitió, y mientras se inclinaba hacia adelante para encender un cigarrillo observé que parte de su pelo se había ladeado. Deseé adelantar una mano y enderezarlo, pero no lo hice.

Nos sumergimos en el mar de nubes.

El cielo era oscuro, sin luna. Las estrellas brillaban como diamantes rotos. Las nubes eran un suelo de lava.

Planeamos. Miramos al cielo. «Anclé» el volador, como un ojo preparado para flotar, y encendí yo también un cigarrillo.

—Eres más viejo que yo —dijo ella al fin—, de veras. ¿Lo sabes?

—No.

—Hay una cierta sabiduría, una cierta fuerza, algo como la esencia del tiempo que pasa, que se filtra al interior de un hombre mientras duerme entre las estrellas. Lo sé, porque puedo sentirlo cuando estoy junto a ti.

—No —dije.

—Entonces quizá sea la gente que espera que tengas la fuerza de los siglos la que te proporciona: algo así. Probablemente ya estaba aquí desde un principio.

—No.

Sonrió.

—No es tampoco un tipo de cosa exactamente positivo:

Me eché a reír.

—Me preguntaste si iba a presentarme de nuevo para el cargo este otoño. La respuesta es «no». Tengo intención de retirarme. Quiero echar raíces.

—¿Con alguien en especial?

—Sí, muy especial, Juss —dijo, y me sonrió y yo la besé, pero no por mucho tiempo, porque la ceniza de su cigarrillo estaba a punto de caerme por la parte de atrás de mi cuello.

Así que dejamos nuestros dos cigarrillos y planeamos sobre la invisible ciudad, bajo un cielo sin luna.

Mencioné antes que les hablaría de las Paradas. Si te diriges a una distancia de ciento cuarenta y cinco años luz y te tomará quizá ciento cincuenta años reales recorrerla, —¿por qué pararse y estirar las piernas?

Bueno, primero y lo más importante, casi nadie duerme todo el salto. Hay montones de pequeños artilugios que requieren monitorización humana constante. Nadie va a permanecer sentado allí durante ciento cincuenta años vigilándolos, completamente solo. Así que todo el mundo toma un turno o dos, pasajeros incluidos. —Todos son instruidos acerca de lo que tienen que hacer hasta que venga el doctor, y a quién despertar y cómo hacerlo, si surge algún problema. Luego todo el mundo toma un turno de guardia de un mes o así, junto con algunos otros compañeros. Siempre hay cientos de personas a bordo, y después de que has recorrido toda la lista hasta abajo empiezas de nuevo desde arriba. Todo tipo de agentes mecánicos las respaldan, de muchos de los cuales ni siquiera son conscientes (para proteger contra ellas, además de con ellas, en el caso improbable de que algunos chiflados se reúnan y decidan abrir una ventana, cambiar de rumbo, asesinar pasajeros o algo parecido), y la gente está bien seleccionada y cuidadosamente emparejada, de modo que se equilibren entre sí además de con la maquinaria. Todo ello debido a que tanto artilugios como gente tienen que ser vigilados.

Tras varios turnos de guardia en la nave, intercalados con períodos de sueño frío, tiendes a volverte claustrofóbico y un tanto deprimido. En consecuencia, cuando hay alguna Parada disponible, es utilizada para restablecer el equilibrio mental y elevar los flaqueantes espíritus animales. También sirve a la finalidad de enriquecer la vida y la economía del mundo Parada con toda la información y las actividades que puedas llevar contigo.

En consecuencia, las Paradas se han convertido en unas vacaciones tradicionales en muchos mundos, caracterizadas por festivales y celebraciones en algunos de los más pequeños, y a menudo por desfiles y entrevistas y conferencias de prensa emitidas a todo el mundo en aquellos con poblaciones más numerosas. Tengo entendido que ahora sucede algo muy parecido en la Tierra, cuando los visitantes coloniales se detienen en ella. De hecho, una joven actriz sin demasiado éxito, Marilyn Austin, hizo un largo viaje Fuera, estuvo allí unos pocos meses, y regresó en la siguiente nave que volvía de la

Tierra. Tras aparecer en la tridi un par de veces, hablando de la cultura interestelar y exhibiendo sus blancos, blancos dientes, consiguió un succulento contrato, un tercer marido, y su primer gran papel en las cintas. Todo lo cual sirve para demostrar el valor de las Paradas.

Me posé encima de Helix, el mayor complejo de apartamentos de Betty, donde Eleanor tenía su suite con doble balcón en un ángulo, que le ofrecía vistas tanto del distante Noble como de las luces de Posh Valley, la sección residencial de Betty.

Eleanor preparó unos bistecs con patatas al horno, maíz asado, cerveza..., todo lo que me gusta. Me sentí feliz y saciado y todo eso, y me quedé hasta casi medianoche, haciendo planes para nuestro futuro. Luego tomé un taxi de vuelta a la Plaza Mayor, donde estaba aparcado mi coche.

Cuando llegué, pensé en echar un vistazo en el Centro de Emergencias sólo para ver cómo iban las cosas. Así que entré en el Ayuntamiento, pateé un poco para librarme del exceso de agua, colgué mi impermeable y crucé el vacío vestíbulo hacia al ascensor.

El ascensor se mostró demasiado silencioso. Se supone que vibran, ¿saben? No deberían suspirar débilmente y tener unas puertas que se abren y cierran sin ningún sonido. En estas circunstancias doblé una embarazosa esquina en mi camino hacia el Centro de Emergencias.

Era una pose sobre la que Rodin quizá hubiera querido trabajar. Todo lo que puedo decir es que fue una buena cosa que me detuviera cuando lo hice, en vez de cinco o diez minutos más tarde.

Chuck Fuller y Lottie, la secretaria de Eleanor, estaban practicando la reanimación boca a boca y ejecutando las técnicas de calentamiento de la víctima, allá en el diván de la pequeña habitación auxiliar a un lado de la gran puerta de la sala del consejo.

Chuck estaba de espaldas a mí, pero Lottie me vio por encima de su hombro, y sus ojos se abrieron mucho y lo empujó hacia un lado. Él volvió rápidamente la cabeza.

—Juss... —dijo.

Asentí.

—Sólo pasaba por aquí —dije—. Pensé en pararme un momento para decir hola y echar un vistazo a los ojos.

—Oh..., todo va perfectamente —dijo, retrocediendo hacia el pasillo—. En estos momentos está en auto, y yo sólo había... hecho una pausa para tomar un poco de café. Lottie está de guardia esta noche, y vino... para ver si había algún informe que precisara ser mecanografiado. Se mareó un poco, así que fuimos ahí donde está el diván...

—Sí, parece un poco... demacrada —dije—. Hay sales y aspirinas en el botiquín.

Me dirigí al Centro sintiéndome torpe.

Chuck me siguió al cabo de un par de minutos. Yo estaba contemplando las pantallas cuando se puso a mi lado. Las cosas parecían estar un tanto controladas, aunque la lluvia seguía mojando los ciento treinta ojos de Betty.

—Esto, Juss —dijo—, no sabía que iba a venir...

—Evidentemente.

—Lo que quiero decir es..., no informaré sobre esto, ¿verdad?

—No, no informaré sobre esto.

—...Y no lo mencionará a Cynthia ¿verdad?

—Tus actividades extracurriculares —dije— son asunto tuyo. Como amigo, te sugiero que las hagas en tu tiempo libre y en lugares más propicios. Pero ya estoy empezando a olvidarlo. Seguro que no me acordaré de nada dentro de otro minuto.

—Gracias, Juss —dijo.

Asentí.

—¿Qué tiene que decir el Centro Meteorológico estos días? —pregunté, alzando el teléfono.

Sacudió la cabeza, así que marqué y escuché.

—Malo —dije, y colgué—. Más agua en perspectiva.

—Maldita sea —anunció, y encendió un cigarrillo con manos temblorosas—. Este tiempo me está matando.

—A mí también —dije—. Voy a irme, porque quiero estar en casa antes de que empiece de nuevo con fuerza. Probablemente vendré mañana. Nos veremos.

—Buenas noches.

Bajé en el ascensor, tomé mi impermeable y salí. No vi a Lottie por ninguna parte, pero probablemente estaba allí, aguardando a que yo me fuera.

Subí a mi coche, y estaba a medio camino de casa antes de que los grifos se abrieran de nuevo por completo. El cielo se vio desgarrado por los relámpagos, y una chisporroteante nube merodeó la ciudad como un arácnido de largas patas, cebrando brillantes miembros hacia la superficie y dejando huellas de fuego allá donde alcanzaba. Llegué a casa en otros quince minutos, y el fenómeno seguía progresando cuando entré en el garaje. Mientras recorría el callejón (con el bastón conectado) pude oír el distante siseo y el retumbar, y una firme media luz llenó los espacios entre los edificios, resultado de sus zancadas destello-llama-destello-llama.

Dentro escuché el trueno y la lluvia, y observé el apocalipsis en la distancia.

Un delirio de ciudad bajo la tormenta...

Los edificios al otro lado del camino destacaban claros a la pulsante luz de aquella cosa. Había apagado las luces de mi apartamento a fin de poder apreciar mejor la visión. Todas las sombras parecían increíblemente negras, como tinta, y destacaban al lado de resplandecientes escaleras, frontones, alféizares, balcones; y todo lo que estaba iluminado parecía arder como con una luz interior. Por encima de mi cabeza, la cosa insectoide viva/no viva de fuego seguía dando zancadas, y un ojo con un halo azul se movía por encima de los edificios más cercanos. Los fuegos pulsaban y las nubes ardían como las colinas del Gehena; los truenos burbujeaban y retumbaban; y la blanca lluvia perforaba la carretera que había entrado en erupción en una humeante espuma. Luego un restallador, con su triple cuerno, sus mojadas plumas, su rostro de demonio, su cola como una espada, y verde, salió corriendo de una esquina, un momento después de que yo hubiera oído un sonido que pensé que era parte del trueno. La criatura corrió, a una velocidad increíble, por el humeante pavimento. El ojo picó tras él, añadiendo una ráfaga de plomo a las gotas de lluvia que caían. Ambos desaparecieron por otra calle. Fue sólo un instante, pero en ese instante respondí a una pregunta que me había hecho acerca de quién debería ser el pintor de aquella escena. No El Greco, no Blake, no: El Bosco. Sin la menor duda, El Bosco..., con sus visiones de pesadilla de las calles del Infierno. Él sería quien podría hacer justicia a este momento de la tormenta.

Observé hasta que la chisporroteante nube retrajo sus patas bajo su vientre, colgó como un ardiente capullo, luego murió como un ascua convirtiéndose en ceniza. De pronto todo quedó muy oscuro, y sólo hubo la lluvia.

El domingo fue el día del caos.

Las velas ardieron, las iglesias ardieron, la gente se ahogó, los animales corrieron libres por las calles (o nadaron en ellas), las casas se vieron arrancadas de sus raíces y rebotaron como barquitos de papel a lo largo de los cursos de agua, el gran viento cayó sobre nosotros, y después de eso la locura.

No pude ir en coche hasta el Ayuntamiento, así que Eleanor envió su volador a por mí.

El sótano estaba lleno de agua, y la planta baja era como la sala de espera de Neptuno. Todas las marcas de agua anteriores habían sido rebasadas.

Estábamos en mitad de la peor tormenta en toda la historia de Betty.

Las operaciones se habían transferido a la tercera planta. Ya no había forma de detener las cosas. Era sólo asunto de resistir y ver qué ayuda podíamos proporcionar. Me senté delante de mi galería y observé.

Llovía cubos, llovía bidones; llovía piscinas y lagos y ríos. Durante un tiempo pareció que llovía océanos sobre nosotros. Eso era en parte a causa del viento que vino del golfo y que bruscamente hizo parecer que llovía de lado por la fuerza de sus ráfagas. Empezó hacia el mediodía y había desaparecido a las pocas horas, pero cuando cesó nuestra ciudad estaba rota y sangrante. Wyeth estaba tendido sobre su costado de bronce, el asta de la bandera había desaparecido, no había ningún edificio sin ventanas rotas y agua en su interior, estábamos sufriendo de pronto cortes del fluido eléctrico, y uno de mis ojos mostró a tres cachorros panda devorando a un niño muerto. Los maté entre maldiciones a través de la lluvia y la distancia. Eleanor lloró a mi lado. Hubo más tarde un informe de una mujer embarazada que sólo podía dar a luz con una cesárea, atrapada arriba en una colina y en plenos dolores de parto. Estábamos intentando llegar hasta ella con un volador, pero los vientos... Vi edificios ardiendo y cadáveres de gente y animales. Vi coches semienterrados y casas reducidas a astillas. Vi cascadas donde nunca había habido cascadas antes. Disparé muchas ráfagas aquel día, y no sólo a los animales del bosque. Dieciséis de mis ojos habían sido inutilizados por los disparos de los saqueadores. Espero no tener que volver a ver nunca algunas de las cintas que grabé ese día.

Cuando empezó la peor noche de domingo de mi vida, y la lluvia no cesó, supe el significado de la palabra desesperación por tercera vez en mi existencia.

Eleanor y yo estábamos en el Centro de Emergencias. Las luces acababan de apagarse por octava vez. El resto del personal estaba abajo en la tercera planta. Nos sentamos allí en la oscuridad sin movernos, incapaces de hacer nada para detener el rumbo del caos. Ni siquiera podíamos observar hasta que volviera la energía.

Así que hablamos.

No sé si lo hicimos durante cinco minutos o una hora. Recuerdo haberle hablado, sin embargo, de la muchacha enterrada en otro mundo, cuya muerte había iniciado mi andadura. Dos viajes a dos mundos, y había roto todos mis lazos con el tiempo. Pero un centenar de años de viaje no significan un siglo de olvido, no cuando engañas el tiempo con la petite mort del sueño frío. La venganza del tiempo es la memoria, y aunque durante todo un tiempo impides a tus ojos ver y vacías tus oídos de sonido, cuando despiertas tu pasado sigue contigo. Lo peor que puedes hacer entonces es volver a visitar la tumba sin nombre de tu esposa en una tierra cambiada, volver como un desconocido al lugar que habías convertido en tu hogar. Entonces sigues tu andadura, y al cabo de un tiempo olvidas algo, porque una cierta cantidad de tiempo real tiene que pasar también para ti. Pero por aquel entonces estás solo: completamente solo. Ésa fue la primera vez en mi vida que supe el significado de la palabra desesperación. Leí, trabajé, bebí, fui con putas, pero llegaba la mañana después de esto y siempre estaba yo, sólo yo. Salté de mundo en mundo, esperando que las cosas fueran diferentes, pero con cada cambio me alejaba cada vez más de todas las cosas que había conocido.

Luego me invadió poco a poco otra sensación, y era realmente una sensación terrible: tenía que haber un tiempo y un lugar perfectamente adaptado a cada persona. Después de que lo peor de mi pesar me hubiera abandonado y hubiera llegado a un acuerdo con el pasado desaparecido, me pregunté acerca del lugar de un hombre en el tiempo y en el espacio. ¿Dónde y cuándo en el cosmos tendría las mayores posibilidades de vivir una vida equilibrada? ¿De vivir con todo mi potencial? El pasado estaba muerto, pero quizá me aguardara un tiempo mejor en algún mundo todavía no descubierto, me aguardara en un momento de la historia todavía por registrar. ¿Cómo podía llegar a saberlo? ¿Cómo podía llegar a estar seguro de que mi Edad de Oro no estaba a tan sólo un mundo de distancia, y de que yo podía estar debatiéndome en medio de una Era Oscura mientras el Renacimiento de mis días estaba a tan sólo un billete, un visado y una página de diario de distancia? Ésa fue mi segunda desesperación. No supe la respuesta hasta que llegué a la

Tierra del Cisne. No sé por qué te quise, Eleanor, pero lo hice, y ésa fue mi respuesta. Entonces vinieron las lluvias.

Cuando volvieron las luces nos quedamos sentados allí y fumamos. Ella me había hablado de su, esposo, que había muerto la muerte de un héroe a tiempo para salvarlo de los temblores del delirio con los que hubiera terminado sus días. Murió como mueren los valientes —sin saber por qué—, debido a un reflejo que después de todo había sido parte de él, un reflejo que lo había hecho arrojar al camino de una manada de criaturas lobunas que atacaban al grupo explorador del que formaba parte —junto a ese bosque a los pies de las Saint Stephen's—, para luchar contra ellas con un machete y ser despedazado por ellas mientras sus compañeros huían al campamento, donde montaron su resistencia y se salvaron. Ésta es la esencia del valor: un momento sin pensar, un destello a lo largo de los nervios espinales, predeterminado por la suma total de todo lo que has hecho en tu vida, hayas deseado hacer o no, y hayas deseado haber hecho o no, y luego viene el dolor.

Contemplamos la galería en la pared. ¿Es el hombre el animal racional? ¿Superior a los animales pero inferior a los ángeles? No el asesino contra el que disparé aquella noche. Ni siquiera el que utiliza herramientas o entierra a sus muertos. ¿Ríe, aspira, afirma? No veo ninguna de estas cosas a su alrededor. ¿Se observa a sí mismo observarse a sí mismo hacer lo que sabe que es absurdo? Demasiado sofisticado. Simplemente hacía lo absurdo sin siquiera observar. Como volver corriendo a una casa en llamas en busca de su pipa favorita y de una lata de tabaco. ¿Diseña religiones? Vi gente rezar, pero no estaban diseñando nada. Estaban haciendo esfuerzos de último recurso para salvarse, después de haber agotado todo lo demás que sabían hacer. Reflejos.

¿La criatura que ama?

Ésa es la única cosa que quizá no sea capaz de contradecir.

Vi a una madre sujetando a su hijita sobre sus hombros mientras el agua torbellineaba alrededor de sus sobacos, y la niña sujetaba a su muñeca sobre sus hombros, de la misma forma. ¿Pero no es eso —el amor— una parte del total? ¿De todo lo que has hecho o deseado? ¿Positivo o negativo? Sé que fue eso lo que me hizo abandonar mi puesto, corriendo, y lo que me hizo subir al volador de Eleanor, y lo que me hizo abrirme camino a través de la tormenta hacia aquella escena en particular.

No llegué a tiempo.

Nunca olvidaré lo que me alegró el que alguien sí lo hubiera hecho. Johnny Keams hizo parpadear sus luces encima de mí mientras se elevaba y radió:

—Tranquilo. Todas están bien. Incluso la muñeca.

—Bien —dije, y regresé.

Cuando me posé en la plataforma de aterrizaje, una figura vino hacia mí. Mientras bajaba del aparato, una pistola apareció en la mano de Chuck.

—No lo mataré, Juss —empezó—, pero lo heriré si es necesario. Póngase contra esa pared. Me llevo el volador.

—¿Estás loco? —exclamé.

—Sé lo que estoy haciendo. Lo necesito, Juss.

—Bien, si lo necesitas, aquí está. No es preciso que me apuntes con una pistola. Acabo de dejarlo. Tómalo.

—Lottie y yo lo necesitamos —dijo—. ¡Dése la vuelta!

Me volví hacia la pared.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Nos vamos, juntos..., ¡ahora!

—Estás loco —dije—. Éste no es el momento...

—Vamos, Lottie —llamó, y hubo el rumor de pasos detrás de mí, y oí abrirse la puerta del volador.

—¡Chuck! —exclamé—. ¡Te necesitamos aquí! Puedes arreglar esto pacíficamente dentro de una semana, dentro de un mes, después de que hayamos restablecido un poco de orden. Hay cosas como el divorcio, ¿sabes?

—Eso no me llevará fuera de este mundo, Juss.

—¿Y cómo crees que va a llevarte esto?

Me volví, y vi que había recogido de alguna parte una gran bolsa de lona y que se la había echado al hombro izquierdo, como Santa Claus.

—¡Vuélvase! No quiero dispararle —advirtió. La sospecha llegó, se hizo más fuerte.

—Chuck, ¿has estado saqueando?

—¡Dése la vuelta!

—De acuerdo, me daré la vuelta. ¿Hasta dónde crees que vas a poder llegar?

—Hasta lo bastante lejos —dijo—. Lo bastante lejos como para que nadie nos encuentre..., y cuando llegue el momento, abandonaremos este mundo.

—No —dije—. No creo que lo hagáis, porque os conozco.

—Ya veremos. —Su voz estaba más lejos ahora.

Oí tres rápidos pasos y una portezuela al cerrarse. Me volví, a tiempo para ver al volador alzarse de la plataforma.

Lo contemplé alejarse. Nunca volví a ver a ninguno de ellos.

Dentro había dos hombres inconscientes en el suelo. No estaban seriamente heridos. Después de hacer que se ocuparan de ellos, me reuní con Eleanor en la Torre.

Toda aquella noche aguardamos, vacíos, la mañana.

De alguna forma, llegó.

Nos sentamos y contemplamos la luz filtrarse por entre la lluvia. Había ocurrido tanto en tan poco tiempo. Habían pasado tantas cosas durante la última semana que no estábamos preparados para la mañana.

Trajo consigo el fin de la lluvia.

Un buen viento sopló del norte y arrastró las nubes, como En-ki con la serpiente Tiamat. De pronto se abrió un cañón de color cobalto.

Un nubemoto sacudió los cielos, y abismos de luz rasgaron el oscuro paisaje.

Se hizo pedazos mientras observábamos.

Oí vítores, y croé al unísono con ellos mientras aparecía el sol.

El buen cálido, desecante, benéfico sol atrajo el pico más alto de las Saint Stephen's hasta su rostro y lo besó en ambas mejillas.

Había una multitud delante de cada ventana. Me uní a una de ellas y miré, quizá durante diez minutos.

Cuando despiertas de una pesadilla normalmente no encuentras sus ruinas esparcidas por tu dormitorio. Ésta es una forma de decir si ha sido o no sólo un mal sueño, o si estás o no realmente despierto.

Recorrimos las calles con grandes botas. Había lodo por todas partes. Estaba en los sótanos y en la maquinaria y en las alcantarillas y en los armarios de la ropa y en las salas de estar. Estaba en los edificios y en los coches y en la gente y en las ramas de los árboles. Formaba grandes ampollas amarillentas que se secaban y aguardaban a cuartearse para dejar al descubierto el tejido limpio de debajo. Enjambres de vuelasapos se alzaban en el aire cuando nos acercábamos, flotaban como libélulas, regresaban a los montones de comida estropeada después de que hubiéramos pasado. Los insectos se lo estaban pasando en grande también. Betty tendría que ser despiojada. Había tantas cosas derribadas y tumbadas y medio enterradas en aquel amarillado mar de los Sargazos de las calles. Los muertos todavía no habían sido cuantificados. Las aguas aún seguían bajando, pero perezosas y sucias. De toda la ciudad empezaba a elevarse un fuerte hedor. Había escaparates de tiendas reventados y cristales rotos por todas partes, y puentes caídos y agujeros en las calles... ¿Pero para qué seguir? Si no se han hecho una idea a estas alturas, nunca se la harán. Fue la gran mañana de después, la secuela

de la fiesta de unos dioses borrachos. Es el destino de los hombres mortales limpiar siempre sus restos o ser enterrados bajo ellos.

Así que limpiamos, pero al mediodía Eleanor ya no podía seguir. Así que la llevé a mi casa conmigo, porque estábamos trabajando cerca de la sección y mi casa estaba cerca.

Ésta es casi toda la historia —de luz a oscuridad y de nuevo a luz—, excepto el final, que realmente desconozco. Pero les contaré su principio...

La dejé en la entrada del callejón, y ella se dirigió hacia mi apartamento mientras yo aparcaba el coche. ¿Por qué no la llevé conmigo hasta el garaje? No lo sé. A menos que fuera porque el sol matutino hacía que el mundo pareciera en paz, pese a su suciedad. A menos que fuera porque estaba enamorado y la oscuridad había desaparecido y el espíritu de la noche se había ido con ella.

Aparqué el coche y eché a andar por el callejón. Estaba a mitad de camino de la esquina donde había encontrado el org la otra vez cuando la oí gritar.

Corrí. El miedo me dio velocidad y fuerza, y corrí hasta la esquina y la doblé.

El hombre tenía un saco, no muy distinto del que Chuck se había llevado consigo, apoyado en el suelo al lado del charco donde estaba de pie. Trasteaba en el bolso de Eleanor, y ella estaba tendida en el suelo —¡tan inmóvil!—, con sangre a un lado de su cabeza.

Lo maldije y corrí hacia él, conectando mi bastón mientras corría. Se volvió, dejó caer el bolso, y fue en busca de la pistola en su cinturón.

Estábamos a unos diez metros de distancia el uno del otro, así que lancé mi bastón.

Él sacó su pistola, me apuntó con ella, y mi bastón cayó en el charco donde estaba de pie.

Bandadas de ángeles cantaron por su descanso eterno, quizá.

Ella respiraba, así que la llevé dentro y llamé a un médico —no recuerdo cómo, no demasiado claramente al menos—, y aguardé y aguardé.

Vivió durante otras doce horas, y luego murió. Recobró el conocimiento dos veces antes de que la operaran, y ni una sola vez después. No dijo nada. Me sonrió una vez, y volvió a sumirse en el sueño.

No sé.

Nada, realmente.

Y ocurrió de nuevo que fui alcalde de Betty, para cubrir el cargo hasta noviembre, para supervisar la reconstrucción. Trabajé, trabajé hasta el agotamiento, y la dejé brillante y resplandeciente, tal como la había encontrado. Creo que hubiera ganado si me hubiera presentado para el cargo aquel otoño, pero no lo deseaba.

El Consejo Municipal no hizo caso de mis objeciones y votó erigir una estatua de Godfrey Justin Holmes al lado de la estatua de Eleanor Schirrer que tenía que levantarse en la plaza al otro lado de la restaurada de Wyeth. Supongo que está allí ahora.

Dije que nunca volvería, pero, ¿quién sabe? En un par de años, después de que haya pasado más historia, puede que visite de nuevo una Betty llena de desconocidos, aunque sólo sea para colocar unas flores a los pies de una estatua. Quién sabe, pero puede que por aquel entonces todo el continente esté humeando y resonando y chirriando con miles de industrias, y lleno de gente de orilla a orilla.

De todos modos todavía era una Parada a finales de aquel año, y le dije adiós con la mano y subí a bordo de la nave y me fui.

Subí a bordo y me fui, para dormir de nuevo el sueño frío.

El delirio de una nave entre las estrellas...

Han pasado años, supongo. En realidad ya no los cuento. Pero pienso en esto a menudo: Quizá haya una Edad de Oro en alguna parte, un Renacimiento para mí en algún tiempo, un tiempo especial en algún lugar, a tan sólo un billete, un visado, una página de diario de distancia. No sé dónde o cuándo. ¿Quién lo sabe? ¿Dónde están las lluvias de ayer?

¿En la ciudad invisible?

¿Dentro de mí?

Hay frío y silencio fuera, y el horizonte es infinito. No hay sensación de movimiento.

No hay luna, y las estrellas son muy brillantes, como diamantes rotos, todas.

LOS GRANDES REYES LENTOS

Drax y Dran estaban sentados en el gran Salón del Trono de Glan, hablando sobre la vida. Monarcas en virtud de su intelecto y su físico superiores —y del hecho de que eran los últimos dos supervivientes de la raza de Glan—, se repartían su gobierno sobre el planeta y sobre su único súbdito, Zindrome, el robot de palacio.

Drax había estado reflexionando durante los últimos cuatro siglos (era del tipo lento) sobre la posibilidad de vida en otros planetas de la galaxia.

Así pues:

—Dran —dijo, dirigiéndose al otro (que estaba mostrando una cierta curiosidad acerca de sus pensamientos)—, Dran, he estado pensando: Puede que exista vida en otros planetas de la galaxia.

Dran consideró que debía responder a esto, mientras el mundo giraba varias veces alrededor de su sol.

—Cierto —admitió finalmente—, es posible.

Tras varios meses, Drax respondió:

—Si es así, deberíamos buscarla.

—¿Por qué? —preguntó Dran con idéntica prontitud, lo cual hizo que el otro sospechara que él también había estado pensando en el mismo tema.

Así que midió cuidadosamente su próxima afirmación, estudiando primero cada palabra dentro de la blindada retorta de su cráneo reptiliano.

—Nuestro reino está más bien poco poblado en estos momentos —observó—. Sería bueno volver a tener muchos súbditos.

Dran lo miró de reojo, luego volvió lentamente la cabeza. Cerró un ojo y medio cerró el otro, inventariando de arriba abajo a su cogobernante, cuyo aspecto, como sospechaba, no había cambiado desde la última vez que lo había mirado.

—Eso también es cierto —admitió—. ¿Qué sugieres que hagamos?

Esta vez fue Drax quien se volvió, evaluándolo directamente.

—Creo que deberíamos averiguar si hay vida en otros planetas de la galaxia.

—Hummm.

Transcurrieron dos rápidas rondas de estaciones sin nada de particular, luego:

—Déjame pensar en ello —dijo, y volvió la cabeza. Tras lo que consideró un cortés período de tiempo, Drax carraspeó.

—¿Has pensado ya lo suficiente?

—No.

Drax se esforzó en enfocar sus ojos en el casi subliminal haz de luz azulada que atravesaba, atravesaba de nuevo y luego volvía a atravesar el Salón mientras aguardaba.

—¡Zindrome! —llamó al fin.

El robot ralentizó sus movimientos hasta casi una inmovilidad de estatua para adecuarse a su amo. De su miembro derecho asomaba un plumero.

—¿Llamaste, gran Señor de Glan?

—Sí, Zindrome, mi valioso súbdito. Esas antiguas espacionaves que construimos en días más felices y nunca llegamos a usar. ¿Hay alguna de ellas que sea todavía capaz de funcionar?

—Lo comprobaré, gran Señor.

Pareció cambiar ligeramente de posición.

—Hay trescientas ochenta y dos —anunció—, de las cuales cuatro se hallan en condiciones de funcionar, gran Señor. He comprobado todos los circuitos operativos.

—Drax —advirtió Dran—, te estás arrogando una vez más poderes no autorizados. Deberías haber conferenciado conmigo antes de emitir esa orden.

—Me disculpo —admitió el otro—. Simplemente deseaba acelerar un poco las cosas, por si tu decisión era que preparáramos una expedición.

—Has anticipado mi decisión correctamente —asintió Dran—, pero tu ansiedad parece hablar de un propósito oculto.

—Ningún propósito excepto el bien del reino —sonrió el otro.

—Puede que sea así, pero la última vez que hablaste de «el bien del reino» los disturbios civiles que siguieron nos costaron nuestro otro robot.

—Aprendí mi lección y le he sacado provecho. Debo ser más juicioso en el futuro.

—Espero que así sea. Ahora, acerca de esa expedición..., ¿qué parte de la galaxia tienes intención de investigar primero?

Siguió una pausa llena de tensión.

—Había supuesto —murmuró Drax— que tú conducirías la expedición. Siendo el monarca más maduro, tuya debería ser la decisión más adecuada respecto a qué especies en particular son o no merecedoras de nuestro esclarecido gobierno.

—Sí, pero tu juventud tiende a hacerte más activo que yo. El viaje sería conducido más expeditivamente por ti. —Enfatizó la palabra «expeditivamente».

—Podemos ir los dos, en naves separadas —ofreció Drax—. Eso sería lo bastante expeditivo...

Su acalorado debate se vio interrumpido por el equivalente metálico de una tos.

—Mis amos —sugirió Zindrome—, siendo lo efímera que es la vida media de los materiales radiactivos, lamento informaros que sólo una espacionave se halla en estos momentos en condiciones operativas.

—Eso resuelve el asunto, Dran. Tú irás. Requerirá una mente activa el manejar una nave con problemas de potencia.

—¿Y dejar que tú fomentes mientras tanto los disturbios civiles y usurpes poderes que no te han sido concedidos? ¡No, irás tú!

—Supongo que podríamos ir los dos —suspiró Drax.

—¡Excelente! ¡Y dejar el país sin líderes! Ése es el tipo de pensamiento estúpido que nos ha traído a nuestra actual situación política.

—Mis Amos —dijo Zindrome—, si alguien no se decide pronto, esa nave será también inútil. Ambos estudiaron a su sirviente y aprobaron la, rápida cadena lógica forjada por esa simple afirmación.

—Muy bien —sonrieron al unísono—, irás tú.

Zindrome inclinó obsequiosamente la cabeza y salió del gran Salón del Trono de Glan.

—Quizá debiéramos autorizar a Zindrome a construir facsímiles de sí mismo —señaló Dran tentativamente—. Si tuviéramos más súbditos podríamos hacer más cosas.

—¿Has olvidado nuestro más reciente acuerdo? —se horrorizó Drax—. Un número superfluo de robots fue lo que tendió a estimular el faccionalismo la última vez, y alguna gente se volvió ambiciosa... —Dejó que su voz se arrastrara a lo largo de los años para dar mayor énfasis a sus palabras.

—No estoy seguro de que tu última alusión no contenga una acusación oculta —empezó a decir cautelosamente el otro—. Si es así, permíteme advertirte acerca de la irreflexión..., y recordarte quién fue el que elaboró el Pacto de Protección Monorrobot.

—¿Crees que las cosas serán diferentes en el caso de una multitud de súbditos orgánicos? —inquirió el otro.

—Definitivamente —dijo Dran—. Hay un cierto elemento irracional en el racionalismo del ser orgánico que lo hace menos receptivo a las órdenes directas que una máquina. Nuestros robots, al menos, fueron fieles cuando les ordenamos que se destruyeran los unos a los otros. Los irresponsables súbditos orgánicos o bien lo hacen sin que se les diga, lo cual es zafio, o se niegan a hacerlo cuando se lo ordenas, lo cual es insubordinación.

—Cierto —sonrió Drax, desenterrando una gema que había reservado durante milenios para una ocasión como aquella—. Referente a la vida orgánica, la única afirmación que podemos hacer con certeza es que la vida es incierta.

—Hummm —Dran entrecerró los ojos hasta convertirlos en rendijas—. Déjame reflexionar sobre eso un momento. Como buena parte de tus pensamientos, parece oler a sofistería oculta.

—No contiene nada de eso, te lo aseguro. Es el fruto de mucha meditación.

—Hummm.

Las reflexiones de Dran se vieron interrumpidas en seco por la llegada de Zindrome, que aferraba dos manchas borrosas de color pardo debajo de sus brazos metálicos.

—¿Ya de vuelta, Zindrome? ¿Qué criaturas traes aquí? Haz que disminuyan sus movimientos a fin de que podamos verlas.

—En estos momentos están bajo sedación, mis grandes Amos. Es el movimiento causado por su respiración lo que produce esa desagradable sensación de vibración en vuestras retinas. Someterlas a más narcosis podría ser nocivo para ellas.

—Pese a todo —insistió Dran—, debemos evaluar cuidadosamente a nuestros nuevos súbditos, lo cual requiere que los veamos. Disminuye un poco más sus movimientos.

—Has dado esa orden sin... —empezó Drax, pero fue distraído por la repentina materialización de los dos peludos bípedos—. ¿Sangre caliente? —preguntó.

—Sí, señor.

—Eso habla de unas expectativas de vida muy breves.

—Cierto —ofreció Dran—, pero ese tipo tiende a reproducirse con mucha rapidez.

—Esta observación tiende a ser correcta —asintió Drax—. Dime, Zindrome, ¿representan los sexos necesarios para la reproducción?

—Sí, mi Amo. Hay dos sexos entre estos antropoides, de modo que traje uno de cada.

—Eso fue muy hábil. ¿Dónde los encontraste?

—A varios miles de millones de años luz de aquí.

—Suéltalos fuera y tráenos algunos más.

Las criaturas desaparecieron. Zindrome pareció no haberse movido.

—¿Tienes el combustible necesario para otro viaje?

—Sí, mi Señor. He desarrollado una mayor cantidad de él recientemente.

—Excelente.

El robot partió.

—¿Qué tipo de proyecto de gobierno deberíamos inaugurar esta vez? —preguntó Drax.

—Revisemos los argumentos para los distintos tipos.

—Una buena idea.

En mitad de su discusión regresó Zindrome, y aguardó allí de pie a ser reconocido.

—¿Qué ocurre, Zindrome? ¿Olvidaste algo?

—No, grandes Señores. Cuando regresé al mundo del que había obtenido las muestras descubrí que la raza había progresado hasta el punto de desarrollar los procesos de fisión, se había enzarzado en una guerra atómica, y se había aniquilado por completo a sí misma.

—Eso fue extremadamente poco considerado..., típico, sin embargo, debo decirlo, de la inestabilidad de la sangre caliente.

Zindrome siguió inmóvil en su sitio.

—¿Tienes alguna otra cosa de la que informar?

—Sí, grandes Amos. Los dos especímenes que solté aquí se han multiplicado, y ahora se han dispersado por todo el planeta de Glan.

—¡Deberíamos haber sido advertidos de ello!

—Sí, grandes Señores, pero yo estaba ausente y...

—¡Ellos mismos hubieran tenido que informar de su acción!

—Mis Amos, me temo que no son conscientes de vuestra existencia.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Dran.

—En estos momentos nos hallamos enterrados bajo varios miles de capas de rocas de aluvión. Los corrimientos geológicos...

—Tienes órdenes de mantener el lugar limpio y en condiciones —se irritó Dran—. ¿Has estado malgastando de nuevo tu tiempo?

—¡No, grandes Señores! Todo ocurrió durante mi ausencia. Me ocuparé de ello inmediatamente.

—Primero —ordenó Drax—, dinos qué otra cosa han estado haciendo nuestros súbditos, para que hayan considerado conveniente ocultarse de nosotros.

—Recientemente —observó el robot— han descubierto cómo forjar y templar metales. Al posarme en el planeta, observé que habían desarrollado muchos instrumentos ingeniosos de la variedad cortante. Desgraciadamente, los estaban usando para cortarse los unos a los otros.

—¿Quieres decir —rugió Dran— que hay disturbios en el reino?

—Huh, sí, mi Señor.

—¡No toleraré violencia no autorizada entre mis súbditos!

—Nuestros súbditos —advirtió Drax, con una mirada significativa.

—Nuestros súbditos —corrigió Dran—. Debemos tomar acciones inmediatas.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

—Emitiré órdenes prohibiendo que se dediquen a actividades que conduzcan al derramamiento de sangre.

—Supongo que te referirás a una proclama conjunta —señaló Drax.

—Por supuesto. No estaba menospreciándote. Sólo estaba alterado por esta emergencia civil. Debemos redactar una proclama oficial. Que Zindrome nos traiga instrumentos de escritura.

—Zindrome, tráenos...

—Los tengo aquí, mis Señores.

—Bien, veamos. ¿Cómo debemos redactar...?

—Quizá yo debiera limpiar el palacio mientras vuestras Excelencias...

—¡No! ¡Quédate aquí! Esto será muy breve y conciso.

—Hummm. «Por la presente proclamamos...»

—No olvides nuestros títulos.

—Cierto. «Nosotros, los monarcas imperiales de Glan, cuyas firmas están estampadas al pie, por la presente...»

Un débil pulsar de rayos gamma pasó sin ser observado junto a los dos gobernantes. El fiel Zindrome diagnosticó sin embargo su naturaleza, e intentó sin éxito obtener la atención de sus monarcas. Finalmente desechó el proyecto con un estoico gesto típico de su clase. Aguardó.

—¡Ya está! —exclamaron al unísono, enarbolando el documento—. Ahora ya puedes decirnos lo que estabas intentando decir, Zindrome. Pero que sea breve, porque tienes que entregar esto pronto.

—Ya es demasiado tarde, grandes Señores. Esta raza progresó también hasta estados civilizados, desarrolló la energía nuclear, y se erradicó a sí misma mientras vosotros estabais escribiendo.

—¡Bárbaros!

—¡Irresponsabilidad de sangre caliente!

—¿Puedo limpiar ahora, mis grandes Amos?

—Inmediatamente, Zindrome, inmediatamente. Primero, sin embargo, propongo que archivemos la proclama en los Archivos para uso futuro, en caso de que se produzca algo similar.

Dran asintió.

—Estoy de acuerdo. Eso ordenamos.

El robot aceptó la ya muy deteriorada proclama y desapareció de la vista.

—¿Sabes? —murmuró Drax—, tiene que haber montones de material radiactivo por ahí fuera a estas alturas...

—Probablemente sí.

—Podría usarse para proporcionar combustible a una nave y realizar otra expedición.

—Quizá.

—Esta vez podemos dar instrucciones a Zindrome de que traiga algo con unas expectativas de vida más largas y unos hábitos más pausados..., algo más cercano a nosotros.

—Eso podría tener sus peligros. Pero quizá podamos dejar sin efecto el Pacto de Protección Monorrobot y ordenar a Zindrome que fabrique extras de sí mismo. Bajo estricta supervisión, por supuesto.

—Eso podría tener sus peligros también.

—En cualquier caso, debo meditar muy cuidadosamente tu sugerencia.

—Y yo la tuya.

—Ha sido un día muy ajetreado —reconoció Dran—. Durmamos un poco.

—Una buena idea.

Sonidos de ronquidos saurianos brotaron del gran Salón del Trono de Glan.

PIEZA DE MUSEO

Obligado a admitir que su arte pasaba completamente inadvertido en un mundo frívolo, Jay Smith decidió salirse de ese mundo. Los cuatro dólares y noventa y ocho centavos que se gastó adquiriendo por correo un libro titulado Yoga: El camino a la libertad, sin embargo, no le ayudaron a liberarse. Más bien sirvieron para acentuar su humanidad, en el sentido que redujo su capacidad de comprar comida en cuatro dólares y noventa y ocho centavos.

Sentado en una padmasana, Smith contemplaba poco excepto el hecho de que su ombligo estaba ligeramente más cerca de su columna vertebral con cada día que pasaba. Aunque el nirvana es un concepto estético razonable, el suicidio no lo es, en particular si no tienes estómago para ello. De modo que rechazó la fatalista noción de una forma razonable:

—¡Qué simplemente puede uno quitarse la vida en un entorno ideal! —suspiró (tirándose de sus rizos dorados que, por obvias razones, habían alcanzado longitudes clásicamente impresionantes)— ¡El gordo estoico en su baño, abanicado por muchachas esclavas y bebiendo su vino, mientras un fiel sanador griego le abre las venas, con los ojos bajos! Un delicado circasiano —suspiró de nuevo—, tres quizá, pulsando las cuerdas de una lira mientras dicta su oración fúnebre, para ser leída por un fiel compatriota, con los ojos anegados en lágrimas. ¡Con qué facilidad podía hacerlo! Pero el artista caído..., ¡no! ¡Nacido ayer y despreciado hoy, se dirige solo y secreto, como el elefante, a su cementerio particular!

Se puso en pie en todo su metro noventa de estatura y se volvió para mirarse al espejo. Tras contemplar su piel, pálida como el mármol, su nariz recta, su amplia frente y sus ojos muy separados, decidió que si uno no podía vivir creando arte, entonces lo único que podía hacer era volver la oración por pasiva, por así decirlo.

Flexionó los músculos que le habían hecho ganar una media beca como zagüero durante los cuatro años en los que había alimentado la fragua de su alma para forjar un movimiento propio: la escultura pintada bidimensional.

«Vista en su conjunto —había señalado un avinagrado crítico—, la oferta del señor Smith es o bien frescos sin paredes o líneas verticales. Los etruscos sobresalieron en la primera forma porque sabían dónde pertenecía; los jardines de infancia inculcan la maestría en la segunda en todos los niños de cinco años.»

¡Ingenio! ¡Puro ingenio! ¡Bah! ¡Estaba harto de esos pseudoeruditos que pontificaban en la mesa de otros durante la cena!

Observó con satisfacción que su mes de ascético régimen había reducido su peso en quince kilos, hasta unos meros cien. Decidió que podía pasar por un Gladiador Vencido, poshelénico.

—Está decidido —dictaminó—. Seré arte.

Aquella misma tarde, una figura solitaria entró en el Museo de Arte con un fardo bajo el brazo.

Espiritualmente consumido (aunque meticulosamente afeitado hasta los sobacos), Smith vagó por el Período Griego hasta que quedó vacío de todo excepto de él y el mármol.

Seleccionó un rincón oscuro y desenvolvió su pedestal. Guardó las distintas cosas personales necesarias para una existencia de exposición, incluida la mayor parte de su ropa, en su hueco fondo.

—Adiós, mundo —renunció—, deberías tratar mejor a tus artistas. —Y se subió al pedestal.

Su dinero para correr no había sido completamente malgastado, porque las técnicas que había dominado por cuatro dólares y noventa y ocho centavos mientras estaba en el Camino a la Libertad le habían proporcionado un control muscular tal que le permitía una perfecta inmovilidad de estatua cada vez que la espigada mujer de mediana edad seguida por cuarenta y cuatro niños de menos de nueve años abandonaba su autobús alquilado junto a la acera y recorría el Período Griego, cosa que hacía cada martes y jueves entre las 9:35 y las 9:40 de la mañana. Afortunadamente, había elegido una postura sedente.

Antes de que hubiera pasado una semana había cronometrado también los movimientos del guardia con el tic alterno del enorme reloj de la galería adyacente (un delicado reloj del siglo XVIII, todo él de pan de oro, esmalte, y pequeños ángeles que se perseguían en círculos). No le hubiera gustado que informaran de que había sido robado durante la primera semana de su carrera, lo cual lo enfrentaría a la perspectiva de las galerías de segundo orden o un mal papel en las tristes colecciones privadas de tristes y privados coleccionistas. En consecuencia, se movía juiciosamente cuando hacía sus incursiones a los almacenes del comedor del piso de abajo, y se esforzaba en establecer un lazo de simpatía con los ángeles que se perseguían. Los directores nunca habían considerado necesario proteger la nevera o la despensa contra las depredaciones de los objetos exhibidos, y aplaudió su falta de imaginación. Tomaba bocados de jamón dulce y pan de centeno (light), y comía barritas de helado a docenas. Al cabo de un mes se vio obligado a realizar calistenias (enérgicas) en la Edad de Bronce.

—¡Oh, olvidado! —reflexionó entre los Neos, contemplando el reino que en su tiempo había considerado propio. Lloró sobre la estatua de Aquiles Caído como si fuera él mismo. Lo era.

Se contemplaba como en un espejo en un cercano collage de tuercas y cáscaras de nuez.

—Si no hubieras renunciado —se acusó—, si hubieras resistido un poco más..., como éstas, las más simples criaturas del Arte... ¡Pero no! ¡No pudo ser!

»¿O sí? —Se dirigió a un móvil particularmente simétrico sobre su cabeza—. ¿O si?

—Quizá —llegó la respuesta de alguna parte, que le envió volando de vuelta a su pedestal.

Pero no sucedió nada más. El guardia se estaba regocijando culpablemente ante un rollizo Rubens al otro lado del edificio y no había oído el coloquio. Smith decidió que la respuesta significaba su acercamiento accidental al Dharana. Regresó al Camino, redoblando sus esfuerzos hacia la negación y pareciendo cada vez más Vencido.

En los días que siguieron oyó ocasionales risitas y susurros, que al principio desechó como los cloqueos de los niños de Mara y Maya, dedicados a sus distracciones. Más tarde estuvo menos seguro, pero por aquel entonces había decidido adoptar una actitud clásica de pasiva curiosidad.

Y un día de primavera, tan verde y dorado como un poema de Dylan Thomas, una muchacha entró en el Período Griego y miró furtivamente a su alrededor. Y él halló difícil mantener su placidez de mármol, ¡porque ella empezó a desvestirse!

Y había un paquete cuadrado en el suelo, envuelto en papel sencillo. Eso sólo podía significar... ¡Competencia!

Tosió educadamente; de una forma suave y clásica...

Ella se sobresaltó y prestó intensa atención, recordándole a él la ropa interior femenina y algo que tenía que ver con las Termópilas. Su cabello era del color correcto para el empeño —la más pálida tonalidad paria posible—, y sus ojos grises brillaban con la helada intensidad de Atenea.

Observó la estancia minuciosamente, con aire culpable, de una forma tremendamente atractiva...

—Seguro que la piedra no es susceptible de infecciones víricas —decidió—. Tiene que ser mi conciencia culpable la que ha carraspeado. Conciencia, ¡te ordeno que calles!

Y procedió a convertirse en Hécuba Lamentándose, situada diagonalmente con respecto al Gladiador Vencido, y afortunadamente no mirando en su dirección. Y lo hacía condenadamente bien, tuvo que admitir a regañadientes. Pronto alcanzó una inmovilidad estética. Tras una evaluación profesional decidió que Atenea era de hecho la madre de todas las artes; simplemente no le hubiera salido bien como una muestra del Renacimiento o del Románico. Eso le hizo sentirse un poco mejor.

Cuando finalmente se cerraron las grandes puertas y fueron conectadas las alarmas, ella dejó escapar un suspiro y saltó al suelo.

—Todavía no —advirtió él—, el guardia pasará por aquí dentro de noventa y tres segundos.

Ella tuvo la presencia de ánimo suficiente para reprimir su grito, y lo hizo con una delicada mano, y durante ochenta y siete segundos fue de nuevo Hécuba Lamentándose. Lo hizo perfectamente, y él admiró su delicada mano y su presencia de ánimo durante esos ochenta y siete segundos siguientes.

El guardia llegó, pasó y se fue, linterna y barba oscilando como un mohoso fuego fatuo a través de la penumbra.

—¡Dioses! —expelió ella su aliento—. ¡Creía que estaba sola!

—Y lo creyó correctamente —respondió él—. Desnudos y solos vamos al exilio... Entre brillantes estrellas sobre estas tristes cenizas apagadas, perdidos... Oh, perdidos...

—Thomas Wolfe —afirmó ella.

—Sí —se enfurruñó él—. Vayamos a cenar.

—¿Cenar? —inquirió ella, con las cejas enarcadas—. ¿Dónde? Había traído algunas raciones del ejército que compré en una tienda de Excedentes Militares...

—Evidentemente —replicó él— tiene usted una actitud muy limitada con respecto al tiempo. Creo que en el menú de hoy el plato principal era pollo. ¡Sígame!

Se abrieron camino a través de la Dinastía T'ang hasta las escaleras.

—Puede que otros lo encuentren un tanto intimidante aquí dentro después de la hora del cierre —empezó él—, pero me atrevería a decir que ha dominado usted por completo las técnicas de control de la respiración.

—Por supuesto —respondió ella—. Mi novio era seguidor de la moda Zen. Seguía el camino más difícil de Lasa. Una vez escribió una versión moderna del Ramayana, llena de alusiones tópicas y consejos a la sociedad moderna.

—¿Y qué pensó de ella la sociedad moderna?

—¡Oh! La sociedad moderna nunca la vio. Mis padres le compraron un billete sólo de ida a Roma, primera clase, y varios cientos de dólares en cheques de viajero. Desapareció desde entonces. Por eso me he retirado del mundo.

—Supongo que sus padres no aprobaban el Arte.

—No, y creo que debieron de amenazarle también a él.

—Así actúa la sociedad con los genios —asintió él—. Yo también, a mi pequeña manera, he trabajado para mejorarla y no he recibido más que desdén por mi labor.

—¿De veras?

—Sí. Si nos detenemos en el Período Moderno a la vuelta, podrá ver mi Aquiles Caído. Una seca risita los detuvo.

—¿Quién hay ahí? —inquirió él cautamente. No hubo respuesta. Se detuvieron en la Gloria de Roma, y los senadores de piedra estaban completamente inmóviles.

Alguien rió —observó ella.

—No estamos solos —reconoció él con un encogimiento de hombros—. Ha habido otros indicios de ello, pero sean quienes sean, son tan habladores como los trapenses..., lo cual es bueno.

»¡Recordad, vuestro arte es piedra! —gritó alegremente, y siguieron su camino a la cafetería.

Una noche estaban sentados cenando juntos en el Período Moderno.

—¿Tiene usted un nombre en la vida? —preguntó él.

—Gloria —susurró ella—. ¿Y usted?

—Smith, Jay.

—¿Qué lo impulsó a convertirse en estatua, Smith..., si no es demasiado atrevido el preguntárselo?

—En absoluto —sonrió él, invisible—. Algunos han nacido para la oscuridad y otros sólo la consiguen a través de un diligente esfuerzo. Yo soy uno de los últimos. Siendo un fracaso como artista, y estando arruinado, decidí convertirme en mi propio monumento. Se está caliente aquí dentro, y hay comida abajo. El entorno es agradable, y nunca seré descubierto porque nadie mira nunca nada en particular en los museos.

—¿Nadie?

—Ni un alma, como sin duda ya habrá observado. Los niños vienen aquí contra su voluntad, la gente joven viene a flirtear, y cuando uno desarrolla la sensibilidad suficiente como para mirar algo —dictaminó amargamente— ya es miope o se ve sometido a alucinaciones. En el primer caso no verá nada; en el último, aunque lo vea, no hablará. El desfile pasa.

—Entonces, ¿para qué sirven los museos?

—¡Mi querida muchacha! Que la antigua novia de un auténtico artista hable de este modo indica que su relación fue más bien breve...

—¡Oh, espere! —interrumpió ella—. La palabra adecuada es «compañera».

—Muy bien —rectificó él—, «compañera». Pero los museos son espejos del pasado, que está muerto, del presente, que nunca es observado, y transmiten la herencia cultural de la raza al futuro, que todavía no ha nacido. En esto están muy cerca de ser templos religiosos.

—Nunca lo había pensado de esta forma —meditó ella—. Y es un pensamiento realmente hermoso. Debería ser usted maestro.

—No pagan lo suficiente, pero el pensamiento me consuela. Vamos, lancemos otra incursión a los helados.

Se tomaron su último helado y hablaron del Aquiles Caído, sentados bajo el gran móvil parecido a un pulpo famélico. Él le habló de sus otros grandes proyectos y de los horribles críticos, avinagrados y sin sangre en las venas, que acechaban en las ediciones dominicales y odiaban la vida. Ella a su vez le habló de sus padres, que conocían el Arte y sabían por qué no debía gustarle su compañero, y de las enormes fortunas de sus padres, distribuidas equitativamente en industrias madereras, propiedades inmobiliarias y petróleo. Él palmeó el brazo de ella y ella parpadeó con fuerza y sonrió helénicamente.

—¿Sabe? —dijo él finalmente—, mientras estaba sentado sobre mi pedestal, día tras día, me preguntaba a menudo a mí mismo: quizá debería volver y hacer un esfuerzo más para atravesar la catarata en los ojos del público..., quizá si estuviera seguro y cómodo con todas las cosas materiales..., quizá, si pudiera hallar la mujer adecuada... ¡Pero no! ¡No existe esa persona!

—¡Continúe! ¡Por favor, continúe!—exclamó ella—. Yo también, durante los últimos días, he pensado que quizá otro artista pudiera sacarme el aguijón. Quizá el veneno de la soledad pudiera serme extraído por un creador de belleza. Si nosotros...

En aquel punto un hombre bajo y feo con una toga carraspeó.

—Es tal como yo temía —anunció.

Era delgado, lleno de arrugas y mugriento; un hombre de ulcerosas tripas y mucha hiel. Apuntó con un dedo acusador.

—Es tal como yo temía —repitió.

—¿Q-quié es usted? —preguntó Gloria.

—Cassius —respondió el hombre—. Cassius Fitzmuller, crítico de arte, retirado, del Times de Dalton. Estáis planeando abandonar.

—¿Y qué le importa a usted si lo hacemos? —preguntó Sinith, flexionando sus músculos de zaguero de Gladiador Vencido.

Cassius sacudió la cabeza.

—¿Importarme? Amenazaría mi forma de vida si os marcháis ahora. Si os vais, indudablemente os convertiréis en artistas o profesores de arte, y más pronto o más tarde, por la palabra o el gesto, por cualquier señal o indicación inconsciente, comunicaréis a los demás lo que habéis sospechado todo el tiempo. He escuchado vuestras conversaciones de las últimas semanas. Sabéis, ahora estáis seguros de ello, que aquí es donde vienen a parar finalmente todos los críticos de arte, para pasar los días que les quedan imitando las cosas que han odiado. Esto explica el incremento de Senadores Romanos en los últimos años.

—A menudo he sospechado algo así, pero nunca estuve seguro.

—La sospecha es suficiente. Es letal. Tenéis que ser juzgados.

Dio una palmada.

—¡A juicio! —llamó.

Otros antiguos romanos entraron lentamente, una procesión de velas dobladas. Rodearon a los dos amantes. Oliendo a polvo y a periódicos amarillentos y a bilis y a tiempo, los viejos críticos flotaron.

—Desean regresar a la humanidad —anunció Cassius—. Desean marcharse y llevarse consigo su conocimiento.

—No diremos nada —dijo Gloria, llorosa.

—Es demasiado tarde —respondió una oscura figura—. Ya habéis entrado en el Catálogo. ¡Mirad! —Extrajo una copia y leyó—: «Número 28, Hécuba Lamentándose. Número 32. El Gladiador Vencido.» ¡No! Es demasiado tarde. Habría una investigación.

—¡A juicio! —repitió Cássius.

Lentamente, los senadores giraron sus pulgares hacia abajo.

—No podéis iros.

Smith rió quedamente y agarró la túnica de Cassius por la pechera con una poderosa presa de escultor.

—Hombrecillo —dijo—, ¿cómo te propones detenernos? Un grito de Gloria atraerá al guardia, que hará sonar una alarma. Un golpe mío te dejará inconsciente una semana.

—Apagamos el audífono del guardia cuando duerme —sonrió Cassius—. Los críticos no carecen de imaginación, puedo asegurártelo. Suéltame, o sufrirás las consecuencias.

Smith tensó su presa.

—Intenta algo.

—A juicio —sonrió Cassius.

—Es moderno —dijo uno.

—En consecuencia, sus gustos son católicos —dijo otro.

—¡A los leones con los cristianos! —anunció un tercero, y dio una palmada.

Smith saltó hacia atrás presa del pánico ante lo que creyó ver moverse en las sombras. Cassius se liberó.

—¡No pueden hacer eso! —exclamó Gloria, cubriéndose el rostro—. ¡Somos del Período Griego!

—Cuando estés en Grecia, haz lo que hacen los romanos —rió Cassius.

El olor a felino llegó hasta sus fosas nasales.

—¿Cómo es posible, aquí...? ¿Un león...? —se interrogó Smith.

—Una forma de hipnosis reservada a la profesión —observó Cassius—. Mantenemos al animal paralizado la mayor parte del tiempo. ¿Os habéis preguntado por qué nunca ha habido ningún robo en este museo? ¡Oh, lo han intentado, por supuesto! Pero protegemos nuestros intereses.

El flaco león albino que generalmente dormía al lado de la entrada principal salió lentamente de las sombras y gruñó..., una sola vez, y fuerte.

Smith colocó a Gloria detrás de él mientras el felino se preparaba para saltar. Miró hacia el Foro, que resultó estar vacío. Un sonido, como el aletear de una bandada de correosas palomas, se alejó en la distancia.

—Estamos solos —observó Gloria.

—Corre —ordenó Smith—, y yo intentaré retenerle. Sal del museo, si puedes.

—¿Y abandonarte? ¡Nunca, querido! ¡Permaneceremos juntos! ¡Ahora y siempre!

—¡Gloria!

—¡Jay Smith!

En aquel momento el animal concibió la noción del salto, y se apresuró a llevarla a la práctica.

—Adiós, mi amor.

—Hasta siempre. Un beso antes de morir, por favor.

El león estaba ya en el aire, emitiendo fuertes gruñidos, los ojos verdosamente relucientes.

—Muy bien.

Se abrazaron.

La luna se clavó en la figura del felino, y la más pálida de las bestias colgó sobre sus cabezas, colgó alta, colgó amenazadoramente, colgó largo tiempo...

Empezó a estremecerse y a arañar salvajemente el aire en aquel espacio intermedio entre el suelo y el techo para el cual la arquitectura no posee ningún nombre específico.

—¡Hummm! ¿Otro beso?

—¿Por qué no? La vida es dulce.

Transcurrió un minuto sobre pies silenciosos; otro lo persiguió.

—Me pregunto, ¿qué es lo que está reteniendo a ese león?

—Yo lo estoy reteniendo —respondió el móvil—. Vosotros los humanos no sois los únicos que buscáis refugio entre las reliquias de vuestro pasado muerto.

La voz era delgada, frágil, como la de una particularmente activa arpa eólica.

—No quisiera parecer inquisitivo —dijo Smith—, pero, ¿quién eres?

—Soy una forma de vida alienígena —tintineó el móvil, mientras digería al león—. Mi nave sufrió un accidente camino de Arturo. Pronto descubrí que mi aspecto iba en contra de mí en vuestro planeta, excepto en los museos, donde soy enormemente admirado. Puesto que soy un miembro de una raza más bien delicada y, diríais vosotros, un tanto narcisista —hizo una pausa para eructar exquisitamente y continuó—, me lo paso realmente bien aquí, entre brillantes estrellas sobre estas tristes cenizas apagadas [eructo], perdido.

—Entiendo —dijo Smith—. Gracias por comerte al león.

—No lo menciones..., no fue algo totalmente aconsejable. Entendedlo, ahora voy a tener que dividirme. ¿Puede el otro yo ir con vosotros.?

—Por supuesto. Salvaste nuestras vidas, y vamos a necesitar algo para colgar en nuestra sala de estar, cuando tengamos una.

—Excelente.

Se dividió, en una serie de hemidemisemiastremecimientos, y cayó al suelo al lado de ellos.

—Adiós, yo —dijo hacia arriba.

—Adiós —desde arriba.

Salieron orgullosamente del Moderno, cruzaron el Griego, más allá del Período Romano, con mucha altivez y una absolutamente tranquila dignidad. Ya no el Gladiador Vencido, Hécuba Lamentándose y Xena ex Machina, tomaron la llave del guardia dormido y salieron por la puerta principal; bajaron las escaleras y se internaron en la noche, sobre jóvenes piernas y elásticos hilos.

DIVINA LOCURA

—...yo que lo es Esto?embelesados oyentes como plantarse hace las y estrellas errantes las conjura pena de frase Cuya...¿

Sopló humo a través del cigarrillo y éste se hizo más largo.

Miró al reloj y se dio cuenta de que las manecillas se movían hacia atrás.

El reloj le dijo que eran las 10:33, yendo hacia las 10:32 p.m.

Entonces lo invadió algo parecido a la desesperación, porque sabía que no había nada que pudiera hacer al respecto. Estaba atrapado, moviéndose a la inversa a través de la secuencia de acciones pasadas. De alguna forma, había pasado por alto la advertencia.

Normalmente había un efecto de prisma, un destello de estática rosada, una somnolencia, luego un momento de realizada percepción...

Volvió las páginas, de izquierda á derecha, con los ojos siguiendo su camino hacia atrás a lo largo de las líneas.

?énfasis tal comporta pesar cuyo él es Qué¿

Impotente, allí detrás de sus ojos, observó cómo se comportaba su cuerpo.

El cigarrillo había alcanzado toda su longitud. Encendió el mechero, que absorbió y apagó su resplandeciente punta, y luego volvió a guardar el cigarrillo en el paquete.

Bostezó a la inversa: primero una exhalación, luego una inhalación.

No era real..., el doctor se lo había dicho. Era pesar y epilepsia, uniéndose para formar un síndrome inusual.

Ya había sufrido aquel mismo ataque. La dilantina no ayudaba. Era una alucinación locomotriz postraumática, provocada por la ansiedad, precipitada por el ataque.

Pero no lo creía, no podía creerlo, no después de transcurridos veinte minutos en la otra dirección, no después de colocar el libro en el atril de lectura, ponerse en pie, caminar hacia atrás cruzando la habitación hasta el armario, colgar su bata, volver a vestirse con la misma camisa y los mismos pantalones que había llevado todo el día, retroceder hasta el bar y regurgitar un martini, fresco trago tras fresco trago, hasta que la copa estuvo llena hasta el borde y no se derramó ni una gota.

Hubo un inminente sabor a aceituna, y luego todo cambió de nuevo.

El segundero recorría la esfera de su reloj de pulsera en la dirección correcta.

La hora era las 10:07.

Se sintió libre de moverse a voluntad. Volvió a beber su martini.

Ahora, si quería ser fiel al esquema, se cambiaría y se pondría la bata e intentaría leer. En vez de ello se preparó otra copa.

Ahora la secuencia no se produciría.

Ahora las cosas no ocurrirían como creía que habían ocurrido y desocurrido.

Ahora todo era diferente.

Todo lo cual demostraría que había sido una alucinación.

Incluso la idea de que había invertido veintiséis minutos en cada sentido era un intento de racionalización.

No había ocurrido nada.

...No debería beber, decidió. Podría provocarme un ataque.

Se echó a reír.

Todo aquello era una locura...

Mientras lo recordaba, bebió.

Por la mañana se saltó el desayuno, como de costumbre, observó que pronto dejaría de ser por la mañana, tomó dos aspirinas, una ducha tibia, una taza de café, y dio un paseo.

El parque, la fuente, los niños con sus barquitas, la hierba, el estanque, lo odiaba todo; y la mañana, y la luz del sol, y los fosos azules alrededor de las dominantes nubes.

Se sentó allí, odiando. Y recordando.

Si estaba al borde de un colapso, decidió, entonces lo que más deseaba era hundirse de cabeza en él, no tambalearse medio fuera, medio dentro.

Recordó por qué.

Pero la mañana era clara, tan clara, y todo era tan nítido y destacado y ardiendo con los verdes fuegos de la primavera, allá en el signo de Aries, abril.

Observó los vientos acumular los restos del invierno contra la lejana verja gris, y los vio empujar las barquitas a través del estanque, hasta depositarlas en la lodosa parte menos honda donde aguardaban los niños.

La fuente lanzaba su fría sombrilla de agua encima de los delfines de cobre teñidos de verde. El sol la inflamaba cada vez que él movía la cabeza. El viento la hacía ondular.

Reunidos en una pequeña bandada sobre el cemento, los pájaros picoteaban parte de una barrita de caramelo pegada todavía a su envoltura roja.

Las cometas oscilaban sobre sus colas, picaban de punta, se elevaban de nuevo, mientras los niños tiraban de sus invisibles hilos. Los cables telefónicos estaban enguinaldados con armazones de madera y papel desgarrado, rotas claves de sol y confusos glissandos.

Odiaba los cables telefónicos, las cometas, los niños, los pájaros.

Pero, sobre todo, se odiaba a sí mismo.

¿Cómo deshace un hombre lo que ya ha hecho? No puede. No hay ninguna forma bajo el sol. Puede sufrir, recordar, arrepentirse, maldecir u olvidar. Nada más. El pasado, en este sentido, es inevitable.

Una mujer pasó por delante de él. No alzó la vista a tiempo para ver su rostro, pero la caída rubio oscuro de su pelo hasta su cuello y la curva de sus pantorrillas enfundadas en medias de malla por debajo del dobladillo de su abrigo negro y por encima del cliquetear de sus zapatos de tacón alto detuvieron su aliento tras su estómago y atrajeron sus ojos hacia el hechizo de su caminar y su pose y algo más, como una consonancia al último de sus pensamientos.

Se había semilevantado del banco cuando la estática rosada golpeó sus globos oculares y la fuente se convirtió en un volcán que escupía arcos iris.

El mundo se congeló y le fue servido en una copa.

...La mujer pasó hacia atrás por delante de él, y él bajó la vista demasiado pronto para poder ver su rostro.

Se dio cuenta de que el infierno empezaba otra vez cuando los pájaros pasaron ante él volando hacia atrás.

Se resignó a ello. Dejemos que prosiga hasta que se rompa el hechizo, hasta que todo haya pasado y no quede nada.

Aguardó, allá en el banco, contemplando cómo eran absorbidas las salpicaduras mientras la fuente sorbía el agua de vuelta a su interior, dibujando su gran arco encima de los inmóviles delfines, y las barquitas corrían hacia atrás por la laguna, y la verja se libraba de los trocitos de papel arrastrados por el viento, mientras los pájaros devolvían la barrita de caramelo a su papel rojo, picoteo tras picoteo.

Sólo sus pensamientos permanecían inviolados, mientras su cuerpo pertenecía a la marea menguante.

Al fin se levantó y salió del parque andando hacia atrás.

En la calle un muchacho pasó junto a él andando de espaldas, desilbando fragmentos de una conocida canción.

Desubió las escaleras hasta su apartamento, mientras su migraña se hacía cada vez peor, desbebió su café, se desduchó, regurgitó sus aspirinas y se metió en la cama, sintiéndose horriblemente mal.

Dejemos que así sea, decidió.

Una pesadilla débilmente recordada se desenrolló a la inversa en su mente, proporcionándole un inmerecido final feliz.

Era oscuro cuando despertó.

Estaba muy borracho.

Retrocedió hasta el bar y empezó a escupir sus bebidas, una a una, en la misma copa que había utilizado la noche antes, y vertiéndolas de nuevo de la copa a las botellas. Separar la ginebra y el vermut no fue ningún problema. Los líquidos adecuados saltaron al aire mientras mantenía las botellas descorchadas encima de la copa.

Y se sintió cada vez menos borracho a medida que lo hacía.

Luego se detuvo ante su primer martini, y eran las 10:07 p.m. Entonces, dentro de la alucinación, pensó en otra alucinación. ¿Rizaría el rizo el tiempo, hacia adelante y luego hacia atrás, a lo largo de todo su ataque anterior?

No.

Era como si no hubiera ocurrido, como si nunca hubiera existido.

Continuó retrocediendo toda la tarde, deshaciendo cosas.,

Alzó el teléfono, dijo «adiós», le descontó a Murray que no iría a trabajar mañana, escuchó un momento, volvió a colgar el teléfono y se lo quedó mirando mientras sonaba.

El sol salió por el oeste, y la gente conducía marcha atrás sus coches hacia sus trabajos.

Leyó el informe meteorológico y los titulares, dobló el periódico de la tarde y lo dejó en el vestíbulo.

Era el ataque más largo que había tenido, pero en realidad no le importó. Se acomodó a él, se sentó y observó mientras el día se desenrollaba hasta la mañana.

Su resaca volvió a medida que se hacía oscuro, y fue terrible cuando volvió a meterse en la cama. Cuando despertó la noche anterior la borrachera todavía era fuerte. Volvió a llenar dos de las botellas, les colocó de nuevo el tapón, el precinto. Sabía que las llevaría pronto a la tienda de licores y recibiría de vuelta su dinero.

Mientras permanecía sentado allí aquel día, con la boca desmaldiciendo y desbebiendo y sus ojos desleyendo, supo que nuevos coches estaban siendo devueltos a Detroit y desmontados, que los cadáveres despertaban de sus estertores de la muerte, y que los sacerdotes de todo el mundo estaban oficiando misas negras sin saberlo.

Sintió deseos de reír, pero no pudo decirle a su boca que lo hiciera.

Desfumó dos paquetes y medio de cigarrillos. Luego vino otra resaca y volvió a la cama. Más tarde, el sol se puso por el este.

El carro alado del tiempo voló ante él cuando abrió la puerta y dijo «adiós» a los que habían acudido a consolarle y éstos entraban y se sentaban y le decían que no debía obcecarse por la pérdida.

Y él lloró sin lágrimas cuando se dio cuenta de lo que iba a venir.

Pese a su locura, dolía.

...Dolía, mientras los días rodaban hacia atrás.

...Hacia atrás, inexorablemente.

...Inexorablemente, hasta que supo que el tiempo estaba al alcance de la mano.

Rechinó los dientes de su mente.

Grande era su pesar y su odio y su amor.

Llevaba su traje negro y desbebía copa tras copa, mientras en alguna parte los hombres estaban metiendo la arcilla en sus palas con las que descavaban la tumba.

Hizo retroceder su coche hasta la funeraria, lo aparcó y subió a la limusina.

Retrocedieron todo el camino hasta el cementerio.

Permaneció de pie entre sus amigos y escuchó al predicador.

—polvo al polvo; cenizas las a Cenizas —dijo el hombre, lo cual suena más o menos igual lo digas como lo digas.

El ataúd fue llevado de vuelta al coche fúnebre y éste regresó a la funeraria.

Permaneció sentado durante todo el servicio y regresó a casa y se desafeitó y se descepilló los dientes y se fue a la cama.

Despertó y se vistió de nuevo de negro y regresó a la funeraria.

Las flores volvían a estar todas en su lugar.

Amigos de rostros solemnes desfirmaron en el Libro de Condolencias y desestrecharon su mano. Luego fueron dentro para sentarse un rato y mirar al cerrado ataúd. Después se fueron, hasta que se quedó solo con el maestro de ceremonias de la funeraria.

Luego se quedó completamente solo.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Su traje y su camisa estaban de nuevo limpios y sin ninguna arruga.

Retrocedió hasta casa, se desvistió, se despeinó. El día se colapsó a su alrededor hasta la mañana, regresó a la cama para desdormir otra noche.

La noche anterior, cuando despertó, se dio cuenta de hacia dónde se encaminaba.

Dos veces ejerció todo su poder de voluntad en un intento por interrumpir la secuencia de acontecimientos. Fracasó.

Deseó morir. Si se hubiera matado aquel día, ahora no estaría encaminándose de vuelta hacia todo aquello.

Había lágrimas en su mente cuando pensó en el pasado que yacía a menos de veinticuatro horas de aquel momento.

El pasado lo persiguió durante todo aquel día mientras desnegociaba la compra del ataúd, la sepultura, los accesorios.

Luego se encaminó a casa hacia la mayor de todas las resacas y durmió hasta que fue despertado para desbeber copa tras copa y luego regresar al depósito y volver a tiempo para colgar el teléfono tras aquella llamada, aquella llamada que había venido a romper...

...el silencio de su ira con su timbre. Ella estaba muerta.

Yacía en alguna parte entre los fragmentos de su coche en la Interestatal 90.

Mientras paseaba, defumando, supo que estaba tendida allí, sangrando.

...Luego muriendo, tras aquel choque a 130 kilómetros por hora.

...¿Luego viva?

¿Luego reformada, junto con el coche, y viva de nuevo, de nuevo en pie?

¿Retrocediendo hacia casa a una terrible velocidad, para volver a dar un portazo tras su última discusión? ¿Para desgritarle a él mientras él le desgritaba a ella?

Su mente soltó un alarido. Se retorció espiritualmente las manos.

No podía detenerse en este punto. No. No ahora.

Todo su dolor y su amor y su odio hacia sí mismo lo habían traído de vuelta hasta tan lejos, hasta casi el momento...

No podía terminar ahora.

Tras un tiempo se trasladó a la sala de estar, sus piernas yendo de un lado a otro, sus labios maldiciendo, aguardando..., aguardando.

La puerta se abrió con un portazo.

Ella lo miró, el maquillaje corrido, las lágrimas en sus mejillas.

—¡Infierno al vete Entonces!—dijo él.

—¡Marcho Me!—dijo ella.

Retrocedió hacia el interior, cerró la puerta. Colgó apresuradamente su abrigo en el armario del vestíbulo.

—mí de opinas que lo es eso Si —dijo él con un encogimiento de hombros.

—¡ti por preocupas te sólo Tú!—dijo ella.

—¡niña una como comportando estás Te!—dijo él.

—¡sientes lo que decir podrías menos Al!

Sus ojos llamearon como esmeraldas a través de la estática rosa, y era adorable y estaba viva de nuevo. Mentalmente él estaba bailando.

Se produjo el cambio.

—¡Al menos podrías decir que lo sientes!

—Lo siento —dijo el, tomándole la mano en un gesto que ella no pudo romper—. Cuánto, nunca lo sabrás.

—Ven aquí —dijo, y ella obedeció.

CORRIDA

Despertó a un lamento ultrasónico. Era algo que le torturaba los tímpanos pero que estaba más allá del umbral de lo audible.

Gateó y se puso en pie en la oscuridad.

Se golpeó varias veces contra las paredes. Se dio cuenta de que le dolían los brazos, como si le hubieran clavado en ellos muchas agujas.

El sonido lo enloquecía...

¡Tenía que escapar! ¡Tenía que salir de allí! Divisó una pequeña mancha de luz a su izquierda.

Se volvió y corrió hacia allá, y la mancha aumentó de tamaño hasta convertirse en un portal.

Lo atravesó a la carrera, y se detuvo parpadeando en medio del resplandor que asaltó sus ojos. Estaba desnudo, estaba sudando. Su mente estaba llena de bruma y de hilachas de sueños.

Oyó un rugir, como el de una multitud, y parpadeó de nuevo contra el resplandor.

Una figura oscura y dominante se erguía ante él en la distancia. Abrumado por la furia, corrió hacia ella, sin saber exactamente por qué.

Sus pies desnudos pisaron arena ardiente, pero ignoró el dolor mientras corría para atacar.

Alguna parte de su mente formuló la pregunta: «¿Por qué?», pero la ignoró.

Luego se detuvo.

Había una mujer desnuda de pie ante él, haciéndole señas, invitándole, y hubo una repentina oleada de fuego en sus ingles.

Se volvió ligeramente hacia su izquierda y se encaminó hacia ella.

Ella se alejó danzando.

Él incrementó su velocidad. Pero cuando estaba a punto de abrazarla, una oleada de fuego brotó en su hombro derecho y ella desapareció.

Se miró el hombro, y una vara de aluminio asomaba de él, y la sangre se deslizaba hacia abajo por su brazo. Brotó otro rugir.

...Y ella apareció de nuevo.

La persiguió una vez más, y su hombro izquierdo ardió con repentinos fuegos. Ella había desaparecido de nuevo y él estaba de pie tembloroso y sudando, parpadeando contra el resplandor.

—Es un truco —decidió—. ¡No sigas el juego!

Ella apareció de nuevo y él permaneció completamente inmóvil, ignorándola.

Se vio asaltado por nuevos fuegos, pero se negó a moverse. Luchó por despejar su cabeza.

La figura oscura apareció una vez más, unos dos metros de alto y poseedora de un par de brazos.

Sujetaba algo en una de sus manos. Si tan sólo la luz no fuera tan endiablada, quizá podría...

Pero odiaba aquella figura oscura, y cargó contra ella.

El dolor laceró su costado.

¡Espera un minuto! ¡Espera un minuto!

¡Una locura! ¡Todo esto es una locura!, se dijo a sí mismo, recordando su identidad. Esto es una plaza de toros y yo soy un hombre, y esa cosa oscura no lo es. Algo está equivocado.

Se dejó caer sobre manos y rodillas, ganando tiempo. Recogió un doble puñado de arena mientras estaba en esta posición.

Entonces se produjeron aguijoneos, eléctricos y dolorosos. Los ignoró durante tanto tiempo como pudo, luego se puso en pie.

La figura oscura agitó algo hacia él, y odió aquello que agitaba.

Corrió hacia ello y se detuvo delante. Ahora sabía que era un juego. Se llamaba Michael Cassidy. Era abogado. Nueva York. De Johnson, Weems, Daugherty y Cassidy. Un hombre lo había parado para pedirle fuego. En una esquina de una calle. A última hora de la noche. Recordaba eso.

Arrojó la arena a la cabeza de la criatura.

Ésta se tambaleó un momento, y sus brazos se alzaron hacia lo que podía ser su rostro.

Rechinando los dientes, arrancó la vara de aluminio de su hombro y hundió su afilada punta en la parte media de la criatura.

Algo tocó su nuca, y hubo oscuridad y permaneció inmóvil durante largo tiempo.

Cuando pudo moverse de nuevo vio a la figura oscura e intentó agarrarla.

Falló, y hubo dolor en su espalda, y algo húmedo.

Cuando se puso de nuevo en pie aulló:

—¡No puedes hacerme esto! ¡Soy un hombre! ¡No un toro!

Hubo un sonido de aplausos.

Corrió hacia la cosa oscura seis veces, intentando agarrarla, asirla, hacerle daño. Cada vez fue él quien sufrió daño.

Finalmente se puso en pie, jadeando y respirando pesadamente, y le dolían los hombros y le dolía la espalda, y su mente se aclaró por un momento y dijo:

—Tú eres Dios, ¿verdad? Y ésta es la forma en que Tú juegas...

La criatura no le respondió, y él arremetió.

Se detuvo en seco, luego se dejó caer sobre una rodilla y se lanzó contra sus piernas.

Sintió un terrible y ardiente dolor en su costado cuando derribó al suelo a la forma oscura. La golpeó dos veces con sus puños, luego el dolor penetró en su pecho y sintió que todo su cuerpo se entumecía.

—¿O eres tú? —preguntó con labios densos—. No, tú no eres... ¿Dónde estoy?

Su último recuerdo fue de algo cortándole las orejas.

EL AMOR ES UN NÚMERO IMAGINARIO

Hubieran debido saber que no podían tenerme confinado eternamente. Probablemente lo sabían, y por eso siempre estaba Stella.

Permanecía tendido allí mirándola, con un brazo extendido por encima de su cabeza, masas de enredado pelo rubio enmarcando su rostro dormido. Era más que una esposa para mí: era mi guardiana. ¡Qué ciego había sido no dándome cuenta antes!

Pero por otra parte, ¿qué otra cosa me habían hecho?

Me habían hecho olvidar lo que era.

Porque yo era como ellos pero no de ellos, me habían confinado a este tiempo y a este lugar. Me habían hecho olvidar.

Me habían inmovilizado con el amor.

Me puse en pie y las últimas cadenas cayeron.

Un solo haz de luz lunar se reflejaba en el suelo del dormitorio. Lo crucé hasta donde estaban colgadas mis ropas.

Se oía una débil música en la distancia. Era eso lo que lo había conseguido. Había pasado tanto tiempo desde que había oído esa música...

¿Cómo me habían atrapado?

Aquel pequeño reino, hacía eras, en algún Otro, donde yo había introducido la pólvora... ¡Sí! ¡Ése era el lugar! Me habían atrapado allí con mi capucha de monje hecha en el Otro y mi latín clásico.

Luego un buen batido de cerebro y el confinamiento a este Otrocuándo.

Reí quedamente mientras terminaba de vestirme. ¿Cuánto tiempo había vivido en este lugar? Cuarenta. y cinco años de memoria..., ¿pero cuántos de ellos espurios?

El espejo me mostró como un hombre de mediana edad, ligeramente obeso, de pelo menguante, que llevaba una camisa deportiva roja y unos pantalones negros.

La música se iba haciendo más fuerte, la música que sólo yo podía oír: guitarras, y el firme tump de un tambor de cuero.

¡Mi distintivo tamborilero, siempre! ¡Unidme con un ángel y todavía no haréis de mí un santo, camaradas!

Me hice joven y fuerte de nuevo.

Luego descendí a la sala de estar, me dirigí al bar, me serví una copa de vino, lo bebí lentamente hasta que la música alcanzó toda su intensidad, luego engullí el resto y lancé la copa al suelo. ¡Estaba libre!

Me volví para irme, y entonces hubo un sonido sobre mi cabeza.

Stella se había despertado.

Sonó el teléfono. Estaba colgado allí en la pared y sonaba y sonaba hasta que no lo pude soportar más.

Alcé el receptor.

—Lo has hecho de nuevo —dijo aquella voz vieja, familiar.

—No seas duro con la mujer —dije—. No puede estarme vigilando siempre.

—Será mejor que te quedes donde estás —dijo la voz—. Nos ahorrará a ambos muchos problemas.

—Buenas noches —dije, y colgué.

El receptor restalló alrededor de mi muñeca y el cordón se convirtió en una cadena unida a una anilla en la pared. ¡Qué infantil!

Oí a Stella vestirse arriba. Avancé dieciocho pasos hacia un lado desde Aquí, hasta el lugar donde mi escamoso miembro se deslizó fácilmente fuera de las lianas enrolladas a su alrededor.

Luego de vuelta a la sala de estar y fuera por la puerta principal. Necesitaba una montura.

Saqué el convertible del garaje. Era el más rápido de los dos coches. Luego a la carretera nocturna, y luego un sonido como de trueno sobre mi cabeza.

Era una Piper Club, volando bajo, fuera de control. Di una patada al freno y siguió su camino, rozando las copas de los árboles y haciendo restallar los cables telefónicos, para estrellarse en medio de la calle a media manzana por delante de mí. Di un brusco giro a la izquierda al interior de un callejón, y luego a la calle siguiente paralela a la anterior.

Si deseaban jugar de aquel modo, bien..., no carezco exactamente de recursos a lo largo de esa línea. Me alegró de todos modos que ellos hubieran dado el primer paso.

Me encaminé a campo abierto, donde podría desenvolverme mucho mejor.

En mi espejo retrovisor aparecieron unas luces.

¿Ellos?

Demasiado pronto.

O era simplemente otro coche que seguía mi mismo camino, o era Stella.

La prudencia, como dice el coro griego, es mejor que la imprudencia.

Cambié, no de marchas.

Conducía un coche más aerodinámico y más potente.

Cambié de nuevo.

Conducía en el lado equivocado del vehículo y avanzaba por el lado equivocado de la carretera.

De nuevo.

Nada de ruedas. Mi coche aceleró sobre un cojín de aire por encima de una maltratada carretera. Todos los edificios que pasaba eran de metal. Ni madera ni piedra ni ladrillo habían intervenido en la construcción de nada de lo que veía.

Un par de faros aparecieron en la larga curva a mis espaldas.

Apagué mis propios faros y cambié, de nuevo y de nuevo, y de nuevo otra vez.

Atravesé el aire, muy por encima de una gran zona pantanosa, ensartando bums sónicos como cuentas a lo largo del hilo de mi rastro. Luego otro cambio, y volé bajo sobre la humeante tierra donde grandes reptiles alzaban la cabeza como tallos de judías desde sus revolcaderos. El sol estaba alto en este mundo, como una antorcha de acetileno en el cielo. Mantuve el vibrante vehículo en una sola pieza con un acto de voluntad y aguardé la persecución. No hubo ninguna.

Cambié de nuevo...

Había un negro bosque que llegaba hasta casi el pie de la alta colina sobre la que se alzaba el antiguo castillo. Yo iba montado sobre un hipogrifo, volando, e iba vestido a la manera de un guerreromago. Conduje mi montura a un aterrizaje en el bosque.

—Conviértete en caballo —ordené, con la palabra-guía apropiada.

Y me encontré montado sobre un garañón negro, trotando a lo largo del sendero que serpenteaba a través del oscuro bosque.

¿Debía quedarme aquí y luchar contra ellos con la magia, o seguir adelante y enfrentarme a ellos en un mundo donde prevaleciera la ciencia?

¿O debía tomar una ruta sinuosa desde aquí a algún distante Otro, con la esperanza de eludirlos por completo?

Mis preguntas se respondieron por sí mismas.

Hubo un resonar de cascos a mi espalda, y apareció un caballero: iba montado en un alto y orgulloso corcel; llevaba una bruñida armadura; sobre su escudo había dibujada una cruz en rojo.

—Has llegado bastante lejos —dijo—. ¡Tira de las riendas!

La hoja que esgrimía alzada era un arma perversa y reluciente hasta que se transformó en una serpiente. Entonces la dejó caer, y se deslizó culebreando por entre la maleza.

—¿Decías...?

—¿Por qué no renuncias? —preguntó—. ¿Por qué no te unes a nosotros, o dejas de intentarlo?

—¿Por qué no renuncias tú? ¿Por qué no los abandonas y te unes a mí? Podríamos cambiar muchos tiempos y lugares juntos. Tú tienes la habilidad y el adiestramiento...

Por aquel entonces él estaba lo suficientemente cerca como para arremeter, en un intento de descabalgarme con el borde de su escudo.

Hice un gesto y su caballo tropezó y lo arrojó al suelo.

—¡Allá donde vayas, epidemias y guerras te pisarán los talones! —jadeó.

—Todo progreso exige un pago. Ésos son los crecientes dolores de los que hablas, no los resultados finales.

—¡Loco! ¡No existe el progreso! ¡No tal como tú lo ves! ¿De qué sirven todas las máquinas e ideas que liberas en sus culturas, si no cambias a los propios hombres?

—El pensamiento y los mecanismos avanzan; los hombres siguen más lentamente —dije, y desmonté y me situé a su lado—. Todo lo que buscáis vosotros es una perpetua Edad Oscura en todos los planos de existencia. De todos modos, lamento lo que debo hacer.

Desenfundé el cuchillo que llevaba al cinto y lo deslicé a través de su visor, pero el yelmo estaba vacío. Había escapado a otro Lugar, enseñándome una vez más la futilidad de discutir con un evolucionista ético.

Volví a montar y seguí cabalgando.

Al cabo de un tiempo me llegó de nuevo el sonido de cascos a mi espalda.

Pronuncié otra palabra, que me montó sobre un hermoso unicornio, para avanzar a velocidad cegadora a través del oscuro bosque. La persecución, sin embargo, continuó.

Finalmente llegué a un pequeño claro, con un alto mojón de piedras en su centro. Lo reconocí como un lugar de energía, así que desmonté y liberé al unicornio, que no tardó en desaparecer.

Subí al mojón de piedras y me senté encima. Encendí un cigarrillo y aguardé. No había esperado ser localizado tan pronto, y eso me irritó. Me enfrentaría a este perseguidor allí.

Una ágil yegua gris entró en el claro.

—¡Stella!

—¡Baja de aquí! —exclamó—. ¡Están preparando desencadenar un ataque en cualquier momento!

—Amén —dije—. Estoy preparado para ello.

—¡Te superan en número! ¡Siempre lo han hecho! Perderás ante ellos de nuevo, y de nuevo y de nuevo, mientras persistas en seguir luchando. Baja y vente conmigo. ¡Puede que todavía no sea demasiado tarde!

—¿Yo, retirarme? —pregunté—. Soy una institución. Pronto estarían ahí fuera en plenas cruzadas sin mí. Piensa en el aburrimiento...

Un rayo en bola cayó del cielo, pero se desvió de mi mojón de piedras y frió un árbol cercano.

—¡Ya han empezado!

—Entonces sal de ahí, muchacha. Ésta no es tu lucha.

—¡Tú eres mío!

—¡Yo soy sólo mío! ¡No soy de nadie más! ¡No lo olvides!

—¡Te quiero!

—¡Me traicionaste!

—No. Tú dices que amas a la humanidad...

—Y es cierto.

—¡No te creo! ¡No puedes amarla, después de todo lo que le has hecho!

Alcé la mano.

—Te barro de este Ahora y Aquí —dije, y estuve solo de nuevo.

Cayeron más rayos, abrasando el suelo a mi alrededor.

Agité el puño.

—¿Nunca abandonáis? ¡Dadme un siglo de paz para trabajar con ellos, y os mostraré un mundo que no creeréis que pueda existir! —exclamé.

El suelo empezó a temblar como respuesta.

Luché contra ellos. Lancé sus rayos de vuelta a sus rostros. Cuando empezaron los vientos, los doblé del revés. Pero la tierra siguió estremeciéndose, y aparecieron grietas a los pies del mojón de piedras.

—¡Mostraos! —grité—. ¡Venid hasta mí uno a uno, y os mostraré el poder que esgrimo!

Pero el suelo se abrió y las piedras se desmoronaron.

Caí a la oscuridad.

Estaba corriendo. Había cambiado tres veces, y ahora era una criatura peluda con una manada aullando a mis talones, los ojos como feroces focos, los colmillos como espadas.

Me deslizaba por entre las oscuras raíces del baniano, y los aullantes seres de largos picos los hacían chasquear tras mi escamoso cuerpo...

Volaba en las alas de un colibrí y oía el grito de un halcón...

Nadaba a través de la oscuridad y de pronto aparecía un tentáculo...

Irradié en todas direcciones, ascendiendo y perforando las altas frecuencias.

Sólo encontré estática.

Caía, y estaban todos a mi alrededor.

Me habían cogido, como un pez en una red. Estaba atrapado, confinado...

La oí llorar en alguna parte.

—¿Por qué lo intentas, una y otra vez? —preguntó—. ¿Por qué no puedes contentarte conmigo, con una vida de paz y tranquilidad? ¿No recuerdas lo que te han hecho en el pasado? ¿No fueron tus días conmigo infinitamente mejores?

—¡No! —grité—. Te quiero —dijo.

—Este amor es un número imaginario —le respondí, y fui alzado de donde estaba tendido y llevado lejos.

Ella me siguió, llorando.

—Les supliqué que te dieran una posibilidad de vivir en paz, pero tú me arrojaste este regalo a la cara.

—La paz del eunuco; la paz de la lobotomía, del loto y la thorazina —dije—. No, mejor que ejerzan su voluntad sobre mí y dejar que su verdad proclame su mentira tal como hacen.

—¿Puedes decir realmente eso y creer en ello? —preguntó—. ¿Has olvidado ya el sol del Cáucaso..., el buitre desgarrando tu costado, día tras ardiente y rojo día?

—Yo no olvido —dije—, pero los maldigo. Me opondré a ellos hasta el final del Cuándo y el Dónde, y algún día venceré.

—Te quiero —dijo.

—¿Cómo puedes decir eso y creer en ello?

—¡Loco! —brotó un coro de voces, mientras era depositado sobre esta roca en esta caverna y encadenado.

Durante todo el día una serpiente confinada conmigo escupe veneno a mi rostro, y ella sostiene un cuenco y lo recoge. Es sólo cuando la mujer que me traicionó debe vaciar ese cuenco que la serpiente escupe dentro de mis ojos y yo grito.

Pero me liberaré de nuevo, para ayudar a la por largo tiempo sufriente humanidad con mis muchos dones, y habrá un terrible temblor en las alturas aquel día en que termine mi cautiverio. Hasta entonces, sólo puedo observar los delicados, intolerables barrotes de sus dedos en el fondo de ese cuenco, y gritar cada vez que los retira.

EL HOMBRE QUE AMÓ A LA FAIOLI

Ésta es la historia de John Auden y la faioli, y nadie la conoce mejor que yo. Escuchen...

Ocurrió aquella noche, mientras él paseaba (porque no había ninguna razón para no pasear) por sus lugares favoritos de todo el mundo, cuando vio a la faioli cerca del Cañón de los Muertos, sentada en una roca, con sus alas de luz parpadeando, parpadeando, parpadeando y luego desapareciendo, hasta que pareció que una muchacha humana estaba sentada allí, toda ella vestida de blanco y llorando, con sus largas trenzas negras enrolladas alrededor de su cintura.

Él se acercó a través de la terrible luz del moribundo, del medio muerto sol, en el cual los humanos no podían distinguir distancias ni captar adecuadamente perspectivas (aunque creyeran que sí podían), y depositó su mano derecha sobre el hombro de ella y pronunció una palabra de saludo y de consuelo.

Sin embargo, fue como si él no existiera. Ella siguió llorando, estriando con plata sus mejillas del color de la nieve o del hueso. Sus almendrados ojos miraban al frente como si vieran a través de él, y sus largas uñas se clavaban en la carne de sus propias palmas, aunque no brotaba ninguna sangre.

Entonces él supo que eran ciertas, las cosas que se dicen de las faioli: que sólo ven a los vivos y nunca a los muertos, y que se transforman en las mujeres más encantadoras de todo el universo. Puesto que él estaba muerto, John Auden debatió las consecuencias de convertirse de nuevo en un hombre libre, por un tiempo.

Era sabido que las faioli acuden a un hombre el mes antes de su muerte —aquellos raros hombres que todavía morían—, y viven con ese hombre durante el mes final de su existencia, proporcionándole todos los placeres que es posible que un ser humano llegue a conocer, de tal modo que el día en que se recibe el beso de la muerte, que sorbe la vida que todavía queda en su cuerpo, ese hombre lo acepta —no, lo busca— con deseo y con complacencia, puesto que tal es el poder de las faioli entre todas las criaturas que no hay nada que se desee más después de ese conocimiento.

John Auden consideró su vida y su muerte, las condiciones del mundo en el que estaba, la naturaleza de su servicio y su maldición y la faioli —que era la criatura más encantadora que había visto en todos sus cuatrocientos mil días de existencia—, y tocó el

lugar en su sobaco izquierdo que activaba el mecanismo necesario para hacerle vivir de nuevo.

La criatura se envaró bajo su contacto, porque de pronto su contacto fue carne, y carne, cálida y femenina, lo que estaba tocando él, ahora que las sensaciones de la vida habían vuelto a su cuerpo. Sabía que su contacto se había convertido de nuevo en el contacto de un hombre.

—He dicho «hola, y no llores» —dijo, y su voz fue como las brisas que había olvidado soplando por entre todos los árboles que había olvidado, con su humedad y sus olores y sus colores todos regresando bruscamente a él.

—¿De dónde has venido, hombre? —preguntó ella—. No estabas aquí hace un momento.

—Del Cañón de los Muertos —respondió él—. Déjame tocar tu rostro. —Y lo hizo, y ella lo hizo.

—Es extraño que no sintiera tu aproximación.

—Éste es un mundo extraño —dijo él.

—Eso es cierto —admitió ella—. Tú eres la única cosa viva sobre él.

Y él dijo:

—¿Cuál es tu nombre?

—Llámame Sythia —dijo ella, y él lo hizo.

—Yo me llamo John —dijo él—. John Auden.

—He venido a estar contigo, a darte confort y placer —dijo ella, y él supo que se estaba iniciando el ritual.

—¿Por qué llorabas cuando te encontré? —preguntó él.

—Porque pensé que no había nadie sobre este mundo, y estaba tan cansada de mis viajes —respondió ella—. ¿Vives cerca de aquí?

—No muy lejos —indicó él—. En absoluto lejos.

—¿Me llevarás allí? ¿Al lugar donde vives?

—Sí.

Y ella se levantó y lo siguió al Cañón de los Muertos, donde él había hecho su hogar.

Descendieron y descendieron, y todo a su alrededor eran los restos de gente que en su tiempo había vivido. Ella sin embargo no parecía ver esas cosas, sino que mantenía los ojos fijos en el rostro de John y su mano en su brazo.

—¿Por qué llamas a este lugar el Cañón de los Muertos? —preguntó ella.

—Porque los muertos están a todo nuestro alrededor —respondió él.

—No siento nada.

—Lo sé.

Cruzaron el Valle de los Huesos, donde millones de muertos de muchas razas y mundos yacían apilados a todo su alrededor, y ella no vio esas cosas. Había llegado al cementerio de todos los mundos, pero no se daba cuenta de ello. Había encontrado a su cuidador, su mantenedor, y no sabía lo que era el hombre que se tambaleaba a su lado como un borracho.

John Auden la llevó a su casa —en realidad no el lugar donde vivía, pero sí ahora—, y allá activó antiguos circuitos en el edificio dentro de la montaña, y en respuesta la luz brotó de las paredes, una luz que nunca antes había necesitado pero que ahora requería.

La puerta se cerró tras ellos y la temperatura ascendió hasta un calor normal. El aire fresco empezó a circular, y él lo recibió en sus pulmones y lo expelió, recreándose en la olvidada sensación. Su corazón latió de nuevo dentro de su pecho, una cosa roja y cálida que le recordaba el dolor y el placer. Por primera vez en eras, preparó una comida y fue a buscar una botella de uno de los profundos armarios sellados. ¿Cuántos otros habían traído consigo lo que él había traído?

Nadie, quizá.

Ella cenó con él, jugueteando con la comida, probando un poco de cada cosa, comiendo muy poco. Él, por su parte, se hartó a reventar, y bebieron el vino y fueron felices.

—Este lugar es tan extraño —dijo ella—. ¿Dónde duermes?

—Solía dormir ahí dentro —dijo él, indicando una habitación que casi había olvidado; y entraron y se la mostró, y ella lo empujó hacia la cama y hacia los placeres de su cuerpo.

Aquella noche él la amó, muchas veces, con una desesperación que quemó todo el alcohol y empujó toda su vida hacia adelante con algo parecido al hambre, pero más.

Al día siguiente, cuando el muriente sol bañaba ya el Valle de los Huesos con su pálida luz lunar, él despertó y ella atrajo su cabeza hacia su pecho, puesto que ella no había dormido, y le preguntó:

—¿Qué es lo que te impulsa, John Auden? No eres como uno de los hombres que viven y que mueren, sino que tomas la vida casi como una de las faioli, estrujando todo lo que puedes de ella y haciéndolo a un ritmo que habla de un sentido del tiempo que ningún hombre debería conocer. ¿Qué eres?

—Soy uno que sabe —dijo él—. Soy uno que sabe que los días de un hombre están contados y uno que codicia sus mandatos y los siente acercarse.

—Eres extraño —dijo Sythia—. ¿Te he complacido?

—Más que ninguna otra cosa que haya conocido nunca —dijo él.

Y ella suspiró, y él buscó sus labios de nuevo.

Desayunaron, y aquel día caminaron por el Valle de los Huesos. Él no podía distinguir distancias ni captar perspectivas adecuadamente, y ella no podía ver nada que hubiera vivido y ahora estuviese muerto. Así, por supuesto, mientras permanecían sentados en una repisa de piedra, con el brazo de él alrededor de los hombros de ella, él señaló el cohete que acababa de descender del cielo, y ella frunció los ojos a su gesto. Él señaló los robots, que habían empezado a descargar los restos de los muertos de muchos mundos de la bodega de la nave, y ella inclinó la cabeza hacia un lado y miró al frente, pero en realidad no vio de lo que él estaba hablando.

Incluso cuando uno de los robots llegó hasta él y le tendió la tablilla que contenía el recibo y el estilo, y él firmó por los cuerpos recibidos, ella no vio ni comprendió qué era lo que estaba ocurriendo.

En los días que siguieron, su vida adquirió una cualidad onírica, llena con el placer de Sythia y cebrada con algunas inevitables ráfagas de dolor. A menudo ella lo vio contraer el rostro, y le preguntó acerca de sus expresiones.

Y él siempre se rió y dijo:

—Placer y dolor se hallan próximos el uno del otro. —O algo parecido.

Y a medida que transcurrían los días, ella empezó a preparar las comidas y a frotar sus hombros y a mezclar sus bebidas y a recitarle algunas poesías que de algún modo él había amado en su tiempo.

Un mes. Un mes, sabía, y todo llegaría a su fin. Las faioli, fueran lo que fuesen, pagaban por la vida que arrebatában con los placeres de la carne. Siempre sabían cuándo la muerte de un hombre estaba próxima. Y en este sentido, siempre daban más de lo que recibían. La vida era huidiza pese a todo, y ellas la realzaban antes de llevársela consigo, muy probablemente para alimentarse de ella, el precio de las cosas que habían dado.

John Auden sabía que ninguna faioli en todo el universo había conocido nunca a un hombre como él.

Sythia era como la madreperla, y su cuerpo era alternativamente frío y cálido a sus caricias, y su boca era una diminuta llama que prendía cada vez que la tocaba, con sus dientes como agujas y su lengua como el corazón de una flor. Y así llegó a conocer esa cosa llamada amor hacia la faioli llamada Sythia.

Realmente no ocurrió mucho más allá del amor. Él sabía que ella lo deseaba, en definitiva para usarlo, y él era quizá el único hombre en el universo capaz de engañar a una de su clase. La suya era la perfecta defensa contra la vida y contra la muerte. Ahora que era humano y estaba vivo, lloraba a menudo cuando consideraba aquello.

Tenía más de un mes de vida.

Tenía quizá tres o cuatro.

En consecuencia, este mes era un precio que estaba dispuesto a pagar por lo que fuera que la faioli ofrecía.

Sythia arañó su cuerpo y lo drenó hasta la última gota del placer contenido en sus agotadas células nerviosas. Lo convirtió en una llama, en un iceberg, en un niño pequeño, en un hombre viejo. Cuando estaban juntos, los sentimientos de él eran tales que consideraba el consolamentum como algo que podía aceptar realmente a final del mes, que ya se estaba acercando. ¿Por qué no? Sabía que había llenado a propósito su mente con la presencia de ella. Pero, ¿qué más podía ofrecerle la existencia? Esta criatura de más allá de las estrellas le había traído todas las cosas que cualquier hombre podía desear. Lo había bautizado con la pasión y lo había confirmado con la relajación que sigue después. Quizá el olvido final de su último beso fuera lo mejor después de todo.

La sujetó y la atrajo hacia sí. Ella no lo comprendió, pero respondió.

La amó por eso, y esto fue casi su fin.

Hay una cosa llamada enfermedad que golpea a todas las cosas vivas, y él la había conocido más allá del alcance de cualquier hombre vivo. Ella no podía comprenderlo, siendo una cosa-mujer que sólo había conocido la vida.

Así que él nunca intentó decírselo, aunque cada día el sabor de sus besos era más fuerte y salado y cada uno le parecía una sombra que se fortalecía, cada vez más oscura, fuerte y pesada, de lo que ahora sabía que deseaba más que ninguna otra cosa.

Y llegaría el día. Y llegó.

La atrajo hacia sí y la acarició, y los calendarios de todos sus días cayeron a su alrededor.

Supo, mientras se abandonaba a sus maniobras y a la gloria de su boca, de sus pechos, que había sido atrapado, como les ocurre a todos los hombres que las han conocido, por el poder de la faioli. Su fuerza era su debilidad. Eran lo definitivo en mujer. Con su fragilidad engendraban el deseo de complacer. Él deseaba fundirse con el pálido paisaje de su cuerpo, penetrar en los círculos de sus ojos y nunca salir de ellos.

Sabía que había perdido. Porque a medida que los días se iban desvaneciendo a su alrededor se iba debilitando. Apenas era capaz de garabatear su nombre en el recibo entregado por el robot que avanzaba hacia él, aplastando cajas torácicas y quebrando cráneos con cada terrible paso. Lo envidió brevemente. Asexuado, sin pasiones, totalmente dedicado al deber. Antes de despedirlo le preguntó:

—¿Qué harías si tuvieras deseos y te encontraras con algo que te diera todas las cosas que desearas en el mundo?

—Intentaría... conservarlo —dijo el robot, con sus luces rojas parpadeando en su cabeza antes de darse la vuelta y marcharse pesadamente a través del Gran Cementerio.

—Sí —dijo John Auden en voz muy alta—, pero esto no puede hacerse.

Sythia no lo comprendía, y aquel día que hacía el treinta y uno regresaron al lugar donde él había vivido durante un mes y sintió el miedo a la muerte, fuerte, muy fuerte, descender sobre él.

Ella fue más exquisita que nunca antes, pero él temía aquel encuentro final.

—Te quiero —dijo finalmente él, porque era una cosa que nunca había dicho antes, y ella le acarició la frente y lo besó.

—Lo sé —le dijo—, y tu tiempo de amarme completamente casi ha llegado. Antes del acto final de amor, mi John Auden, dime una cosa: ¿qué es lo que te mantiene aparte?

¿Por qué sabes mucho más de las cosas que no son vida que cualquier otro mortal?
¿Cómo te acercaste a mí aquella primera noche sin que yo me apercibiera?

—Porque ya estoy muerto —confesó él—. ¿No puedes verlo cuando me miras a los ojos? ¿No sientes como un estremecimiento especial cada vez que te toco? Vine aquí en vez de dormir el sueño frío, que me convertiría en una cosa como muerta, un olvido en el cual ni siquiera sabría que estaba esperando, esperando una cura que tal vez no llegase nunca, la cura a una de las últimas enfermedades realmente fatales que aún existen en el universo, la enfermedad que ahora sólo me deja un pequeño tiempo de vida.

—No comprendo —dijo ella.

—Bésame y olvídale —dijo él—. Es mejor así. Sin duda nunca habrá una cura, porque algunas cosas permanecen siempre oscuras, y seguramente yo he sido olvidado. Tienes que haber sentido la muerte en mí, cuando restablecí mi humanidad, porque ésta es la naturaleza de las de tu clase. Lo hice para gozar de ti, sabiendo que perteneces a las faioli. Así que toma tu placer de mí ahora, sabiendo que lo compartiré. Le doy la bienvenida. Te he cortejado sin saberlo todos los días de mi vida.

Pero ella sentía curiosidad y le preguntó (usando por primera vez un tono familiar):

—¿Cómo entonces consigues este equilibrio entre la vida y lo que no es vida, esta cosa que te mantiene consciente pero no vivo?

—Hay controles instalados en este cuerpo que desgraciadamente ocupo. Tocar este lugar en mi sobaco izquierdo hará que mis pulmones dejen de respirar y mi corazón detenga sus latidos. Tengo instalado en mi interior un sistema electroquímico como los que poseen mis robots (invisibles para ti, lo sé). Ésta es mi vida dentro de la muerte. La pedí porque temía el olvido. Me ofrecí voluntario para ser el cuidador del cementerio del universo, porque en este lugar no hay nadie que me mire y se sienta repelido por mi apariencia como de muerto. Por eso soy lo que soy. Bésame y terminemos.

Pero habiendo tomado la forma de mujer, o quizá siendo mujer todo el tiempo, la faioli que se llamaba Sythia sintió curiosidad, y dijo:

—¿Este lugar? —Y tocó el punto en el sobaco izquierdo de él.

Con esto él desapareció de su vista, y con esto también él conoció de nuevo la helada lógica que permanecía apartada de la emoción. Debido a esto, no tocó de nuevo el punto crítico.

En vez de ello, la miró mientras ella lo buscaba por todo el lugar donde habían vivido hasta entonces.

Registró todos los armarios y recovecos, y cuando no pudo descubrir a ningún hombre vivo, sollozó una vez, horriblemente, como lo había hecho aquella noche cuando él la vio por primera vez. Luego las alas parpadearon, parpadearon, parpadearon débilmente, volviendo a la existencia en su espalda, y su rostro se disolvió y su cuerpo se fundió lentamente. La torre de destellos que se alzaba ante él desapareció entonces, y más tarde aquella loca noche durante la cual pudo distinguir distancias y captar perspectivas empezó a buscarla una vez más.

Y ésa es la historia de John Auden, el único hombre que amó a una faioli y vivió (si pueden llamarlo así) para contarlo. Nadie lo sabe mejor que yo.

Nunca se ha hallado una cura. Y sé que él recorre el Cañón de los Muertos y reflexiona en los huesos, a veces se detiene junto a la roca donde la encontró, parpadea en busca de las cosas húmedas que no están allí, se pregunta acerca del juicio que dio.

Así es todo, y la moraleja puede ser que la vida (y quizá también el amor) es más fuerte que lo que contiene, pero nunca que lo que la contiene. Pero sólo una faioli podría decir esto con seguridad, y ninguna de ellas ha vuelto nunca a este lugar.

LUCIFER

Carlson se detuvo sobre la colina en el silencioso centro de la ciudad cuyos habitantes habían muerto.

Alzó la vista al Edificio, la estructura que empequeñecía cualquier conjunto de hoteles, rascacielos o bloque de apartamentos apiñados a lo largo de kilómetros a su alrededor. Alto como una montaña, atrapaba los rayos del sangrante sol. De alguna forma convertía su color rojo en dorado a la mitad de su altura.

De pronto Carlson tuvo la sensación de que no hubiera debido volver.

Habían transcurrido, calculaba, más de dos años desde la última vez que había estado allí. Ahora deseaba regresar a las montañas. Una mirada era suficiente. Pero todavía seguía de pie delante de él, paralizado por el enorme Edificio, por la larga sombra que arrojaba como un puente sobre todo el valle. Entonces encogió sus masivos hombros en un fútil intento de sacudirse los recuerdos de aquellos otros días, hacía cinco (¿o eran seis?) años, cuando había trabajado en el interior de la gigantesca unidad.

Luego subió el resto de la colina y entró por la alta y ancha puerta.

Sus sandalias de fibra crearon toda una variedad de ecos cuando cruzó las desiertas oficinas y penetró en el largo pasillo que conducía a las cintas.

Las cintas, por supuesto, estaban inmóviles y silenciosas. No había miles de personas dejándose llevar por ellas. No había nadie vivo para hacerlo. El profundo rugir que en sus tiempos había surgido de las entrañas era sólo un sonido fantasma en su mente mientras subía a la más cercana y echaba a andar por los oscuros interiores del lugar.

Era como un mausoleo. No parecía haber techo ni paredes, sólo el suave pat-pat de las suelas de sus sandalias sobre el flexible material de la cinta.

Alcanzó un cruce y montó en una cinta transversal, quedándose inmóvil un instante mientras aguardaba el tirón hacia adelante y equilibraba su peso.

Luego rió en silencio y echó a andar de nuevo.

Cuando alcanzó el ascensor, se quedó unos instante delante de él hasta que sus recuerdos lo condujeron a las escaleras de mantenimiento. Con su fardo al hombro, empezó la larga y tanteante ascensión.

Parpadeó ante la luz cuando llegó a la Sala de Control de Energía. Filtrada a través de su centenar de altas ventanas, la luz del sol goteaba por entre las polvorientas hectáreas de maquinaria.

Carlson se reclinó pesadamente contra la pared, respirando afanoso a causa de la subida. Al cabo de un rato limpió un banco de trabajo y depositó en él el fardo que llevaba.

Luego se quitó la ajada camisa, porque pronto el lugar sería sofocante. Se apartó el pelo de los ojos y bajó por la estrecha escalera metálica hasta donde estaban los generadores, hilera tras hilera, como un ejército de muertos escarabajos negros. Necesitó seis horas para hacer una inspección general.

Seleccionó tres de la segunda fila y empezó sistemáticamente a desmontarlos, limpiarlos, soldar sus conexiones sueltas con el autosoldador, engrasarlos, aceitarlos y barrer todo el polvo, telarañas y trozos de aislamiento cuarteado que yacían en sus bases.

Grandes riachuelos de transpiración descendían hasta sus ojos y a lo largo de sus costados y muslos, derramando pequeñas gotitas en el caliente suelo que se evaporaban rápidamente.

Al final dejó a un lado su escoba, volvió— a subir la escalera y regresó a su fardo. Sacó una de las botellas de agua y bebió la mitad de su contenido. Comió un trozo de carne seca y acabó la botella. Entonces se permitió un cigarrillo y regresó al trabajo.

Se vio obligado a detenerse cuando se hizo oscuro. Había planeado dormir allí, pero la estancia era demasiado opresiva. De modo que se marchó por donde había venido y durmió bajo las estrellas, en el techo de un edificio bajo a los pies de la colina.

Necesitó otros dos días para poner a punto los generadores. Luego empezó a trabajar en el enorme Panel Transmisor. Estaba en mejores condiciones que los generadores, porque había sido usado por última vez hacía dos años. Mientras que los generadores, excepto los tres que había quemado la última vez, habían dormido durante cinco (¿o eran seis?) años.

Soldó y limpió e inspeccionó hasta sentirse satisfecho. Luego ya sólo quedó una tarea por hacer.

Todos los robots de mantenimiento permanecían congelados a medio gesto. Carlson tendría que forcejear con un cubo de energía de casi ciento cincuenta kilos sin ayuda. Si podía conseguir bajar uno de su estante en el almacén y meterlo en una carretilla sin romperse una muñeca probablemente conseguiría llevarlo hasta el Encendido sin mucha dificultad. Luego tendría que colocarlo dentro del horno. Ya casi se había herniado cuando lo hizo dos años antes, pero esperaba ser un poco más fuerte —y afortunado— esta vez.

Necesitó diez minutos para limpiar el horno del Encendido. Luego localizó una carretilla y la llevó al almacén.

Había un cubo exactamente a la altura adecuada, aproximadamente a veinte centímetros por encima del nivel del piso de la carretilla. Pateó los calzos de anclaje de la carretilla para fijarla y estudió el estante. El estante estaba ligeramente inclinado hacia adelante, y el cubo estaba retenido por una placa metálica de cinco centímetros de alto. Tiró de la placa. Estaba atornillada al estante.

Regresó a la zona de trabajo y buscó una llave inglesa en las cajas de herramientas. Luego volvió al almacén y se puso a trabajar en las tuercas.

La placa quedó suelta cuando se puso a trabajar en la cuarta tuerca. Oyó un peligroso crujido y se apartó rápidamente del camino soltando la llave inglesa que cayó sobre los dedos de sus pies.

El cubo se deslizó hacia adelante, aplastó la liberada placa, se detuvo un breve momento y luego cayó con un resonante ruido sobre el grueso piso de la carretilla. Éste se combó y empezó a agrietarse bajo el peso; la carretilla se ladeó hacia la entrada del almacén. El cubo siguió deslizándose hasta que unos quince centímetros de él se proyectaron más allá del borde de la carretilla. Entonces ésta se enderezó y se detuvo con un estremecimiento.

Carlson suspiró y liberó los calzos de anclaje, dispuesto a saltar hacia atrás si la carretilla giraba de pronto en su dirección. Se mantuvo.

La guió cuidadosamente por el pasillo y entre las hileras de generadores hasta detenerse delante del Encendido. Ancló de nuevo la carretilla, se detuvo para tomar un poco de agua y encender un cigarrillo, luego buscó una alzaprima, un gato pequeño y una plancha larga y plana de metal.

Dispuso la plancha para que formara un puente entre la parte delantera de la carretilla y la abertura del horno. Calzó el otro extremo debajo de la puerta del horno del Encendido.

Tras soltar los anclajes traseros, insertó el gato y empezó a alzar la parte posterior de la carretilla, lentamente, trabajando con una mano y manteniendo la alzaprima preparada en la otra.

La carretilla gruñó a medida que se elevaba. Luego se produjo un raspante sonido de deslizamiento, y siguió alzándola más aprisa.

Con un sonido como el tañer de una campana rota, el cubo se deslizó en el improvisado puente; resbaló hacia adelante y hacia la izquierda. Lo golpeó con la alzaprima, empujándolo hacia la derecha con todas sus fuerzas. Casi un par de centímetros de él golpearon contra el borde izquierdo del marco del horno. El hueco entre el cubo y el marco era más amplio en la parte de abajo.

Insertó la alzaprima y apoyó todo su peso contra ella..., tres veces.

Entonces el cubo avanzó y se depositó en el interior del horno del Encendido.

Se echó a reír. Rió hasta que se sintió débil. Se sentó en la rota carretilla, balanceando las piernas y riendo para sí mismo, hasta que los sonidos que brotaron de su garganta parecieron extraños y fuera de lugar. Los cortó bruscamente y cerró de golpe la puerta.

El Panel Transmisor tenía un millar de años, pero ninguna luz parpadeó. Hizo los ajustes finales para Transmisión, luego comprobó por última vez los generadores.

Después de esto, se subió a una pasarela elevada y se dirigió a una ventana.

Todavía quedaba algo de luz del día que aprovechar, de modo que fue de ventana en ventana apretando el botón de «Abrir» debajo de cada alféizar.

Entonces comió el resto de su comida y bebió toda una botella de agua y fumó dos cigarrillos. Sentado en la escalera, pensó en los días en los que había trabajado con Kelly y Murchison y Djizinsky, retorciendo las colas de los electrones hasta que gemían y saltaban por encima de las paredes y volaban por toda la ciudad.

¡El reloj! Lo recordó de pronto, allá muy arriba en la pared, a la izquierda de la puerta, congelado a las 9:33 (y cuarenta y ocho segundos).

Trasladó una escalera de mano por la ya casi penumbra subió hasta el reloj. Limpió el polvo de su grasienta cara con un amplio movimiento circular. Entonces todo estuvo a punto.

Cruzó hasta el Encendido y lo puso en marcha. En alguna parte las eternobaterías cobraron vida, y oyó un clic cuando una delgada y afilada varilla se introdujo en la pared del cubo. Corrió escaleras arriba y avanzó mano sobre mano hasta la pasarela elevada. Se dirigió hacia una ventana y aguardó.

—¡Dios —murmuró—, no dejes que estallen! Por favor, no...

A través de una eternidad de oscuridad los generadores empezaron a zumbiar. Oyó un crujir de estática del Panel de Transmisión y cerró los ojos. El sonido murió.

Abrió los ojos cuando oyó la ventana deslizarse hacia arriba. A todo su alrededor las cien altas ventanas se abrieron. Una pequeña luz se encendió debajo de él en la zona del banco de trabajo, pero no la vio.

Estaba mirando más allá de la amplia ladera de la acrópolis hacia abajo, hacia la ciudad. Su ciudad.

Las luces no eran como las estrellas. Ganaban a las estrellas y las enviaban al infierno. Eran la alegre, regularizada constelación de una ciudad donde los hombres creaban sus hogares: hileras regulares de farolas, anuncios luminosos, ventanas iluminadas en los bloques de apartamentos, un solitario al azar de brillantes cuadrados ascendiendo por los costados de las agujas de los rascacielos, una luz de aviso para la aviación parpadeando al extremo de su luminosa antena a través de los bancos de nubes que colgaban sobre la ciudad.

Corrió a otra ventana, sintiendo la brisa nocturna peinar su barba. Las cintas zumbaban allá abajo; las oyó desgranar sus irónicos monólogos en los más profundos cañones de la ciudad. Imaginó a la gente en sus casas, en los cines, en los bares..., hablando entre sí, compartiendo una diversión común, tocando el clarinete, tomándose de la mano, comiendo una cena ligera. Los dormidos ro-coches despertaron y se apresuraron unos al lado de los otros en los niveles por encima de las cintas; el zumbido de fondo de la ciudad le habló de su historia de producción, de función, de movimiento y servicio a sus habitantes. El cielo parecía girar sobre su cabeza, como si la ciudad fuera su eje y el universo su borde exterior.

Entonces las luces cambiaron de blanco a amarillo y se apresuró, con pasos desesperados, a otra ventana.

—¡No! ¡Tan pronto no! ¡No me abandones todavía! —sollozó.

Las ventanas se cerraron y las luces se apagaron. Permaneció de pie en la pasarela elevada durante largo tiempo, contemplando las muertas ascuas. Un olor a ozono llegó a sus fosas nasales. Fue consciente de un halo azul alrededor de los moribundos generadores.

Bajó y cruzó la zona de trabajo hasta la escalera que había apoyado contra la pared. Apretando el rostro contra el cristal y frunciendo largo rato los ojos pudo desentrañar la posición de las manecillas.

—Las nueve y treinta y cinco y veintiún segundos —leyó.

Un silencio.

—¿Oyes eso? —gritó, agitando el puño a todo—. ¡Noventa y tres segundos! ¡Te he hecho vivir durante noventa y tres segundos!

Luego se cubrió el rostro contra la oscuridad y él también guardó silencio.

Al cabo de largo rato bajó la escalera, recorrió la cinta, cruzó el largo pasillo y salió del Edificio. Mientras se encaminaba de vuelta a las montañas se prometió —una vez más— que jamás volvería.

FIN